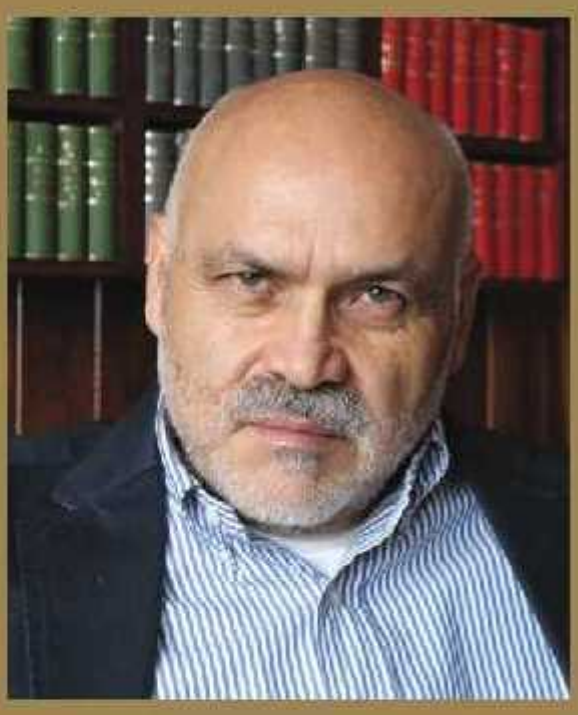
MAQUIAVELO

SOCIEDAD Y POLÍTICA EN EL RENACIMIENTO

ROBERTO GARCÍA JURADO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

EDITORIAL TERRACOTA



Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Autor de *La teoría de la democracia en Estados Unidos. Almond, Lipset, Dahl, Huntington y Rawls*. Coeditor de *La democracia y los ciudadanos*. Actualmente es profesor del Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana Xochimilco.

Los contenidos de este libro pueden ser reproducidos en todo o en parte, siempre y cuando se cite la fuente y se haga con fines académicos y no comerciales

Maquiavelo:
Sociedad y política en el Renacimiento

Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Rector general, José Antonio de los Reyes Heredia
Secretaria general, Norma Rondero López

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA-XOCHIMILCO
Rector de Unidad, Fernando de León González
Secretario de Unidad, Mario Alejandro Carrillo Luvianos

DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
Directora, Dolly Espínola Frausto
Secretaria académica, Silvia Pomar Fernández
Jefe de la sección de publicaciones, Miguel Ángel Hinojosa Carranza

CONSEJO EDITORIAL
Jerónimo Luis Repoll (presidente)
Aleida Azamar Alonso / Gabriela Dutrénit Bielous
Álvaro Fernando López Lara

Asesor del Consejo Editorial: Miguel Ángel Hinojosa Carranza

COMITÉ EDITORIAL
René David Benítez Rivera (presidente)
María del Pilar Berrios Navarro / Germán A. de la Reza Guardia
Joel Flores Rentería / Abigail Rodríguez Nava / Araceli Soni Soto
Araceli Margarita Reyna Ruiz / Gonzalo Varela Petito

Asistente editorial: Varinia Cortés Rodríguez

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales
y Humanidades. Edificio A, 3er piso. Teléfono 54 83 70 60

pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx
http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig
http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico

Maquiavelo:
Sociedad y política en el Renacimiento

Roberto García Jurado

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

EDITORIAL TERRACOTA

Primera edición: octubre de 2021

Diseño de portada: Julieta Bracho-estudio Jamaica

© 2021, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
© 2021, Editorial Terracota

ISBN: 978-607-28-2267-2 Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
ISBN: 978-607-713-467-1 Editorial Terracota

Esta coedición de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco y Editorial Terracota, fue dictaminada por pares académicos expertos en el tema. Agradecemos a la Rectoría de la UAM-Xochimilco el apoyo brindado para la publicación de esta obra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Casa abierta al tiempo
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

D.R. © Universidad Autónoma Metropolitana
Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100, Colonia Villa Quietud,
Alcaldía Coyoacán, Ciudad de México. C.P. 04960
Sección de Publicaciones de la División de Ciencias Sociales
y Humanidades. Edificio A, 3er piso. Teléfono 54 83 70 60

pubcsh@gmail.com / pubcsh@correo.xoc.uam.mx
http://dcsh.xoc.uam.mx/repdig
http://www.casadelibrosabiertos.uam.mx/index.php/libroelectronico

EDITORIAL TERRACOTA

Editorial Terracota, SA de CV
Av. Cuauhtémoc 1430
Col. Santa Cruz Atoyac, Benito Juárez
03310, Ciudad de México
Tel. +52 (55) 5335 0090

info@editorialterracota.com
www.terradelibros.com

Impreso en México / *Printed in Mexico*

2025 2024 2023 2022 2021
5 4 3 2 1

Índice

Introducción 11

1. Las raíces humanistas de Maquiavelo 17

2. Los años de educación y formación 41

3. La caída de la república y la caída del secretario 67

4. La impronta de los Médici 91

5. Savonarola y la renovación republicana 113

6. Los Borgia y la corrupción renacentista 137

7. Los Estados Pontificios y el papado 161

8. Venecia, ¿la república hermana? 185

Bibliografía 211

Para Ana y Bruno, con todo mi cariño

Introducción

No puede decirse en modo alguno que la lectura de *El príncipe* sea difícil o compleja, pues su brevedad y claridad lo hacen accesible a una persona de cultura general promedio.

Sin embargo, tal vez no ocurra lo mismo con las otras tres grandes obras de Maquiavelo. La *Historia de Florencia* ofrece, en primer término, el problema de su extensión, ya que se trata de su obra de mayor volumen, además de basarse en un estilo historiográfico al que no está acostumbrado el público en general, para no hablar del tema, que requiere cierta familiaridad por parte del lector, ya que Maquiavelo se detiene en una serie de hechos que aparentemente no tienen tanta relevancia, pero que representan una rica veta de información para quienes están más involucrados en el tema y en el propio pensamiento de Maquiavelo.

Algo similar ocurre con *Del arte de la guerra*, en el cual encontramos que después del *Libro primero*, en donde Maquiavelo hace un conjunto de reflexiones hasta cierto punto generales, pero de interés sobre el tema de la guerra, se pasa a una serie de descripciones sobre las formaciones de batalla y la disciplina militar que podrían parecer un tanto tediosas o excesivamente detalladas, por lo que el interés en su lectura disminuiría un poco.

Los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* es el otro libro de Maquiavelo que tiene un gran atractivo en sí mismo, ya que en él desarrolla la mayor parte de su teoría sobre los gobiernos republicanos y, junto con *El príncipe*, podría decirse que son los dos grandes textos de teoría política que escribió. Claro que hay muchos otros escritos políticos breves y un interesante epistolario que son también de gran interés, pero solo son conocidos o buscados por un público más reducido.

En todo caso, de estas cuatro grandes obras, no cabe duda de que *El príncipe* es y seguirá siendo la que atraiga la mayor atención y lectores.

Se han escrito numerosas y brillantes interpretaciones tanto de *El príncipe* como del resto de la obra política de Maquiavelo, y seguramente se seguirán escribiendo muchas más en el futuro. Este libro no busca ese objetivo en particular. Este libro no trata de ser una interpretación de alguna de estas obras o del conjunto de ellas, sino que se propone esencialmente brindar una contextualización histórico-política del pensamiento de Maquiavelo, que contribuya tanto a mejorar su comprensión general como la de algunos de los aspectos específicos más significativos, lo cual se hace mediante la identificación y explicación de los personajes y acontecimientos más notables o connotados de la época.

En este sentido, ciertamente es posible emprender la lectura de la obra de Maquiavelo sin tener un conocimiento específico de quiénes eran los Médici, los Borgia, los Soderini o Savonarola, así como sin estar plenamente informado acerca de cuál era la situación y la historia reciente de Florencia, la posición e intención de la república de Venecia en la península itálica o la función e intervención del papado y los Estados Pontificios en los asuntos regionales y europeos de la época. Sin embargo, sin llegar a emprender un estudio detallado y exhaustivo de la historia de Italia y de Europa durante los siglos XV y XVI, considero que acompañar la lectura de la obra de Maquiavelo con estas referencias e indicaciones puede enriquecer significativamente la comprensión e interpretación de todos sus escritos.

Así, por ejemplo, si se cuenta con esta información, adquiere otro sentido completamente distinto la dedicatoria de *El príncipe*, dirigida a Lorenzo de Médici, el gobernante en turno de Florencia; en el mismo sentido, se puede interpretar más claramente el tan polémico capítulo final del libro, el XXVI, en donde Maquiavelo hace la exhortación para que sea un miembro de la familia Médici el que encabece la unificación italiana con vistas a expulsar a los invasores ultramontanos de su territorio. Además de estas dos acotaciones tan significativas, en el desarrollo de ese texto hay varias otras alusiones a los Médici que igualmente se comprenderán mucho mejor si se cuenta con la información de quiénes eran ellos, y sobre todo de lo que representaban para Florencia y para Maquiavelo.

Del mismo modo, emprender la lectura de la *Historia de Florencia*, cuya realización fue un encargo de uno de los miembros distinguidos de esta familia, estando al tanto de los avatares de la dinastía, permite interpretar y comprender mucho mejor el significado del libro.

Lo mismo ocurre con los Borgia, ya que sus acciones fueron no solo de gran importancia para la Iglesia, para Italia y para la misma Florencia, dejando además una profunda impresión personal en Maquiavelo. Como se sabe, Maquiavelo fue enviado en dos ocasiones como legado diplomático ante César Borgia, quien entre 1500 y 1502, apoyado por su padre Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, capitaneó un ejército que conquistó varias ciudades de la zona centro-norte de Italia, conocida como la Romaña, y llegó a convertirse en una amenaza militar muy seria incluso para Florencia. Maquiavelo se entrevistó con él varias veces, y la personalidad del también llamado Duque de Valentinois lo dejó tan deslumbrado, que en los capítulos VII y XVII de *El príncipe* lo pone como ejemplo de lo que debe hacer un príncipe nuevo, es decir, un príncipe que se planteé crear o conquistar un Estado. Y tal vez no haga falta decir que estos pasajes resultan de los más polémicos del texto, dado que si bien para Maquiavelo era un modelo a seguir, para sus contemporáneos y hasta para la posteridad, César era solo un ejemplo de crueldad y malevolencia.

De la misma manera, Maquiavelo dedica comentarios relevantes a Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, en los capítulos XI y XVIII de *El príncipe*, donde lo considera también modelo de un príncipe que de un modo u otro sabía alcanzar sus objetivos, por más cuestionables que estos pudieran parecer desde la perspectiva de la ética y los valores más compartidos de la época.

La función y posición relevante de los papas en la historia de Europa, Italia y Florencia es indiscutible, de lo que también da testimonio la obra de Maquiavelo. Es muy importante tomar en cuenta que al hablar de los papas nos referimos a la máxima autoridad y jerarquía de la Iglesia católica, cuya institución atravesó durante el Renacimiento por un periodo de redefinición y transformación radical. Basta recordar que en 1517 Martín Lutero clavó en la puerta de la iglesia de Wittenberg sus 95 tesis, que estaban dirigidas contra el conjunto de la Iglesia católica, pero que específicamente señalaban con dedo flamígero al papado. Así, estas recriminaciones comenzaron a circular rápidamente por Europa y generaron una airada reacción por parte de León X, el primer papa Médici. De este modo, el papado renacentista, que apenas se había consolidado el siglo anterior frente al movimiento conciliarista, se enfrentaba ahora a un nuevo reto, de dimensiones igualmente desafiantes, que a la postre generó una crisis y ruptura al interior de la Iglesia de graves consecuencias que llegan hasta la actualidad.

Maquiavelo no solo fue enviado como legado diplomático de Florencia ante la corte del papa en Roma, sino que en varias de sus obras se refiere de un modo u otro a la Iglesia y al papa. Si bien en *El príncipe* las menciones que hace de la Iglesia son relativamente neutras, en la *Historia de Florencia* y en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* realiza una crítica demoledora tanto de la Iglesia en general como del papado, en la que reproduce y alimenta el ambiente de fuerte animadversión que había ya en una buena parte de la sociedad italiana y europea en esa época contra esta institución.

De la misma manera que todos estos personajes y situaciones tienen una significación muy especial en el pensamiento de Maquiavelo, también la tiene el ambiente intelectual y cultural de la época. Por esta razón el libro comienza tratando el tema del humanismo renacentista y sus antecedentes, un movimiento intelectual fundamental no solo para entender las raíces del pensamiento de Maquiavelo, sino todo el ambiente cultural del Renacimiento, que es la base cultural sobre la que se asienta y desarrolla el mundo moderno.

Maquiavelo era un humanista, un humanista del más puro estilo renacentista, tan auténtico como Erasmo de Rotterdam, Marsilio Ficino o Leonardo da Vinci. Evidentemente su pensamiento se diferenciaba radicalmente del de ellos, y del de muchos otros humanistas, lo que determina su originalidad tan marcada. Maquiavelo era un humanista, pero esencialmente un humanista de acción, de acción política, profundamente inmerso personal e intelectualmente en la vida pública de su patria, Florencia, pero también interesado e involucrado en lo posible con la de Italia y Europa.

Así, los escritos y el pensamiento de Maquiavelo están íntimamente vinculados con su desempeño profesional como secretario de la república de Florencia, como también trata de dar cuenta este libro. Es cierto que su pensamiento se nutrió de la lectura de los autores de la Antigüedad clásica, sobre todo de los latinos, como es el caso de muchos otros humanistas, pero la experiencia política que adquirió como funcionario público durante los catorce años en que fungió como secretario, le dieron un sentido práctico y realista de la actividad política que se despliega con toda claridad en sus escritos. Es cierto que ni sus lecturas ni su experiencia política bastan para explicar la originalidad de su pensamiento, pues falta agregar su gran capacidad de observación y análisis, lo que le permitió entender y expresar las principales características del comporta-

miento político de sus compatriotas, del resto de sus contemporáneos y, como diría él, de todos los seres humanos, ya que "los hombres se comportan siempre de la misma manera".

Como se ha dicho, aunque este no es propiamente un libro de historia, sí es un libro que apunta a la contextualización histórica de la vida y el pensamiento de Maquiavelo, por lo que se presta atención a los personajes y acontecimientos más relevantes del periodo en que Maquiavelo vivió y se remonta a los acontecimientos más relevantes de principios del siglo XV, siguiendo una línea cronológica que llega aproximadamente hasta el primer tercio del siglo XVI.

En este largo periodo tienen especial significación los años de 1494 y 1512. El año 1494 es muy significativo para Florencia y para Italia en general. En ese año comienzan las llamadas guerras italianas, que se prolongarían hasta mediados del siglo XVI. La guerra que comenzó en 1494 se debió a un acuerdo entre Ludovico el Moro, Duque de Milán, y Carlos VIII, rey de Francia. El Duque de Milán animó al rey francés a que entrara en Italia para reclamar el trono de Nápoles, ya que desde tiempo atrás pretendía asumirlo amparado en ciertos derechos dinásticos. El Duque buscaba así destronar al rey de Nápoles, Alfonso II, a quien consideraba una amenaza potencial para su permanencia y total control del ducado.

Aunque se sucedieron muchos avatares en la incursión del rey francés en el reino de Nápoles, lo más significativo para Maquiavelo y para Florencia es que a su paso por la ciudad suscitó una revuelta contra los Médici que desencadenó su caída y destierro.

Esta fue la conmoción que propició la instauración de un gobierno republicano como no lo había tenido la ciudad en muchos años, un verdadero gobierno republicano inclusivo y no dominado por ningún príncipe o dinastía. No obstante, desde un principio este gobierno estuvo inspirado y guiado por el fraile ferrarés Girolamo Savonarola, a quien se le presta una especial atención en este libro no solo por su función política en el gobierno de la república, sino también porque constituyó para Maquiavelo un paradigma, la encarnación de lo que llamó un *profeta desarmado*.

Savonarola era un ferviente admirador de las instituciones políticas y de la sociedad veneciana, por lo que desde que se instauró este gobierno republicano en Florencia trató de que su constitución e institucionalidad se asemejara lo más posible al modelo veneciano. De esta manera, durante los dieciocho años que duró el gobierno republicano en Florencia, siem-

pre hubo un intenso y permanente debate acerca de la mejor manera de organizar sus instituciones políticas, con la presencia constante del referente veneciano, por eso en este libro se le presta atención a la organización y funcionamiento del gobierno veneciano, ya que no solo era admirado en Florencia y muchas otras partes de Italia y Europa, sino también porque Venecia era una potencia internacional cuya política exterior fue determinante en el ordenamiento regional del momento y jugó un papel igualmente definitorio en el destino de Florencia. Además, de todos los demás grandes Estados italianos, Venecia era el único gobierno republicano que sobrevivió al ascenso de los príncipes y señores que arrebataron el poder a los gobiernos comunales italianos característicos de los siglos XIII, XIV y XV, con lo cual su notoriedad y prestigio alcanzaron un renombre legendario.

Es 1512 el otro año de gran significación para Florencia y también para Maquiavelo. En ese año otra incursión militar, esta vez conducida por los españoles, determinó la caída del gobierno republicano, el retorno de los Médici al gobierno de Florencia y la separación de Maquiavelo del servicio público.

El año 1512 marca un antes y un después para Maquiavelo. En ese año cesa la experiencia política más importante que tuvo en su vida, al desempeñarse como secretario de la república, pero comienza su vida como autor político. Antes de 1512 Maquiavelo solo había redactado algunos escritos políticos breves, muchos de ellos oficiales, como parte de su función profesional, los cuales si bien no carecen de interés, no se equiparan a las grandes obras de pensamiento político que produjo después de 1512.

Así, desde este año, y hasta su muerte en 1527, al no tener ningún cargo público, muy a su pesar, se concentró en sus grandes escritos políticos e incluso le dedicó tiempo a los literarios, pues *La mandrágora* y varias de sus otras obras de literatura se realizaron en este periodo. A pesar de que siempre trató de reintegrarse al servicio público de la ciudad, nunca lo logró.

Aunque la mayor parte de los capítulos de este libro se han publicado ya como versiones preliminares en diferentes publicaciones nacionales e internacionales, todos ellos fueron planeados y concebidos desde el principio para formar un todo integrado y armónico que apuntara a alcanzar el objetivo que se ha mencionado en las líneas previas, dichos capítulos fueron además revisados y modificados para constituir un todo eslabonado y coherente que se presenta como un solo texto en esta edición.

1. Las raíces humanistas de Maquiavelo

Maquiavelo ocupa un lugar privilegiado en la cultura moderna; se le considera de manera casi unánime el primer pensador político moderno, aunque su comprensión e interpretación sigue dando lugar a las más encendidas polémicas. Su lugar en la teoría política moderna ha sido, es y será siempre objeto de la mayor controversia. La primera cuestión que suscita discrepancia es su identificación o ubicación en el ambiente intelectual y político del Renacimiento. Este periodo está repleto de personalidades notabilísimas en el terreno de las artes, la literatura y el pensamiento político, entre las que se encuentra evidentemente él mismo. Sin embargo, una interrogante persistente es ¿en qué sentido y por qué se le puede considerar un pensador típico del Renacimiento y, simultáneamente, qué es lo que lo distingue para ser considerado excepcional y sobresaliente?

Resulta evidente e indiscutible que el Renacimiento dejó un potente y caudaloso legado en el terreno de las artes, sobre todo en el de las artes plásticas. Podría decirse que la cultura y la sensibilidad moderna en este terreno no pueden tener un referente y punto de origen más directo, pues a la hora de señalar las obras más significativas de este periodo aparecen en primer orden las aportadas por estos genios de las artes plásticas, y aunque las obras de los humanistas no desmerecen en modo alguno, aparecen siempre con una visibilidad menor.

En este sentido, aun cuando no es tan sencillo establecer una conexión clara y unívoca, o incluso una diferenciación específica, entre los humanistas y los artistas renacentistas, pues había algunos que podrían ser considerados ambas cosas, uno de los aspectos que tenían en común de manera indiscutible era que todos ellos acudían a la Antigüedad en busca de ideas y modelos, aunque en otros aspectos hubiera cierta diferencia y distancia entre ambas mentalidades y ocupaciones.

De este modo, el Renacimiento también dejó una impronta memorable no solo en las artes plásticas, sino también en otras áreas de la actividad humana, como en la literatura, la historia y el pensamiento político. Así, aunque el brillo de Maquiavelo ha opacado nombres como el de Francesco Guicciardini, Donato Giannotti, Francesco Patrizi, Gasparo Contarini o Paolo Sarpi, no debe pasarse por alto que estos y otros muchos autores coetáneos protagonizaron y enriquecieron el pensamiento político de la época.

Sin embargo, lo que más importa en este capítulo es llamar la atención sobre el hecho de que Maquiavelo y sus contemporáneos pertenecen a una larga tradición de pensadores políticos, filósofos y literatos que tuvieron una enorme relevancia en la formación cultural italiana y europea, cuyas reflexiones y acciones modificaron gradualmente las ideas y sensibilidad de la sociedad en un sentido que permitió configurar las bases de la cultura moderna.

Maquiavelo tenía muchas cosas en común con todos estos intelectuales, sobre todo el hecho de que, como ellos, bien podía ser calificado como un humanista, más aún, un ejemplo típico de humanista. Aunque en el mundo contemporáneo el significado del humanismo ha cambiado ligeramente, para poner atención sobre todo al estudio y comprensión de la existencia integral del ser humano, lo que podríamos llamar un antropocentrismo razonado, en el siglo XVI, y desde dos o tres siglos antes, ser humanista significaba tres cosas: poseer un nivel cultural alto, lo cual implicaba tener un grado de conocimientos elevado del latín y, derivado de ello, apreciar y admirar los logros de las letras latinas clásicas, y además dedicarse a labores de enseñanza de retórica y gramática latina o bien al desempeño de un cargo público, que casi por definición requería en esa época el dominio del latín. Además, durante los siglos XIV y XV el humanismo estaba tan estrechamente asociado a los valores del republicanismo clásico que parecía un requisito ser republicano, aunque a finales del siglo XV y durante el XVI, esta correlación tendió a relajarse. Como puede verse, Maquiavelo era un ejemplo típico del humanismo, sobre todo considerando su admiración por la Antigüedad y sus convicciones republicanas tan arraigadas, lo que nunca le impidió admitir y recomendar gobiernos principescos cuando las circunstancias políticas y sociales lo requirieran, como hicieron muchos otros humanistas del siglo XVI.

Colocar a Maquiavelo dentro de esta larga tradición de pensadores humanistas no es una novedad, es un juicio ampliamente documentado por

una relevante y amplia serie de especialistas, comenzando por Hans Baron, Quentin Skinner, Eugenio Garin, Paul Oskar Kristeller y Ronald G. Witt. De ellos, tal vez los dos primeros sean los más grandes especialistas en el pensamiento político de la época y en lo que podríamos llamar el humanismo renacentista, quienes a pesar de coincidir en términos generales sobre la caracterización de este movimiento, difieren en ciertos aspectos relevantes.

No obstante, entre todos ellos se encuentra presente la convicción de que Maquiavelo se distingue por sus fuertes raíces humanistas y republicanas, lo cual ha quedado plasmado en la mayor parte de su obra.

Los primeros adelantos del humanismo renacentista

En el mundo moderno se ha aceptado sin muchos cuestionamientos que el origen e identidad de esta etapa de la historia humana, de la Modernidad, se remonta a los siglos XV y XVI, al Renacimiento, asumiendo que se trató de un alumbramiento absoluto, completamente contrastante con la etapa anterior, la Baja Edad Media. Los mismos autores renacentistas, comenzando por el propio Petrarca, se encargaron de señalar y enfatizar la diferencia de su época con la Edad Media al llamarla edad oscura, lo que dio inicio a un esquema de periodización y caracterización histórica tan aceptado y difundido como cuestionado hasta nuestros días (Ferguson, 1948: 8; Nisbet, 1973).

Sin embargo, prevalece la discusión acerca de si el Renacimiento es la única revolución cultural digna de considerar como antecedente y fundamento del mundo moderno, o bien si habría que redirigir esa atención a épocas previas, llevándola incluso hasta el llamado renacimiento carolingio, el movimiento cultural que se identifica con esta dinastía, que va del siglo VIII al X, y alcanza su máxima expresión en el reinado de Carlomagno, del 768 al 814 (Nieto, 2016).

Aun cuando se conoce e identifica como renacimiento carolingio, en realidad las características más prominentes de ese periodo se produjeron con Carlomagno, quien con base en su propio reinado no solo reconstruyó el Imperio de Occidente en el año 800, sino que además estableció una sólida alianza con el papado a partir del sometimiento de los lombardos, que asediaban, acosaban y no daban tregua a Roma. Además, emprendió una novedosa y eficiente organización administrativa de su Estado y del Imperio en su conjunto y, gracias a la guerra que emprendió contra los musulmanes, contribuyó decisivamente a la formación de la identidad y conciencia cultural de Occidente, que por entonces tenía

su basamento más sólido en el cristianismo, pero que ya comenzaba a diferenciarse notablemente por muchos otros rasgos culturales. Sin embargo, como es bien sabido, Maquiavelo siempre fue un duro crítico del papado y la Iglesia, por lo que también condenó en más de una ocasión la alianza del papado con el emperador, ya que para él este fue el origen del desgarramiento interno de la península y del engrandecimiento del poder temporal de la Iglesia (Maquiavelo, 2009: 42; Eco, 2016; Nieto, 2016).

De este modo, lo que se entiende normalmente como renacimiento carolingio no solo coincide con el reinado de Carlomagno, sino que sus rasgos más distintivos podrían considerarse iniciativas directas de este. Para empezar, ordenó la creación de una escuela en cada catedral, con el fin de que el conocimiento no estuviera circunscrito a los monasterios, como hasta ese momento ocurría (Paul, 2003). Ciertamente esta iniciativa no quitaba el carácter eclesiástico que tenía todo el conocimiento en ese momento, pero al menos lo divulgaba entre una parte más amplia de la sociedad. Del mismo modo, estas escuelas tenían como misión básica la enseñanza y difusión de la lengua latina, el depósito y vehículo del conocimiento a lo largo de toda la Edad Media. Además, emprendió una importante reforma gráfica que tenía como propósito crear un tipo de letra alternativa a la letra gótica, tan difícil de trazar como de distinguir, cuyo dibujo fuera más sencillo y por eso mismo más fácilmente legible, origen de la llamada *minúscula carolingia*, el antecedente más directo e importante de la letra humanista que se desarrolló a principios del siglo XV y que constituyó uno de los mayores impulsos en la difusión de la cultura escrita y en la posterior creación de la imprenta (Sampson, 1997: 161; Haskins, 1957: 47; Kraye, 1998: 22, 78).

En otro sentido, Carlomagno también dio un paso muy importante en el mecenazgo cultural, pues llamó y nombró como asesor a Alcuino, entonces obispo de York, a quien había conocido en Italia. Alcuino se convirtió en un personaje muy relevante de esta transformación cultural, pues no solo fue el promotor de la creación de la minúscula carolingia, sino que diseñó un método de enseñanza del latín basado en el estudio e imitación de los autores clásicos latinos, el cual si bien se concentraba en tomar de estos los ejemplos y modelos lingüísticos formales, contribuyó decisivamente para que a partir de entonces se reparara con más atención en sus ideas y espíritu. Más aún, convirtiéndose en la figura más prominente de la corte de Carlomagno, podría decirse incluso que inspiró en buena medida la idea del imperio cristiano medieval, una idea que

germinó vigorosamente en *De monarchia* de Dante (Eco, 2016: 537-539; Kristeller, 2005; Le Goff, 2018: 78-81).

Tomar el renacimiento carolingio como un antecedente del Renacimiento del siglo XV no está libre de cuestionamiento y polémica. Hay quienes cuestionan la pertinencia misma de identificar un periodo histórico o un movimiento cultural distinguible en esa época, al plantear que no tiene gran diferencia con el periodo precedente ni con el posterior. Incluso un historiador tan reconocido como Henri Pirenne duda de que el renacimiento carolingio pueda ser considerado un antecedente del Renacimiento del siglo XV, pues en tanto este tuvo un carácter eminentemente laico, aquel tenía un carácter eclesiástico; mientras este buscaba impregnarse del pensamiento antiguo y reproducirlo, el otro buscaba tan solo modelos estilísticos (Pirenne, 2012: 67).

Una repercusión colateral indiscutible de este renacimiento carolingio fue el gran desarrollo político y cultural de la ciudad de Aquisgrán. Al elegir esta ciudad como sede de su Imperio, Carlomagno propició que todo el desarrollo cultural que promovió se alejara de las ciudades del sur de Europa que, tradicionalmente, desde la Antigüedad, habían sido los centros de cultura y civilización. Este desplazamiento geográfico influyó sin lugar a dudas para que en los siguientes siglos varias ciudades del norte de Francia, relativamente cercanas a Aquisgrán, se desarrollaran culturalmente con gran vigor (Fédou, 1977; Haskins, 1957; Kraye, 1998).

Si sobre la pertinencia de identificar un antecedente del Renacimiento italiano en el renacimiento carolingio puede haber duda u objeción, de lo que no hay duda es de que el llamado renacimiento del siglo XII tuvo repercusiones directas e importantes, al grado de que hay quienes no ven rupturas ni discontinuidades notables en estos dos movimientos (Haskins, 1957). El llamado renacimiento del siglo XII se desarrolló sobre todo en algunas ciudades del norte de Francia, como Chartres, Orleans y París. Muchos de los grandes humanistas e intelectuales italianos de la época vivieron en Francia o tuvieron algún contacto importante con la cultura francesa, como lo ejemplifican Francesco Petrarca, que vivió y estudió en Aviñón y Montpellier; Marsilio de Padua, que completó su educación en París y de cuya Universidad llegó a ser rector, o Bruneto Latini, que pasó largos años de exilio en el sur de Francia.

La ciudad de Chartres fue sede de la prestigiosa Escuela de Chartres, en donde destacaron varios filósofos y científicos, muchos de ellos estudiosos del mundo clásico. Una de las figuras más relevantes de esta escuela

fue Juan de Salisbury, autor del reconocido *Policratus*, uno de los tratados políticos medievales que más énfasis puso en el imperativo de la equidad de la ley, al grado de justificar la resistencia al tirano cuando este no la respetara (Kantorowicz, 1985: 99; Haskins, 1957: 101).

Fue en Chartres y en otras boyantes ciudades del norte de Francia en donde se afirmó el estudio de las artes liberales característico del mundo medieval, las artes accesibles a los hombres libres, a los hombres que tenían el tiempo y los recursos no solo para aprender latín y estudiar los textos clásicos, sino que podían ejercer libremente su ocio y pensamiento; quienes no estaban condenados a practicar las artes serviles, las ejercidas por los sirvientes y esclavos, cuyo pensamiento estaba condenado a la simplicidad e inmediatez. El aprendizaje de las artes liberales estaba basado en la separación del *trivium* y el *quadrivium*. El *trivium* consistía en el estudio de la retórica, la dialéctica y la gramática, o sea, en la profundización del estudio del latín, base y condición para la incursión en el *quadrivium*, la parte más especializada y científica de las artes, compuesto por la aritmética, la geometría, la astronomía y la música. Estas últimas, las consideradas artes científicas, requerían un mayor conocimiento y dominio del latín, un privilegio que solo muy pocos tenían en la sociedad medieval, y constituían el nivel de estudios más alto de las universidades de la Edad Media, una distinción contra la que se rebelarían muchos humanistas medievales y renacentistas (Le Goff, 1993: 201-233).

Además, muchos humanistas del Renacimiento se rebelaron contra la institucionalidad académica medieval, no solo por su escolasticismo, sino también por su nacionalidad. Esto se debía a que el gran desarrollo de las letras y de la filosofía en las ciudades del norte de Francia incomodaba al siempre vivo patriotismo italiano, de modo que si en lo concerniente al desarrollo cultural europeo hubo cierta continuidad entre Francia, Alemania e Italia, en términos de inclinación académica y patriotismo existió una considerable ruptura. De este modo, las ideas sobre el oscurantismo que algunos humanistas italianos se habían formado acerca de la Edad Media, se debían sobre todo al contraste que observaban de su época con el pasado reciente de la península italiana, de muy escaso desarrollo intelectual, lo que no había sido así en los hechos en el resto de Europa, sobre todo en Francia, donde hacía siglos que se registraba una gran efervescencia cultural (Skinner, 1993; Paul, 2003).

A pesar de que el renacimiento del siglo XII tuvo lugar primordialmente en el norte de Francia, en Italia hubo también dos sedes de gran

florecimiento, Montecassino y Bolonia. En la abadía de Montecassino se desarrolló con gran vigor el arte del dictamen, *ars dictaminis* o arte de escribir cartas, una técnica y ocupación que tendría gran relevancia para el humanismo renacentista, pues dio origen a varias generaciones de *dictadores*, quienes fueron fundamentales en el regreso al estudio y análisis de los autores latinos clásicos.

Estos *dictadores* llevaron el arte de escribir cartas a un nivel de sofisticación y rigor técnico notable, creando una estructura a la que debían apegarse las cartas, sobre todo las oficiales, formada de cinco secciones cuyo contenido y cometido estaban muy bien especificados. En esta tradición ocupa un lugar distinguido Alberico de Montecassino, quien legó varios tratados sobre este tema y dejó constancia del grado de avance que se había logrado en la materia, lo cual fue fundamental para el posterior desarrollo que tuvo en Bolonia (Kristeller, 1982: 44; Haskins, 1957: 140). El mismo Maquiavelo da cuenta de la importancia que todavía se confería en su época al *ars dictaminis*, pues en una carta de 1522 dirigida a su amigo Rafael Girolami, que había sido designado embajador en España, le hace ver la importancia que tienen los comunicados oficiales y se explaya en la explicación de aspectos muy específicos de este tipo de cartas (Maquiavelo, 2013a: 254-258).

Un poco después y un poco al norte de Bolonia, en Padua, aparecieron dos grandes autores, dos personajes que desde algunas perspectivas bien podrían considerarse los primeros humanistas: Lovato dei Lovati (1241-1309) y su discípulo Albertino Mussato (1261-1329). Lovato dei Lovati fue uno de los primeros humanistas italianos que iniciaron y recomendaron la aproximación directa a los clásicos latinos, y contribuyó a la consolidación del método crítico para su estudio y análisis, al sentar las bases sobre las que después trabajaría Petrarca. Lovati fue un duro crítico de la sociedad nobiliaria de su época, una actitud que seguramente recogió su discípulo Mussato, autor de la célebre tragedia *Ecerinis*, que muy bien puede considerarse el primer manifiesto humanista contra la tiranía, pues presenta al protagonista de la obra, Ezzelino da Romano (1194-1259), tirano de Verona y Padua, como un hombre violento y reprobable, enemigo de las libertades comunales, al cual el mismo Dante colocó en el infierno en el Canto XII de la *Divina comedia* (Mazzocco, 2006: 22; Kraye, 1998: 27).

Ambos, así como el célebre Marsilio de Padua (1275-1343), son una muestra evidente de la gran ebullición cultural que entonces había en la

ciudad, al grado de convertirla en otro foco de desarrollo cultural, que enmarca la constitución de su prestigiosa Universidad en 1222.

De este modo, la gran trilogía de escritores florentinos de los siglos XIII y XIV formada por Dante Alighieri (1265-1321), Francesco Petrarca (1304-1374) y Giovanni Boccaccio (1313-1375) se conecta directa y secuencialmente con esta corriente de pensamiento humanista, y viene a desbordar la escena cultural al grado de que muchos especialistas consideran a Petrarca, y no a Lovati, como el primer gran humanista (Ferguson, 1948: 26; Morrás, 2000: 13, 53; Vespasiano, 1963: 14). El protagonismo y legado de esta tríada de grandes autores en la cultura italiana lo acredita el propio Maquiavelo, pues no solo reconocía su grandeza, sino que eran sus autores recurrentes, favoritos, cotidianos (Maquiavelo, 2013a: 80, 135, 162).

Petrarca no solo fue un acucioso lector de los clásicos latinos, sino que compartió con los humanistas de su época el rechazo y repudio a los tiranos, al grado de que su célebre poema épico *África* critica abiertamente a los emperadores romanos; comparte el espíritu de Mussato y sienta las bases del espíritu republicano renacentista, preparando de este modo el terreno para obras como la *Laudatio florentinae urbis* (*ca.* 1403) de Leonardo Bruni, que puede considerarse sin duda alguna el himno más reconocido del *humanismo cívico* (Petrarca, 2013; Toffanin, 1953: 213; Mazzocco, 2006: 215-242). En este sentido, Petrarca escribió también una vibrante arenga *A los romanos*, en donde dice, por ejemplo "Y como ahora veis, en todas partes y con igual ansia, Italia finalmente despierta, grita por la libertad, pide la libertad con las armas y con su valor", una emotividad y patriotismo que repercuten con toda claridad en la arenga con la que Maquiavelo concluyó *El príncipe* (Maquiavelo, 2010: 160; Garin, 2012: 46; 2008: 26).

A pesar de las cumbres que alcanzaron las letras italianas de la mano de estos tres grandes, no podría decirse que en conjunto formaron un bloque que cimentara y protagonizara el desarrollo del humanismo, pues a excepción de Petrarca, ni Dante ni Bocaccio podrían considerarse propiamente precursores del humanismo: Boccaccio no trató especialmente los temas caros al humanismo, y podría decirse que el mismo Dante está considerado más como un representante del pensamiento medieval que del humanismo renacentista, lo cual obviamente no resta nada a su calidad y logros literarios. Más aún, a pesar de reconocer sus enormes méritos literarios, Maquiavelo recriminó a Dante su poco patriotismo y su

poco compromiso republicano con su tierra natal, Florencia. Es sintomático y revelador que su *Diálogo en torno a nuestra lengua*, un escrito muy peculiar dentro de su producción teórica, lo dedicara específicamente a la crítica y refutación de algunas ideas de Dante sobre la lengua florentina, ideas que consideraba poco patrióticas (Maquiavelo, 2012).

Para fines del siglo XIV y principios del XV sobrevino una generación de grandes y brillantes humanistas como Coluccio Salutati (1331-1406), Leonardo Bruni (1369-1444), Poggio Bracciolini (1380-1459), Leon Batista Alberti (1404-1472), Matteo Palmieri (1406-1475), Lorenzo Valla (1405-1457), Francisco Barbaro (1390-1454), Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494) y un largo etcétera (Skinner, 1993; Baron, 1966; Garin, 1984: 75-105).

Como puede verse, esta larga y continuada serie de reconocidos humanistas ha dado origen a una de las polémicas más pertinentes y fructíferas sobre este tema, protagonizada en primera línea por Hans Baron y Quentin Skinner, tal vez los dos más grandes especialistas en esta materia.

En su clásico estudio *The Crisis of the Early Italian Renaissance* (1955), Hans Baron (1966) planteaba que al inicio del siglo XV se produjo un movimiento de grandes humanistas italianos que se caracterizaron por su patriotismo y republicanismo, por lo que acuñó el concepto *humanismo cívico* para referirse a este movimiento intelectual (Baron, 1966).

Baron identifica incluso de manera exacta el cenit de esta transformación y señala el año 1402 por ser crucial tanto en la historia política como en la historia cultural de Florencia. En ese año fue cuando Florencia enarboló triunfalmente los valores e instituciones republicanas al vencer a las tropas de Gian Galeazzo Visconti, quien no solo personificaba la amenaza expansiva territorial de Milán, sino que representaba simultáneamente los valores e instituciones del gobierno señorial y tiránico que ya había consolidado el duque al interior de su Estado, por lo cual el acontecimiento tuvo un notable valor simbólico (Baron, 1966: 191-211).

Esa experiencia apoteósica y heroica de Florencia inflamó no solo la vena patriótica y militar de la ciudad, sino que sentó las bases de instituciones políticas inéditas al destacar las cualidades y virtudes de los florentinos, así como las bondades y potencialidades de los ideales republicanos.

Baron plantea y defiende la idea de que estos acontecimientos históricos fueron los que inspiraron y alentaron la concepción y escritura de la *Laudatio florentinae urbis* de Leonardo Bruni, que debió escribirse entre 1403 y 1404, un documento fundamental en la historiografía de la lite-

ratura republicana y el texto que puede considerarse seminal en la construcción de la teoría del humanismo cívico de Hans Baron (1966: 223).

No obstante, tiempo después Quentin Skinner documentó en *Los fundamentos del pensamiento político moderno* (1978) que no era en los albores del siglo XV cuando había que ubicar el desarrollo de este tipo de humanismo, sino que muy bien podía y debía remontarse hasta el siglo XII, con la profusión de los *dictadores* y el auge general del *ars dictaminis*; ahí menciona y refuta explícitamente la tesis de Baron (Skinner, 1993: 47).

Skinner hace notar que desde el siglo XII existió una importante cultura y conciencia de la defensa de la libertad republicana, la cual adquirió mayor fortaleza a partir del siglo XIII. Explica cómo en esta época se desarrolló con gran vigor el estudio de la retórica latina, que no solo implicaba modelos formales de escritura y discurso público, sino que llevaba imbuida la defensa de la libertad republicana que existía en muchas ciudades italianas.

Aunque Skinner brinda como ejemplos ilustrativos de esta cultura a Albertino Mussato y al cronista Dino Compagni, en realidad basa fundamentalmente su argumentación en Brunetto Latini y sus *Libros del tesoro*, texto compuesto alrededor de 1260, sobre el cual apoya su tesis de que ya desde esta época había un gran vigor y conciencia de la defensa de la libertad republicana en Florencia y otras ciudades italianas (Skinner, 1993: 43-69).

Interceciendo implícitamente en este debate, Maurizio Viroli explica cómo a lo largo de esta época, sobre todo a partir del siglo XIII, ocurre una transformación del pensamiento político y también se modifica el lenguaje político, pues si bien los humanistas de este periodo hablaban de la *política* como de esa noble actividad de organización de la vida republicana, entendiendo por república "la comunidad de individuos que viven conjuntamente de acuerdo a la justicia y bajo el gobierno de la ley" (Viroli, 1994: 5), la literatura política del siglo XVI ya no habló de *política* sino de *razón de Estado*, para referirse así al hecho de que entonces los gobernantes y sus consejeros estaban solo interesados en las bases y operación de los instrumentos para la conquista y conservación del poder político, sin que contaran consideraciones éticas o valorativas (Viroli, 1994: 155-184).

De las múltiples interpretaciones e implicaciones que tienen una y otra postura, destaca el hecho de que mientras la opinión de Hans Baron exalta y destaca la intensidad, localización y tempestuosidad del humanis-

mo renacentista de principios del siglo XV, Skinner contempla el desarrollo de este movimiento como una tendencia de larga duración, como una transformación cultural que necesitó varios siglos para madurar y aflorar (Garin, 2008; Mazzocco, 2006).

Arte y oficio de los humanistas

En la perspectiva de Skinner, los humanistas renacentistas son los herederos directos de los *dictadores* medievales y además, entre los siglos XII y XV, continuaron su actividad al grado de convertirla en una tradición, aunque como se ha visto, desde el punto de vista de Baron hay una sustitución más abrupta, un brote más localizado a principios del siglo XV.

En un caso y otro, y atendiendo a los estudios realizados por muchos estudiosos, como Eugenio Garin y Paul O. Kristeller, los vínculos y semejanzas entre los humanistas renacentistas y los *dictadores* medievales son evidentes y múltiples, incluida en buena medida su posición social y el tipo de actividad ocupacional que desarrollaban. Marsilio Ficino (1433-1499), el fundador y guía de la Academia Platónica de Florencia, y probablemente el filósofo más significativo de la época, decía refiriéndose al momento cultural que vivía la ciudad: "Este siglo, en efecto, como áureo, ha vuelto a traer a la luz a las artes liberales ya casi desaparecidas, la gramática, la retórica, la poesía, la oratoria, la pintura, la escultura, la arquitectura, la música y el antiguo sonido de la lira órfica. Y eso en Florencia" (Garin, 2012: 89).

Así como en la época de la república de Roma la retórica tuvo un gran desarrollo debido a la práctica y la necesidad de hablar en público, de hacer discursos y proclamas con el propósito explícito de exponer ideas y propuestas para convencer al auditorio de llevarlas a cabo (Maquiavelo, 1988: 27-67); en la época del imperio las cosas cambiaron sustancialmente, la retórica pareció perder sentido, las decisiones políticas ya no tenían lugar en el espacio abierto, ya no se producían a partir de la interacción entre el orador y la asamblea, sino que se trasladaron a otro espacio, al gabinete del emperador, en el cual ya no valía tanto la retórica, sino la expresión escrita, las instrucciones dadas por el emperador a la ciudad y a todos sus dominios (Kraye, 1998: 24).

En los últimos años del imperio y durante varios siglos posteriores a su caída, la Iglesia fue la única organización que siguió valiéndose del discurso público, con el fin de persuadir e incidir en una vasta audiencia, aunque no con propósitos políticos, sino meramente religiosos (Le Goff, 1993).

Al pasar del tiempo y con el cambio de la fisonomía estatal, la retórica fue sustituida en buena medida por el *ars dictaminis*, el arte de escribir cartas. Luego de la turbulencia, desorganización y reacomodo de los siglos V a VIII, coincidente con el periodo merovingio —que imposibilitó el ejercicio de la retórica y de casi cualquier intercambio cultural de alguna complejidad—, no se recuperó cierto orden hasta la restauración del imperio por Carlomagno en el año 800 y la consecuente recuperación del papado. La reorganización administrativa que impulsó Carlomagno estabilizó la vida social y política del imperio, y además permitió darle un fuerte impulso al latín, pues las necesidades de comunicación con los territorios del imperio y con el resto de los Estados europeos requirieron una lengua franca (Pirenne, 2012).

Con la reactivación económica y política, el latín no solo recuperó la importancia educativa y cultural que ya tenía, sino que acentuó su relevancia para los fines del comercio, la administración, las relaciones internacionales y la organización eclesiástica. Sin duda, uno de los textos humanistas más ilustrativos de la importancia de la lengua latina en la época renacentista fue las *Elegancias* de Lorenzo Valla, en donde analiza las enormes repercusiones históricas, políticas, literarias y culturales del latín (Morrás, 2000: 75-96).

De manera que estos nuevos requerimientos de la vida social y política exigieron la presencia de personas que supieran latín y que tuvieran una preparación importante en gramática, retórica y dialéctica, las famosas artes liberales del *trivium*, pero que también tuvieran conocimientos de derecho, sobre todo del corpus jurídico más importante del que hasta entonces había dispuesto la humanidad, el derecho romano, única tradición jurídica a la cual podía recurrir la sociedad medieval. Por la escasa información biográfica que se tiene de la juventud de Maquiavelo, no se puede inferir que haya estudiado derecho, pero lo que sí se puede establecer con toda certeza es que su padre era un doctor en derecho y que poseía una pequeña biblioteca sobre la materia, de la cual hacía uso frecuente el propio Nicolás (Capponi, 2010; Ridolfi, 1961; Villari, 1958).

Así fue como a la par que se instituyeron las funciones y ocupaciones de los *dictadores* medievales, estos miraron en retrospectiva hacia la Antigüedad romana como parte de una peculiar curiosidad intelectual, un mero recuerdo nostálgico o una moda para satisfacer egos y vanidades, pero también se dirigieron a ella en busca de modelos, de ejemplos y de fórmulas expresivas que ya habían funcionado en el pasado, que ya ha-

bían probado su efectividad. Como dice Kristeller, los intereses intelectuales de los humanistas no se dirigieron a la teología ni a la filosofía, de las que renegaron de múltiples maneras, sino a la literatura latina (Kristeller, 1982: 40). Así lo ejemplifica con claridad Maquiavelo, quien en una famosa carta dirigida a su amigo Francesco Vettori el 10 de diciembre de 1513 le comenta cómo pasa las tardes entretenido leyendo a los antiguos, y cómo a partir de las notas y comentarios que ha escrito ha podido crear su libro *El príncipe*. Metodología muy similar a la que siguió para escribir su otro gran libro de teoría política, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (Maquiavelo, 2010, 2013a).

Las monarquías europeas y las repúblicas italianas medievales requirieron una gran cantidad de diferentes servidores públicos, notarios, senescales, cancilleres, embajadores, pedagogos, etc., un conjunto de servidores que necesitaban valerse de la lengua escrita, que de un modo u otro tenían que escribir comunicaciones y aprender por lo tanto las bases del *ars dictaminis*, el arte de los dictadores. Aun cuando muchos grandes humanistas fueron clérigos o pasaron por los claustros, podría decirse que al paso del tiempo su profesión se fue secularizando y que adquirieron una mayor conciencia corporativa y profesional al contrastarse con la anterior élite intelectual y cultural, con los escolásticos y clérigos cultos, muchos de ellos servidores de un Estado medieval tiránico repudiado por varios de los más grandes humanistas y por el mismo Maquiavelo, quien en diferentes escritos mostró su rechazo y desprecio por los clérigos (Mazzocco, 2006: 37-71; Kraye, 1998: 24; Viroli, 2012).

De modo que para todos ellos la educación clásica dejó de ser un privilegio y se convirtió en un recurso profesional, una necesidad laboral y un surtidor ideológico. En la vida pública de muchos de estos Estados medievales se volvió hasta cierto punto familiar no solo el uso del latín, sino el conocimiento de muchos de los personajes, instituciones, ideas y hechos de la antigua Roma, lo que hizo del arte y la profesión de los dictaminadores algo imprescindible, que Maquiavelo demuestra palmariamente en sus obras más importantes al recurrir a ejemplos tanto contemporáneos como antiguos.

El gran humanista que fue Eneas Silvio Piccolomini, tal vez más conocido como Pío II (1458-1464), el nombre que asumió cuando se convirtió en papa, lo reconocía de esta manera: "Por muchas cosas es digna de alabanza la sabiduría de los florentinos, pero sobre todo por su costumbre de no prestar atención, en el momento de elegir a su canciller, a

la sabiduría jurídica, como lo hacen en muchas ciudades, sino a la capacidad oratoria y a lo que llaman estudios de humanidades" (Garin, 2012: 68).

Una idea muy similar a la que se encuentra en una interesantísima carta de Leonardo Bruni, en donde expone un principio y convicción medular en sus planteamientos y de gran relevancia para el humanismo en su conjunto, pues afirma y explica que la literatura puede ser una base mucho más sólida que el derecho para cimentar la virtud y el buen juicio de los hombres (Garin, 2012: 68, 103; Hankins, 2000).

Vida contemplativa y vida activa

En marzo de 1513, al ser liberado de la prisión que durante casi un mes le habían impuesto los Médici, debido a su supuesta pero falsa participación en una conspiración que se tramaba en su contra, Maquiavelo marchó a su quinta de Sant'Andrea en Percussina, a las afueras de Florencia, con el propósito de recluirse ahí y aislarse de todo lo que tuviera que ver con el mundo exterior. No obstante, apenas al mes siguiente, le confesaba a su amigo Francesco Vettori su malestar por la ociosidad e inactividad a que se había condenado, comentándole sentirse consumir en ese aislamiento. A raíz de ello, inició con su amigo una intensa y apasionante correspondencia relacionada principalmente con los problemas políticos de Florencia y con la situación internacional europea en ese momento, lo que constituyó sin duda alguna el primer indicio y ensayo de la posterior proyección y redacción de *El príncipe* (Ridolfi, 1961; Capponi, 2010; Maquiavelo, 2013a).

En efecto, Maquiavelo era un hombre con una arraigada y persistente vocación pública, un hombre de acción política, un individuo cuya existencia cotidiana y, sobre todo, cuyo pensamiento político y social, estaba inspirado en la *vida activa* que tanto ensalzaron los humanistas de su tiempo (Pocock, 2002; Wood, 1972; Águila y Chaparro, 2006: 40).

Los humanistas del Renacimiento asumieron que el modelo de vida para el ser humano debía ser la *vida activa*, la vida de esfuerzo, trabajo y empeño; para ellos, la naturaleza del ser humano no podía expresarse mejor que por medio del *homo faber* (Garin, 2012: 212). Un modelo de vida basado en la utilización intensiva de la fuerza física e intelectual del ser humano, una disposición que no solo lo reconciliaba y fundía con su entorno físico, sino también con su medio social, haciéndolo parte abigarrada de la actividad humana, insertándolo en la vorágine de la interac-

ción social con muchos otros individuos (Arendt, 1998; Chastel y Klein, 1971: 40).

Desde el principio de la Edad Media comenzó a difundirse y normalizarse el modelo de la *vida contemplativa*, un estilo de vida que implicaba casi siempre un alejamiento de la vida social, un distanciamiento con respecto al torbellino de pasiones y emociones que conllevan las relaciones humanas y del cual muchos de sus participantes se apartan y huyen. En vista de eso, el cristianismo predicó como el mejor modo de vida posible el ascetismo, el aislamiento y el retiro del individuo a su mundo interior, único medio para mantenerse inmune frente a la corrupción del mundo exterior y para alcanzar la paz espiritual. Maquiavelo ensalzaba la religión romana por animar el arrojo y esfuerzo de los hombres, mientras reprochaba al cristianismo su prescripción ascética y pasiva, decía "la religión antigua, además, no beatificaba más que a los hombres llenos de gloria mundana, como los capitanes de los ejércitos o los jefes de las repúblicas. Nuestra religión ha glorificado más a los hombres contemplativos que a los activos" (Maquiavelo, 1988: 198).

De este modo, la reclusión y el enclaustramiento que promulgó el cristianismo como mejor modelo de vida se convirtió en la forma más radical de distanciamiento y retiro de la vida social, de renunciación a los placeres y tentaciones de la vida mundana y, sobre todo, de separación del ámbito público, es decir, un camino de santidad y comunión divina.

San Agustín ya había hecho la distinción entre la vida activa y la vida contemplativa, pero no las había concebido como excluyentes, consideraba que ambas formaban parte de un mismo proceso, que eran dos etapas por medio de las cuales se constituían la voluntad y la sabiduría. Ciertamente, San Agustín condenó el apetito de gloria y admiración, no veía en ello ninguna otra cosa más que vicio y depravación, pero eso no significaba exactamente una condena absoluta sobre la vida activa (Bonnell, 1966; McNair, 1994).

En su origen, el cristianismo estuvo inspirado por un profundo espíritu comunitario, de cooperación fraterna, sin embargo, desde un principio también, hubo ciertas tendencias eremíticas, ciertas inclinaciones al aislamiento y la separación que ni siquiera le eran exclusivas, pues ya otras religiones orientales lo habían practicado. No obstante, fue con el cristianismo como esta práctica se institucionalizó, el monástico construyó su monasterio, se convirtió en un individuo sometido a una regla, se integró a un clero regular (Pacaut, 1989; Rapetti, 2013).

Este desarrollo institucional del ascetismo propició la distinción y separación de la vida activa con respecto a la vida contemplativa, y lo que en ciertas circunstancia había formado un binomio inseparable, una relación dialéctica, se convirtió en una ecuación asimétrica, en donde se antepuso y sobrevaloró el modo de vida contemplativo, que requirió como condición y necesidad el cercenamiento de todo vínculo social, la ruptura de todo contacto con el mundo material, para sustituirlo por un vínculo celestial y divino. Como dice Coluccio Salutati, el gran humanista y canciller de la república de Florencia en el siglo XIV, en una de sus cartas más difundidas:

> No creas, ¡oh mi peregrino!, que huir de la gente, evitar la vista de las cosas placenteras, encerrarse en un claustro o apartarse a un yermo constituya el camino de la perfección… la vida activa de la que huyes debe ser practicada, ya sea por ejercitar la virtud, ya por la necesidad de amor. En realidad, como dijo Aristóteles, es mejor filosofar que enriquecerse, pero filosofar no ha de ser elegido por aquel que esté falto de lo necesario para ello (Garin, 2012: 139-141).

Burkhardt señaló el individualismo como una de las bases más importantes del Renacimiento, pero era un individualismo que significaba principalmente la singularidad de los sentimientos individuales, posible y edificante solo entre y frente a otros individuos.[1] Más aún, para Burkhardt, el tipo de individualismo renacentista tenía la peculiaridad y potencialidad de conducir al cosmopolitismo, que no es otra cosa sino afirmar la pertenencia del individuo a la comunidad humana, no solo a su comunidad local, sino a la extensión más amplia de la comunidad de todo el género humano, o sea el humanismo llevado a su máxima expresión. Un ideal cosmopolita que adquiriría mayor fuerza todavía un par de siglos después, en los destellos iluministas, y que sigue siendo en la actualidad una de las concepciones más promisorias del humanismo (Burkhardt, 1984; Arendt, 1998).

Los humanistas del Renacimiento enfrentaron el desafío de la vida contemplativa propuesto por el mundo medieval y cristiano, al anteponer el modelo de vida activa recuperado de los romanos y potenciado

[1] Aunque hay prácticamente un consenso generalizado en asociar el individualismo con el Renacimiento, y en consecuencia con la modernidad, hay quienes encuentran gérmenes o indicios de individualismo desde el siglo XII (Black, 1996: 47-48).

por ellos mismos. Algunos humanistas adoptaron incluso una visión más equilibrada, admitiendo la necesidad de ambas actitudes en el espíritu y pensamiento humanos.

Sin dejar de considerar la pertinencia y relevancia de la vida contemplativa, los humanistas pusieron énfasis en la parte activa del espíritu humano, más aún, asumieron plenamente que las condiciones de la vida del hombre y su destino futuro dependían por completo de sí mismo, que él era el origen y fin de su propia acción. Así, en uno de los documentos más significativos del humanismo, el *Discurso de la dignidad del hombre*, Giovanni Pico della Mirandola puso en boca de Dios las siguientes palabras dirigidas al hombre "No te he creado ni celestial ni terrenal, ni mortal ni inmortal, para que a modo de soberano y responsable artífice de ti mismo, te moldees en la forma que prefieras" (Morrás, 2000: 99). De esta manera, la mayor parte de los humanistas glorificaron al *homo faber*, al hombre que hace y se hace a sí mismo. Asumieron así, en palabras de Leon Battista Alberti, que los hombres son la causa de todo su bien y todo su mal, con lo que establecieron un paradigma sobre la virtud y la fortuna que sería uno de los rasgos más significativos del pensamiento de Maquiavelo (Mansfield, 1998).

La misma idea de la fortuna, que en la mitología romana era una diosa singular, dominante de la voluntad humana, en los humanistas no solo pierde ese carácter ontológico divino para convertirse en simple circunstancia y contingencia humana, sino que además deja de colocarse por encima de la voluntad y se presenta, al menos parcialmente, a su alcance.

La idea de virtud dio así un vuelco completo: ya no se atribuiría a un hombre pasivo y aislado, eminentemente contemplativo que trata de comunicarse y proyectarse hacia un mundo suprahumano; sino que ahora debía atribuirse al hombre activo, esforzado, empeñoso, al hombre dispuesto a enfrentar la fuerza de la naturaleza y sobreponerse a ella. En su *Contra la astrología*, Pico della Mirandola lo expresaba también de esta manera proverbial "más grandes que los milagros del cielo son los del espíritu […] nada hay aquí abajo más grande que el hombre; y en el hombre nada hay más grande que su espíritu y su alma". Así, la idea de virtud dejó de ser esa actitud de retraimiento del mundo exterior, de ensimismamiento espiritual, para transformarse en un recurso útil, práctico, efectivo (Belaval, 1974: 64).

La idea de virtud de los humanistas no era nueva, en realidad es el más claro ejemplo del renacer de una idea antigua, de una idea de la An-

tigüedad romana clásica, cuando la virtud atribuida y reconocida en los seres humanos era aquella conducta valerosa y porfiada de los individuos, una actitud tendiente a incidir en la vida social, a resolver problemas o enfrentar desafíos, por lo cual era valorada y apreciada socialmente (Viroli, 2001).

La vida activa del individuo tenía repercusión en el ámbito laboral, industrioso, material, pero sobre todo en la vida social y, de manera preponderante en la vida pública, en el *vivere civile*, una expresión tan significativa en el pensamiento de Maquiavelo (Pocock, 2002:140; Wood, 1972). Leonardo Bruni iniciaba el "Proemio" de su muy conocido *Diálogo a Pier Paolo Vergerio* con estas palabras: "Es antiguo el dicho del sabio que dice que para ser feliz el hombre debe tener ante todo una patria ilustre y noble" (Garin, 1976: 45).

Por esta razón, los humanistas concedieron más atención y relevancia a la retórica que a la filosofía, voltearon su mirada no a sus antecesores intelectuales inmediatos, los filósofos medievales, sino que se dirigieron más atrás, hasta los antiguos retóricos romanos. La vida pública que buscaban revivir colocaba a la retórica en una posición relevante, la volvía a hacer pertinente y necesaria; porque volvía a ser posible y deseable dirigirse al gran público, al conjunto de la comunidad, con el fin de persuadir, convencer y alcanzar un propósito colectivo. Con mucha frecuencia se empalma incluso el rechazo a la filosofía atribuido al humanismo con el antiaristotelismo renacentista, lo cual se debe en buena medida a que Aristóteles y la filosofía en general se asociaban estrechamente a la escolástica medieval, lo cual explica en buena medida la inclinación a la retórica y el retorno a Platón de algunos humanistas (Toffanin, 1953; Kristeller, 1982: 52-92). No obstante, aun cuando existía en alguna medida esta reticencia y desagrado, esta crítica y cerrazón, tal rechazo no era absoluto. Un texto muy ilustrativo de la percepción que tenían los humanistas de la filosofía lo ofrece Angelo Poliziano, consejero de Lorenzo el Magnífico y uno de los humanistas del Quattrocento más renombrados, que en su escrito *Lamia: La bruja,* ofrece no solo una breve introducción al pensamiento de Aristóteles, sino una descripción muy vivaz de lo que significaba ser un filósofo en esta época (Santidrián, 2007: 93-124; Geuna, 2006).

Así, de los múltiples usos que se le dio a Platón en el Renacimiento, este fue uno de los más relevantes, pues así como planteó en *La república* que el timón del Estado debía ser confiado a un hombre sabio, debía entenderse con ello que la sabiduría estaba mejor empleada si se usaba para

el bien social; no para encerrarse en el claustro, sino para servir a la comunidad y mejorar así la vida pública.

En abierto contraste con la Edad Media, la *vida activa* que ponderaron los humanistas se proyectaba al ámbito económico, a los bienes materiales y la riqueza. Si bien Isidoro de Sevilla había condenado la acumulación de dinero como un pecado capital y Francisco de Asís había exaltado y sacralizado la pobreza, proponiéndola como el mejor modo de vida, la mayor parte de los humanistas revaloraron y resignificaron la riqueza y el dinero, al considerar que las riquezas eran necesarias para el hombre individual y la sociedad, y también para el Estado. El mismo Santo Tomás había precedido y acompañado a los humanistas en esta opinión, pues en la *Summa theologiae* defendió abiertamente el principio de riqueza. Más aún, hábitos y actitudes como la usura y la avaricia fueron reconsiderados, pues como dijera Poggio Bracciolini "el dinero es necesario al Estado […] las riquezas solo se pueden acumular con avaricia […] los pobres no se ayudan a sí mismos ni a los demás" (Garin, 2012: 117; Le Goff, 2010; Baron, 1993: 138-152).

Libertad republicana y humanismo cívico

El humanismo renacentista, sobre todo el de los siglos XIV y XV, fue un movimiento cultural imbuido de ideales sociales y políticos, que buscó rescatar de la Antigüedad valores republicanos, cívicos y ciudadanos como medio de recomponer y mejorar la vida política de las ciudades italianas de entonces. Aun cuando en el siglo XVI los humanistas sirvieran por igual a príncipes y repúblicas, como hizo el propio Maquiavelo en Florencia, conservaron en buena medida su ideario republicano original, su *humanismo cívico*, para usar el término de Hans Baron (Chastel y Klein, 1971: 38; Baron, 1966).

En primera instancia, este humanismo se vio inspirado e impulsado por el renacer comunal de las ciudades italianas, por la revitalización de la vida pública, por la difusión de las libertades republicanas y el igualitarismo político, por el desarrollo del comercio y la economía y por una transformación íntegra de la sociedad, la cultura y el territorio italianos desde el siglo XII (Martines, 1979).

Artistas plásticos como Ambrogio Lorenzeti dieron cuenta de este renacer republicano y su efecto en la sociedad y la economía. En los frescos que pintó Lorenzeti entre 1337 y 1340 para el *Palazzo Pubblico* de Siena, su ciudad natal, se da cuenta, mediante múltiples símbolos y alegorías,

de las virtudes que promueve el *buon governo* en las diversas actividades y ocupaciones humanas (Skinner, 2009: 87-116)

El humanismo podría presentarse incluso como un movimiento cultural y estilístico y como una respuesta política y social a la crisis de valores del mundo medieval, a la desarticulación de los vínculos personales de lealtad y protección característicos del feudalismo, que perdieron su pertinencia y significado en la vida urbana, en la nueva realidad social y comercial de las ciudades italianas del fin del medievo (Mazzocco, 2006: 33).

Fue sobre todo en el centro-norte de Italia en donde se desarrolló con mayor intensidad el humanismo, precisamente la zona en la que hubo una vida comunal más vigorosa. A pesar de ser una zona que nominalmente se hallaba bajo la égida del Imperio desde los tiempos de Barbarroja, las ciudades ahí asentadas se habían ganado un margen de autonomía e independencia que conservaron durante mucho tiempo, en algunos casos hasta ya bien entrada la época moderna (Black: 1996; Martines, 1979).

En los humanistas del Renacimiento había también una clara conciencia de la relación entre la literatura y el espíritu nacional y patriótico, pues muchos de ellos consideraban que la historia de los pueblos no estaba compuesta sencillamente de hechos históricos, objetivos, sino que estaba hecha también del relato histórico, de la narración de las gestas populares, de la significación e interpretación de cada acontecimiento social y político, tal como lo expresa Maquiavelo en su *Historia de Florencia*, en donde, desde la primera, línea dice que su propósito fue "escribir las empresas del pueblo florentino" (Maquiavelo, 2009: 23). Así, las hazañas de los hombres ilustres podían ser irrelevantes y anónimas si no eran relatadas y ensalzadas por escritores igualmente ilustres (Garin, 2012: 111).

Durante la Baja Edad Media, la población de la mayor parte de estas ciudades italianas sobrellevaba sin gran problema el dominio nominal del Imperio. Esto se debía en buena medida a que para la sensibilidad medieval Roma era recordada sobre todo como un Imperio, es decir, el medievo asumió que la herencia que había recibido de Roma era la de la época imperial, no la precedente y más lejana de la Roma republicana. Roma evocaba la idea de un imperio caído y una gran parte de las expectativas políticas que se forjaron los hombres de la época era restaurar el Imperio, restaurar la convivencia de la cristiandad y de la humanidad bajo el cobijo de un imperio universal (Haskins, 1957: 118).

Figuras tan prominentes de la cultura italiana como Dante, Petrarca o Marsilio de Padua añoraban el Imperio e invocaban su restauración.

Muy probablemente ellos y muchos otros evocaban el Imperio no solo por las bondades que atribuían al dominio universal, sino también como contrapeso o contención de las pretensiones del papado, como ejemplifica sobre todo el caso de Marsilio de Padua, crítico implacable de las ambiciones de gobierno terrenal del papa (De Padua, 2009; Pocock, 2002: 134; Black, 1996: 72).

No obstante, a pesar de que muchos humanistas aceptaban la idea de un gobierno monárquico, ya fuese imperial o local, el humanismo renacentista, en particular el florentino, se originó y desarrolló primordialmente valorando y exaltando la antigüedad republicana de Roma (Viroli, 1999; Kraye, 1998: 161; Martines, 1979).

Es más, el efecto de la herencia romana no se limitaba a la vertiente institucional, sino que también se manifestaba en el plano teórico e ideológico. A pesar de que las traducciones al latín de las obras de Aristóteles no comenzaron a circular sino a partir de 1260, causando un efecto contundente en el ambiente intelectual de la época, los humanistas acusaron una gran influencia de los autores romanos como Cicerón, Séneca o Tito Livio, al grado de que la teoría de las formas de gobierno de Aristóteles —tan conocida— tuvo menor trascendencia que la determinación republicana de los autores romanos (Skinner, 2009: 115-116).

De esta manera, como se dijo en el segundo apartado de este capítulo, Hans Baron resaltó que Leonardo Bruni fue el primer gran humanista que trató de imbuir ánimos de grandeza y valor a los florentinos y a los italianos en general con su planteamiento de que Florencia no había sido fundada por Julio César, sino por Sila, es decir, que no tenía un origen o espíritu imperial, sino republicano, tratando de reanimar así el ánimo republicano de la ciudad para dar fuerza y vigor a su vida pública (Hankins, 2000: 223-246; Baron, 1966; Toffanin, 1953).

Los humanistas renacentistas eran en general partidarios de la vida republicana, aunque se presentaba una gran divergencia en torno a la amplitud que debía tener la república, es decir, al determinar si debía organizarse como un gobierno de *ottimati*, es decir una república aristocrática, o bien como un gobierno de *popolani*, una república democrática. El mismo Maquiavelo se muestra ambivalente en sus preferencias entre estos dos tipos de repúblicas (Maquiavelo, 1988).

De ahí que los humanistas asumieran como una de sus funciones principales la educación de la ciudadanía, la educación para el ejercicio del gobierno popular. Sin embargo, su oficio como secretarios, consejeros

y pedagogos los orilló a fungir también como educadores de los nobles, incluso de las familias principescas, como lo muestra claramente Maquiavelo. Más aún, esta labor didáctica elitista no estaba totalmente desvinculada de propósitos cívicos, pues como diría Guarino de Verona, la Antigüedad exaltó a quienes educaban a los regidores, ya que de este modo, por medio de uno solo, se reformaba la moral y costumbres de muchos otros (Gilbert, 1977b: 91-114; Kraye, 1998: 160, 179).

Para Maquiavelo y muchos otros humanistas, la educación del príncipe debía ocuparse tanto de asuntos prácticos o académicos, como de la educación del carácter y la personalidad, de sus principios éticos y cívicos (Giorgini, 2017: 59-60). Sin embargo, no puede tomarse esa base para aceptar la afirmación de Skinner de que Maquiavelo confiaba más en la personalidad y virtud de los gobernantes que en el diseño de las instituciones políticas para garantizar un buen gobierno (Skinner, 1993: 153-163).

Ante esta afirmación de Skinner, habría que observar que todo el Libro I de los *Discursos* de Maquiavelo está dedicado a exponer los mecanismos e instituciones que debe tener una república para producir un buen gobierno, es decir, en esa sección se concentra en el diseño de una *república bien ordenada*, un concepto que denota en sí mismo la enorme importancia que Maquiavelo confería al diseño institucional de las repúblicas. Incluso en *El príncipe* abundan los señalamientos sobre la importancia de las leyes y las instituciones de un principado para su sostenimiento y advertía de la posibilidad y conveniencia de subvertirlas solo si el príncipe disponía de la prudencia y sensibilidad necesarias.

Así, encontramos en Maquiavelo un equilibrio dinámico y complejo entre los principios éticos y personales y los institucionales y estructurales para sustentar la existencia de una república bien ordenada, un concepto recurrente y fundamental que usa en buena parte de los *Discursos* y que concentra la importancia y significación de estos dos aspectos.

Como se ha visto, el Renacimiento italiano forma parte de una corriente de desarrollo cultural que se remonta al siglo XII y, en ciertos aspectos, hasta el siglo VIII. Ciertamente no se trata de una corriente continua, progresiva y regular, pues el Renacimiento fue en sí mismo un gran salto en la historia del pensamiento y la sensibilidad europeas, sin embargo, no puede negarse que en esos siglos previos haya habido importantes antecedentes. Incluso es conveniente notar que el marcado contraste con el pasado que se le ha atribuido no es precisamente una creación

contemporánea, sino una concepción que deliberadamente idearon y difundieron muchos de los grandes pensadores de esa época, al acentuar y exaltar las diferencias y rupturas que a su juicio los separaban del pasado mediato, sin reconocer grandes semejanzas o continuidades.

El mismo Maquiavelo es un ejemplo de este gran salto en el pensamiento humano. No hay ningún otro pensador similar a él en los siglos previos. Es verdad que son de un gran interés los escritos de Marsilio de Padua, Guillermo de Okham y Juan de Salisbury, pero no ofrecen una construcción teórica equiparable o similar.

Como se ha mencionado, Maquiavelo era un típico humanista, no solo por su educación, profesión e inclinaciones intelectuales, sino sobre todo por sus ideas. Varias de las nociones fundamentales del pensamiento de Maquiavelo estaban presentes ya en muchos humanistas que lo precedieron y en varios de sus contemporáneos. Así, ideas básicas como la pertinencia de los pensadores políticos *antiguos*, la relevancia de la *historia* en el análisis político, la convicción sobre la *inmutabilidad* de la naturaleza humana, la preponderancia de la *vida activa* como signo vital de la humanidad, la idea de la *virtud* como mérito individual y, sobre todo, la gran valoración conferida a la vida *republicana,* estaban diseminadas en su entorno cultural.

Todo esto permite observar que Maquiavelo formó parte de un ambiente y una tradición humanista que lo nutrió y le dio la oportunidad de desarrollar sus ideas políticas. Esto no quiere decir en modo alguno que pueda pasarse por alto que él en sí mismo es un hito y parteaguas en la historia del pensamiento político.

Así, el humanismo renacentista forma parte de un complejo estructural de condiciones políticas, sociales y económicas, dinámico y en desarrollo, que se puede rastrear desde varios siglos atrás, pero que en sí mismo significó uno de los grandes saltos que da la humanidad de vez en cuando y que señalan momentos significativos debido al cambio y transformación producidos, cuyo resultado es un contexto y ambiente cultural en el cual se educó y formó Maquiavelo, como se verá en el siguiente capítulo.

2. Los años de educación y formación

Maquiavelo era un hombre de acción política más que de reflexión, un fanático de la *vita activa*, como se ha dicho ya. Los catorce años (1498-1512) que sirvió al gobierno de la república de Florencia seguramente se habrían prolongado mucho más, tal vez hasta el mismo término de sus días, si no hubiera sido por su mala fortuna y por los trastornos típicos de los Estados italianos del siglo XVI.

Como es sabido, sus grandes obras políticas no solo se escribieron una vez que había perdido su empleo como secretario de la república, sino que la más conocida, *El príncipe*, se redactó con el propósito específico de hacer méritos para ser readmitido en el servicio público, es decir, muy probablemente este libro no existiría si Maquiavelo no hubiera perdido su empleo, cayendo en desgracia social y política.

Sin embargo, más allá de las circunstancias fortuitas que propiciaron las reflexiones y escritos políticos de Maquiavelo, bien vale la pena detenerse para analizar las circunstancias personales que vivía Maquiavelo y que determinaron en más de un sentido sus conclusiones teóricas, y también resulta pertinente poner atención a su entorno político, social y cultural, a su momento histórico, determinado por esa herencia humanista y republicana que había recibido de sus antecesores, sin lo cual se pierde una gran parte del sentido y significación de su obra.

Así, aunque se han escrito ya extensas y concienzudas biografías del secretario florentino, comenzando por los trabajos seminales de Pasquale Villari *Niccoló Machiavelli e i suoi tempi* de 1877 y de Oreste Tommasini *La vita e gli scritti di Niccoló Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo* de 1883, y considerando también trabajos más recientes, como el de Roberto Ridolfi, *Vita di Niccoló Machiavelli* de 1954, de Maurizio Viroli, *Il sorriso di Niccoló. Storia di Machiavelli* de 1998, y el de Niccoló Capponi,

An Unlikely Prince. The Life and Times of Macchiavelli de 2010, que destacan por su meticulosidad u originalidad para tratar los aspectos biográficos de Maquiavelo, es necesario establecer un lazo más estrecho y un vínculo analítico entre los hechos mismos de su vida y las ideas políticas que expresó en sus obras. Este es precisamente el propósito de este capítulo, que centra su atención en dos grandes etapas de la vida de Maquiavelo, la de su infancia y juventud, de 1469 a 1498, y la de su periodo como servidor de la república, de 1498 a 1512.

La vida de un humanista en el Renacimiento

Niccoló Machiavelli pertenecía a una antigua familia toscana asentada en Montespertoli, en la zona del Oltrarno (más allá del río Arno), muy cerca de Florencia. Era una familia medianamente acomodada, que gozaba de algún bienestar económico debido sobre todo a que percibía algunas rentas provenientes del sector agrícola. También disfrutaba de cierto nivel educativo y cultural, así como del reconocimiento en su comunidad, al grado de que doce miembros de la familia habían ya ocupado el cargo de gonfaloniero de la ciudad, nombre que se le daba en Florencia a quien fungía como alcalde, y 54 habían sido priores, nombre que recibían los miembros de la Señoría, el principal Concejo del gobierno municipal (Grazia, 1990: 4-5).

El abolengo de la familia se acreditaba fácilmente por la posesión de un escudo de armas propio, asociado al significado de su nombre, pues consistía en una cruz azul que reposaba sobre un fondo plateado en cuyos cuatro extremos tenía las cabezas de los clavos asociados al martirio de Cristo, o sea, unos *mali clavelli* (malos clavos). De ahí se deriva precisamente el nombre de los Machiavelli, que en italiano es un plural, por lo que la traducción del apellido de nuestro autor al español muy bien podía haberse hecho como Nicolás de los Maquiavelos, aunque por alguna razón, perdida en la historia, se hizo en singular, como se usa ahora. En este sentido, vale la pena comentar que fue bautizado como Niccoló y no como Nicola, para afirmar así el particularismo florentino, que prefería dar este giro al nombre de Nicola, forma de este apelativo usada en el resto de Italia (Villari, 1958; Ridolfi, 1961).

Giovanni Villani, el gran cronista de Florencia, cuenta cómo los Maquiavelo destacaban entre las principales familias güelfas, partidarias del papa, que tras la derrota de 1260 tuvieron que abandonar la ciudad, a la que no volverían sino varios años después.

Ya en el siglo XV hay ciertos indicios que dan cuenta de su medianía económica, como el *catasto* de 1427, una especie de padrón fiscal, en donde se tasaban las propiedades del abuelo de Maquiavelo, que por su cuantía lo colocaban entre las doscientas familias más ricas de la zona. Aun cuando la familia sufrió en el transcurso del siglo un descenso notable en su posición económica, el *catasto* de 1498 muestra que el padre de Maquiavelo conservaba algunas propiedades que le permitían cierta tranquilidad económica (Brucker, 2010; Capponi, 2010).

Como puede verse, algunos personajes de la familia habían gozado de renombre, al grado de haber ocupado varias veces los cargos públicos más importantes de la ciudad. Incluso en fechas no tan remotas como 1459, un Maquiavelo, Girolamo, había destacado por oponerse abiertamente al gobierno oligárquico de Cosme el Viejo, el gobierno de los *ottimati*, por lo cual fue exiliado, luego recapturado y finalmente recluido en el calabozo, en donde moriría (Grazia, 1990: 4-5).

El padre de Nicolás, Bernardo Maquiavelo, fue doctor en leyes y ocupó durante algún tiempo el modesto cargo de tesorero de la Marca, sin poder aspirar a escalar en el servicio público debido muy probablemente a su origen ilegítimo. En vida, debió gozar de algún prestigio y reconocimiento público, porque Bartolomeo Scala, otro jurisconsulto reconocido de la época, que incluso fue secretario de la república de 1464 a 1497, lo hace protagonizar un diálogo que compuso en 1483, en el cual se diserta doctamente acerca de la filosofía del derecho.

Los pocos datos que existen de la infancia de Nicolás provienen precisamente del *Libro di ricordi* que llevaba su padre, en el que anotó cómo comenzó su educación a los siete años, cuando fue enviado a un maestro particular para que le enseñara el *donatello*, o sea los rudimentos del latín, continuo a los diez años con el estudio del *abaco*, es decir la aritmética, para lo cual fue enviado con otro maestro particular que le enseñó esta materia, a lo que siguieron clases avanzadas de gramática latina cuando tenía ya doce años (Machiavelli, 2004).

El padre de Nicolás no se limitó a enviarlo a las lecciones de latín, sino que además, gracias a la pequeña pero bien escogida biblioteca que tenía, Nicolás pudo adentrarse en la lectura de los clásicos latinos y de algunos contemporáneos. En este mismo *Libro di ricordi,* su padre anotó los libros que prestaba, le prestaban o compraba, entre los que destacan autores como Tito Livio, Plinio, Macrobio, Ptolomeo, Justiniano, Aristóteles y, sobre todo, Cicerón. Como puede verse, Maquiavelo recibió una educa-

ción típica de la clase educada del Renacimiento, y aunque seguramente no fue la educación más esmerada y costosa que por entonces podía adquirirse, sin duda fue la suficiente para colocarlo dentro de la élite cultural de la época que no solo sabía leer y escribir, sino que además conocía el latín, vehículo indispensable para acceder a la vasta cultura de la literatura clásica. Además, el latín también resultaba imprescindible para comunicarse con la élite culta europea, que entonces lo utilizaba como lengua franca. El latín era también, en la época, un instrumento laboral valiosísimo, porque la mayor parte de los gobiernos europeos lo utilizaban como lengua oficial, al menos en lo referente a las comunicaciones escritas que se intercambiaban; incluso era útil en el medio comercial, pues las múltiples redes y canales de comercio que ya fluían por el continente y más allá necesitaban un lenguaje común. Como se abordará más en detalle después, el conocimiento del latín fue el atributo que le permitió a Maquiavelo incorporarse como segundo secretario de la república, ya que una de las funciones más comunes del cargo era precisamente la de escribir cartas en latín (Jensen, 1998).

Maquiavelo comenzó a prestar sus servicios a la república de Florencia en 1498, cuando contaba ya con 29 años. De los pocos registros históricos que se tienen sobre su vida antes de esa fecha, destaca una carta que escribió el 2 de diciembre de 1497 dirigida al cardenal de Perugia, Giovanni López, en la cual le pedía que los beneficios producidos por la parroquia de Santa María de Fagna, que ancestralmente había pertenecido a la familia Maquiavelo, fueran respetados y no entregados a la familia de los Pazzi, una de las más prominentes de Florencia, a la cual parecía favorecer en ese momento el gobierno de la ciudad (Maquiavelo, 1979: 5). Así pues, esta carta permite inferir claramente dos cosas: en primer lugar, que la familia poseía desde tiempos antiguos rentas y dignidades de cierta consideración, las cuales se habían mermado con el tiempo por diferentes motivos, uno de los cuales era el de los sucesivos repartos entre las diferentes generaciones, a pesar de lo cual tanto su padre como el mismo Maquiavelo llegaron a disponer de una porción de estas; en segundo lugar, evidencia el enorme reconocimiento y respeto que su familia le confería, pues en 1497 vivía aún su padre, que era un connotado doctor en leyes, y a pesar de su relativa juventud e inexperiencia, se decidió encomendarle a él una responsabilidad tan delicada como escribir una carta a un cardenal, máxime si de ella dependía la conservación de una parte del patrimonio familiar (Brucker, 2010).

El aprendizaje del latín era ciertamente una herramienta indispensable para acceder a los textos de los autores clásicos latinos y para establecer comunicación con las principales cortes europeas del momento, sin embargo, no era el único medio de educación y cultura. Maquiavelo perteneció a una época en la cual la comunicación oral ocupaba un lugar muy importante, de ahí que dos de sus obras más significativas, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* y *Del arte de la guerra* guarden una estrecha relación con esta forma de transmisión del conocimiento; el primero consigna en su mismo título la idea de un texto discursivo, una exposición oral de ideas y pensamientos; el segundo está escrito en forma de diálogo, un estilo tan antiguo como la cultura clásica misma, que llegó hasta los inicios de la modernidad con vigor y espontaneidad. Los mismos *Discursos* son producto de las animadas tertulias que auspiciaba la familia Rucellai en los Orti Oricellari, reuniones a las que acudían un grupo de jóvenes humanistas interesados en intercambiar ideas y opiniones, en las cuales participó Maquiavelo entre 1517 y 1519, a quien escuchaban con atención esos jóvenes, dado que para entonces ya era un respetable veterano de los asuntos de Estado (Paul, 2003; Gilbert, 1977b).

Las dificultades para acceder a la cultura escrita en esta época no se limitaban al dominio de la lengua latina, sino al propio acceso físico a los libros, un objeto que entonces era casi un producto de lujo (Dahl, 1982). Así, aun cuando la imprenta ya abarataba y masificaba la producción de libros, seguía recurriéndose al costoso método de la copia manuscrita para producir un libro; a tal grado estaba presente dicha práctica, que era común referir la anécdota de que Federico de Montefeltro, el Duque de Urbino, un mecenas y humanista renombrado de la época, tenía contratados entre treinta y cuarenta copistas para mantener actualizada su biblioteca (Vespasiano, 1963). Incluso hay ciertos indicios que sugieren que el mismo Maquiavelo copió algunos libros (Vivanti, 2013: 41). En su *Libro di ricordi,* el padre de Maquiavelo refiere cómo algunos de los libros que poseía estaban escritos sobre papiro o cuero, y contaba cómo algunos de ellos los había adquirido primero como manuscritos y luego los había mandado encuadernar, para eludir así los altos cotos de una edición original. Más aún, también cuenta la manera en que consiguió un ejemplar del libro *Décadas* de Tito Livio, lo cual ocurrió cuando el editor le pidió que elaborara el índice geográfico del volumen, dándole a cambio un ejemplar del mismo. Seguramente ese ejemplar fue el que Maquiavelo leyó y releyó cautivado por las instituciones y la vida política de la

república romana, con lo cual no solo saboreó la gloria y el prestigio de la antigua ciudad, sino también comenzó a extraer una serie de enseñanzas y experiencias que creyó que podían aplicarse directamente a la vida contemporánea de su natal Florencia (Machiavelli, 2004; Davies, 1998).

Continuidades y rupturas del Renacimiento

Esta reverberación de la literatura latina y en general de la cultura clásica no fue en modo alguno un movimiento cultural masivo o extensivo, a partir del cual se alterara radicalmente la sensibilidad y percepción del conjunto social. En cierto modo, el Renacimiento fue un movimiento elitista, un movimiento en buena medida restringido a un pequeño grupo educado de la sociedad. Es cierto que emergieron de él personajes y obras que serían un punto de referencia fundamental para la modernidad, como Miguel Ángel, Leonardo, Ficino, Mirandola, Erasmo, Ariosto y el mismo Maquiavelo. Sin embargo, esto no significa que estos personajes y la cultura renacentista en general no estuvieran llenos de contrasentidos, ambigüedades y entrecruzamientos, es decir, más que un modelo claro y nítido, el Renacimiento se comprende mejor si se observa como un punto de encrucijada, como un lugar y un momento en el que se cruzan, traslapan y funden las ideas, hábitos y prácticas del mundo medieval con el naciente mundo moderno. De esta gran mezcla que representó el Renacimiento, o de esta serie de encrucijadas, bien vale la pena identificar cinco que determinaron en gran medida el ambiente que se vivía en la época de Maquiavelo y que de una u otra manera dejaron huella en sus pensamientos e ideas.

La primera de ellas ya se mencionó en el capítulo anterior y está representada por el encuentro o choque entre el humanismo y la teología, es decir, entre la inspiración humanista orientada al estudio de los clásicos latinos y griegos, y la tradición medieval orientada al estudio de las escrituras y el predominio de la escolástica. A pesar de que el rasgo más distintivo del Renacimiento sea esta recuperación de los autores latinos y del conjunto de la cultura clásica en general, esta tendencia no fue genérica ni uniforme, y mucho menos saludada con beneplácito colectivo, pues provocó serias fricciones u objeciones en diferentes sectores, sobre todo en la Iglesia, que condenó la recuperación de estos autores en detrimento de la teología y su pretensión abarcadora de las preguntas e interrogantes sobre la naturaleza humana. Clérigos y no pocos laicos condenaron enfáticamente esa retrospectiva y sentenciaron como impío y herético el re-

greso de lo que llamaban el paganismo. Este choque no estaba exento de paradojas y contradicciones, pues tenía también algo de entrecruzamiento, ya que tanto el catolicismo como el llamado paganismo tenían en común el latín. El latín no solo era la lengua del humanismo, también lo era del cristianismo, al menos del cristianismo occidental; ambos paradigmas se valían de la misma lengua y, en alguna medida, de la misma cultura.

A pesar de que el latín era la lengua preferida del humanismo, desde mediados del siglo XV el griego comenzó a difundirse y convertirse en una lengua alternativa y complementaria del humanismo. En Florencia, la Academia Platónica que fundó Marsilio Ficino —él mismo traductor del griego al latín—, patrocinada por los Médici, contribuyó de manera notable a la difusión de los autores griegos.

Como puede verse, en Florencia el auge del estudio de los autores grecolatinos fue particularmente vigoroso, así como vigorosa fue la respuesta y el repudio de la Iglesia católica, que en voz de Girolamo Savonarola, tan influyente en la ciudad entre 1492 y 1498 —como se verá en el capítulo 5—, condenó reiteradamente desde el púlpito esas lecturas, llevando a la *hoguera de las vanidades* que realizó en 1497 y 1498 no solo los afeites y artículos de lujo que a su juicio eran superfluos para la vida cristiana, sino los libros de estos autores que el mundo clásico había consagrado (Weinstein, 2011).

Maquiavelo es un claro ejemplo de este encuentro, pues desde lo más profundo de su conciencia no puede observar la religión sino como un medio a disposición del Estado para alcanzar los objetivos necesarios para la concordia civil. Esta concepción se aprecia claramente en los capítulos 11-15 de los *Discursos*, en donde plantea cómo los romanos no consideraban la religión de otro modo, y explica el porqué los cristianos tampoco debían hacerlo (Maquiavelo, 2005; Lefort, 2010: 309).

La segunda encrucijada, también enunciada en el capítulo anterior, es el enfrentamiento entre la vida pública y la vida ascética. El Renacimiento se caracterizó tanto por sus logros en las humanidades y las artes, como y sobre todo por el disfrute público de estas, es decir, no solo los motivos que inspiraron a arquitectos, escultores y pintores emanaban del mundo antiguo, sino que también evocaban y exaltaban el ambiente social de la Roma republicana, exaltando la vida pública y los valores de civilidad y confraternidad. Por el contrario, la tradición medieval realzaba el ascetismo y el retiro de los asuntos mundanos como máxima expresión de la realización humana, como el más alto nivel de perfección al alcan-

ce del ser humano (Garin, 2008: 35-36). La gran cantidad de conventos y monasterios que existían en Florencia daban cuenta de esta inclinación a la vida monástica y conventual. Para finales del siglo XV se contaban en la ciudad más de cien conventos y monasterios, separados casi simétricamente por sexos: la mitad para mujeres y la mitad para varones. Era muy común que se recluyera en ellos a viudas, doncellas y solteronas, muchas de las cuales habían ido a parar ahí por la insolvencia de sus familias para cubrir la dote que iba aparejada necesariamente al matrimonio. Incluso muchos varones decidían ir a pasar sus últimos días a un monasterio o, incluso, desde su juventud, queriendo huir así de un fracaso, de una persecución o de la pura melancolía (Brucker, 1983b: 172-212).

Además, el ímpetu y vigor de la vida pública renacentista también se enfrentaron con la privacidad reclamada por las grandes familias nobles, una privacidad que no se limitaba a sus habitaciones, sus jardines o su mobiliario, sino que con frecuencia se expandía hacia el espacio público, apropiándose de una calle, una plaza o un barrio de la ciudad. Entre 1250 y 1282 el gobierno municipal recién constituido acumuló fuerza para establecer límites estrictos a la apropiación privada del espacio público; hasta ese momento, había espacios o zonas de la ciudad que parecían ser del dominio de un potentado y de su familia, dado el enorme influjo que ejercían sobre el lugar. Ante eso, el gobierno de la ciudad organizó una redistribución del territorio urbano y estableció autoridades o representantes elegidos por cada una de sus secciones, con el fin de contrarrestar la personalización o privatización del espacio público. Además, prohibió que las familias nobles construyeran torres cerca de los muros de la ciudad o de sus puentes, e impuso asimismo la altura que podían alcanzar. Desde entonces, ninguna torre privada pudo rivalizar o desafiar la majestuosidad del Palacio de la Señoría, el Palazzo Vecchio, como después fue llamado (Najemy, 2006; Milner, 2006).

Como puede verse, la intensa vida pública que experimentaron muchas ciudades del Renacimiento, en particular las que atravesaron por alguna forma de gobierno comunal o republicano, propiciaron una nueva significación del espacio público, un mayor involucramiento del individuo con su comunidad, con sus poderes municipales: una convivencia abierta y colectiva, poco compatible con el enclaustramiento de la vida privada, ya fuese esta monacal o palaciega.

Maquiavelo vertió sobre este asunto una opinión fulminante: "Una república bien ordenada debe, en consecuencia, abrir los caminos, como

he dicho, a los que buscan reputación por los procedimientos públicos y cerrarlos a los que la buscan por vías privadas" (Maquiavelo, 2005: 399).

En tercer lugar, el gran auge que tuvieron las artes, la filosofía y la literatura propició que quienes se dedicaban a estas actividades se ganaran el respeto y la admiración de la sociedad, y así sus oficios se volvieron honrados y decorosos. Es curioso que, en una buena parte de la península italiana, las actividades comerciales y financieras también experimentaron un vertiginoso desarrollo y propiciaron el mismo efecto, es decir, que quienes se dedicaban a estas obtuvieran el respeto y reconocimiento de su sociedad. Las actividades comerciales habían sido obstinadamente despreciadas y vilipendiadas por la aristocracia medieval durante siglos. Una suerte similar corrieron las actividades financieras, agravada por la condena que la Iglesia católica dirigió a la usura y los usureros, un modo de vida que declaró incompatible con el cristianismo (Le Goff, 2010).

De este modo, se produjo una curiosa paradoja, pues a pesar de que estos dos modelos de vida, el de las artes y humanidades por un lado y el de las finanzas y el comercio por el otro, parecían completamente disímiles y contrapuestos, al grado de que podían imaginarse incompatibles la vida del hombre de letras con la vida del hombre de cuentas, la sociedad renacentista supo albergar e incorporar a ambos.

A propósito de esto, el *Libro di ricordi* del padre de Maquiavelo es un ejemplo palmario de tal amalgama, pues como ya se ha dicho, no solo da cuenta de la educación humanista que este recibió y de las lecturas clásicas del padre, y probablemente también del hijo, sino que además ofrece abundantes detalles de las actividades y contabilidad financiera que llevaba de sus empleados, socios y comerciantes (Machiavelli, 2004). No solo había tolerancia y coexistencia entre estos modos de vida tan disímiles, sino que en realidad había vínculos de complementariedad, pues es del dominio público que este auge de las artes y las letras se debió en buena medida al apoyo y aliento que recibió del mecenazgo y patronazgo ejercido por los grandes comerciantes, banqueros y empresarios, quienes desde el siglo XII comenzaron a expandir su actividad y alcance al grado de que para el siglo XV ya habían acumulado una fortuna considerable, lo que les permitió desempeñar esa labor. Así, la mayor parte de los creadores más prestigiados del periodo vieron asociado su nombre al de alguna familia acaudalada de la época, debido a lo cual también muchas de las obras más significativas se debieron a este tipo de asociación. Más paradójico puede parecer el hecho de que una gran cantidad de los máxi-

mos jerarcas de la Iglesia católica se cuenta también entre estos generosos mecenas, incluidos los propios papas, quienes se vieron en la incómoda situación de comprar o financiar obras de arte cuyos motivos o inspiración se nutrían de fuentes paganas, recuperando héroes, mitos y hazañas de la Roma clásica.

El mismo Maquiavelo dio cuenta en varias ocasiones de la diversidad de los modos de vida que coexistían en la Florencia de su época y de la aceptación que recibían, como en una carta muy conocida del 9 de abril de 1513 dirigida a su amigo Francesco Vettori en donde le comenta, "la fortuna ha hecho que, como no sé discurrir ni del arte de la seda ni del arte de la lana, ni de las ganancias ni de las pérdidas, me toca razonar del Estado" (Maquiavelo, 2013a: 80).

En cuarto lugar, la tradicional vocación guerrera de la aristocracia medieval también colisionó con el apetito de acumulación de riqueza que ya caracterizaba a la naciente sociedad burguesa florentina e italiana. Así, dado que uno de los rasgos más notorios de la aristocracia medieval era su ánimo belicoso y su profesión militar, el héroe prototípico, el modelo cultural por excelencia, era el del caballero armado que poseía un código ético estricto e intransigente, que no reparaba en costos económicos para hacer respetar su honor y el de su amada, para defender a sus protegidos y para hacer valer la voluntad divina ahí donde estuviera en entredicho. Nada de esto se asemejaba al nuevo código ético de la sociedad burguesa, que desplazó rápidamente ese modelo de conducta y valores caballerescos para sustituirlos por uno nuevo, el de la acumulación de dinero y riqueza, que si bien fue despreciado en un primer momento, pronto impuso sus imperativos al conjunto social (Garin, 2008: 54-58).

Maquiavelo, que si bien adoptaba una postura crítica general frente a la aristocracia, en este aspecto específico se lamentaba de que en Florencia la disposición y práctica de las artes militares acostumbrada por la aristocracia desaparecieran en la medida en que esta había decaído (Maquiavelo, 2009: 137).

Por último, en quinto lugar, la sociedad renacentista también se vio polarizada por el conflicto social y político entre la vieja aristocracia medieval y el pueblo llano. La aparición y desarrollo de una serie de gobiernos comunales en muchas ciudades italianas durante los siglos XIII, XIV y XV no se debió solo a una mera reorganización administrativa o institucional, sino a la presencia cada vez más numerosa y potente del pueblo en la esfera pública, cuya incursión detonó inevitablemente un conflic-

to con la antigua aristocracia, el cual llegó incluso a verdaderos estallidos políticos y revoluciones (Martines, 1979).

Esta mayor presencia del pueblo en las instituciones públicas no solo fue una cuestión numérica o de grado, sino que llegó a imponer una disyuntiva ineludible: organizar el gobierno como una república aristocrática o como una república democrática, es decir, darle preeminencia al *popolo grasso* o al *popolo minuto*, en el lenguaje característico de la época. De este modo, la competencia política desatada entre uno y otro sector social condujo a una disputa por establecer las instituciones de gobierno que mejor favorecieran los intereses propios, lo cual provocó una inestabilidad y recomposición gubernamental que con mucha frecuencia abrió el paso a gobiernos dictatoriales o tiránicos, que aprovecharon el *impasse* generado por el enfrentamiento entre ambos sectores para introducir principios e instituciones monárquicas.

No obstante esta tensión, Maquiavelo tuvo la agudeza de señalar que se trataba de dos clases sociales que más que suprimirse mutuamente debían aspirar a coexistir, más aún, planteó esta coexistencia como condición de la misma libertad política: "en toda república hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo y todas las leyes que se hacen en pro de la libertad nacen de la desunión entre ambos, como se puede ver fácilmente por lo ocurrido en Roma" (Maquiavelo, 2005: 42; Lefort, 2010: 292-294;Viroli, 2013)

La ciudad y la percepción de la política

Además de los múltiples entrecruzamientos que podrían identificarse en la época de Maquiavelo y que forman en última instancia una sola gran encrucijada social, política y cultural, esencia misma del Renacimiento, su infancia y juventud se vieron marcadas también por una serie de acontecimientos y hechos significativos acaecidos en su natal Florencia, varios de los cuales dejaron honda huella en sus concepciones y pensamientos, al grado de constituir un repertorio de recuerdos y experiencias que se verán claramente reflejados después en sus diferentes escritos (Montevecchi, 1972: 24).

En primer lugar, es necesario comenzar en 1469, el año de su nacimiento, cuando solo unos meses después de su alumbramiento moría Piero de Médici, quien había sucedido a su padre Cosme en 1464, luego de que este hubiera ascendido al poder en 1434, conservándolo durante treinta años, periodo en el cual tuvo oportunidad de cimentar su domi-

nio, el de su familia y el de la misma facción oligárquica que lo había secundado y apoyado, como se describirá en el capítulo 4. Piero, a diferencia de su padre, murió joven, y en los cinco años que estuvo en el poder, a pesar de sus males físicos (tenía gota) supo ganarse la estimación y aprecio de sus conciudadanos. Al morir, dejó a sus dos jóvenes hijos la responsabilidad de sucederlo, Lorenzo y Giuliano. De inmediato, el primero recibió el apoyo de la facción oligárquica, como se expone más adelante, y ejerció un gobierno notable y reconocido hasta 1492, año de su muerte (Kent, 1978; Hale, 2004).

El segundo de estos acontecimientos se registró nueve años después, en 1478, el cual causó una enorme conmoción en la ciudad y fue conocido como la rebelión de los Pazzi (véase el capítulo 4).

El tercer y cuarto acontecimientos locales que tuvieron una fuerte incidencia en la vida de Maquiavelo se produjeron en 1492. El primero de ellos fue precisamente la muerte de Lorenzo el Magnífico y la asunción de su hijo Piero. A diferencia de su padre, de su abuelo y de su bisabuelo, Piero era conocido por su inmadurez, su frivolidad y su desinterés en los asuntos de Estado. Ese carácter fue el que finalmente determinó su corta estadía en el gobierno de la ciudad, que duró apenas dos años, hasta 1494, cuando sucumbió ante una rebelión interna provocada por la incursión de Carlos VIII en la península (Hibbert, 1979).

El cuarto hecho no tuvo lugar en Florencia sino en Roma y si se ha considerado aquí es por su gran efecto no solo en los asuntos locales de la ciudad, sino en todo el país y en el resto de Europa. Se trata nada menos que de la llegada al trono pontificio de Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, quien protagonizó uno de los papados más controvertidos y paradigmáticos del Renacimiento, en el cual la corrupción, la perversidad, la avaricia y la crueldad desbordaron todo límite —como se da amplia cuenta en el capítulo 6—. Además de convertirse en un papa tan polémico, Alejandro VI era el padre de César Borgia, a quien nombró primero cardenal, en 1493, y luego, tras renunciar a los hábitos, capitán general de los ejércitos pontificios, haciéndolo su brazo militar para someter a los Estados de la Romaña, con lo que le abrió una ruta de engrandecimiento e influencia que lo llevó a convertirse en un factor de poder determinante en Italia en los primeros años del siglo XVI, cuando Maquiavelo lo conoció y se convirtió para él en un personaje de enorme relevancia, tanto en su experiencia personal como en su imaginación política (Sacerdote, 1950).

Por último, el quinto de estos sucesos tuvo verificativo apenas dos años después, en 1494, cuando se desató un torbellino de conmociones y cambios en toda Italia debido a la invasión militar del rey francés Carlos VIII, quien animado por el Duque de Milán, Ludovico el Moro, encabezó una expedición militar con el fin de reclamar sus supuestos derechos dinásticos al trono de Nápoles, para lo cual debía atravesar no solo el extenso territorio francés y los indómitos Alpes, sino una buena parte del territorio italiano, que incluía los territorios de Florencia y Roma, dos estaciones difíciles y riesgosas.

A su paso por Florencia, Carlos VIII exigió la colaboración de la ciudad; pedía que tanto él como su ejército fueran acogidos en su tránsito por esta y les fuera franqueado el paso por el territorio toscano en su camino hacia Roma. En un primer momento, Piero no sabía qué hacer ante la llegada del rey francés y su demanda, por lo que estaba lleno de dudas y vacilaciones, sin embargo, en cuanto fue a su encuentro no solo le ofreció su colaboración, sino que prácticamente le entregó la ciudad, provocando el enfurecimiento de sus habitantes, quienes se alzaron en una rebelión instantánea ante la cual Piero no vio otra alternativa que huir. Esta huida sentó las bases para la formación de un verdadero gobierno republicano, sin príncipes ni dinastías gobernantes, el mismo gobierno que cuatro años después contrataría a Maquiavelo para encabezar su segunda secretaría (Hibbert, 1979).

No puede pasarse por alto que desde los primeros momentos de este gobierno ejerció una influencia decisiva un popular fraile dominico de origen ferrarés, Girolamo Savonarola (véase el capítulo 5), quien muy pronto se convirtió en guía y fulcro del gobierno, función que desempeñaría hasta muy poco antes de su muerte, acaecida el 23 mayo de 1498, cuando fue ejecutado por el mismo gobierno del que había sido factótum y guía espiritual, lo que abrió el paso a nuevos integrantes del gobierno republicano, entre ellos Maquiavelo, quien fue elegido tan solo cinco días después, el 28 de mayo (Martines, 2006a).

El magisterio del servicio público

Como se dijo, se sabe muy poco de la vida de Maquiavelo antes de que comenzara a trabajar para el gobierno de Florencia en 1498, por lo que las ideas sobre su infancia y juventud se basan sobre todo en conjeturas. Disponemos de mayor información sobre su vida durante los catorce años que prestó sus servicios a la república, los cuales fueron, además, de una gran intensidad en cuanto a experiencia y aprendizaje.

Sin embargo, bien podrían distinguirse tres etapas de este largo periodo que tienen una significación y relevancia particular: en primer lugar, puede identificarse el periodo que va de 1498 a 1502, pues son cuatro años que tienen mucha importancia en su vida personal y en su involucramiento y entrenamiento como segundo secretario de la república; la segunda etapa comprende los años de 1502 a 1506, cuando vive importantes experiencias diplomáticas, alcanza una madurez política notable y se convierte en uno de los hombres clave de la administración encabezada por el recién nombrado gonfaloniero vitalicio, Paolo Soderini; la tercera va de 1506 a 1512, seis años en los que no solo consolidó su posición como hombre de confianza del gonfaloniero, sino que llega a tan privilegiada posición que puede proponer y ejecutar proyectos de gobierno originados en sus propias ideas y convicciones, aunque por otro lado también es una época en la que sufre ya las animadversiones y costos políticos de la vida pública, muchos de ellos derivados de su proximidad con Soderini.

Nace un secretario: 1498-1502

Estos cuatro años representan una etapa dramática en la vida personal de Maquiavelo. Para empezar, en 1500 muere su padre y una de sus dos hermanas, lo cual lo sumerge y ahoga en una serie de problemas familiares y patrimoniales. Estas pérdidas se magnifican por la decisión de Totto, su único hermano varón, de tomar los hábitos sacerdotales, lo cual implicaba en realidad un abandono de los asuntos terrenales para ocuparse únicamente de los espirituales. Estas dos pérdidas, o tres, si puede considerarse la tercera como tal, son compensadas de alguna manera por su matrimonio con Marietta en 1501, lo cual le otorga una estabilidad duradera que, a pesar de algunos deslices y devaneos, de los que da cuenta de manera picaresca en algunas de sus cartas, conservaría toda la vida.

A pesar de estos desafortunados sucesos familiares, Maquiavelo debe afrontar los retos y dificultades de su aprendizaje como secretario de la república, lo cual no está exento de complejidades y desafíos. No obstante que la mayor parte de sus biógrafos y analistas han destacado y reconocido el gran desempeño de Maquiavelo como secretario, poco se ha reparado en que posiblemente en sus primeros momentos no estuviera completamente calificado para ello. Aunque ya había aprendido latín, es probable que su dominio no fuera del más alto nivel, al grado de que hay ciertos indicios de que fue ahí, en la secretaría, en donde lo perfeccionó,

tal como lo plantea Paolo Giovio, quien sugiere que no solo su nombramiento lo debió en buena medida a Marcelo Virgilio Adriani, quien había sido nombrado primer secretario apenas en febrero de 1498, sino que fue él quien continuó enseñándole los refinamientos de la lengua latina (Ridolfi, 1961: 27; Capponi, 2010: 11). Además, el cargo de secretario había sido ocupado tradicionalmente por connotados doctores en leyes y humanistas, entre los que sobresalen nombres como el de Coluccio Salutati, Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini, tres de los grandes humanistas del Renacimiento, lo cual evidencia el nivel de prestigio y preparación que acompañaba el cargo. Así, aunque Maquiavelo ocupaba la segunda secretaría, de menor rango que la primera, eso no quita para que estuviera al margen de exigencias similares, como el conocimiento de las leyes y los procedimientos jurídico-administrativos de la república, ya que este cargo lo desempeñaban normalmente doctores en leyes y notarios, pertenecientes al colegio de las artes en derecho. Como puede verse, a pesar de haber aprendido latín desde su niñez y de que su padre fue doctor en leyes y tenía por lo tanto una pequeña biblioteca que estuvo a su disposición, Maquiavelo entró como segundo secretario de la república con muchas cosas por estudiar y aprender.

Formalmente, la segunda cancillería se ocupaba de los asuntos relacionados con la guerra y la administración interna de la ciudad y sus dominios, mientras que la primera se dedicaba solo a los asuntos diplomáticos, no obstante, en la realidad sus funciones se confundían y traslapaban. A pesar de eso, había una diferencia importante entre el primer y el segundo secretario en cuanto a ingreso y estatus: mientras el primero recibía un salario anual de 330 florines, el segundo recibía tan solo 192, para no hablar del mayor prestigio que disfrutaba el primero.

Maquiavelo ejerció sus funciones como secretario en una época en la que esta institución estaba recobrando la importancia que había tenido en el pasado. Tiempo atrás, durante el siglo XIV, los secretarios o cancilleres habían desempeñado un papel muy importante para el funcionamiento del gobierno comunal florentino. Todavía a principios del siglo XV la cancillería conservaba mucho de su esplendor, sin embargo, a partir de que Cosme de Médici se convirtiera en el gobernante *de facto* de la república en 1434, para dar inicio a una dinastía, la estructura del gobierno comunal se había visto seriamente dañada, e instituciones como la cancillería quedaron subordinadas a la voluntad particular de una familia (Garin, 1984).

La cancillería de la república no volvió a recuperar su relevancia sino hasta fines del siglo XV, una vez que en 1494 los Médici fueron desplazados del gobierno y expulsados de la ciudad, circunstancias a partir de las cuales la Señoría recuperó cierto grado de independencia y autonomía. No obstante, la permanente injerencia que los Médici ejercían en el gobierno de la república fue reemplazada de algún modo por la fuerte influencia en este del fraile Girolamo Savonarola quien, entre 1494 y 1498, se convirtió *de facto* en el guía espiritual de la ciudad y su gobierno. De este modo, fue solo en mayo de 1498, cuando Savonarola fue ejecutado y la Señoría recuperó por completo su soberanía, el mismo mes en que Maquiavelo comenzó a servir como su segundo secretario, tratando de contribuir a que la maquinaria de la administración pública que durante tanto tiempo se había visto distorsionada operara de forma adecuada (Gilbert, 1977a).

Uno de los problemas más graves del gobierno al que comenzó a servir Maquiavelo fue la acelerada rotación del gonfaloniero y los priores de la Señoría, que no duraban en su cargo sino dos meses, lo que no solo era un tiempo claramente insuficiente para adquirir cualquier aprendizaje o experiencia política, sino que además hacía necesario contar con un elevadísimo número de ciudadanos dispuestos a servir a la república en este y los otros consejos que tenía. Por otro lado, esta elevada rotación de los cargos políticos transfería a sus instancias burocráticas, al frente de las cuales se encontraban las dos secretarías, un enorme margen de maniobra e influencia, dado que eran la única institución con cierta durabilidad y estabilidad dentro del gobierno.

A esta estructura gubernamental fue a la que se incorporó Maquiavelo el 28 de mayo de 1498 como segundo secretario, encontrándose de pronto al frente de un órgano que le confería amplias facultades y mayores responsabilidades, mismas que se incrementaron tan solo mes y medio después, cuando fue designado también secretario de los Diez, un órgano del gobierno que tenía como atribución específica los asuntos relacionados con la guerra, y presentaba además problemas muy similares a los de la Señoría, pues sus integrantes permanecían en su cargo tan solo seis meses.

Esta elevada rotación del personal político se veía acompañada —y era en buena medida un efecto— de la inclinación democrática de la república, la que permitió y favoreció durante esos años un alza galopante de los impuestos, determinada no solo por el gasto corriente del gobier-

no, sino por la campaña militar contra Pisa. Guicciardini, que evidencia sin embozo su desagrado por el gobierno popular, cuenta cómo durante esos años los pobres votaron a favor de impuestos excesivos confiados en la certeza de que la mayoría de ellos recaerían en la población más rica, a la cual no solo se le aplicó un *diezmo escalar*, es decir, un impuesto progresivo, sino que se le exigió una serie de empréstitos forzosos. Además, en consonancia con el espíritu democrático imperante, se acordó que el requisito que debía cumplirse dentro del Gran Consejo para autorizar el aumento de impuestos fuese de cincuenta votos más uno, es decir, una mayoría absoluta, y no la mayoría calificada de dos tercios que se exigía antes, lo que colocaba a las minorías en una posición de mayor debilidad (Guicciardini, 2006).

No obstante, el repudio de la población general ante los nuevos y elevados impuestos llegó a tales niveles que desde mediados de 1499 y hasta avanzado el año 1500 no se pudo instituir el consejo de los Diez, del cual era secretario Maquiavelo, ya que la población se resistía a integrarlo, culpándolo del excesivo gasto público, por lo cual se les llegó a apodar los *Diez gastadores* (Maquiavelo, 2005: 134). Además, el desprestigio de la conducción militar se acrecentó con la ejecución del capitán mercenario Paolo Vitelli en el otoño de 1499, quien estaba a cargo de la campaña de Pisa y fue culpado de traición por la Señoría, cuya culpabilidad real resultaba hasta cierto grado intrascendente para los florentinos, que en uno y otro caso veían dilapidados sus recursos. Para colmo, en el verano siguiente se sublevaron los soldados suizos y gascones participantes en la campaña militar, motín que presenció Maquiavelo —que se encontraba por esos días en el campo de batalla—, acontecimiento que no hizo sino acrecentar el malestar social y fortalecer la convicción del secretario sobre la gravedad de este problema.

A pesar de este complejo panorama institucional, Maquiavelo pudo adaptarse rápidamente a sus funciones como secretario y desempeñar tareas de gran delicadeza. Entre las comisiones que se le encomendaron en este periodo sobresalen tres misiones diplomáticas; la primera ante Jacoppo D'Apiano, señor de Piombino, la segunda frente a Catalina Sforza, señora de Imola y Forli y la tercera nada menos que en la corte de Luis XII, el rey de Francia. No puede pasar inadvertido que estas tres misiones diplomáticas tuvieran en común dos cosas: primera, que parecían más bien funciones de la primera secretaría que de la segunda y, segunda, que las tres trataban del mismo asunto, de las tropas mercenarias y

extranjeras a las que debía recurrir Florencia para cumplir sus fines militares (Black, 1990: 81).

La primera de estas misiones se realizó en marzo de 1494, cuando Maquiavelo fue enviado ante Jacoppo D'Apiano con el fin de negociar su salario como capitán del ejército que mantenía Florencia en su campaña militar para tratar de recuperar Pisa, la cual se había perdido en 1494, cuando Carlos VIII ocupó la ciudad y le otorgó su independencia. Unos cuantos meses después, en julio, fue enviado ante Catalina Sforza con el fin de negociar con ella el salario de su hijo Ottaviano Riario, que también servía en el ejército de Florencia. Por último, el año siguiente, en julio, fue enviado ante una de las cortes europeas más importantes y poderosas del momento, la del rey francés Luis XII, con quien debía tratar de negociar una reducción en el pago de las tropas que había prestado a la república para la misma infausta campaña de Pisa (Ridolfi, 1961: 30).

Como puede verse, desde los primeros años en que Maquiavelo entró a prestar sus servicios a la república se percató de dos de sus grandes debilidades: en primer lugar, observó los defectos de su diseño institucional, ya que la acelerada rotación de sus integrantes, sobre todo de los priores de la Señoría, de los Diez y del mismo gonfaloniero, impedía prácticamente dar sentido y continuidad a la política del Estado; en segundo lugar, se percató de los problemas emanados de la dependencia de tropas mercenarias y extranjeras, lo cual no solo impedía valerse de un ejército confiable y disponible en todo momento, sino que también imponía fuertes gastos a la república, los cuales se traducían en elevados y odiados impuestos sobre la población. Es decir, desde sus primeras experiencias políticas, Maquiavelo se dio cuenta de estos dos problemas fundamentales que más tarde reflejaría en sus escritos.

De secretario a primer ministro: 1502-1506

No, Maquiavelo no fue nombrado nunca oficialmente primer ministro, no existía tal figura en Florencia, y en el resto de Europa apenas se comenzaban a institucionalizar las funciones de los ministros del rey. Él siempre conservó el mismo nombramiento de segundo secretario, sin embargo, para estos años y por el resto de la administración Soderini, su posición y relevancia muy bien podían haberse equiparado a la que después tuvieron los primeros ministros de los grandes monarcas europeos.

Maquiavelo comenzó a prestar sus servicios a una república que se encontraba desgarrada y profundamente dividida. En primer lugar, una

de las divisiones más polarizantes y enconadas fue la que se produjo en 1494, cuando Savonarola se convirtió en guía y patrono del nuevo gobierno, lo que propició que la población se dividiera entre quienes lo apoyaban y quienes no, dos facciones que pronto agudizaron sus diferencias al grado de ser reconocidos públicamente como dos grupos definidos, a quienes se les llamó *piagnoni* (llorones) y *arrabbiati* (enojados), respectivamente. El mismo Savonarola se encargaba de atizar desde el púlpito esta división, como lo describe claramente Maquiavelo en una carta que le escribió a su amigo Ricardo Becchi el 9 de marzo de 1498, tres meses antes de entrar al gobierno, donde, al parecer a petición de este, le cuenta cómo acudió a un sermón ofrecido por el fraile en el que entre otras cosas decía que solo había dos tipos de hombres: los buenos y los perversos; los primeros eran los que lo seguían, y los segundos quienes se le oponían. Seguramente estas palabras pronunciadas por el fraile no fueron bien recibidas por Maquiavelo, pues apenas el mes anterior, febrero, había sido propuesto para ocupar la segunda secretaría, obteniendo resultados negativos, pues la designación había ido a parar a un reconocido miembro de los *piagnoni*, quien marginó a Maquiavelo, seguramente por considerarlo poco devoto del fraile o incluso un franco opositor (Maquiavelo, 2013a: 439-442).

En segundo lugar, el desplazamiento que sufrieron los Médici en 1494 también agravó la separación y desavenencia entre la oligarquía y el pueblo. No solo se comenzaron a enfrentar más enconadamente por los cargos públicos y por los montos y destinatarios finales de los impuestos, sino que en líneas generales también reaccionaron a la división propiciada por Savonarola, por lo cual la oligarquía se alineó sobre todo del lado de los *arrabbiati* y el pueblo llano del de los *piagnoni*.

No era fácil resolver los problemas constitucionales del gobierno florentino, sobre todo porque cualquier modificación implicaba uno u otro inconveniente. En 1494 se refundó la república tratando de seguir el modelo republicano de Venecia —como se expone de manera detallada en el capítulo 8—, sin embargo, su orientación oligárquica no terminaba de agradar a todos en Florencia, mucho menos a Savonarola, quien deseaba una orientación más democrática. De este modo, aunque se creó en 1494 un Gran Consejo similar al veneciano, no se le impusieron los límites y restricciones que este tenía, por lo que se le concedieron facultades que poco agradaron a la oligarquía; asimismo, de manera inversa, aunque se creó el Concejo de los Ochenta, tratando de emular al concejo venecia-

no de los *Pregadi*, que hacía las veces de un Senado, no se le dotó de las amplias facultades que tenía aquel. Para completar el esquema, aunque se conservó y encumbró la figura del gonfaloniero como máxima concentración y personalización del poder del Estado, se neutralizó toda su capacidad al asignarle la misma brevedad en el cargo que tenían los priores de la Señoría, dos meses, lo que separaba abismalmente esta figura con respecto al *dogo* de Venecia, el cual si bien no acumulaba mucho poder en sí mismo, al menos tenía un encargo vitalicio (Gilbert, 1984).

No obstante, para finales de 1502 y luego de ocho años de experimentar y sufrir con este diseño constitucional, se decidió realizar un cambio fundamental, que era el nombramiento de un gonfaloniero vitalicio, esperando conseguir así la estabilidad y longevidad que tenía la *serenissima*, claro, sin la conciencia de que esta apacibilidad no se debía exclusivamente al cargo vitalicio del dogo, el cual era en el fondo efecto y no causa, como se verá posteriormente.

No era la primera ocasión que en Florencia se hablaba de un gonfaloniero vitalicio, incluso desde la época de Lorenzo el Magnífico (m. 1492) se llegó a considerar esta idea, aunque nunca prosperó, ya que se imponían dos consideraciones: en primer término, parecía superflua una modificación constitucional de este tipo dado el predominio de la familia Médici, cuyo jefe cumplía en los hechos esa función sin necesidad de formalismos; segundo, la creación de un gonfaloniero vitalicio abría la posibilidad de un gobierno despótico y tiránico, dadas las posibilidades de fortalecimiento de que dispone un gobernante con semejante horizonte, lo cual hacía temer no solo al pueblo florentino, sino a la misma oligarquía, pues si bien el dominio mediceo se asemejaba mucho a un gobierno monárquico, nunca llegó a vérsele como una tiranía. Una situación similar se produjo a partir de 1494, pues aunque ya se había depuesto y expulsado a los Médici, su lugar fue ocupado en cierta medida por Savonarola, de quien dependía la orientación general que debía seguir el gobierno. Por esa razón, no fue sino hasta la muerte del fraile en 1498 cuando las instituciones republicanas asumieron el control político real y se encontraron con las fallas estructurales de su diseño constitucional (Viroli, 2009; Capponi, 2010: 22).

De este modo, en 1502, y luego de cuatro años de experimentar con las instituciones políticas establecidas, se decidió finalmente instituir un gonfaloniero vitalicio. Sin embargo, a pesar de la ausencia de los Médici y de la desaparición de Savonarola, no estaban ausentes los temores a la

tiranía, por lo que para neutralizar los posibles excesos del gonfaloniero, se le impusieron una serie de restricciones: debía ser mayor de cincuenta años, con lo cual se garantizaba que su permanencia en el cargo no fuese excesivamente prolongada; además, se establecía con claridad la prohibición de que ningún miembro de su familia ocupara un cargo público relevante ni se dedicara al comercio, con lo cual se cerraba el paso al encumbramiento familiar y al establecimiento de una dinastía (Gilbert, 1984).

No obstante estas restricciones, el impulso popular que prevalecía en Florencia desde hacía algunos años había superado ya las resistencias oligárquicas tanto en lo referente al procedimiento de la elección como a la persona elegida. La oligarquía no pudo impedir que la facultad de elegir al gonfaloniero fuera a parar al Gran Consejo, el cual no gozaba de su beneplácito, ya que era una instancia con una fuerte presencia popular, de amplia representación, pues llegó a albergar a casi tres mil miembros, debido a que desde su fundación se relajaron notablemente las restricciones insaculatorias. Los venecianos nunca relajaron tanto las restricciones sobre el suyo, al cual mucho tiempo atrás también habían privado de una intervención efectiva en este proceso, para reservársela a los patricios del concejo de los *pregadi*.

A consecuencia de eso, la elección favoreció a Piero Soderini, hermano del obispo de Volterra, quien ya había ocupado el cargo poco más de un año antes y había resultado poco grato a la oligarquía, pues durante esa gestión prescindió de la *prattica*, un mecanismo de consulta muy utilizado en la época de los Médici, por medio del cual el gonfaloniero llamaba a un selecto número de ciudadanos para escuchar sus opiniones sobre los temas de gobierno más delicados, lo cual les daba el privilegio de que su voz fuera escuchada al más alto nivel (Rubinstein, 1968; Gilbert, 1957: 190).

Maquiavelo era amigo de la familia Soderini de tiempo atrás y desde el principio estableció una excelente relación con el gonfaloniero, quien cada vez fue recurriendo más a él hasta convertirlo en su hombre de mayor confianza.

Como se dijo, Maquiavelo había desempeñado importantes funciones desde antes de la llegada del gonfaloniero Soderini en septiembre de 1502, no obstante, a partir de entonces, su presencia en el gobierno y la importancia de sus misiones diplomáticas aumentaron al grado de convertirlo en la figura más sobresaliente de la administración (Viroli, 2009).

Así, apenas un mes después de la llegada de Soderini, fue enviado ante César Borgia, el hijo del papa Alejandro VI —como se expone con detalle en el capítulo 6—. No era la primera ocasión que se presentaba ante el Duque Valentino, como popularmente se le conocía; ya antes, en junio de ese mismo año, había acompañado a Francesco Soderini, obispo de Volterra y hermano de Piero Soderini, a una misión ante él, aunque en esa ocasión había sido una corta estancia, solo cinco días. En cambio, en esta segunda legación no solo fue el enviado responsable, sino que permaneció varios meses, de octubre de ese año hasta enero de 1503. Y no era para menos, en ese momento el Duque se encontraba realizando una campaña militar en la Romaña con el supuesto fin de recuperar los dominios pertenecientes a la Iglesia, aunque en realidad estaba tratando de construir un Estado para la familia Borgia, cuyos apetitos apuntaban al territorio mismo de Florencia. César ya había conquistado Imola en diciembre de 1499, y Cesena y Forli a principios de 1500, por lo que ya estaba probada su peligrosidad, máxime cuando en junio de 1502 se rebelaron Arezzo y los pueblos de Valdichiana, pertenecientes al dominio florentino, en cuya rebelión se sospechaba la mano oculta del Duque, pues la rebelión de Arezzo había sido instigada por Vitellozzo Vitelli, uno de sus capitanes.

No obstante, de manera dramática, ese mismo año 1503 moría en Roma el papa Alejandro VI y era elegido en su lugar el papa Pío III, quien murió muy poco tiempo después, en octubre, sumiendo así en la incertidumbre e indefinición a Roma, los Estados Pontificios y en general a toda Italia —como se analiza en el capítulo 7—. Dada la situación tan compleja y delicada que significaba la elección del nuevo papa, Florencia decidió enviar a un representante que obtuviera de primera mano la información sobre el desarrollo de los acontecimientos; así, se encomendó la misión a Maquiavelo, quien observó con atención y reseñó la unción de Julio II y el hundimiento de César Borgia.

El año siguiente, 1504, fue enviado de nuevo a la corte francesa, para tratar el problema perenne del pago de las tropas francesas prestadas a Florencia. Además de estas misiones que eran de vital importancia para la ciudad, Maquiavelo fue enviado a muchas otras, que si bien parecían menores por tratarse de Estados más pequeños, no carecían de relevancia, pues se relacionaban con su posición regional en la península, como la misión que desempeñó en Siena ante Pandolfo Petrucci, en Perugia ante Baglioni, y en Mantua ante Francisco Gonzaga (Vivanti, 2013).

De esta época datan cuatro importantes escritos políticos breves, que trazan los rasgos de las ideas políticas fundamentales que serían desarrolladas después, en sus obras mayores, tres de los cuales fueron redactados en 1503 y el cuarto en 1504: *1)* "Descripción de cómo procedió el Duque Valentino para matar a Vitellozo Vitelli, Oliverotto da Fermo, Paolo Orsini y al Duque de Gravina Orsini", *2)* "Discurso sobre la provisión de dinero, con un breve proemio y justificación", *3)* "Cómo tratar a los rebeldes de Valdichiana" y *4)* "Primer decenal" (Maquiavelo, 2002).

El arte de la organización militar: 1506-1512

En 1506 Maquiavelo pudo llevar a cabo uno de los proyectos más importantes de su vida: la creación de un ejército propio para Florencia. Como se ha visto ya, desde los primeros meses en que desempeñó su cargo como secretario, percibió que uno de los problemas más graves de la república era la carencia de un ejército propio, lo cual no solo le imponía un altísimo costo económico sino, peor aún, la sumía en la incertidumbre e indefinición al hacerla depender de la existencia y disponibilidad de ejércitos y capitanes mercenarios, a veces escasos, con frecuencia costosos, siempre veleidosos y nunca del todo leales ni confiables (Maquiavelo, 2000).

De esta manera, él convirtió en un proyecto personal y profesional lo que era una de las necesidades públicas más sentidas. Para ese momento contaba ya con la plena confianza del gonfaloniero, al grado de que le encomendó el proyecto de ordenanza para constituir la milicia, luego del cual le fue encargado también el trabajo de su reclutamiento y organización.

Maquiavelo tuvo la suerte de ver en acción a su milicia en la campaña reiniciada contra Pisa, en la cual desempeñó un papel bastante digno, que dejó satisfechos a todos en la ciudad. A tal grado fue el éxito obtenido, que en 1510 le fue encomendada la ordenanza de la caballería; un proyecto que consistía principalmente en constituir una caballería ligera que apoyara a la milicia, base del ejército. De este modo, Maquiavelo pasó todo el fin de ese año y el principio de 1511 recorriendo el dominio florentino, comenzando por Valdichiana, con el fin de reclutar a los caballeros que servirían en esta rama del ejército.

De forma paralela a esta actividad, Maquiavelo desempeñaba importantes funciones diplomáticas, entre las que sobresalen la legación ante el rey francés y el emperador Maximiliano, las cuales dieron origen a dos

informes diplomáticos muy interesantes, verdaderos ejemplos de análisis cultural y político (Maquiavelo, 2002). Tal vez de la misma importancia que estas tareas fue la misión que se le encomendó para dirigirse, en septiembre de 1511, a interceptar a los cardenales cismáticos, azuzados y manipulados por el rey francés, que habían convocado a un concilio en Pisa, con el objetivo desafiante y expreso de deponer al papa Julio II y entronizar a un papa más afín a su patrocinador, lo que alentaba un conflicto muy grave, que traería además trágicas consecuencias para Florencia (Ridolfi, 1961: 148).

No obstante, los problemas internos no cesaban y se profundizaban las divisiones entre la población. La oligarquía no solo continuó con sus críticas y oposición al gonfaloniero, sino que aumentó cada vez más su alejamiento, al grado de que los enemigos y opositores crecieron de forma acelerada en los últimos años del gobierno Soderini.

Desde el principio de este periodo, en 1504, cuando nuestro autor escribió el *Primer decenal*, se evidenció este distanciamiento. Maquiavelo le dedicó en este texto algunas líneas muy halagadoras a Alamanno Salviati, quien en esa época destacaba como la figura más emblemática de los *ottimati*, y lo invitó a acercarse al gobierno, del cual se había alejado notoria y enfáticamente, al grado de convertirse prácticamente en un opositor de Piero Soderini. Sin embargo, la reacción de Salviati no fue nada esperanzadora y evidenció muy claramente el abismo que ya había entre uno y otro bando (Vivanti, 2013; Maquiavelo, 2002: 204-230).

No sería este el único desaire que Maquiavelo sufriría de los *ottimati*. Al año siguiente, 1507, cuando al emperador Maximiliano le pasaba por la cabeza bajar a Italia para ceñirse la vetusta y desusada corona del Sacro Imperio Romano Germánico y reanimar su incómoda alianza con Florencia, la república se apresuró a enviar ante él un embajador para disuadirlo de tal propósito. A Soderini se le vino de inmediato a la mente el nombre de Maquiavelo, el hombre de su mayor confianza, al que los *ottimati* dirigieron innumerables objeciones y lograron que en su lugar fuese enviado Francesco Vettori. Al final, Soderini se las arregló para enviar unos cuantos meses después al primero en alcance del segundo, pero con todo lo sucedido ya se había hecho evidente la reticencia y desagrado de la aristocracia florentina con respecto al segundo secretario de la república.

Esta disposición francamente negativa fue la que casi con seguridad estuvo detrás de la denuncia que se presentó en 1509 contra Maquiavelo,

la cual pretendía inhabilitarlo como servidor de la república en tanto que su padre había sido deudor del fisco, lo cual era ciertamente una causal de inviabilidad para el ejercicio de cargos públicos (Ridolfi, 1961).

En 1510 se descubrió una conjura en contra de Soderini, que culpaba al cardenal Médici, lo cual no hizo sino dar cuenta de lo deterioradas que estaban las relaciones entre una y otra facción, y de lo débil que ya se encontraba el gobierno Soderini frente a los *ottimati*.

De este modo, para 1512 las dificultades internas y externas de la república se habían condensado de una manera explosiva. La chispa que detonó el estallido social y el derrocamiento y expulsión del gobierno republicano fue la campaña punitiva contra Florencia, acordada en el congreso de Mantua e instrumentada por los ejércitos imperiales, a la cabeza de los cuales se designó al virrey Cardona, ante cuyo asedio sucumbió la república. Maquiavelo, que no dejó de reprobar la perenne irresolución de Soderini, le fue leal hasta el último momento, e incluso lo ayudó a escapar cuando los ejércitos imperiales estaban a las puertas de Florencia, una clara muestra de su compromiso con el gobierno de la república, que no llegó a imaginar lo caro que pagaría después (Águila y Chaparro, 2006: 50).

Como se ha visto, puede ganarse mucho en la interpretación de la obra de Maquiavelo si se observa que muchos de sus postulados son un producto que emana de su experiencia política y de sus juicios como hombre de gobierno, como servidor de una república renacentista. Una gran parte de las interpretaciones que se han hecho de su obra han pasado por alto consideraciones como estas.

En efecto, Maquiavelo era un hombre de su tiempo, un hombre del Renacimiento. Pero lejos de que esto signifique la presencia u observación de un ser humano modélico o estereotipado, este reconocimiento debe servir para notar que se trataba de un individuo sometido a una gran diversidad de influencias culturales, muchas de ellas contradictorias entre sí. El hombre del Renacimiento se halla, precisamente, en medio de la encrucijada por la que transitó el hombre medieval para dar paso al hombre moderno, para generar una conciencia del presente en la que habrían de cohabitar e integrarse la fuerte herencia del mundo grecolatino clásico y el antecedente inmediato del cristianismo medieval. Como lo dice Joly (1997) en su clásico *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*, poniendo en boca del segundo que Maquiavelo vivió una época de gran inestabilidad y violencia, carente o escasa de leyes e instituciones.

Además, al observar su actuación como secretario de Florencia, se puede dar cuenta de cómo Maquiavelo dispuso de una posición privilegiada para observar y practicar la política de acuerdo con los cánones del momento. No solo adquirió conciencia de los problemas de gobierno típicos que enfrentaban los nacientes Estados modernos, sino que además sus tareas diplomáticas le permitieron atestiguar importantes decisiones de Estado y la manera en que debían conformarse las funciones y estructura de los Estados europeos en ciernes, si es que querían sobrevivir en ese mundo en acelerada transformación.

Maquiavelo habla de la política como se practicaba en ese momento. Todo el cinismo, indolencia o hipocresía que se atribuye a sus juicios no son más que un fiel reflejo de la forma en que el hombre renacentista, preludio del hombre moderno, empezaba a enfrentar y elaborar su realidad política.[1]

[1] Como dice Berlin, la interpretación más común de Maquiavelo desde los tiempos isabelinos es que fue un *gran corruptor, un maestro del mal* (Berlin, 2006: 99).

3. La caída de la república y la caída del secretario

Si bien en el capítulo anterior se trató el tema de la educación, formación y ejercicio del servicio público de Maquiavelo, este se ocupa de lo que podríamos llamar la segunda mitad de su vida, en la cual se concentra su producción intelectual: los años que van de 1512 —cuando deja de ser segundo secretario del gobierno florentino—, hasta 1527 —año de su muerte.

A diferencia de sus biógrafos más reconocidos, se ha hecho aquí una segmentación en tres etapas de este periodo que puede ayudar a entender mejor sus circunstancias personales y el contexto político: la primera, muy corta pero muy intensa, va de 1512 a mediados de1513, cuando cae la república de Florencia, pierde su empleo y es denigrado públicamente; la segunda, de 1513 a 1520, cuando vive serias dificultades económicas, trata de reingresar al servicio público y escribe *El príncipe* y los *Discursos*, y la tercera, de 1520 a 1527, cuando comienza a servir a los Médici, obtiene un modesto cargo público y vuelve a caer en desgracia, al restaurarse la república de Florencia en 1527 y es considerado enemigo de esta.

Caída en desgracia

El año 1512 fue trágico en la vida de Maquiavelo y en la historia de Florencia. Maquiavelo fue destituido de su cargo como segundo secretario de la república de Florencia, una función que había desempeñado los últimos catorce años, desde julio de 1498. No obstante, debió dejar su puesto no solo de manera abrupta, sino signado por la ignominia, ya que la Señoría, el máximo consejo de gobierno de la ciudad, lo separó de sus funciones el 7 de noviembre de ese año, y tres días después le impuso una fianza de mil florines y le prohibió abandonar el territorio de la república. Por si fuera poco, a la siguiente semana, el 17 de noviembre, la Señoría

también le impidió entrar al palacio de gobierno, el edificio que había sido su lugar de trabajo durante catorce años y al que ahora se le cerraba el acceso de manera denigrante (Ridolfi, 1961; Vivanti, 2013; Villari, 1958).

La tragedia que sufrió ese mismo año la república no fue menor. Poco antes de la destitución de Maquiavelo, el 31 de agosto, Piero Soderini se vio obligado a renunciar a su cargo como gonfaloniero de la ciudad, el máximo órgano ejecutivo del gobierno, y a quien Maquiavelo rendía cuentas directamente. De este modo, el primero de septiembre, Soderini abandonaba Florencia con rumbo a Siena, poco antes de que ese mismo día entrara en la ciudad el cardenal Giovanni de Médici, el jefe político en ese momento de la familia. Aunque Florencia fuese nominalmente una república, los Médici la habían gobernado desde 1434 como si se tratara de un patrimonio propio, de una monarquía hereditaria, control que perdieron en 1494 debido a una rebelión popular que no solo les arrebató el gobierno, sino que los expulsó de la ciudad, dando paso así a la instauración de un verdadero gobierno republicano, al que Maquiavelo sirvió desde 1499 con entrega y lealtad. Ahora, dieciocho años después, los Médici volvían a Florencia no solo para habitar en ella, ni como simples ciudadanos, con la honesta intención de recuperar sus bienes mediante un pago legítimo, como presumía el cardenal Médici, sino que volvían en realidad con el propósito de hacerse cargo nuevamente del gobierno, como antaño (Hale, 2004; Hibbert, 1979).

No obstante, para comprender el alcance de estos acontecimientos, será conveniente ponerlos en perspectiva, ya que pocos momentos en la historia de los florentinos y en la vida de Maquiavelo fueron tan aciagos como el año 1512.

Maquiavelo comenzó ese año desempeñando una intensa actividad militar. No solo era el segundo secretario de la república, sino que también era el secretario de los *Diez de la Libertad*, el órgano encargado de las cuestiones bélicas de la república. La segunda secretaría no estaba directamente subordinada a la primera, aunque sí tenía menor rango y prestigio institucional. No obstante, gracias a su empeño y dedicación, Maquiavelo se convirtió en el hombre de mayor confianza del gonfaloniero, quien lo hizo su principal colaborador, su agente para llevar a cabo algunas de las más importantes tareas del gobierno. Aunque teóricamente las cuestiones diplomáticas correspondían a la primera secretaría, durante los primeros años de la administración Soderini, Maquiavelo fue el encargado de desempeñar las misiones diplomáticas más delicadas, pues fue envia-

do ante el emperador, el rey de Francia, el papa y algunos de los príncipes más importantes de la península. No obstante, dada la comprometida situación internacional en la que se encontraba Florencia en esa época, se le encomendó concentrarse en los preparativos de la defensa nacional (Viroli, 2009).

Así, desde 1506 Maquiavelo comenzó a dedicarse a la creación y organización de la milicia florentina. Desde ese año y hasta 1511 combinó casi por igual esa tarea con sus acostumbradas encomiendas diplomáticas, no obstante, desde principios de 1512 se concentró de nuevo solo en las cuestiones militares. Durante esos meses continuó con la organización y administración de la milicia de infantería que ya había creado, y a fines de 1511 acometió la tarea de crear la milicia de caballería de la cual se habló en páginas anteriores, así como la inspección y supervisión de las fortalezas que protegían el territorio (Hörnqvist, 2002).

Este cambio notorio en las actividades centrales de Maquiavelo no era casual, sino una consecuencia de la situación de enorme peligro por la que pasaba Florencia. Antes de 1494, la principal amenaza a su seguridad provenía del sur, esencialmente de Roma y de Nápoles. Estos dos Estados italianos se habían convertido en su principal peligro desde 1478, el año de la rebelión de los Pazzi (que se describe con detalle en el capítulo siguiente). Como entre los culpables estaba el propio arzobispo de Pisa, Francesco Salviati, no se detuvo en consideraciones para su ejecución, lo que enfureció al papa, quien contando con el apoyo de Nápoles, su aliado, se preparó para entrar en guerra contra Florencia. Solo el valor y la habilidad de Lorenzo resolvieron este conflicto tan riesgoso, pues logró incluso establecer, a partir de esos años, relaciones pacíficas con estos dos Estados (Martines, 2006b; Brucker, 1983b).

Desde entonces Florencia experimentó un periodo de relativa tranquilidad, que terminó en 1494, cuando las amenazas y hostilidades provinieron del norte, de Francia, un reino del que Florencia era aliada, pero que tenía ambiciones anexionistas sobre otros Estados italianos, en principio sobre Nápoles, lo que implicaba una desestabilización de la región.

Así fue como en 1494 el rey francés Carlos VIII decidió incursionar en suelo italiano para reclamar el trono de Nápoles, para lo cual contaba, además de Florencia, con la alianza e invitación de Milán. La campaña francesa fue el disparo de salida para que otras potencias europeas intervinieran o aumentaran su presencia en Italia, como España, el Imperio y la propia confederación de los suizos, a quienes parecía haber instrui-

do y beneficiado significativamente el conflicto italiano, pues al observar la suerte de sus vecinos, su unión se vio fortalecida. Más aún, cuando comenzaron las guerras italianas de 1494, *los suizos* eran tan solo una confederación de comarcas alpinas bastante autónomas e independientes, cuyos pobladores se alquilaban como mercenarios al mejor postor. Sin embargo, en la medida en que transcurrió el conflicto, su unión se fortaleció, al grado de que para 1512 ya actuaban mucho más unitariamente, tanto así que pudieron convertirse durante los siguientes tres años en los señores de Milán. Los italianos no hicieron lo propio, y el resultado temido y previsible fue que a raíz de eso casi todos los Estados de la península perdieron su autonomía, algunos durante un largo periodo (Hale, 1988; Mommsen, 1948).

Fueron años de una profunda transformación de las relaciones internacionales, en particular de las formas de vinculación y asociación políticas. Si bien los Estados europeos se habían aliado y confederado desde la Antigüedad, en esta época las alianzas adquirieron una volatilidad y un pragmatismo inusitados. En el Renacimiento, el naciente Estado moderno estrenaba su autonomía e identidad de manera profusa y, si se quiere, veleidosa; se ofrecía presto y arrojado a cualquier tipo de alianza, la única condición parecía ser que se satisficieran sus objetivos más inmediatos o transitorios. Para darse una idea de ello, bastaría con evidenciar la política de alianzas de la Santa Sede en cuatro momentos clave de esta época: 1495, 1508, 1511 y 1513. En 1495 se unió a España para echar a Francia de Italia; en 1508 se alió con Francia, España y el emperador para doblegar a Venecia; en 1511 pactó con Venecia y España para volver a expulsar a Francia, y en 1513 se alió nuevamente con Francia para combatir a España (Mattingly, 1965; Prodi, 2010).

Maquiavelo registró y transmitió crudamente la nueva realidad; percibía con claridad que los príncipes bien podían negarse a cumplir la palabra dada si eso implicaba un peligro para su Estado, más aún, sentenciaba que los príncipes que desearan hacer grandes cosas debían aprender a engañar y simular: el espíritu de la diplomacia renacentista, sublimado en *El príncipe*.

En efecto, muchas de las opiniones y juicios expresados por Maquiavelo en este libro y otros escritos se nutren directamente de la realidad que en esa época experimentaba Florencia. En lo que se refiere específicamente a la política internacional, Maquiavelo fue un recurrente y duro crítico de la política exterior de su patria, en particular de la que siguió

Soderini, a quien su cercanía no le impedía considerar timorato e irresoluto. En este sentido, desde 1494, Florencia se mantuvo como tímida pero fiel aliada de Francia, a pesar de que esta la trataba más como tributaria que como coaligada. No obstante, Florencia se mantuvo fiel y podría decirse que empecinadamente fiel a esta alianza, aun cuando las condiciones internacionales habían cambiado de tal manera que ese vínculo era más pernicioso que útil. De esta manera, cuando el papa Julio II impulsó la Santa Liga de 1511 contra Francia e instó a Florencia para que se separara de ella y se le uniera, habría sido el mejor momento para cambiar de bando y salvar la república, pero no lo hizo así y dejó que la tormenta le cayera encima con funestas consecuencias (Black, 1990; Shaw, 1993).

La misma Venecia, que sufrió el embate concertado e impulsado por Julio II desde 1509, pudo recomponerse y corregir para cambiar de bando en 1511 y sumarse a los ganadores, de manera que fue el Estado italiano mejor librado de este prolongado conflicto. De este modo, cuando los aliados se reunieron en Mantua en 1512 para acordar las consecuencias que tendría para Florencia no haberse sumado a la Liga y mantenerse aliada a Francia, se selló de manera irremediable la ruina de la república y la del propio Maquiavelo.

Como se dijo antes, luego de la caída del gobierno de Soderini, el mes de noviembre fue una pesadilla para Maquiavelo. No solo fue destituido de su cargo, sino que además se le impuso una fianza que ni siquiera pudo pagar él mismo, por lo que tres de sus amigos debieron cubrirla por él. Igualmente bochornosa fue la prohibición que se le impuso para ingresar al palacio de la Señoría, al cual solo pudo entrar unas cuantas veces en los meses siguientes y solo a requerimiento expreso de la Señoría: exclusivamente para rendir informes detallados de los fondos de que había dispuesto para el pago de la milicia, ya que se sospechaba del uso que él les había dado, ¡él, que ni siquiera había podido pagar una fianza de mil florines para no ir preso! (Grazia, 1990; Montevecchi, 1972).

Sin embargo, si no pisó la cárcel gracias a la fianza que se le impuso, sí fue encarcelado tres meses después, cuando se le implicó en una conspiración para asesinar al cardenal Médici. Este complot, planeado por Agustín Capponi y Pedro Pablo Boscoli, dos jóvenes inspirados en el republicanismo antiguo y la personalidad del malogrado fraile Girolamo Savonarola, quienes habían hecho una lista de individuos a quienes consideraban podían invitar a un proyecto semejante, aunque sin haberlos consultado previamente. La lista cayó en manos de las autoridades y

al ver un elenco de personajes con claras antipatías hacia los Médici, y además con abiertas simpatías por la república, entre los que destacaba el nombre de Maquiavelo por ambos motivos, mandaron prender a los dos autores del listado, quienes fueron encarcelados el 18 de febrero de 1513, sometidos a tormento y —luego de haber confesado su proyecto— ejecutados cinco días después, el 23 de febrero. Para entonces, Maquiavelo y los otros personajes incluidos en la lista ya también habían sido encarcelados, y aunque Maquiavelo fue sometido a tortura, como los demás, no lograron arrancarle confesión alguna, pues negó siempre cualquier implicación en el complot (Vivanti, 2013; Janni, 1930).

Durante los mismos días en que fue aprehendido Maquiavelo, moría en Roma el papa Julio II, por lo que de inmediato se convocó a un cónclave para elegir a su sucesor. El 11 de marzo fue elegido nada menos que el cardenal Médici, por lo que toda la familia y de hecho toda la ciudad estalló en júbilo, pues se trataba del primer papa de origen florentino en toda la historia de la Iglesia católica. Por tal motivo, el nuevo papa agregó a todas las celebraciones que se llevaban a cabo una amnistía general en Florencia, por la que fueron liberados todos los presos, incluido el propio Maquiavelo, que había pasado en prisión las tres semanas más amargas de su vida (Hale, 2004; Hibbert, 1979).

La mayor parte de los biógrafos de Maquiavelo narran estos hechos como si él hubiera sido una víctima inerme de estas incontrolables pugnas políticas, de estas avasallantes fuerzas de la historia o de las volteretas imprevisibles de la fortuna. Pero la verdad es que Maquiavelo estaba profundamente involucrado en estos acontecimientos políticos, ya que era un agente muy activo en la vida pública florentina, y si bien como funcionario del gobierno no tenía plena y absoluta autonomía, eso no significa que no puedan imputársele algunas decisiones políticas cuestionables (Black, 1990).

Para comenzar, habría que hacer notar que si con la llegada de los Médici Maquiavelo fue destituido y sancionado administrativamente, no ocurrió lo mismo con Marcelo Virginio Adriani, el primer secretario de la Señoría, alguien que no solo había ocupado ese puesto desde unos meses antes del nombramiento de Maquiavelo, sino que se intuye que influyó para que la Señoría lo eligiera como segundo secretario.

¿Cómo explicarse tal parcialidad o inequidad? Es conveniente hacer notar que la república de Florencia, y el resto de las repúblicas renacentistas, enfrentaban un problema muy similar al de las democracias con-

temporáneas. ¿Cómo hacer para que las disputas políticas y partidistas no afecten la estabilidad y neutralidad de la gestión pública? Las repúblicas renacentistas ensayaron muchas soluciones para tal problema; como traer del extranjero al máximo responsable de la administración pública y asegurar así que fuera ajeno a las disputas y alineaciones políticas endógenas; establecer periodos muy cortos para ciertas magistraturas, con el fin de reducir su influencia; diseñar complejos y tortuosos mecanismos electorales, para asegurar con ello que no fuera tan sencillo manipular o distorsionar la selección de los funcionarios y gobernantes, etc. Este era en buena medida el espíritu de la función de los secretarios de la república de Florencia, quienes habían sido designados para prestar sus conocimientos y servicios al gobierno sin intervenir directamente en él, tratando de mantenerse al margen de facciones y partidos, al grado de que ya se había nombrado para este cargo en el pasado a reputados humanistas, la mayor parte de los cuales habían concluido sus servicios al Estado sin mayores cuestionamientos. Solo el arribo de los Médici al poder corrompió esa institución, al grado de que al instaurarse en 1494 la república, ocupaba la primera secretaría de la Señoría uno de sus partidarios más conocidos, Bartolomeo Scala, a quien se destituyó de inmediato (Garin, 1984).

No obstante, como es bien sabido, Maquiavelo no solo se convirtió en el hombre de confianza, en el brazo derecho del gonfaloniero, sino en un consejero y asesor de primer nivel. Tal era la influencia del segundo secretario, que después de una larga insistencia convenció en 1506 al gonfaloniero y a la Señoría de reclutar una milicia, un ejército popular, de la cual se convirtió en el organizador y administrador, con la esperanza de que emulara las glorias del antiguo ejército romano, del cual era un franco y entusiasta admirador. Como algún tiempo antes, en 1502, se había conferido el nombramiento vitalicio al gonfaloniero Soderini, disponer ahora de un ejército popular que él mismo había reclutado, por consejo de Maquiavelo, le daba aparentemente un grandísimo poder. Ante los ojos de los *ottimati*, la oligarquía florentina, Soderini estaba construyendo sólidas bases para una tiranía, apoyado por su secretario Maquiavelo, percepción que quedó bien grabada en su memoria, al grado de que desde entonces lo miraron con recelo y animadversión (Lukes, 2004; Hörnqvist, 2002).

No solo Marcelo Virginio Adriani había conservado su puesto como primer secretario con el nuevo gobierno de los Médici de 1512, sino que también dos personajes muy importantes en la vida de Maquiavelo lo-

graron algo similar. El primero de ellos fue Francesco Vettori, uno de sus amigos más entrañables, cuya correspondencia con él ha constituido una valiosa fuente de información no solo sobre la vida de Maquiavelo sino sobre sus opiniones y juicios políticos. Vettori había sido embajador ante el emperador Maximiliano en los tiempos de la república, en 1507, y luego, ya en el periodo Médici, lo fue ante el papa, es decir, una continuidad tal vez no fortuita. Algo muy similar ocurrió con Francesco Guicciardini, otro de sus amigos íntimos, quien también había sido nombrado embajador ante España en 1511, y luego ocupó diversos cargos durante el gobierno de los Médici, al grado de ser nombrado gobernador de la Romaña por Clemente VII, el segundo papa Médici. Incluso el gonfaloniero Soderini, que había sido expulsado de Florencia con la llegada de los Médici, pudo establecerse después en Roma durante el papado de León X, Giovanni de Médici, en donde vivió sin mayores sobresaltos hasta 1522, poco después de la muerte de León (Gilbert, 1984; Maquiavelo, 2013a).

Como puede verse, tal vez no sea solo el infortunio lo que explique la salida de Maquiavelo del gobierno de Florencia en 1512, como tampoco haya sido solo infortunio encontrarse en una lista de personajes contrarios a los Médici hecha por un par de conspiradores. Incluso algunos de sus biógrafos han dicho que los Médici tardaron mucho en olvidar la mala cara que les había plantado el secretario al encontrárselos en la corte francesa (Capponi, 2010).

Es probable que Maquiavelo no haya tenido otra alternativa más que servir en todo lo que le solicitara Soderini, pero no deja de surgir la duda sobre las posibilidades a su alcance de salir mejor librado de esa situación.

El arsenal de un escritor político

El periodo que va de 1513 a 1520 es de enorme importancia en la historia de la ciencia política porque en él se producen dos de sus más grandes textos, *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, ambos de Maquiavelo. Ciertamente, en este mismo periodo Maquiavelo escribe otras dos obras de gran relevancia, *Del arte de la guerra* y *La mandrágora*, pero para los propósitos de este libro, que son esencialmente de análisis político, es conveniente concentrarse solo en los primeros (Sasso, 1980).

Por otro lado, este es un periodo de enorme importancia también para la historia política de Italia, ya que en él se desarrollan y maduran los procesos que se iniciaron en 1494 con la incursión armada del rey francés en la península, mismos que desencadenaron la intervención más

abierta de las otras grandes potencias europeas del momento, España y el Imperio, y que terminaron por provocar lo que Maquiavelo tanto temía y advertía: la cancelación de la autonomía e independencia de los Estados italianos y el bloqueo consecuente de las vías que podrían conducir a la formación de un Estado nacional que los uniera (Elliot, 1990; Maurois, 1960). En el plano internacional se produjeron dos acontecimientos que alterarían sustancialmente la situación de Europa e Italia. Uno de ellos fue el nombramiento del cardenal Giovanni de Médici como papa en 1513 y el otro la asunción del emperador Carlos V al trono de España en 1516.

Cuando el 9 de marzo de 1513 se eligió como nuevo papa al cardenal Giovanni de Médici, se produjo una alteración esencial en el escenario político italiano. El cardenal Médici había desempeñado un papel protagónico en el derrumbe del gobierno republicano de 1494-1512, pues desde que Francisco I sustituyó a su primo Carlos VIII en el trono francés en 1498, había tenido una presencia constante en su corte para intentar deslegitimar al gobierno florentino, para que se le retirara cualquier apoyo. Sin perder tiempo, los Médici habían hecho la misma labor en la corte española y además el cardenal había usado toda su influencia ante el papa Julio II con idéntico objetivo. La laboriosidad de los Médici y el empecinamiento del gobierno de Florencia de no renunciar a su alianza con Francia y unirse a la Santa Liga, —convocada por Julio II en 1511 para expulsar a Francia de Italia— produjeron un efecto demoledor en la posición internacional de Florencia. Así las cosas, el congreso de Mantua al que convocaron los coaligados triunfantes tuvo casi como único propósito derribar al gobierno florentino y pedir la readmisión en la ciudad de los Médici, en apariencia como meros ciudadanos particulares, aunque en realidad no necesitaban nada más que eso para volver a ocupar su antigua posición social y, en consecuencia, controlar el gobierno (Hibbert, 1979; Schevill, 1961).

Una vez que el congreso le dio al virrey Cardona esta misión, el mismo cardenal Médici se encargó de proporcionar los únicos dos cañones con que contó la exigua expedición, mismos que fueron determinantes para la toma de Prato, en las afueras de Florencia, lo cual desató tal conmoción en la ciudad que Soderini creyó que su única opción era huir, decretando de un modo tan innoble el fin de la república.

Como puede verse, los Médici no fueron pasivos o casuales beneficiarios de la caída del gobierno republicano, sino sus patrocinadores y

agentes decisivos. Tan es así, que apenas unas horas después de la huida de Soderini, el cardenal Médici hacía su entrada triunfal en la ciudad, atrayendo y concentrando en sí toda la atención pública; además, muy rápido se convirtió en autoridad política. De este modo, casi de inmediato, se proyectó y llevó a cabo la transformación política que desplazó a las instituciones republicanas que se habían creado desde 1494, con el fin de rescatar y restablecer las que habían existido antes de ese año, las correspondientes a la época clásica de la hegemonía medicea, permeables al dominio oligárquico.

Esta era la situación de Florencia a comienzos de 1513 y la elección del cardenal Médici como nuevo papa no hizo sino acrecentar el poder de alguien que ya era príncipe *de facto* de uno de los Estados italianos más fuertes. Así, en unos cuantos meses, Florencia no solo perdió sus libertades republicanas, sino también su autonomía estatal, pues desde entonces se convirtió en un satélite de la política de la Santa Sede, en un instrumento de los dos papas Médici que prácticamente sin interrupción gobernaron Roma desde 1513 hasta 1534 (Partner, 1979).

En segundo lugar, Fernando el Católico murió en 1516 y ese mismo año lo sucedió su nieto, el futuro Carlos V, quien debido a la política de matrimonios típica de las cortes europeas de la época heredó una gran cantidad de posesiones que le permitieron convertirse en emperador de los dominios territoriales más extensos de la época moderna (Chabod, 1992). En la famosa carta del 9 de abril de 1513 ya citada, Maquiavelo criticó duramente la tregua que Fernando había firmado con Francisco I, al considerarla un error, pues creía que estaba desperdiciando la oportunidad de reducir de manera efectiva su capacidad de maniobra. En esta carta decía: "el rey Católico no es el hombre que se dice en cuanto a astucia y prudencia" (Maquiavelo, 2013a: 82), lo que deja entrever su absoluta desaprobación de la ruta que había tomado.[1]

Con esta famosa carta Maquiavelo inició un intercambio epistolar con Francesco Vettori sobre la política internacional del momento, el cual resulta apasionante y revelador, sobre todo porque Vettori se encontraba en ese entonces desempeñando la representación diplomática de Florencia ante la Santa Sede. Es una verdadera lástima que el interés u oportunidad de tratar esta materia no haya durado mucho tiempo, poco

[1] En otra carta un poco posterior, del 29 de abril, reafirmó su impresión: "a mí, España [el rey] siempre me pareció más astuto y afortunado que sabio y prudente" (Maquiavelo, 2013a: 92).

menos de dos años, pues aunque la correspondencia entre ambos continuó, los asuntos tratados variaron, por lo que no quedó registrada una opinión específica de Maquiavelo sobre Carlos V ni sobre el naciente imperio español.

En el plano personal, Maquiavelo se vio sumido en un profundo desánimo y frustración desde el mismo momento en que fue liberado de la prisión, al grado de que decidió alejarse de la ciudad y refugiarse durante los siguientes meses en su finca de Sant'Andrea in Percussina. Al día siguiente de salir de prisión se inició la correspondencia con Francesco Vettori, con quien trataba los asuntos más diversos, desde las cuestiones más serias y candentes de la política internacional hasta las ocupaciones más cotidianas y privadas, como las aventuras amorosas de ambos, constituyendo una fuente de información muy valiosa no solo para sus biógrafos, sino para todo aquel que tenga interés en las cosas relacionadas con este autor.

A esta correspondencia con Vettori se debe, por ejemplo, la famosa carta que escribió el 10 de diciembre de 1513 en donde le comunicaba que había escrito un opúsculo sobre el principado, *El príncipe*, una información que ha sido la fuente más importante para ubicar temporalmente, con cierta precisión, el momento en que escribió su famoso libro. Del mismo modo, a través de estas cartas sabemos que prácticamente desde el primer momento en que fue liberado no pensó en otra cosa sino en la manera de volver a ser admitido en el servicio público, o bien ser empleado directamente por los Médici que, desde cierto punto de vista, podía considerarse un equivalente de trabajar para el gobierno de Florencia (Chabod, 1994; Baron, 1993).

No obstante, más allá de sus problemas personales y familiares, o incluso de sus devaneos amorosos, no carentes por supuesto de interés y relevancia, lo que resulta de la mayor importancia en este periodo son las circunstancias y pensamientos que acompañaron la creación de sus dos famosos libros, *El príncipe* y los *Discursos*.

Una de las polémicas que ha recibido gran atención es la ubicación cronológica de estas dos obras. Como se ha dicho, a partir de la carta que le escribió a Vettori el 10 de diciembre de 1513 se tiene la certeza de que *El príncipe* se escribió antes de esa fecha, aunque no esté del todo claro si fue concluido íntegramente en ese año, pues en la misma carta se dice que lo seguía puliendo, lo que no permite esclarecer si se trataba de ajustes mínimos o significativos, o incluso de adiciones o modificaciones sustanciales.

Así, aunque puede considerarse este un indicio cronológico relevante para definir la fecha aproximada de composición del libro, no es concluyente. Del mismo modo, cuando en el primer párrafo del segundo capítulo de *El príncipe* dice "dejaré a un lado la cuestión de las repúblicas por haber razonado extensamente de ellas en otro lugar" (Maquiavelo, 2010: 48), puede intuirse con bastante seguridad que se refiere a los *Discursos*, aunque no se tiene la certeza tampoco de que ese comentario existiera desde antes de diciembre de 1513, es decir, que bien podría ser una modificación de las que realizó después, tal vez incluso hasta 1516, cuando lo entregó como obsequio a Lorenzo de Médici. Así, sin remedio, el momento exacto de la composición de ambos textos permanece bastante incierto.

A raíz de estos escasos indicios cronológicos se generaron dos famosas interpretaciones consideradas clásicas, una de Friedrich Meinecke, quien planteó que Maquiavelo había escrito tan solo los primeros once capítulos de *El príncipe* antes de diciembre de 1513, añadiendo después el resto; y la otra de su discípulo, Federico Chabod, quien sostenía que Maquiavelo había comenzado a escribir los *Discursos* en 1513, interrumpiéndolos en el capítulo XVII o XVIII, para concentrarse en la escritura de *El príncipe*, que dejó casi concluida ese mismo año. A estas dos posturas y a la polémica que implican se han sumado otras ingeniosas y sugerentes interpretaciones, como las de Gilbert, Baron o Hexter. No obstante, más allá del logro historiográfico e interpretativo de fijar la ubicación exacta del momento en que Maquiavelo escribió estas dos trascendentes obras, el fondo de la reflexión y discusión debía ser no solo cronológico, sino fundamentalmente teórico o incluso ideológico, es decir, más allá de la fecha de su composición, sería muy importante discutir si de verdad los *Discursos* tratan solo de las repúblicas, sin considerar en modo alguno a los principados, y si la manera en que Maquiavelo trata de ellos en *El príncipe* es inédita, ajena incluso al resto de su obra, incluidos los propios *Discursos* (Meinecke, 1997; Chabod, 1994; Baron, 1993; Gilbert, 1977a; Hexter, 1956b; Villari, 1958).

Sobre esta discusión hay también dos posturas clásicas contrapuestas. Una es la del biógrafo seminal de Maquiavelo, Pasquale Villari, quien plantea que ambas obras están imbuidas del mismo espíritu, de la misma intencionalidad, mientras que Hans Baron, el gran especialista en el humanismo renacentista, considera que "por el tiempo transcurrido entre ambas obras se produjo un cambio de opinión notable", por lo que "los

Discursos tienen un espíritu republicano ausente en *El príncipe*" (Baron, 1993: 346).

En esta polémica de mayor trascendencia y significación para el pensamiento político moderno, resulta mucho más convincente y sustentable la interpretación de Villari, aun cuando vaya en contra de la interpretación tradicional tan arraigada en la conciencia moderna sobre la distinta, incluso antagónica, intención de estas dos obras. Así, cabe afirmar con Villari que el estilo, objetivo y perspectiva ideológica de ambos textos es muy similar, al grado de que si se analizan con atención los *Discursos* podrán encontrarse en ellos los elementos básicos y característicos de *El príncipe*.

Se ha difundido y aceptado la versión tradicional de que Maquiavelo se ocupa en los *Discursos* exclusivamente de las repúblicas; sin embargo, esto no es preciso, ya que si bien aquí su foco de atención principal son las repúblicas, cuando lo requiere, cuando necesita comparar o contrastar, habla sin reparo alguno y con extensión de los principados, de las ventajas que estos llegan a tener en ciertas circunstancias frente a los gobiernos republicanos y de la conveniencia de echar mano de ellos si es necesario para la conservación o estabilidad del Estado. Acaso la interpretación tradicional de Maquiavelo haya asumido sin matiz alguno lo que se decía en las primeras líneas de *El príncipe:* "Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados" (Maquiavelo, 2010: 47), que da por hecho que se trataba de dos categorías excluyentes y polarizadas, sin gradaciones, sin que la una se pudiera acercar, mezclar y confundir con la otra.

Para documentar esta apreciación, bien podrían extraerse algunos pasajes de los *Discursos* y demostrar que si no se advierte sobre su procedencia, sin duda podrían considerarse parte de *El príncipe*, no textos extraídos de un discurso radicalmente republicano. Como ejemplo, véanse estos tres extractos de los *Discursos* que se refieren a temas fundamentales del pensamiento de Maquiavelo: la naturaleza humana, el buen uso de la crueldad y el recurso al engaño o simulación por parte de los gobernantes.

> *1)* Si es prudente y virtuoso [el fundador de una república] también evitará dejar en herencia a otro la autoridad que ha conseguido, pues, como los hombres son más inclinados al mal que al bien, podría su sucesor usar ambiciosamente aquello que él ha empleado virtuosamente (Maquiavelo, 2005: 61).

> *2)* ningún hombre sabe ser honorablemente malo o perfectamente bueno, y cuando un acto malvado tiene alguna grandeza o encierra cierta generosidad, no saben llevarlo a cabo (Maquiavelo, 2005: 106).
>
> 3) en las deliberaciones en que está en juego la salvación de la patria, no se debe guardar ninguna consideración a lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso, sino que, dejando de lado cualquier otro respeto, se ha de elegir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad (Maquiavelo, 2005: 433).

Hay muchos pasajes de este tipo en los *Discursos* que podrían extraerse para demostrar que muy bien podrían encajar en el texto y espíritu de *El príncipe*. Más aún, Maquiavelo no veía sus dos obras como contrapuestas o ajenas la una con respecto a la otra, pues en los *Discursos* remite clara y directamente a *El príncipe* para demostrar una de sus aseveraciones "Y los príncipes no solo rompen las promesas forzadas en cuanto deja de ejercerse la fuerza, sino que tampoco observan las demás promesas cuando desparecen las causas que les empujaron a hacerlas. Si esto es digno de aprobación o no, y si un príncipe debe comportarse así o no, es algo que he discutido extensamente en mi tratado sobre *El príncipe*, por lo que ahora no entraré en esa cuestión" (Maquiavelo, 2005: 435). Como puede verse, jamás abdicó o se incomodó de las opiniones que vertió en *El príncipe*, nunca ocultó este libro debajo de la mesa, pues no veía necesidad o conveniencia alguna de hacerlo.

Si se da un paso más en este sentido y se pone atención a su correspondencia, podrá observarse que también hay una plena congruencia entre las opiniones que expresaba abiertamente a sus amigos y las opiniones vertidas en *El príncipe*. Y para muestra, basten estos dos botones:

> 1) a los hombres primero les basta con poder defenderse a sí mismos y no ser dominados por otros, y de esto ascienden después a ofender y querer dominar a otros (Maquiavelo, 2013a: 117).
>
> 2) no hay cosa más necesaria para un príncipe que gobernarse con sus súbditos y con sus amigos y vecinos de manera de no volverse odioso, ni despreciable, y si con todo tiene que dejar uno de estos dos, que descuide el odio, pero guárdese del desprecio (Maquiavelo, 2005: 184).

En resumen, más allá del interés historiográfico o biográfico que tendría ubicar el momento preciso de la escritura de las dos obras fundamentales de Maquiavelo, lo más importante es percatarse de la unidad de su

pensamiento y perspectiva, de la congruencia de sus opiniones en uno y otro registro discursivo, y de su clara y absoluta conciencia sobre las implicaciones de los juicios que emite. Si se hace esto, fácilmente podrá desideologizarse la obra de Maquiavelo, al menos de la manera en que frecuentemente se la ha concebido, o sea, haciéndolo pasar por un republicano romántico, un libertario idealista al que le resultaban inimaginables las tiranías.

Es cierto que Maquiavelo prefería los gobiernos republicanos frente a los monárquicos, pero reconocía sin pena ni dificultad alguna las ventajas y aportaciones de los gobiernos principescos, útiles no solo como un eslabón o escalón en el ascenso hacia la vida republicana, sino como un recurso válido e imprescindible para una república ya establecida, incluso como un medio o instrumento para resolver los problemas inherentes a la vida pública de esta forma de gobierno. Para Maquiavelo, principado y república debían ser dos recursos siempre disponibles para buscar el mejor orden político de una sociedad enfrentada de forma recurrente a circunstancias cambiantes.

Regreso sin gloria

En 1520 Maquiavelo tenía 51 años y, aunque para los estándares de la época ya era un hombre maduro, empezaba una etapa de intensa actividad laboral e intelectual, que incluyó su regreso al servicio público de Florencia, el cual fue muy breve, pues se vio interrumpido por una nueva convulsión política y por su muerte, que ocurrió en junio de 1527.

No obstante, en esta última etapa se vio sorprendido por una serie de paradojas e ironías de la vida; contingencias que él mismo había observado y analizado en sus escritos basándose en la vida de otros, y que ahora le tocaba experimentar en carne propia, sintiendo personal e íntimamente los rigores de la fortuna y de la inmutabilidad de la naturaleza humana que él mismo había pregonado.

Así, en los últimos años de su vida se enfrentó al menos con estas cinco paradojas:

1. Como se ha dicho, Maquiavelo era un agudo y pertinaz crítico de los Médici, a quienes culpaba, entre otras cosas, de haber sofocado las libertades de la república florentina; pero una vez caída la república de 1494-1512, no vio otro remedio que buscar ponerse al servicio de esta familia.

2. De la misma manera, como dejó ampliamente documentado en los *Discursos* y en la *Historia*, también era un acérrimo crítico de la Iglesia y

de la religión cristiana; a la cual no solo sirvió, sino que se volvió un devoto cristiano.

3. Asimismo, como planteó reiteradamente en *El príncipe*, los *Discursos* y *Del arte de la guerra*, confiaba poco o llegaba a desaconsejar absolutamente el recurso de las fortalezas como mecanismo defensivo de un Estado; sin embargo, su reincorporación plena al servicio público de Florencia se produjjo así, como secretario de la magistratura encargada de eso.

4. Por otro lado, en su correspondencia puede encontrarse también evidencia de que se consideraba un buen conocedor de los asuntos del Estado, cuyo aprendizaje lo debía tanto a la lectura de los grandes estadistas de la Antigüedad como a su propia experiencia política durante los años que sirvió como secretario de la república; sin embargo, durante la última etapa de su vida tuvo que emplearse como intermediario y operador de asuntos comerciales y financieros.

5. Por último, como también dio testimonios múltiples, era un leal patriota y sincero partidario del gobierno republicano, cuyo efecto favorable sobre los hombres y la sociedad consideraba incontrovertible; no obstante, las últimas semanas de su vida experimentó el más amargo desprecio por parte de sus conciudadanos, quienes lo consideraban un servidor de los odiados Médici. Además, ya muchos de ellos sabían que era el autor de *El príncipe*, un escrito que desde entonces la sensibilidad popular consideró pura y simplemente un breviario de tiranos (Ridolfi, 1961; Villari, 1958; Capponi, 2010; Vivanti, 2013; Grazia, 1990).

Por lo que se refiere a la primera paradoja de su vida en esta etapa, después de poco más de siete años de penurias y dificultades económicas, su suerte comenzó a cambiar en marzo de 1520. En ese mes logró entrevistarse con el cardenal Giulio de Médici, el primo del papa, a quien al parecer le causó una buena impresión, pues poco después, en julio, le hizo un primer encargo, consistente en dirigirse a la ciudad de Lucca con el fin de cobrar una deuda. No obstante, la complejidad del caso hizo que la permanencia de Maquiavelo se prolongara varios meses, hasta septiembre, tiempo durante el cual escribió una pequeña obra, muy importante, aunque muy controvertida, la *Vida de Castruccio Castracani* (Maquiavelo, 1991; Sasso, 1980; Bondanella, 1972).

Poco después de su regreso a Florencia, el cardenal le hizo un encargo de mucha mayor importancia y especialización, consistente en redactar una opinión sobre la mejor manera de reorganizar el gobierno tras la reciente muerte de Lorenzo de Médici, el cual llevó el título de *Discurso*

sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Médici, el joven (Maquiavelo, 2013b). A este breve escrito no se le da en general la importancia que tiene, que es mayúscula, pues realiza una serie observaciones y recomendaciones muy interesantes sobre la organización institucional de los gobiernos, tanto principescos como republicanos, aunque se ocupa primordialmente de estos últimos, por lo que debía ser un documento imprescindible en el análisis de su teoría de las formas de gobierno.

En ese *Discurso* así como en la *Minuta de provisión para la reforma del Estado de Florencia* (Maquiavelo, 2013b), que escribiera un par de años después, Maquiavelo trata de resolver un problema complejo tanto para Florencia como para sí mismo, pues debía ofrecer una propuesta que satisficiera tanto a sus patronos, los Médici, que habían gobernado la ciudad desde hacía casi un siglo como si se tratara de una monarquía hereditaria, como a sí mismo, al buscar que se ajustara a sus convicciones republicanas. A partir de su propia evaluación, la sociedad florentina estaba plenamente madura y ávida de las libertades políticas asociadas al republicanismo, como había quedado demostrado con las instituciones políticas que adoptó entre 1494 y 1512. Maquiavelo tenía entonces, ante sí, un dilema nada fácil de resolver. No obstante, en este escrito, ofrece una solución que rebasa el mero compromiso político y resulta hasta cierto punto coherente y asequible en las circunstancias políticas prevalecientes: propone crear en un primer momento una estructura de gobierno republicano que funcionara en la realidad como un gobierno principesco al mando del papa León X, al cual sucedería el cardenal Giulio de Médici, primo del papa. Pero como con el cardenal se extinguía la línea masculina de la dinastía de Cosme el Viejo, proponía que a su muerte entraran en función las instituciones republicanas ya creadas, pero hasta ese momento solo latentes, dando paso así a un verdadero gobierno popular.

¿Complicado, artificioso, inviable? Tal vez había algo de ello ¿Mero oportunismo político? Tal vez no, tal vez Maquiavelo juzgaba que en las condiciones prevalecientes, mientras existiera en la ciudad una personalidad tan descollante como la del papa, o la del cardenal, estaba completamente bloqueada la ruta hacia un gobierno republicano, sin embargo, bien podían aceptar que a modo de testamento y una vez que hubiesen desaparecido sin descendencia directa, la ciudad transitara pacíficamente hacia otra forma de gobierno. La historia está llena de ejemplos de príncipes prudentes que han cedido espacios a nuevas instituciones y prácticas políticas cuando se han visto constreñidos a ello. Maquiavelo bien po-

día haberse detenido al término de la primera parte de su propuesta, una vez que se hubiese descrito el gobierno principesco cubierto de ropaje republicano, tal como funcionó en Florencia durante todo el siglo XV, pero no lo hizo así, quiso explorar alguna posibilidad adicional. En vista de las circunstancias de la ciudad, poco había que perder.

Es probable que las opiniones de Maquiavelo no desagradaran al cardenal, pues al año siguiente, a fines de 1521, le encargó la composición de una historia de Florencia, para lo cual estaría contratado por un periodo de dos años, mismos que se prolongaron hasta 1525, cuando la concluyó y entregó al propio cardenal, que se había convertido en papa desde 1523, el papa Clemente VII, el segundo papa Médici, quien quedó tan complacido que le otorgó una compensación económica adicional.[2] Maquiavelo murió dos años después y, a su muerte, sus conciudadanos lo consideraban un fiel servidor de los Médici, una forma de recordarlo que seguramente no le habría agradado (Maquiavelo, 2009).

En segundo lugar, tanto en los *Discursos* como en la *Historia* quedó plenamente documentado el juicio crítico e implacable que Maquiavelo hizo de la Iglesia católica (véase el capítulo 7). Seguramente esa actitud crítica databa de mucho antes, pues en una de las primeras cartas que se conservan de él, dirigida a su amigo Ricardo Becchi el 9 de marzo de 1498 y ya mencionada (Maquiavelo, 2013a: 438), hizo un juicio muy crítico del fraile Savonarola, a la sazón líder moral y político del gobierno republicano de Florencia, juicio que podría extenderse sin muchas objeciones al resto de la Iglesia. Sin embargo, es casi seguro que jamás imaginó que en el futuro serviría a los máximos jerarcas eclesiásticos, incluido el mismo papa (Viroli, 2012; Águila y Chaparro, 2006: 44).

Cosme el Viejo y Lorenzo el Magnífico, los dos miembros de la familia Médici que fundaron y arraigaron la dinastía y que gobernaron Florencia durante una buena parte del siglo XV, se mantuvieron muy lejos de la Iglesia católica. Esto no quiere decir que no trataran de sostener buenas relaciones con ella, pero no recurrieron a los curas ni a los padrenuestros para conseguir su poder o afianzarlo. Incluso Lorenzo llegó a chocar con Savonarola, cuando este era solo prior del convento de San Marcos. No obstante, lejos habría estado de sus pensamientos la idea de que un día los Médici usarían la Iglesia como plataforma para recuperar el poder en

[2] El mecenazgo de Clemente, aun con todas sus veleidades, lo refiere con gran detalle Benvenuto Cellini en su autobiografía (Cellini, 1995).

Florencia, y menos aún habría creído que el gobierno de la ciudad estaría supeditado a la Santa Sede, así fuera como efecto de que un Médici ocupara el solio pontificio (Corkery y Worcester, 2010).

Sin embargo, desde que fueron expulsados de la ciudad en 1494, los Médici encontraron una base alternativa de poder en la Iglesia, a través de uno de sus miembros, el cardenal Giovanni de Médici, a quien su padre, Lorenzo el Magnífico, lo había hecho purpurado desde los trece años gracias a un acuerdo alcanzado con el papa Inocencio VIII. Durante toda la república florentina de 1494 a 1512, esta fue la base de poder más firme de la familia, que se acrecentaría muchísimo cuando Giovanni fue elegido papa en 1513, acontecimiento festejado no solo por toda Florencia, sino también por el mismo Maquiavelo, ya que fue gracias a la amnistía decretada por el novel papa como salió libre (Hale, 2004).

De este modo, cuando fue llamado por el cardenal Giulio de Médici en 1520 para satisfacer diferentes encargos, se encontró con que serviría a dos de las cosas que más le repugnaban: a la familia florentina que más daño había hecho a las libertades republicanas y la Iglesia católica que a su juicio tantos males había causado no solo a Florencia sino a toda Italia, incluso a toda la cristiandad (Maquiavelo, 2005).

Pero el bochorno y la ignominia no pararían ahí. En 1521, cuando la Señoría lo envió a Carpi para negociar ante la orden de los frailes menores la autonomía administrativa de los frailes radicados en la Toscana, se le encomendó además que consiguiera a un afamado predicador para llevarlo a Florencia en la pascua, lo cual, evidentemente, no le causó gracia alguna.

No obstante, más allá de este contacto con las instituciones de la Iglesia católica, inevitable dada la época y su desangelada situación, lo que verdaderamente llama la atención es que hacia el final de su vida se volviera un devoto cristiano, que se haya afiliado a las congregaciones religiosas de su vecindario, que él mismo haya escrito una doliente *Exhortación a la penitencia* y que incluso haya admitido los santos óleos antes de morir. Un final difícil de creer para un ateo irredento, como la posteridad lo recuerda (Viroli, 2009; Capponi, 2010).

En tercer lugar, aunque Maquiavelo comenzó a servir a los Médici desde 1520, lo hizo como consejero externo o como escritor a sueldo, es decir, no desempeñaba ningún cargo público.

Fue en 1526, al crearse la magistratura de los *Cinco de las murallas*, cuando se le contrató como secretario; solo entonces volvió a desempeñar propiamente una función pública, que era lo que había buscado des-

de 1512, cuando fue despedido de su cargo como segundo secretario de la Señoría. No obstante, su nuevo empleo tenía un rango mucho menor y estaba al servicio de una magistratura cuya función no consideraba ni la más pertinente ni la más relevante. Al haber tenido la experiencia de la organización militar en la época de la república y, sobre todo, ser el autor del ya para entonces conocido y halagado *Del arte de la guerra*, en el que consideró poco útiles o incluso inconvenientes las fortalezas para la defensa de un Estado, se podrá tener una idea del escaso entusiasmo que despertaría en él este encargo (Mallett, 1990; Maquiavelo, 2000).

Ya unos meses antes se había llevado otro serio revés en las cuestiones militares, pues había llegado a convencer al papa de la necesidad de levantar una milicia en la región de la Romaña con el fin de que la Iglesia tuviera un ejército confiable y disponible en todo momento. El papa aceptó en principio su propuesta, y lo envió ante el gobernador de la Romaña —nada menos que Francesco Guicciardini, otro de los pilares del pensamiento político florentino del siglo XVI, de quien era además amigo muy cercano— para que le expusiera su proyecto. Guicciardini consideró el proyecto inviable, y hasta peligroso, pues consideraba que los pueblos que habitaban la Romaña le guardaban muy poca lealtad a la Iglesia, por lo que armarlos y organizarlos implicaba un evidente y enorme riesgo (Gilbert, 1984).

En cuarto lugar, como ya se dijo, en 1520 Maquiavelo fue llamado por el cardenal Médici para desempeñar una función esencialmente pecuniaria, consistente en el cobro de una deuda a un mercader en Lucca llamado Miguel Guigui. Ya un par de años antes, en 1518, un grupo de mercaderes florentinos le había pedido que fuera a Génova a realizar una serie de gestiones del mismo tipo, por lo que muy probablemente la noticia del encargo llegó a oídos del cardenal, quien lo consideró con la experiencia necesaria para el caso.

No obstante, Maquiavelo había expresado claramente no saber nada de asuntos comerciales o financieros,[3] lo cual tampoco parecía interesarle, pues desde que en 1512 perdió su empleo, aparentemente no le cruzó por la cabeza la intención de dedicarse a ningún negocio privado, pues siempre buscó y esperó reincorporarse al servicio público.

[3] En la misma carta ya referida del 9 de abril de 1513 decía "porque la fortuna ha hecho que, como no sé discurrir ni del arte de la seda ni del arte de la lana, ni de las ganancias ni de las pérdidas, me toca razonar del Estado" (Maquiavelo, 2013a: 80).

Todavía en 1525, el Arte de la Lana, la corporación de la industria textil florentina, le encomendó dirigirse a Venecia a resolver otro problema de carácter comercial, lo que no deja duda de que al final de su vida Maquiavelo era considerado un buen gestor comercial y financiero, muy a su pesar.

En quinto lugar, seguramente uno de los tragos más amargos de su vida fue que a pesar de sus fuertes y arraigadas convicciones republicanas murió siendo considerado por sus propios conciudadanos un servidor de los Médici y un consejero de tiranos.

En el mes de mayo de 1526, tan solo unos cuantos días después de que Maquiavelo fuera nombrado secretario de los *Cinco de las murallas*, se firmó la Liga de Cognac, mediante la cual Florencia, inextricablemente unida o supeditada a Roma, se sumaba a Francia y Venecia para combatir a Carlos V. Ya Francia había sucumbido ante las fuerzas imperiales en la Batalla de Pavía de 1525, cuando el propio Francisco I cayó prisionero y estuvo encarcelado hasta no ceder a las condiciones impuestas por el emperador. Ahora, un año más tarde, pasaba por alto los compromisos adquiridos y volvía a las armas contra su antiguo captor (Maurois, 1960; Chabod, 1992).

Sin embargo, durante 1527 los imperiales avanzaron sobre Italia y le pusieron sitio a Roma, dando lugar a uno de los saqueos más brutales y despiadados de la historia moderna, como lo cuenta de una manera tan vívida Benvenuto Cellini en su autobiografía (Cellini, 1995). Cuando estaban los ejércitos imperiales a las puertas de Florencia, se suscitó una rebelión al interior de la ciudad que derribó nuevamente al gobierno de los Médici y restituyó la república, una república con fuertes reminiscencias savonarolianas (Roberto, 2014).

Maquiavelo llegó a creer que sería llamado a servir a la nueva república, pero se equivocaba, quienes se hicieron cargo del gobierno lo consideraban servidor y simpatizante de los Médici, además de ser considerado el autor de un libro de cabecera para los tiranos. En este nuevo trastorno político, Maquiavelo estaba otra vez del lado equivocado, como en 1512. Él mismo se había colocado en un sitio poco confortable, pues durante los últimos años se había puesto al servicio de una causa privada, la de los Médici, cuando él mismo insistió en los *Discursos* en que la manera recta de servir a la república era por medios públicos, no privados. La fortuna fue poco grata con él, sin duda alguna, aunque cabe la duda de qué tanto pudo hacer por sí mismo para resistirla.

Volviendo al punto inicial de este capítulo, por la escasez de datos biográficos e históricos de que disponemos, podemos suponer que Maquiavelo escribió *El príncipe* y los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* de manera sincrónica, o bien, uno después del otro en un periodo muy corto. En todo caso, en ningún supuesto puede considerarse que medie entre ambos un lapso muy largo, lo cual permitiría a autores como Baron sustentar las diferencias ideológicas que sin muchos fundamentos encuentra en estos textos.

Como ha podido verse, el contexto social y político que vivía Maquiavelo en esa época permite explicar y entender mejor muchos de los planteamientos más polémicos contenidos en estos libros, sobre todo en el más conocido, *El príncipe*, el que ha estado sometido a una mayor polémica. En todo caso, se pueden plantear dos conclusiones al respecto.

La primera de ellas es que no hay una diferencia tan abismal entre *El príncipe* y los *Discursos* en lo que se refiere al tema y al espíritu que los anima. Es cierto que Maquiavelo expresa claramente en el segundo capítulo del primero que solo hablaría de los principados porque ya se había referido extensamente a las repúblicas, pero en algunos pasajes del texto trata el problema de cómo debe enfrentarse el príncipe a una ciudad acostumbrada a las libertades, es decir, acostumbrada a una vida republicana. De la misma manera, es cierto que se refiere expresamente a las repúblicas en los *Discursos*, pero también hace muchas alusiones a los principados, sobre todo cuando se refiere a ese tipo de estructuras, procesos o situaciones en que una república necesita un líder, un conductor que la funde, la legisle o la salve de una situación de emergencia, un ciudadano ilustre que sea el primero en cuanto a virtudes, un individuo muy parecido a un príncipe virtuoso.

No obstante, es cierto que prevalece la diferencia temática de ambos textos, en uno se ocupa esencialmente de los principados y en el otro de las repúblicas, aunque la diferencia no es ciertamente tan esquemática. Sin embargo, en donde no existe la diferencia que comúnmente se ha asumido es en el plano ideológico, en el espíritu que anima a una y otra obras. En ambas podemos encontrar la esencia del pensamiento político de Maquiavelo expresada en términos muy similares. Ya se mostró antes cómo en los *Discursos* también pueden encontrarse algunos de los planteamientos que más polémica han suscitado de *El príncipe*, tales como la maldad congénita del género humano y la necesidad de que las instituciones políticas se diseñen y operen a partir de este supuesto, la necesidad

o conveniencia de que los gobernantes recurran al engaño o al disimulo frente a otros gobernantes o frente a su propio pueblo, o la tan cuestionada posibilidad de que se pueda hacer un buen uso de la crueldad y lograr que su efecto último redunde en bien del Estado. Es decir, como puede verse, estos principios de acción política se encuentran en ambos textos.

La segunda conclusión se refiere a un ámbito más personal, es decir, está más relacionada con la propia vida de Maquiavelo. Como también ya se dijo, a fines de 1512 Maquiavelo cayó en desgracia, no solo personal, pues perdía su empleo, honor y posición, sino también social y política, pues se perdía la vida republicana en su patria, el *vivere civile* que tanto apreciaba, que consideraba tan benéfico para la formación del espíritu humano.

Por desgracia, esta debacle sorprendió a Maquiavelo mal preparado para enfrentarla. Tal vez su mayor aportación como servidor público a su ciudad natal fue su propuesta de crear una milicia, un ejército popular; un proyecto que no solo estaba imbuido del más comprometido patriotismo, sino también de un racional sentido de efectividad política, congruente con la tendencia contemporánea de otros Estados europeos que daban los primeros pasos para construir sus propios ejércitos. Sin embargo, es muy probable que el momento o las circunstancias en las que Maquiavelo llevó adelante su proyecto no fueran las más convenientes. En términos de relaciones de poder al interior del Estado, lo que estaba haciendo era crear una milicia, un ejército popular, al servicio de un gonfaloniero que acababa de ser elegido para el cargo de manera vitalicia, lo que le confería un enorme poder, pero que precisamente por ello ahondaba sus diferencias con la oligarquía florentina, la cual temió estar presenciando la cimentación de un tirano, o al menos de un príncipe en exceso poderoso. Es cierto que en Venecia, por ejemplo, la otra gran república italiana de la época, que se analiza en el último capítulo, también el dogo era elegido de manera vitalicia, pero ahí la aristocracia gobernante le había impuesto tales límites y restricciones que no daba motivos para albergar un temor similar. Es decir, la idea de un ejército popular era buena en sí misma, pero no parecían serlo el momento y las circunstancias.

Algo similar le ocurrió a Maquiavelo en 1520. Desde que perdió su empleo en 1512 trató de volver al servicio público o bien de ponerse al servicio particular de los Médici, dos cosas que no parecían muy diferentes entre sí dado el control que esta familia ejercía sobre Florencia. Pero no logró ni una cosa ni otra, sino hasta 1520, cuando el cardenal Médici

comenzó a hacerle encargos particulares, y solo pudo reincorporarse a un cargo público en 1526. De esta manera, cuando se reinstauró plenamente la vida republicana en 1527 no debió sorprenderse de que sus conciudadanos lo vieran con recelo y desconfianza, incluso desprecio, pues veían en él a un fiel servidor de los Médici. Seguramente muy pocos de ellos estaban enterados o recordaban sus faenas y sacrificios por el bien de la república a principios del siglo, y seguramente menos creían que alguien que puede dar buenos consejos a un príncipe fuera capaz igualmente de dar buenos consejos a una república.

4. La impronta de los Médici

La vida y la obra de Maquiavelo están estrechamente ligadas a la acción política que ejerció la familia Médici en Florencia. Omnipresentes en la historia de esta ciudad, los Médici la gobernaron durante casi tres siglos, desde 1434 hasta 1737, periodo en el cual su dominio solo se vio interrumpido por dos breves interludios republicanos, el primero entre 1494 y 1512 y el segundo entre 1527 y 1530.

La primera de esas interrupciones fue la más significativa para Maquiavelo, ya que fue cuando sirvió al gobierno republicano, pues se incorporó como secretario de la segunda cancillería en 1498 y dejó el puesto en 1512, coincidiendo, o más bien determinado por el nuevo escenario político; la restauración de los Médici. Luego de esa fecha, y muy a su pesar, Maquiavelo no pudo nunca volver a ocupar un cargo relevante en el gobierno de la ciudad, aun cuando trató de hacerse grato a los Médici por medio de los más diversos recursos, uno de los cuales fue precisamente la composición de *El príncipe*. Este libro fue concebido para verter en él de la manera más clara y directa lo que Maquiavelo consideraba haber aprendido durante su experiencia política, con la intención y el fin explícitos de ponerlo al servicio de los Médici. Otra de sus obras fundamentales, la *Historia de Florencia*, fue escrita por encomienda directa de Julio de Médici, arzobispo de Florencia, a quien se la dedicó una vez que este ya había sido elegido papa y llevaba el nombre de Clemente VII.

Sin embargo, estas son apenas un par de circunstancias en las cuales las vidas de Maquiavelo y la familia Médici se entrecruzan pues, como se verá con más detalle en las páginas que siguen, la vinculación fue mucho más que anecdótica. Además, a pesar de que la vida de Maquiavelo estuvo influida en más de un sentido por la familia Médici, lo que resulta más importante para nosotros, y que motiva esta atención, es la acción polí-

tica de la familia en Florencia, pues al gobernar directa o indirectamente la ciudad durante este largo periodo, definió y modificó en buena medida la vida de la sociedad florentina. Como Florencia fue campo primario de observación y experimentación política de Maquiavelo, a partir de lo cual percibió, elaboró y confirmó muchas de las ideas que plasmaría en sus obras, vale la pena observar y analizar de cerca la vinculación del secretario florentino con esta dinastía.

Cósimo de Médici

Cósimo de Médici (1389-1464) fue propiamente el fundador de la dinastía. A su muerte, se inscribió en su lápida la leyenda "padre de la patria". No fue en modo alguno el primer miembro prominente de la familia. Antes de él ya había destacado su padre, Giovanni de Médici, a quien se debió en buena medida la riqueza de la familia y la creación del banco Médici, que en su momento fue uno de los más importantes de Europa. Poco antes también había brillado otro Médici, Salvestro, una destacada figura en la escena pública florentina, en particular a raíz de la llamada revuelta de los *ciompi* de 1378, es decir, los trabajadores de la industria textil que se rebelaron para exigir mejores condiciones de vida y mayor participación en el gobierno de la ciudad, acontecimiento en el cual Salvestro se puso de su lado; del lado popular y en contra de los *magnati*, los grandes, lo cual trajo profundas implicaciones para el futuro familiar (Hale, 2004).

Este episodio es muy significativo, porque aunque existen algunas referencias documentales de la participación de los Médici en la vida política de la ciudad desde principios del siglo XIII, en esta ocasión se llegó a considerar a Salvestro "padre de la revolución", y aunque no fue el individuo más influyente en el gobierno popular resultante (1378-1382), sí fue el principio de una intensa intervención de la familia en la vida política de la ciudad y de una estrecha asociación con el partido popular (Mollat y Wolff, 1976).

En esta época, los Médici apenas empezaban su desarrollo económico, por lo que con frecuencia se confrontaban con las familias más ricas de la ciudad, que formaban la oligarquía e imponían su voluntad e intereses al gobierno comunal. Dado que Florencia sufría todo el tiempo agitaciones causadas por diferentes convulsiones políticas y la oligarquía local había adoptado una posición güelfa o partidaria del papa, los Médici —o al menos Salvestro, que era su miembro más destacado—, se alinearon casi de manera natural en el bando contrario, los gibelinos, partida-

rios del emperador, partición que también agrupaba de un lado al *popolo minuto*, es decir los sectores populares, y del otro al *popolo grasso*, los oligarcas (Brucker, 1957).[1]

Desde entonces se construyó la asociación entre la familia Médici y el partido popular, aun cuando esta no sirviera más que para diferenciar a una facción oligárquica de la otra.

No obstante que ya la familia Médici había participado activamente en la escena pública de Florencia durante la primera mitad del siglo XIV, durante la segunda mitad, salvo esta destellante participación de Salvestro, tuvo una aparición más bien discreta. Más aún, en no pocos casos se vieron acosados, perseguidos y algunos de sus miembros fueron incluso expulsados de la ciudad.

Los problemas de los Médici no eran solo de índole política o económica, pues en esta etapa llenaban un historial de violencia y delitos del más diverso tipo. Incluso existe el registro de que entre 1343 y 1360 cinco Médici fueron condenados por asesinato, un récord poco envidiable aun para una época tan violenta y al que no se asemejaba el de ninguna otra familia.

En las últimas dos décadas del siglo XIV los Médici persistieron en su conducta violenta, al grado de que en 1400 una buena parte de la familia fue desterrada de la ciudad. En 1397 dos miembros de la familia fueron ejecutados por participar en una conspiración contra el jefe de la oligarquía y del gobierno de la ciudad, Maso de Albizzi, lo que preludia la confrontación que estallaría en la década de 1430 entre los Médici y los Albizzi, de la cual saldrían entonces vencedores los primeros, dando origen a su larga hegemonía en la ciudad (Hibbert, 1979).

Aun cuando la actuación más destacada en la arena política a fines del siglo XIV fue la de Salvestro, en el terreno económico quien más logros acumuló fue Giovanni de Médici. Poco antes que él, su hermano Francesco ya se había inscrito en el Arte del Cambio, el gremio de los banqueros, y Giovanni, que ya pertenecía al Arte de la Lana, el gremio textil, siguió los pasos de su hermano y en 1386 se inscribió también en esa otra agrupación. Ese fue el origen del banco Médici, el cual pronto se desarrollaría hasta convertirse en uno de los más importantes de Europa (Roover, 1946a, 1946b).

[1] Aunque tradicionalmente se ha identificado a los güelfos como partidarios del papa y a los gibelinos como partidarios del emperador, en realidad esta división y polarización englobaba o encubría otras pugnas y polarizaciones al interior de las ciudades italianas de la época, por lo que la contraposición resultaba más funcional que ideológica (Balestracci, 2017: 14-24).

A pesar de que ya para finales del siglo XIV el banco Médici había experimentado un crecimiento importante, su mayor desarrollo se produjo a principios del siglo XV, específicamente a partir de 1410, cuando se convirtió en papa el cardenal Baldassare Cossa, amigo muy cercano de Giovanni de Médici. Debido a esa amistad, Juan XXIII, el nombre que como papa adoptó el cardenal Cossa, eligió a los Médici como banqueros del papado, lo cual significó el mayor impulso que hasta ese momento hubiera recibido el banco (Holmes, 1968).

La relación de Juan XXIII con Giovanni de Médici iba más allá de la amistad. Baldassare le debía a Giovanni haberle financiado los diez mil ducados con los que adquirió el cardenalato en 1400, una forma muy común usada entonces por los prelados para adquirir la púrpura y por los papas para obtener dinero, costumbre que adquirió tintes de escándalo durante el Renacimiento y la Reforma. Además, una vez que Juan XXIII fue depuesto por el Concilio de Constanza y hecho prisionero en 1419, Giovanni fue quien gestionó lo necesario para liberarlo y protegerlo una vez que salió libre.

Giovanni murió en 1429 y el liderazgo de la familia pasó a su hijo Cósimo, quien de inmediato entró en conflicto con Reinaldo de Albizzi, quien a su vez desde 1417 había reemplazado a su padre, Maso de Albizzi, y reeditaron la confrontación que se había producido entre las dos familias desde finales del siglo anterior. Cada familia conservaba la alineación de la conflagración anterior: los Albizzi del lado oligárquico y los Médici del popular, aunque estos contaban con una extensa red de relaciones sociales con familias de reconocido prestigio en la ciudad (Kent, 1978).

En 1429 Reinaldo de Albizzi promovió una guerra contra la ciudad vecina, Lucca, con la promesa de un éxito rápido y fácil, lo cual era en sí una parte sustancial de la justificación de la guerra, ya que la ciudad se encontraba agobiada y exhausta debido a los recientes esfuerzos bélicos que se habían realizado desde principios del siglo contra Nápoles y en la década de 1420 contra Milán, con la cual apenas un año antes había llegado a un acuerdo.

El choque decisivo entre ambos personajes ocurrió en 1433 cuando Reinaldo aprovechó una ausencia de Cósimo para montarle un proceso culpándolo de traición y tratando de obtener su ejecución. Aunque no pudo conseguir que fuera ejecutado, sí logró que junto con otros familiares fuera desterrado de la ciudad, por lo que Cósimo tuvo que marcharse

a Padua. Apenas un año después de la expulsión de Cósimo se designó en Florencia un gobierno totalmente afín a él que no solo le permitió volver a la ciudad, sino que procedió ahora a la expulsión de Reinaldo de Albizzi y muchos otros miembros del partido oligárquico, incluido el mismo Palla Strozzi, el patriarca de la familia más rica (Goldthwhite, 1968).

Fue así como se inició, en 1434, la hegemonía de la familia Médici en Florencia, una supremacía que se extendería durante tres siglos e instituida por Cósimo, quien basó su predominio en cinco factores determinantes: *1)* su propia personalidad, ya que fue reconocido como un hombre prudente, equilibrado y sobrio, una opinión compartida por historiadores tan prestigiosos como Guicciardini y el propio Maquiavelo (Bisticci, 1963; Macfarland, 1999; Gilbert, 1984). *2)* La construcción de un sofisticado sistema electoral que sustituyó al basado en el sorteo, típico de la era democrática. El nuevo sistema reducía sustancialmente la función del sorteo en la designación de los principales magistrados y otorgaba *de facto* a Cósimo la posibilidad de controlar a los designados (Rubinstein, 1968, 1977). *3)* La institución de un mecenazgo amplio y generoso que convirtió a Florencia en el centro del humanismo y el arte renacentista, por el que Cósimo se ganó un gran prestigio entre pensadores y artistas (Antal, 1987; Brown, 1961; Jurdjevic, 1999). *4)* Una estrategia de acoso y opresión de sus enemigos para la que se valió de los más diversos recursos, sobre todo de la imposición de impuestos abrumadores y desproporcionados (Brucker, 1983b). *5)* Una hábil estrategia diplomática, que estableció entre otras cosas una fructífera alianza con el papado y Milán (Braudel, 1986).

Esta fue la obra que realizó Cósimo y estos los cimientos en los que se basó la primera etapa del dominio de los Médici. Maquiavelo conocía muy bien este episodio y lo tenía muy presente cuando expresó sus opiniones políticas, sin embargo, podría surgir la interrogante de por qué no se refirió a nada de eso en *El príncipe*. Esto puede tener una explicación lógica y verosímil: *El príncipe* está concebido para tratar de instruir a los Médici y agradarlos, por lo cual es plenamente comprensible que Maquiavelo no aluda a muchos pasajes de la historia de Florencia en los cuales el papel de la familia queda en entredicho o es abiertamente reprobable.[2]

[2] La opinión de Maquiavelo sobre los Médici era abiertamente negativa, sin embargo, siempre estuvo sinceramente dispuesto a servirlos y colaborar con ellos, por lo que la interpretación de Dietz en el sentido de que *El príncipe* trataba de aconsejar malamente a los Médici para provocar que perdieran el Estado y propiciar así un gobierno republicano carece de fundamento (Dietz, 1986).

No obstante, esa discreción que se impuso en *El príncipe* está ausente en muchos otros de sus escritos, en donde su opinión sobre esta familia es bastante crítica y, en ocasiones, demoledora. Para comprobarlo basta recuperar un pasaje de un breve escrito de 1504, el *Primer decenal*, en el que Maquiavelo expresa en verso un resumen de los diez años previos de la historia de Florencia, y dice "aquel yugo que por sesenta años os había abrumado", en clara alusión a la primera etapa del gobierno de los Médici que va de 1434 a 1494 (Maquiavelo, 2002: 210). En los *Discursos* es todavía más incisivo, pues menciona que "los que gobernaron el Estado de Florencia desde 1434 hasta 1464 [...] llamaban renovar el gobierno a llenar de terror y de miedo a los hombres que colocaban en él, castigando a los que lo habían desempeñado anteriormente si, a su parecer y según aquel régimen, habían obrado mal" (Maquiavelo, 2005: 308). Estas dos referencias no dejan duda acerca de la opinión de Maquiavelo sobre el régimen de los Médici.

Apuntala esta opinión el que ahí mismo Maquiavelo se refiera a Cósimo como "príncipe de la república", lo cual no solo abona en el mismo sentido, sino que, además, al fundir el concepto de príncipe y república, plantea una compleja cuestión en torno a la clasificación de las formas de gobierno, sobre todo a la tajante separación que Maquiavelo había establecido entre el principado y la república (Najemy, 1982).

Ya se ha mencionado que Maquiavelo ocupa un lugar fulgurante en la historia del pensamiento político por muchas razones, entre las cuales destacan su método de análisis, basado esencialmente en el análisis histórico y en la observación empírica. Ambas características se aprecian con claridad desde el primer capítulo de *El príncipe*, el cual es en sí mismo una joya del pensamiento político, pues en las escasas diez líneas de que consta, se aprecian los dos rasgos mencionados. Además, el capítulo es paradigmático por exhibir su característico método de análisis binario, que emplearía en la mayor parte de sus obras y que se convirtió en distintivo de su pensamiento, y por introducir el concepto de *Estado*, de gran relevancia en la ciencia política moderna y cuyas variadas significaciones han dado pie a una intensa y compleja polémica (Skinner, 2003; Chabod, 1990; Hexter, 1956a).

Así pues, en ese capítulo se plantea enfáticamente que el principado y la república son dos formas de gobierno distintas y excluyentes. Más aún, la separación que se establece parece tan clara que inmediatamente después, en la primera línea del segundo capítulo, expresa que en ese libro solo se ocupará de los principados, ya que de las repúblicas se ha ocupa-

do en otro sitio, sin lugar a dudas en los *Discursos*. Y a partir de entonces, con base en su propia declaración, la historia del pensamiento político ha aceptado sin mayores consideraciones esta diferenciación, tomando como absolutamente válido algo que requiere una seria revisión.

Así, es necesario observar que, en efecto, *El príncipe* es un libro que se ocupa exclusivamente de los principados, mientras que los *Discursos* se ocupan de las repúblicas, tal como lo expresó el propio Maquiavelo. Pero lo que Maquiavelo no hizo explícito y sus críticos no han tomado mucho en cuenta, es que los *Discursos* no solo se ocupan de las repúblicas; ciertamente, son su objeto esencial, pero también se ocupan en buena medida de los principados, como ya se analizó en el capítulo anterior. Los *Discursos* se ocupan de manera prioritaria de las repúblicas y marginalmente de los principados, pero lo más importante es que ahí principado y república no aparecen como dos formas de gobierno completamente distintas e incompatibles, sino como dos extremos de una línea continua que describe la relevancia y protagonismo de los ciudadanos en un Estado; así, en un extremo se encuentran los principados, es decir, cuando un solo individuo destaca y controla los destinos políticos de un Estado, y en el otro extremo se ubican las repúblicas, cuando no es un ciudadano sino varios, o muchos, los que de manera conjunta llevan la carga y el privilegio de conducir políticamente al Estado.

No obstante esta línea continua en la que se ubican los principados y las repúblicas, que presenta las transformaciones y cambios de régimen como algo no necesariamente traumático y abrupto, Maquiavelo consideraba muy importante diferenciar una forma de gobierno de la otra, lo cual no deja de sugerir una notable paradoja.

Tal distinción se confirma en un escrito muy breve de 1520 al que tal vez tampoco se le ha dado toda la atención que merece, pero que resulta fundamental para interpretar el pensamiento de Maquiavelo. En este *Discurso sobre la situación de Florencia tras la muerte de Lorenzo de Médici, el joven* Maquiavelo plantea que uno de los principales problemas de Florencia es que nunca ha sido ni un verdadero principado ni una república verdadera, lo cual ha sumido en la inestabilidad política a la ciudad, condenándola a una permanente mudanza de gobiernos. Maquiavelo repite aquí la calificación que había hecho del gobierno de Cósimo, al decir de este que tendía más al principado que a la república, y si acaso alcanzó alguna estabilidad fue gracias a la prudencia que tanto él como su nieto Lorenzo tuvieron en el gobierno de la ciudad.

Este *Discurso,* que es tanto un diagnóstico como un proyecto de reforma política para Florencia, resulta revelador si se vincula con el primer capítulo de *El príncipe*. Este libro siempre se ha considerado el más claro ejemplo de *realismo político*; un ejercicio de análisis empírico implacable en busca de lo que Maquiavelo llamaba la *verdad efectiva* de las cosas, basado en un método de análisis histórico y pragmático que no ha dejado espacio alguno al juicio moral y a la prescripción teórica. Sin embargo, nos encontramos con que en los *Discursos* Maquiavelo llamó a Cósimo "príncipe de la república", lo cual plantea un problema teórico a resolver, pues en el *Discurso sobre los asuntos de Florencia*…, refiriéndose precisamente a esta ciudad, su patria y principal campo de observación política, Maquiavelo afirma que su problema fundamental era que nunca había sido completamente un principado ni completamente una república, lo cual parece producir un cortocircuito al cotejarlo con las famosas primeras dos líneas de *El príncipe*: "Todos los Estados, todos los dominios que han tenido y tienen soberanía sobre los hombres, han sido y son repúblicas o principados" (Maquiavelo, 2010: 47).

Tal planteamiento nos deja dos opciones: o bien Maquiavelo estaba equivocado y no todos los Estados que existen y han existido son repúblicas o principados, o bien *El príncipe* no es solo un texto de análisis empírico e histórico, sino que también tiene algo de juicio personal y prescripción teórica. A la luz de lo que expone Maquiavelo en este *Discurso* y en los *Discursos* parece más pertinente inclinarse por esta segunda opción, es decir, que lo que hacía Maquiavelo en el primer capítulo de *El príncipe* era describir cómo todos los Estados que existen y han existido han sido y son repúblicas o principados, o que debían serlo; que debían ajustarse plenamente a una de estas dos formas de gobierno (Bobbio, 1992: 64-68).

Como se dijo, en este *Discurso* Maquiavelo plantea que la razón de la inestabilidad política de Florencia es que nunca ha tenido una forma de gobierno bien definida; no ha sido ni una verdadera república ni un verdadero principado. Para Maquiavelo, el que Florencia siempre hubiera estado entre una forma de gobierno y otra la había privado de la estabilidad que ofrece cada una, pues de acuerdo con su exposición, tanto una forma como otra tienen sus propias estructuras de apoyo y cierto esquema funcional, lo cual les permite permanecer y autorreproducirse. Entonces, para resolver los problemas de inestabilidad de Florencia, y se entiende que en general de todos los Estados, la solución es que se adopte una forma

de gobierno definida, que se constituya clara y definidamente una república o un principado. Se entiende así que entonces cuando Maquiavelo llamaba a Cósimo "príncipe de la república" iba implícita una fuerte crítica en este sentido, pues Cósimo corrompía a la república al querer sobreponerse ilegítimamente a sus conciudadanos. Claro, de acuerdo con el esquema de Maquiavelo, también Cósimo podía haber fundado y establecido de manera efectiva un principado y no quedarse solo a medias, pero su teoría también contempla factores sociales, y consideraba que los principados eran gobiernos más adecuados para sociedades muy desiguales y las repúblicas, gobiernos aptos para las sociedades más ricas e igualitarias, por lo que siendo Florencia una sociedad de este tipo, el gobierno que mejor le iba era el de la república, con lo que queda confirmado el juicio crítico sobre Cósimo y su acción corruptora sobre la república.

Sin embargo, la cuestión no se zanja aquí, pues si la mejor constitución política de un Estado es adoptar clara y nítidamente una de estas dos formas de gobierno y evitar las posiciones intermedias, ¿cómo introducir y conciliar la afirmación que Maquiavelo hace en los *Discursos* pronunciándose por los gobiernos mixtos? (Maquiavelo, 2005: 33-39).

Tratar a los gobiernos mixtos como una tercera especie no parece lo más prudente. En todo caso, sería mejor apreciar en su conjunto la obra de Maquiavelo para determinar que era un partidario abierto de los gobiernos republicanos cuando eran factibles, pero también podía aceptar y preferir los principados cuando las condiciones políticas y sociales del Estado lo requirieran. Así, lo que no admitía era la indefinición entre una forma de gobierno y otra, consideraba que no definir claramente la constitución de un Estado le impedía disfrutar de las ventajas y recursos que ofrecen tanto una como la otra; para decirlo concretamente, indefinición política no es lo mismo que gobierno mixto (Lefort, 2010: 287, 315).

En este sentido, su preferencia por la república también se determina por considerar que desde esta es mucho más factible construir un gobierno mixto. Sin embargo, su republicanismo no era una declaración incondicional a favor del pueblo, sino que su idea de una república bien ordenada implicaba satisfacer los *humores* —como se decía entonces— de los distintos componentes de una sociedad: los muchos, los pocos y el príncipe, es decir, un gobierno mixto. De ahí que no estuviera a favor de una república principesca, como la de Cósimo, o de una república oligárquica, como la de Reinaldo de Albizzi, o de una república democrática, como la de los *ciompi*, sino de una república bien ordenada, mixta.

Y es precisamente en lo referente al orden de las repúblicas en donde Maquiavelo formula una de las críticas más duras al régimen impuesto por Cósimo. Cuando en la *Historia de Florencia* trata el problema de las divisiones de las repúblicas y acepta como inevitable que en una república haya pugnas y rupturas, plantea que hay unas divisiones que son muy dañinas mientras que otras son llevaderas. Así, las dañinas son las que producen facciones, las cuales se forman cuando algún o algunos individuos adquieren prestigio entre sus conciudadanos por medios privados, es decir, mediante favores personales, dádivas, obsequios. De esta manera atraen a su alrededor a un conjunto de ciudadanos que los admiran y les guardan lealtad por los bienes recibidos, por el bien particular que han fomentado; por el contrario, hay ciudadanos que adquieren prestigio por medios públicos, es decir, por servicios prestados a la república, ya sea en la guerra o en el servicio público, y son los ciudadanos más dignos de encomio porque no generan facciones y actúan para fomentar el bien común, no el bien particular de ningún grupo.

Una vez planteada esta premisa teórica, Maquiavelo describe cómo Cósimo, en su lucha contra Neri Capponi, se atrajo prestigio y reconocimiento valiéndose tanto de medios públicos como privados, en tanto que este lo hacía solo a través de los medios públicos, conducta encomiable, que contrastaba con la de Cósimo, perniciosa para la vida republicana. Aun cuando unas cuantas páginas después Maquiavelo escribiera una profusa apología de Cósimo, su reprobación de los medios de que se valió para hacerse del poder en Florencia es implacable (Maquiavelo, 2009: 351-354, 357-362).

De la misma manera que Maquiavelo reprueba los medios que usó Cósimo para llegar y asegurarse el poder en Florencia, reprueba también la subversión del orden civil que provocó su régimen. Uno de los conceptos centrales del vocabulario político de Maquiavelo es el de orden político, por lo cual se refería con frecuencia a los Estados bien ordenados o a las repúblicas bien ordenadas. Este concepto de orden político se deriva del humanismo renacentista del cual Maquiavelo es la figura emblemática que ya se ha descrito, pues con este lo que quería hacer notar es que la política es un arte, una actividad racional y consciente del ser humano por medio de la cual podía diseñar y crear las instituciones políticas y sociales de una sociedad, e incluso fomentar los valores que le dan vida (Burckhardt, 1984).

Desde su punto de vista, una de las premisas fundamentales de un Estado bien ordenado era la clara separación de la esfera pública y la pri-

vada, es decir, que los individuos que desempeñaran una función pública ciñeran su conducta a esa actividad, inspirada esencialmente por la atención a los asuntos públicos y la búsqueda del bien común, en tanto los ciudadanos privados debían concentrarse en atender sus asuntos particulares, sin interferir en el ejercicio de la función pública. Por supuesto, esto no significaba de ninguna manera que los ciudadanos privados no tuvieran responsabilidades y participación en la vida política, pues Maquiavelo era partidario de un republicanismo activo y comprometido, que exigía de sus ciudadanos un gran compromiso con el Estado. Dando esto por sentado, lo que Maquiavelo señalaba al separar tan claramente las esferas pública y privada era que los ciudadanos de esta última no interfirieran de manera indebida o discrecional en la actividad pública y de gobierno.

Y esa era precisamente otra de las más duras críticas de Maquiavelo hacia Cósimo y el régimen de los Médici en general: saltar de la esfera privada para entrometerse indebidamente en el ámbito público. Es decir, para Maquiavelo, que un ciudadano privado, como Cósimo, ejerciera tácitamente funciones públicas, funciones de gobierno, derruía las bases más necesarias del orden político, conducta aviesa que continuaron tanto su hijo Piero como su nieto Lorenzo.

Lorenzo de Médici

Aun cuando Cósimo de Médici se mantuvo en el poder durante un largo periodo, de 1434 a 1464, eso no significó de manera alguna que lo hiciera sin problemas ni sobresaltos. De hecho, entre 1454 y 1458 enfrentó una fuerte crisis de gobierno, iniciada y fomentada por destacados miembros de la oligarquía florentina, como Luca Pitti, Agnolo Acciaiuoli y Diotisalvi Neroni, quienes habían contribuido al encumbramiento de Cósimo, pero que comenzaban a ver con recelo la enorme concentración de poder que lograba. El principal objetivo del ataque fue el sistema electoral que Cósimo había establecido, por lo que no tuvo más remedio que restablecer el sistema previo a 1434. Sin embargo, la crisis se resolvió en 1458, cuando siendo gonfaloniero Luca Pitti, pactó con Cósimo el restablecimiento de su régimen, no sin asegurarse una mayor influencia, la cual conservó durante algunos años (Schevill, 1961).

A la muerte de Cósimo en 1464, le sucedió en el poder su hijo Piero, pero su gobierno apenas duró cinco años, pues siempre tuvo una salud bastante endeble, aquejado sobre todo de gota, lo cual dio motivo al sobrenombre con que pasó a la posteridad, *Piero el gotoso*. Piero heredó

la riqueza de la familia y, sobre todo, la enorme influencia política de su padre, sin embargo, apenas un par de años después de haber asumido el poder, enfrentó también una crisis política producida por la oligarquía florentina. Con gran energía pudo enfrentar a sus opositores, al grado de doblegar al mismo Luca Pitti, que se contaba entre ellos, pero su quebrantada salud no le permitió vivir mucho; en 1469 Florencia volvía a quedar sin gobernante.

De esta manera, la muerte de Piero parecía poner en serios aprietos la continuidad de la dinastía Médici, ya que le sobrevivían como herederos solo dos jóvenes varones de la familia, Lorenzo y Giuliano. Sin embargo, los *magnati* de la ciudad decidieron apostar por la continuidad, jurando lealtad y apoyo a Lorenzo, el joven heredero de Piero, quien demostró muy pronto ser un digno sucesor de su abuelo Cósimo, pues gracias a él durante la segunda mitad del siglo XV Florencia experimentó una firme estabilidad que llegaría hasta 1492, una estabilidad que contribuyó de manera decisiva a la que disfrutó la mayor parte de la península durante un periodo muy similar (Tenenti, 1968).

Es muy difícil leer el capítulo XVI de *El príncipe* denominado "De la liberalidad y parsimonia" y no asociarlo con la administración financiera de Florencia durante la primera etapa de los Médici, sobre todo con el periodo que correspondió a Lorenzo, aunque no haya en todo el texto ninguna alusión específica a su persona, lo cual se apega a la norma que al parecer Maquiavelo se impuso en todo el libro: no referirse al gobierno de los Médici.

En este capítulo se trata uno de los temas más sensibles y espinosos para los florentinos, que era el de los gastos del príncipe, sobre todo cuando se financiaban con los impuestos del Estado.

En Florencia el tema de los impuestos siempre había causado gran controversia e inconformidad debido a que no se había establecido nunca un sistema impositivo racional, estable y equitativo. La creación del *catasto* en 1427 pudo paliar en alguna medida el problema, ya que determinaba que las personas debían pagar un impuesto proporcional sobre sus bienes, en tanto que el sistema anterior se basaba en que un grupo de personas, designadas por la Señoría, imponía un impuesto a cada persona de acuerdo a la *estimación* de su fortuna, lo cual era completamente subjetivo y arbitrario. El nuevo sistema resultaba más lógico y racional que la arbitrariedad anterior, sin embargo, pronto perdió su efectividad, pues Cósimo lo supeditó a sus propios criterios políticos, ya que con mucha

frecuencia usó las cargas impositivas para oprimir o amedrentar a los disidentes y enemigos políticos.

Aun cuando la familia Médici adquirió renombre y prestigio por su actividad financiera desde principios del siglo XV, sobre todo de la mano de Giovanni, el padre de Cósimo, muy pronto el mismo Cósimo comenzó a realizar prácticas financieras poco saludables para el banco, consistentes sobre todo en un excesivo sobregiro, el cual persistió luego de su muerte, al grado de que su hijo Piero, que heredara tanto el banco como el control de Florencia, enfrentó serios problemas al querer corregir el desbalance, lo cual le valió incluso cierto desprestigio político. Ciertamente, esa magnanimidad de Cósimo fue la que propicio que Florencia se convirtiera en la meca de artistas y humanistas, cuna del Renacimiento, en lo cual gastó sin duda una parte importante de la fortuna familiar. Sin embargo, si la gestión financiera de Cósimo fue deficiente, la de su nieto Lorenzo fue desastrosa. Muy pronto su incompetencia en los negocios se hizo del dominio público.

Lorenzo fue tan buen mecenas como su abuelo, algo que en general se le reconoce poco. Si Cósimo pudo gloriarse de haber adoptado, en todos los sentidos, a Marsilio Ficinio, a quien Maquiavelo llamó el segundo padre de la filosofía griega, Lorenzo muy bien podía haberse jactado de atraer a Florencia a Pico della Mirandola, humanista encumbrado, además de embellecer la ciudad con la construcción de nuevos edificios, el remozamiento de los existentes y un vigoroso impulso a la Universidad de Pisa. Incluso él mismo destacó como un gran poeta y humanista, reconocido por el propio Maquiavelo, que cuando trata en los *Discursos* el tema de la relación entre las costumbres de los pueblos y las de sus gobernantes, usa un fragmento de un verso de Lorenzo para afirmar su idea de que los defectos o virtudes de los pueblos tienen origen en la conducta observada en sus gobernantes.[3] Pero nada puede disimular que era un pésimo administrador, pues no solo gastó sus fondos privados, sino que además, cosa mucho más seria, gastó también los fondos del Estado.[4]

Como se dijo antes, es muy difícil leer el capítulo XVI de *El príncipe* y no asociarlo casi automáticamente con los Médici, sobre todo con Lo-

[3] El fragmento que cita de Lorenzo dice "Lo que hace el señor lo imitan muchos, que hacia el señor se vuelven las miradas" (Maquiavelo, 2005: 401).

[4] En su momento, Lorenzo no se libró de duras críticas, y si bien había quienes lo admiraban, otros, como Girolamo Savonarola, Francesco Guicciardini o Alamanno Rinuccini, lo calificaban de tirano (Guicciardini, 2006; Rinuccini, 2000).

renzo. En este texto Maquiavelo habla de la liberalidad de los príncipes, del nivel de gasto que deben asumir como gobernantes. En una época en la cual los fondos personales del príncipe y los fondos del Estado no estaban completa y claramente separados, la cuestión resultaba esencial. La recomendación general de Maquiavelo consiste en que más vale ser tenido por tacaño que por liberal, sobre todo si esa liberalidad se realiza a expensas de los súbditos. Es decir, lo que Maquiavelo recomienda aquí es llevar un sano equilibrio financiero, una virtud que no tenían los Médici como gobernantes, y mucho menos Lorenzo.

Así como es inevitable leer ese capítulo XVI y no asociarlo con los Médici, resulta difícil no hacer la misma conexión cuando se lee el capítulo XIX, en donde Maquiavelo se refiere a las conspiraciones. Aun cuando han perdido su sentido y efectividad en la época contemporánea, en la Europa renacentista la conspiración era un mecanismo ampliamente difundido y usado para hacerse con el poder del Estado. Los Médici, por ejemplo, estuvieron en la mira de muchas conspiraciones, aunque fueron dos las más importantes, la de los Pazzi en 1478 y la de Boscoli en 1512. La primera tuvo repercusiones muy relevantes tanto para los Médici como para la historia de Florencia, y aunque la segunda no fue tan importante para la historia de la ciudad, sí produjo muy serios efectos en la vida de Maquiavelo. A pesar de eso, Maquiavelo no se refiere específicamente a ninguna de estas conspiraciones en este capítulo, debido a la norma que se impuso, pero sí trata con amplitud la conspiración de los Pazzi en los *Discursos* III.6 y en la *Historia* VIII.1-12.

Como es bien sabido, uno de los mayores peligros que enfrentó el gobierno de Lorenzo en Florencia fue la conspiración de los Pazzi. Esta representó una amenaza tan seria debido en buena medida a que la emprendió nada menos que una de las familias más poderosas e influyentes de Florencia, los Pazzi, y contó con el beneplácito del mismo papa, Sixto IV.

Los Pazzi confiaron en el éxito de la conspiración debido a su influencia en la ciudad, el apoyo del papa y el cansancio en que creían que se encontraban los florentinos luego de cuarenta años de gobierno de los Médici. Sin embargo, no fue así, ya que si bien los conspiradores lograron asesinar a Giuliano, el hermano de Lorenzo, este no solo salvó la vida, sino que tuvo motivos para emprender una verdadera purga en la ciudad, pues el mismo día del atentado se realizaron casi cien ejecuciones, sin contar con las persecuciones posteriores (Martines, 2006b).

También hubo altos costos. Como la conspiración contaba con el beneplácito del papa, se hallaban involucrados su propio sobrino Girolamo Riario, señor de Imola y Forli; Francesco Salviati, a quien el mismo papa había nombrado poco antes arzobispo de Pisa, y de manera indirecta Ferrante, rey de Nápoles, y Federico, el Duque de Urbino. Dado que el mismo día del atentado se ejecutó al arzobispo Salviati y uno de los conspiradores principales confesó toda la trama del complot y el involucramiento del papa y el rey de Nápoles, el desencadenamiento de la guerra contra Florencia fue inevitable e inmediato.

Dado que Sixto IV y el rey Ferrante se encargaron muy bien de difundir la idea de que no se trataba de una guerra contra Florencia sino solo contra los Médici, se creó una gran presión en torno a la persona de Lorenzo, el cual no contó siquiera con el apoyo de Venecia, que en ese momento estaba supuestamente aliada con Florencia, pues encontró pretextos para no intervenir.

Ante un panorama tan complejo, Lorenzo tomó una decisión muy arriesgada, casi temeraria. Decidió emprender un viaje a Nápoles y presentarse personalmente en la corte del rey para buscar un acuerdo y debilitar así la posición más beligerante del papa. En esta ocasión, la liberalidad de Lorenzo fue de la mayor utilidad, pues colmó a la corte napolitana de abundantes y generosos obsequios lo cual, junto con su arrojo y determinación, le valieron el aprecio y reconocimiento del mismo rey, que accedió así a llegar a un acuerdo que desactivó el conflicto.

A partir de entonces, como reconoce explícitamente Maquiavelo, se logró un sólido equilibrio gracias a que Lorenzo cimentó el eje Milán-Florencia-Nápoles, que en los siguientes años dio estabilidad política a la península. Cuando Lorenzo murió en 1492, no solo los florentinos sintieron su pérdida, sino muchos otros italianos, ya que no quedó nadie con habilidades diplomáticas similares que promoviera la estabilidad política ni contuviera al nuevo gobernante de Milán, Ludovico el Moro quien, con tal de asegurarse el control del Estado, invocó la presencia del ejército francés en territorio italiano, dando pie a una serie de intervenciones que marcaron una época en el país.

Maquiavelo no confiaba en las conspiraciones como método para acceder al poder, tal como lo expresó en el capítulo XIX de *El príncipe*; consideraba que representaban un enorme riesgo, seguramente porque tenía en mente conspiraciones fallidas, como la de los Pazzi. No obstante, recomendaba con gran énfasis que si acaso se fraguaba una conjura no

debía dejarse testimonio escrito alguno, muy probablemente porque fue un documento de este tipo el que indebidamente lo involucró en otra conspiración contra los Médici, la de Boscoli, que si bien no produjo repercusiones tan importantes para la ciudad, sí las tuvo, y muy serias, para la vida de Maquiavelo (véase el capítulo 3). Aunque eso ocurrió en 1512, cuando ya la jefatura de la familia Médici recaía en el papa León X.

León X y Clemente VII

Los Médici son de las pocas familias que en la época renacentista pudieron llevar a dos de sus miembros al pontificado, a Giovanni de Lorenzo de Médici (León X, 1512-1521) y a Giulio de Giuliano de Médici (Clemente VII, 1523-1534). Ambos fueron muy relevantes en la historia de la Iglesia católica y en la de Florencia, pero lo que es más importante para nosotros es que fueron determinantes en la vida y obra de Maquiavelo (Chamberlin, 1988).[5]

Como se dijo, el régimen de los Médici en Florencia se derrumbó estrepitosamente en 1494. Había durado sesenta años, durante los cuales se habían sucedido por línea paterna directa cuatro miembros: Cósimo (1434-1464), Piero *el gotoso* (1464-1469), Lorenzo (1469-1492) y Piero di Lorenzo (1492-1494). El gobierno de este último se vio interrumpido de manera abrupta no tanto por su frivolidad y soberbia como por la incursión en territorio italiano del rey francés Carlos VIII, que había sido convocado a Italia por el Duque de Milán, Ludovico el Moro, con el fin de que Francia se adueñara de Nápoles y dejara de ser un obstáculo para la consolidación de su propio poder en Milán.

Ante la incursión de los franceses en suelo italiano, la actitud de Florencia y de Piero fueron vacilantes. No fue sino cuando los franceses se presentaron casi en las puertas de la ciudad que Piero se animó a tomar una determinación: salir al encuentro de Carlos VIII para tratar de llegar a un acuerdo, sin embargo, no solo permitió el paso franco que el rey pedía en su camino hacia Nápoles, sino que no le puso prácticamente condición alguna, dándole unas facilidades que a todas luces parecían excesivas y humillantes.

Cuando Piero regresó a Florencia y anunció los términos de la negociación se produjo una gran indignación, la misma Señoría conside-

[5] En etapas posteriores, otros dos miembros de la familia Médici alcanzaron el papado, Pío IV (1559-1565) y León XI (1605, quien murió a los 27 días de haber sido nombrado).

ró el acuerdo escandalosamente desventajoso, y a Piero no le quedó otra opción que huir de la ciudad ante la rebelión que ya se empezaba a desencadenar. Enseguida, los Médici fueron desterrados de por vida, y todo parecía indicar que se cerraba así la historia de su gobierno dinástico.

Al huir Piero, se reorganizó el gobierno y se hicieron a un lado todas las prácticas políticas que habían permitido a los Médici conservarse en el poder. De hecho, se produjo un vigoroso resurgimiento de la vida republicana que alteró notablemente la constitución de la ciudad. Se restablecieron las designaciones por sorteo y se creó un numeroso consejo popular, el Gran Consejo, que ascendía a casi tres mil miembros y era prácticamente una emulación del que existía en Venecia, cuya constitución era ampliamente admirada en Italia y fuera de esta (Gilbert, 1977b; Rubinstein, 1968).

Claro, nadie imaginaba que esta nueva y auténtica república sería relativamente breve; aun cuando tuvo una vida de apenas dieciocho años, se distinguen en ella tres periodos muy claros. El primero, de1494 a 1498, estuvo influido de manera determinante por el fraile dominico Girolamo Savonarola, el mismo al que Maquiavelo llamaba *profeta desarmado*, periodo que terminó junto con la trágica muerte del fraile; el segundo, de 1498 a 1502, que fue esencialmente de desequilibrio y ajuste, y el tercero, de 1502 a 1512, que se caracterizó por la creación de un gonfaloniero vitalicio, emulación también del dogo veneciano, que terminó con la incursión de otro ejército extranjero, el español, que restauraría a los Médici en el poder.

Como se explicó en el capítulo 3, durante este último periodo Maquiavelo entró al servicio de la república de Florencia como secretario de la segunda cancillería, en 1498. Sin embargo, a partir de 1502, cuando Piero Soderini fue nombrado gonfaloniero vitalicio, Maquiavelo comenzó a desempeñar una función más relevante en el gobierno republicano, al grado de que en la última etapa del gobierno de Soderini se volvería uno de sus colaboradores más cercanos. En este periodo recibió los encargos diplomáticos más importantes, al representar a Florencia ante las cortes de España, Francia, Roma, el emperador y César Borgia, y también fue cuando recibió el encargo de reorganizar la milicia florentina, una experiencia que produjo un efecto profundo en sus concepciones políticas.

A raíz de estas experiencias, Maquiavelo extrajo o consolidó tres de las principales ideas políticas que se aprecian en su obra, particularmente

en *El príncipe*. En primer lugar, su énfasis en la atención que un Estado, ya sea república o principado, debe poner a las armas. Como es bien sabido, Maquiavelo dedica los capítulos XII a XIV de *El príncipe* a tratar el tema de las armas, porque lo considera el asunto de más relevancia para el Estado. Muy reciente estaba en su memoria la insubordinación de los condotieros de César Borgia en 1502, que pagaron con su vida, no sin antes entorpecer considerablemente la campaña de César;[6] también tenía seguramente muy viva en la memoria la presunta traición del condotiero Paolo Vitelli, que había recibido de Florencia la encomienda de sitiar y tomar Pisa, sin lograrlo, asumiendo una actitud timorata y vacilante que despertó la sospecha en muchos, por lo cual se debió posponer la tentativa varios años; igualmente relevante debía ser para él la impotencia del emperador Maximiliano, entre cuyas principales debilidades identificaba la de carecer de un ejército propio.[7] Al considerar todo esto, Maquiavelo había llegado a la determinación de que ningún Estado debía carecer de ejército propio, por lo que uno de sus principales afanes durante el tiempo que estuvo al servicio de la república fue tratar de convencer a sus superiores de la necesidad de establecer una milicia, lo que consiguió finalmente en 1506 y recibió además el honor de encargarse de organizarla (véase el capítulo 2). Así, lo que luego se convertiría en un rasgo fundamental del Estado moderno, la disposición de un ejército propio, fue una idea y una labor a la que Maquiavelo entregó una buena parte de su energía en el servicio público (Maquiavelo, 2000).

En segundo lugar, es muy probable que Maquiavelo estuviera pensando en su propio jefe, el gonfaloniero vitalicio Piero Soderini, cuando trazaba las cualidades personales que debe tener un príncipe en los capítulos XVI-XVIII de *El príncipe*, sobre todo cuando afirma que, de ser posible, es deseable que un príncipe sea amado y temido, pero si hay que elegir, es preferible sin duda alguna que sea temido. Y es que en muchos pasajes de su obra Maquiavelo se refiere a la ingenuidad y candidez de Soderini, las cuales consideró una seria limitación para ejercer un gobierno estricto y firme, en especial cuando se trataba de reprimir a los sim-

[6] Uno de los escritos político breves más importantes de Maquiavelo es la reseña que escribió sobre este incidente: "Descripción de cómo procedió el Duque Valentino para matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, Paolo Orsini y al Duque de Gravina Orsini" (Maquiavelo, 2002).
[7] En el "Informe sobre la situación de Alemania" Maquiavelo hace un análisis político y sociológico del país, que señala la gran autonomía de sus ciudades, característica que perduraría durante varios siglos (Maquiavelo, 2002).

patizantes de los Médici, que en el fondo, como se comprobaría en 1512, fueron un factor determinante en la caída de la república.

En tercer lugar, a pesar de que ha sido ampliamente discutido el carácter del capítulo XXVI de *El príncipe*, la "Exhortación para ponerse al frente de Italia y liberarla de los bárbaros", si se contrasta con la historia italiana precedente y, más aún, con la historia florentina, se verá su gran pertinencia. Si bien las guerras italianas que se iniciaron con la incursión de Carlos VIII en 1494 habían propiciado el desalojo de los Médici del poder, también habían quebrantado el equilibrio italiano que con tanta fatiga había construido Lorenzo. La caída del gobierno republicano en 1512 ocurrió en circunstancias similares: la intervención de un ejército extranjero, ahora el español, y también a pedido de los Estados italianos. Como puede verse, la exhortación de Maquiavelo para que algún príncipe italiano, tal vez algún Médici, tomara la iniciativa de expulsar a los bárbaros del país, no se basaba solo en un temprano espíritu nacionalista atribuible a Maquiavelo —como de manera un tanto imprecisa se ha llegado a plantear—, sino que se debía a la más esencial necesidad política, pues en esas circunstancias era patente que una empresa de ese tipo no podía ser acometida por un gobierno republicano, sino que requería la agilidad, potencia y determinación de un príncipe. Sin este mando único, sin un Estado unificado, no parecía posible garantizar la existencia y autonomía de ningún Estado italiano, fuera del carácter que fuera (Gilbert, 1954; Chabod, 1990).

El papa Julio II no solo había auspiciado la conferencia de Mantua donde se pactó la ofensiva contra Florencia que derribaría al gobierno republicano, sino que además envió a esa reunión a uno de sus hombres de mayor confianza, su vicecanciller, el cardenal Giovanni de Médici, quien se aseguró de que no solo se derrocara al gobierno republicano, sino que se antepusiera como condición irrenunciable el retorno de los Médici a Florencia. Más aún, una vez acordada la expedición punitiva contra Florencia y observando que el ejército enviado carecía de artillería, el mismo cardenal Médici proporcionó dos cañones, que fueron fundamentales en la empresa.

Para tomar Florencia, el ejército español se aproximó por el lado de Prato, cuya defensa fue encomendada a la milicia que había organizado Maquiavelo. Por desgracia, el papel de la milicia fue en esta ocasión lamentable, pues en cuanto los españoles entraron por un boquete que hicieron con uno de los cañones Médici, los milicianos arrojaron sus armas y huyeron despavoridos.

Tampoco esperó mucho tiempo Piero Soderini, el gonfaloniero vitalicio, para huir de la ciudad, lo que sellaba el fin del gobierno republicano y la restauración de los Médici, que entraron en la ciudad poco después. Sus primeras acciones fueron desintegrar la milicia, convocar a un parlamento y una nueva *balia*, una especie de asamblea constituyente, que anuló la constitución republicana, disolvió el Gran Consejo y destituyó a Maquiavelo de su cargo. Así, los Médici no solo se volvieron a hacer cargo del control de la ciudad, sino que apenas unos cuantos meses después el cardenal Médici, artífice de la restauración, fue elegido papa, abriendo un periodo amargo para la ciudad, pues no solo perdió el gobierno republicano que tenía, sino que perdió también de algún modo su independencia, volviéndose un apéndice de Roma, además de que el papa Médici parecía estar más interesado en el gobierno de la cristiandad que en el de los florentinos.[8]

En el plano personal, también Maquiavelo pasaría un trago aún más amargo, pues de manera completamente fortuita, en febrero de 1513, se descubrió una conspiración contra los Médici que tramaban Pietro Paolo Boscoli y algunos de sus amigos; solo una amnistía decretada por el nuevo papa Médici permitió su liberación. Es muy probable que solo unas semanas después Maquiavelo comenzara la redacción de *El príncipe*, que en principio había pensado dedicar a Giuliano de Médici, hijo de Lorenzo el Magnífico, pero cuya muerte en 1516 frustró la intención, por lo que entonces se lo dedicó a Lorenzo, nieto del Magnífico, quien probablemente nunca lo leyó.

Florencia estaba ahora bajo el yugo de la poderosa familia de los Médici y tutelada por el papa. Una vez muerto el papa León X, fue nombrado como sucesor el holandés Adriano, que tan solo duró en el encargo un par de años. A su muerte se nombró papa a Giulio de Médici, el hijo ilegítimo de Giuliano, muerto en la conspiración de los Pazzi, quien asumió el pontificado con el nombre de Clemente VII y prolongó la sumisión de Florencia al gobierno papal hasta 1534.

Aun cuando Maquiavelo trató por todos los medios de ser readmitido en el servicio público de Florencia, nunca lo logró. Solo Clemente VII

[8] Francesco Guicciardini les reprocha abiertamente a los Médici esta actitud, recomendándoles que el mejor medio para asegurar su poder es poner más atención en el gobierno de la ciudad y no solo en el de Roma. Véase el discurso "Del modo di assicurare lo stato alla casa de' Medici" (Guicciardini, 1932).

le hizo algunas encomiendas menores y le pidió que escribiera una obra que resultó fundamental para Maquiavelo, la *Historia de Florencia*.

Se ha especulado mucho acerca de la relación personal de Maquiavelo con los Médici y del efecto que en sus propias ideas tuvo su régimen en Florencia. Es evidente que Maquiavelo tenía una fuerte aversión hacia la familia, más que nada hacia la influencia política que esta había tenido en Florencia, sin embargo, a su aversión personal anteponía su noción de *necesidad política* y servicio público, por lo que a pesar de ser partidario de los gobiernos republicanos, siempre buscó y estuvo dispuesto a colaborar con el gobierno de los Médici.

5. Savonarola y la renovación republicana

En 1494 Maquiavelo era un joven de 25 años, educado, inquieto y atento a todo lo que ocurría en Florencia, que experimentaba una de las transformaciones políticas más relevantes de la época, la cual dejaría honda huella en sus ideas y concepciones políticas.

En ese año, tan significativo para Florencia, el rey francés Carlos VIII decidió reclamar el reino de Nápoles atendiendo a los derechos heredados de su abuela, María de Anjou, y se alió con Ludovico el Moro, primero regente y luego Duque de Milán, para emprender una campaña de conquista del reino, entonces en poder de Fernando de Aragón. Hasta ese momento, Florencia había sido aliada de Nápoles, por lo que Carlos VIII había instado en repetidas ocasiones a los florentinos para que cambiaran de bando, lo que le garantizaría una alianza estratégica, pues al cruzar los Alpes no solo atravesaría el territorio ya aliado de Lombardía, sino que podría continuar por el de la Toscana con la misma tranquilidad, llegando así hasta el centro de la península, casi hasta las mismas puertas de Roma, en donde el papa no tendría otra opción que darle el paso franco hacia el sur, directamente hacia el reino de Nápoles.

Ante la llegada del rey francés, Piero de Médici, a la sazón gobernante *de facto* de la ciudad, salió a su encuentro y de manera sorprendente no solo decidió unirse a Carlos, sino que aceptó condiciones más propias de un vencido que de un aliado. Cuando el gobierno formal de Florencia y el conjunto de la sociedad se enteraron, se produjo un descontento de tal magnitud que de inmediato se transformó en una rebelión, por lo que Piero no vio otro remedio que huir a toda prisa.

En estas circunstancias irrumpe en la escena política Girolamo Savonarola, un fraile dominico que había llegado a Florencia en 1482 procedente de Bolonia y que en los últimos dos años de vida de Lorenzo el

Magnífico (1490-1492) se había hecho de un gran prestigio como monje, predicador y profeta. A partir de 1494, Savonarola desborda incontenablemente los límites religiosos y se convierte en el personaje más importante de la vida social, cultural y política de la ciudad.

Estos años fueron determinantes también en el desarrollo intelectual de Maquiavelo, quien se refiere con frecuencia a estos acontecimientos en sus escritos para ejemplificar muchas de sus opiniones y afirmaciones políticas, y hace en muchos casos alusiones específicas a Savonarola y su intervención en estos. Por tal razón, el propósito de este capítulo es analizar la influencia que Savonarola ejerció en las ideas políticas de Maquiavelo, ya que seguramente no solo la actividad del fraile dominico llamó su atención, sino también sus opiniones, sermones, iniciativas legislativas e, incluso, sus *profecías*.

Reforma religiosa y renovación moral

El multicitado pasaje del capítulo XV de *El príncipe* en donde Maquiavelo dice "pero, siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir a la *verdad efectiva* de la cosa que a la representación imaginaria de la misma. Muchos se han imaginado repúblicas y principados que no se han visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente" (Maquiavelo, 2010:110)[1] se ha tomado en sí como un manifiesto científico, como uno de los pilares de la ciencia política moderna y del mismo método científico.

A partir de un postulado como este y del espíritu científico que animó a personajes como Nicolás Copérnico, Galileo Galilei o Giordano Bruno, se ha considerado al Renacimiento no solo como una época de esplendor en el terreno de la plástica, la arquitectura y la literatura, sino también como una revolución científica, motivada por un ánimo racional y un impulso tecnológico sin precedentes.

Otro pasaje relevante, mucho menos conocido pero vinculado directamente con el anterior e igualmente significativo, se encuentra en la carta que Maquiavelo le escribió a su amigo Francesco Vettori el 10 de agos-

[1] En esta cita he resaltado la expresión "verdad efectiva" porque el traductor de esta edición ha escrito en este lugar "verdad real" donde Maquiavelo había escrito "veritá effettuale". Probablemente el traductor haya usado esta expresión porque en la siguiente oración Maquiavelo habla del plano imaginario, cuyo contraste natural es lo "real". Sin embargo, creo que tanto en italiano como en español le expresión *veritá effettuale* o *verdad efectiva* traduce mejor la intención de Maquiavelo, que es dar cuenta de la naturaleza de los hechos a partir de una relación de causa-efecto.

to de 1513, es decir, muy probablemente en el mismo momento en que se encontraba escribiendo *El príncipe*, en donde al analizar la situación de la política europea, y en particular las ambiciones de España, Francia y el emperador con respecto a Italia, plantea que "quien quiere ver si una paz es duradera o segura, debe entre otras cosas examinar quienes quedan por ella descontentos y qué es lo que puede nacer de ese descontento entre ellos" (Maquiavelo, 2013a: 115), lo cual constituye también un principio fundamental de análisis político, diplomático e histórico.

En el mismo talante, cuando Maquiavelo trata el tema de la religión en los *Discursos* hace gala también de su espíritu analítico, pues considera que cuando los gobernantes de un Estado consideren benéfico el efecto de la religión para mantener a su pueblo unido y fiel, deben fomentarla, aunque sepan que los dogmas de esta son falsos, pues lo que importa es el efecto real, no el dogma en sí. "Pues este ha sido el proceder de los sabios, y de aquí nació la autoridad de los milagros que se celebran en las religiones, aunque sean falsos, pues los prudentes los magnifican, vengan de donde vengan, y con su autoridad los hacen dignos de crédito para cualquiera" (Maquiavelo, 2005: 72). Todo con tal de lograr el efecto político necesario.

Sin embargo, los siglos XV y XVI todavía eran una época de astrología, brujería y profecías. Ciertamente el Renacimiento ya había comenzado a transformar la percepción y el espíritu de la sociedad, sobre todo entre las élites acaudaladas y educadas, pero lejos estaba de transformarlos y sustituirlos por completo. El mismo Maquiavelo que proponía aproximarse a la realidad para descubrir la *veritá effettuale* de las cosas y no atender a suposiciones imaginarias, tituló el Capítulo I.56 de los *Discursos* de esta manera: "Antes de que se produzcan grandes acontecimientos en una ciudad o en una provincia se suelen ver signos que los pronostiquen u hombres que los profeticen". Un poco extraño, pues contrasta de forma estridente con la cita previa; más aún, todo este capítulo parece un tanto aislado del conjunto y del espíritu de la obra. Sin embargo, no pude ignorarse en modo alguno, máxime si se consideran algunas de las afirmaciones que contiene, como esta: "Por qué se produce esto, no lo sé, pero se puede comprobar con ejemplos antiguos y modernos que no se produce ningún grave acontecimiento en una ciudad o en una provincia, sin que haya sido anunciado por adivinos, revelaciones, prodigios y otros signos celestes" (Maquiavelo, 2005: 172).

Como puede verse, una vez más es evidente el contraste entre este pasaje y el que postula atenerse a la *veritá effettuale* de las cosas. No obstante,

es necesario señalar que no se trata tan solo de un pasaje desafortunado. A continuación del mismo, Maquiavelo se refiere directamente a Savonarola y cuenta cómo este fraile predijo la intervención de Carlos VIII en Italia y muchos otros sucesos. Más aún, algunas líneas adelante parece abrirle paso abiertamente a lo sobrenatural cuando dice, "sin embargo, podría suceder que, estando el aire, como quieren algunos filósofos, lleno de inteligencias, estas, previendo las cosas futuras por su virtud natural, o teniendo compasión por los hombres, quizá quieran así prepararlos para la defensa y advertirlos con semejantes signos" (Maquiavelo, 2005: 173).

Es muy probable que en el afán de rescatar al Maquiavelo científico, racional y moderno, se sucumba a la tentación de minimizar o relativizar este capítulo de los *Discursos*; sin embargo, como se ha visto, no se trata tan solo de un descuido o un pensamiento aislado. Años más tarde, en la *Historia de Florencia*, su última gran obra, reproduce la misma idea. En la página final, cuando habla de la muerte de Lorenzo el Magnífico, la cual había profetizado el propio Savonarola, dice "el cielo mismo mostró clarísimos presagios de que de esa muerte se habrían de originar grandísimos males" (Maquiavelo, 2009: 459).[2]

Además, en la *Historia de Florencia* parece compartir con Savonarola la impresión de que Florencia es el pueblo elegido; de que Dios la tiene en un lugar privilegiado y le concede un trato excepcional. Dicha apreciación sale a relucir a raíz del huracán que azotó a la Toscana y a una parte importante del centro de la península en 1456, cuya fuerza y destructividad describe Maquiavelo, y refiere también el gran temor que causó entre la población, ya que "ciertamente, Dios quiso con ello amenazar y no castigar a la Toscana […] Dios quiso solo que aquel aviso bastara para refrescar entre los hombres el recuerdo de su poder" (Maquiavelo, 2009: 342).[3]

Como puede verse, es difícil ignorar o minimizar esta parte del pensamiento de Maquiavelo y, a pesar de la dificultad para interpretarlo, es necesario integrarlo, para tener una perspectiva amplia y completa de su mentalidad. En este sentido, si bien puede considerarse el Renacimiento como el primer impulso del pensamiento, la ciencia y la sociedad moder-

[2] Además, páginas atrás, refiriéndose a Gian Galeazzo Visconti, Duque de Milán de 1378 a 1402, cuya muerte fue precedida por el paso de un cometa, dice "Al duque […] se le ofrecieron numerosos presagios de su inminente muerte" (Maquiavelo, 2009: 397).

[3] Un poco más adelante dice, "pero Dios, que siempre ha tenido de ella [Florencia] especial cuidado cuando se ha visto en semejantes trances extremos" (Maquiavelo, 2009: 432).

nas, también debe entenderse como una época de pensamiento supersticioso y esotérico; cronológicamente entre la Edad Media y la Modernidad, en algunos aspectos parece incluso más contiguo a la primera que a la segunda. El Renacimiento sigue siendo una época con una enorme carga religiosa, mística y hasta taumatúrgica, capaz de admitir todavía la interacción de dos realidades, de dos espacios, uno terrenal y otro celestial. Una época recorrida todavía por hechiceros, magos, herejes y profetas.[4]

En este sentido, Savonarola, que creía ver el futuro y hablar con Dios, no es una rareza o un engendro de la época; también él, como Maquiavelo, es un auténtico hombre del Renacimiento (Roeder, 1946). Claro, eso no significa que no haya diferencia entre los dos: mientras que el pensamiento de Maquiavelo es fundamentalmente racional, científico y moderno; el de Savonarola es esencialmente religioso, místico y medieval. Savonarola era un hombre que había recibido una consistente educación filosófica en el seno de la orden de los dominicos, pero abrazó con tal celo su misión predicadora que sus observaciones y conjeturas sobre la realidad social y política no las presentó como hipótesis factibles, sino como revelaciones divinas, de ahí que los aciertos provenientes de su agudeza los tomara como signo inequívoco de su inspiración divina; llegó a pensarse como el real vicario de Dios en la tierra, como el último profeta.

La convicción profética y mística de Savonarola quizá no habría causado mayor sobresalto de no haber rebasado el contorno conventual, si no hubiera concebido y asumido un proyecto de reforma religiosa del cristianismo emparejado a un proyecto de renovación moral de la sociedad. Pero esto fue lo que a la postre ocurrió: su proyecto de regeneración rebasó el ámbito religioso y se convirtió en un proyecto político, al que debían subordinarse tanto las jerarquías eclesiásticas como las autoridades civiles.

No obstante, en un principio los objetivos de Savonarola parecían limitarse a cuestiones de práctica religiosa y a la rectificación moral de los creyentes, al menos eso indicaban sus intenciones originales, incluso podría decirse que fue esa su motivación para acceder a la vida religiosa.

Savonarola creció en el seno de una familia medianamente acomodada de Ferrara, adonde su abuelo se había mudado desde Padua, lugar en

[4] Viroli comenta cómo en 1509 antes de que los comisionados florentinos entraran a tomar el control de Pisa, Maquiavelo consultó a un astrólogo y pidió una detallada lectura de la disposición de las estrellas (Viroli, 2012: 30).

el que había sido un médico reputado, reconocido profesor de medicina en la Universidad. Incluso aún se puede ver en Padua la Porta Savonarola, que evoca la importancia de la familia en una época pretérita. Así, dado el prestigio como galeno de su abuelo Michele Savonarola, fue llamado a Ferrara para convertirse en *arquiatro*, el médico de la familia gobernante, los Este. Fue precisamente de su abuelo de quien recibió la primera y más importante instrucción.[5] En 1475, al parecer por una decepción amorosa, decidió escapar furtivamente de su casa e ingresar al convento de Santo Domingo en Bolonia. En la carta que le envió a su padre para explicarle la decisión le decía: "la razón que me mueve a ingresar en la orden religiosa es esta: primero, la gran miseria del mundo, la iniquidad de los hombres, los crímenes de la carne, los adulterios, los robos, la soberbia, la idolatría y las crueles blasfemias" (Martines, 2006a: 12). Como puede verse, más allá del ímpetu redentor de su juventud, ya se percibe también su convicción moralizante.

Los dominicos emularon el proceso que ya habían experimentado los franciscanos, se dividieron a mediados del siglo XIV en conventuales y observantes. Los primeros asumían con naturalidad y sin culpa la propiedad eclesiástica de los bienes materiales, sobre todo los más necesarios para solventar las necesidades vitales;[6] mientras que los segundos postulaban un apego estricto, una observancia fiel a la doctrina y la práctica original de la orden fundada por Santo Domingo de Guzmán, inspirada en la austeridad, la disciplina y la pobreza. Así, dado el carácter y la convicción de Savonarola, resultó prácticamente natural su integración a los segundos.[7]

Este celo por volver a las bases mismas del cristianismo es la manifestación más clara a favor de la reforma religiosa que se manifestaba en esos momentos. Maquiavelo compartía de alguna manera la idea de que la reforma religiosa debía realizarse como un intento de volver a las bases de la religión; no era necesario proponerla como un salto adelante, como una innovación, como la necesidad de contar con nuevas institucio-

[5] La ilustración de su abuelo era sin duda notable. Entre otras cosas, escribió un texto denominado *De vera republica*, interesante en sí mismo y también por el debate sobre el gobierno republicano que reporta.

[6] De acuerdo con el cálculo de Brucker, la Iglesia poseía a mediados del siglo XV una tercera parte de la tierra, por lo que el problema de la propiedad eclesiástica era un tema de gran envergadura (Brucker, 1983b).

[7] Véanse las reflexiones y discusiones sobre los votos de pobreza que desde la época de Dante, Boccaccio y Petrarca se ventilaban en Florencia en Baron (1993).

nes. Maquiavelo lo plantea claramente en los *Discursos* cuando se refiere a la importancia de que las sectas y las repúblicas se fortalezcan por medio del regreso a sus principios: "en cuanto a las sectas, vemos qué necesario es que exista en ellas esa renovación por el ejemplo de nuestra religión, pues esta, si no se hubiera replegado a sus orígenes gracias a San Francisco y Santo Domingo, se hubiera perdido completamente" (Maquiavelo, 2005: 309). Encontramos aquí, además, una valoración positiva de estas dos órdenes mendicantes que tanta influencia llegaron a tener en la Italia y la España tardomedievales, valoración que todavía en la época de Maquiavelo tenía cierta validez, quizás alimentada en alguna medida por el propio Savonarola, ya que muchos años después de su muerte todavía lo recordaban y veneraban (Le Goff, 2014).

Savonarola mostró en toda su preparación conventual un gran celo religioso y una absoluta disciplina monástica. En 1482 fue enviado a Florencia, al convento de San Marcos en donde, salvo unas breves salidas, permaneció hasta 1487, año en que volvió a Bolonia para convertirse en maestro de estudios, es decir, profesor de los frailes en formación. No obstante, en 1490 fue llamado de nuevo a Florencia. Lorenzo de Médici fue quien les pidió a los dominicos que enviaran de nuevo al fraile, aunque había influido en ello la solicitud de uno de los humanistas más importantes del Renacimiento, el conde Giovanni Pico della Mirandola, quien se había refugiado en Florencia huyendo del acoso de la curia romana que lo culpaba de herejía y se había hecho gran amigo de Lorenzo. Mirandola había conocido a Savonarola aproximadamente en 1480 en una breve estancia en Ferrara, y le causó una gran simpatía, máxime cuando percibió que compartían la misma inconformidad por el deterioro del cristianismo y coincidían en la reprobación de la corrupción que imperaba en Roma. En consecuencia, cuando Mirandola se enteró de que Savonarola había pasado algunos años en Florencia, le solicitó a Lorenzo que lo llamara de nuevo, quien accedió sin imaginar que el fraile se convertiría en uno de sus más enconados críticos.

Apenas un año después de que Savonarola se reincorporara al convento de San Marcos los frailes lo eligieron como su prior.[8] Esto lo colocó en una posición en la que podía impulsar una profunda reforma de la vida monástica; estaba claro que no se conformaba con pertenecer a

[8] Los frailes franciscanos y dominicos se caracterizaron por prácticas colegiadas y republicanas desde sus orígenes (Black, 1997).

la rama de los observantes, quería más disciplina, una mayor entrega, una observancia más estricta. No obstante, fue tan estricta la nueva disciplina, que muchos frailes desfallecieron y cayeron enfermos, lo que lo obligó a relajar en alguna medida las nuevas disposiciones. Sin embargo, a pesar de tal rigor, Savonarola supo hacerse aceptar y respetar, al grado de que muy pronto todos los frailes del convento le eran leales.[9] Su prestigio se propagó con tal rapidez por la ciudad que comenzaron a incrementarse las solicitudes de ingreso, tanto que llegó un momento en que el convento se saturó y no podían aceptarse más frailes por falta de cupo. Fue también de llamar la atención que en comparación con la anterior irrelevancia del convento en la vida social, a partir de la conducción de Savonarola no solo creció el número de frailes, sino también se elevó el nivel de su extracción social; comenzó a ser cada vez más común escuchar apellidos ilustres en los apelativos de los frailes recién incorporados, como Capponi, Strozzi y Médici.

Una vez que Savonarola emprendió la reforma de San Marcos se percató de que los cambios no serían consistentes ni duraderos si no lograba emanciparse de la congregación lombarda, que tenía su sede en el mismo convento de Santo Domingo en que se había formado, y que ahora se le presentaba como el primer obstáculo para sus nuevas ambiciones. Sin embargo, la autonomía de San Marcos debía autorizarla el papa, tarea nada fácil si se consideraba que el asunto implicaba una cuestión de Estado: mientras San Marcos se mantuviera dentro de la congregación lombarda, Ludovico el Moro, Duque de Milán, seguiría teniendo alguna injerencia en el convento y, a través de este, en la ciudad. Por tal motivo, la solicitud de autonomía de San Marcos debía superar esta fuerte oposición, representada al interior de la iglesia por el hermano del Duque, el cardenal Ascanio Sforza.

No obstante, y precisamente por esta vinculación, desde que se planteó la independencia de San Marcos se contó con el apoyo del sucesor de Lorenzo, su hijo Piero, y también con el del cardenal protector de la orden, el napolitano Oliviero Carafa, quien con eso jugaba a tres bandas: debilitar al Duque de Milán, fortalecer a Piero y reforzar la alianza del

[9] Era común en la época que cada año cambiaran de adscripción a los monjes, sobre todo a los que tenían algún cargo en el convento, pero cuando le tocó el turno a Savonarola de ser transferido, sus mismos compañeros insistieron para que se quedara, lo que constituyó su primer triunfo y una muestra de su creciente arraigo.

reino de Nápoles con Florencia. Al final, el cardenal Carafa se las arregló para que el papa autorizara la autonomía, lo que significó la creación de una nueva congregación, la toscana, de la que Savonarola se convirtió en vicario general.

Savonarola, sin embargo, no estaba satisfecho con la reforma religiosa que emprendió en San Marcos, su propósito era ir más allá de los muros del convento, llegar hasta la sociedad, lo que produjo más y mayores problemas.

Maquiavelo siempre le concedió una gran importancia a la religión como medio para regular la conducta moral de los ciudadanos. Los capítulos I.11 a I.15 de los *Discursos* están dedicados exclusivamente al tema y, entre los muchos aspectos que se tocan ahí, destaca el que tiene que ver con el efecto positivo de la religión para unificar y conformar a la ciudadanía. Sin embargo, la renovación moral que Savonarola impulsó en Florencia provocó más conflicto que concordia y llevó a la sociedad hasta un grado destructivo de división y polarización social.

Reforma política y polarización social

Entre los pasajes más conocidos de *El príncipe* está el breve y conciso capítulo I, en donde Maquiavelo establece su conocida clasificación binaria de las formas de gobierno: todos los gobiernos que existen y han existido son repúblicas o principados (véase el capítulo 4).

Esta clasificación ha ocupado incontables páginas de reflexión y debate en la historia moderna de las ideas políticas, además, sería esta la disyuntiva institucional más importante que enfrentarían la mayor parte de los Estados europeos en los tres o cuatro siglos siguientes: conservarse como monarquías o constituirse en repúblicas.

Debe llamar la atención el hecho de que Maquiavelo no ignorara la conocida clasificación séxtuple de Aristóteles, retomada por Polibio y muchos más; en los *Discursos* la cita así "otros, más sabios en opinión de muchos, opinan que las clases de gobierno son seis" (Maquiavelo, 2005: 35) y anota a continuación dicha tipología y alude también al clásico ciclo de estas formas de gobierno que planteó Polibio.[10] Como se verá después, para los humanistas de esta época y para el mismo Savonarola, debió ser también algo muy familiar la teoría aristotélica de las formas de gobierno, sin em-

[10] Aunque con menor semejanza a Polibio, también en la *Historia de Florencia* Maquiavelo describe cómo todos los Estados están sometidos a un ciclo político de nacimiento, auge y decadencia (Maquiavelo, 2009: 237; Polibio, 2007).

bargo, a pesar de ello, en la mayor parte de sus obras Maquiavelo prefirió centrar su interés en la disyuntiva entre principado y república.[11]

Como se ha documentado ampliamente, Maquiavelo siempre fue un abierto partidario de la república, y cuando discute la clasificación aristotélica se declara partidario de un gobierno mixto, que en realidad no es para él una forma de gobierno adicional, sino un rasgo congénito de la república. A pesar de que en ningún momento Maquiavelo emprende una definición sistemática y detallada del concepto de república, un análisis del conjunto de su obra podría llevar a identificar seis características esenciales que atribuía a esta forma de gobierno: *1)* primacía del bien común sobre el particular, *2)* moderada o reducida desigualdad social, *3)* activa participación política de los ciudadanos, *4)* integración de un gobierno mixto, *5)* estricto apego y respeto a la ley y *6)* libertad de los ciudadanos (Hankings, 2010; Colish, 1999; Pocock; 2002; Bock *et al.*, 1990).

En este sentido y teniendo como referente la clasificación aristotélica, habría que dejar bien claro que Maquiavelo no era un demócrata, sino un republicano. Su republicanismo implicaba obviamente darle un peso específico a la participación popular dentro de las instituciones del Estado, pero no entregarle al pueblo el poder y control ilimitado de este, como reclama la idea clásica de democracia. Es muy probable que su preferencia por el gobierno republicano le viniera tanto de la tradición intelectual de la Antigüedad como de su propia experiencia directa, en la que tuvo un papel destacado la revolución política que experimentó Florencia a partir de 1494, año en el que, de la mano de Savonarola, Florencia construyó un régimen democrático que tuvo un fatal desenlace.

Una vez que Piero huyó de Florencia en 1494 y se desatara una verdadera rebelión social, no hubo más opción que pactar con Carlos VIII su inminente entrada en Florencia. En ese momento fue cuando Savonarola irrumpió de lleno en la escena pública. Ya para entonces se había convertido en un personaje ampliamente conocido e influyente en la opinión y el ánimo de los florentinos; a sus sermones acudían miles de fieles e incluso algunos de estos se imprimían y circulaban con gran profusión.[12]

[11] El mismo Savonarola escribió un *Tratado acerca del régimen y gobierno de la ciudad de Florencia* en donde formula una clasificación de formas de gobierno que evidencia sus influencias tomistas y aristotélicas (Savonarola, 2007).

[12] Ridolfi (1997) informa que a estos sermones llegaban a acudir 15 mil feligreses. Martines (2006a: 88) cuenta también que entre 1491 y 1500 al menos seis diferentes editores florentinos publicaron sus escritos. Referencias inequívocas de la popularidad del fraile.

Su influencia y credibilidad alcanzaron la cumbre con la misma llegada del rey francés, pues él había advertido y profetizado que "un nuevo Ciro vendría del norte" para castigar a Italia, profecía que parecía cumplirse con el arribo del rey. Por todo esto, la Señoría creyó conveniente que la embajada que debía enviar ante Carlos VIII para renegociar los términos de su entrada en la ciudad y su paso por el territorio florentino debía estar encabezada por el fraile dominico.

Carlos VIII permaneció en la ciudad tan solo diez días, pero una vez que salió rumbo a Nápoles, se produjo en la ciudad, tras la salida de los Médici, una profunda transformación institucional con visos de revolución política. El 2 de diciembre se convocó a un Parlamento que resolvió disolver varias de las instituciones creadas por los Médici, abolir todas las leyes que se contrapusieran a sus resoluciones y readmitir en la ciudad a todos los ciudadanos que habían sido expulsados desde 1434.

El Parlamento de Florencia era una asamblea general ciudadana que funcionaba simplemente haciendo tocar una campana para reunir a la población en la plaza principal, en donde se resolvían los problemas más graves de la comunidad. Como se dijo en el capítulo anterior, Cósimo de Médici había recurrido a este en 1458 y 1466 con el fin de tomar ciertas decisiones fundamentales para su régimen. No obstante, aunque los ciudadanos se reunían ahí de manera supuestamente libre, en realidad se encontraban muy coaccionados, pues casi siempre custodiaban y resguardaban la plaza hombres armados; además, la asamblea estaba conducida también por seguidores de los Médici, quienes tenían un guión muy claro de las resoluciones a las que querían llegar y contaban con subordinados que se encargaban de apoyarlas y aclamarlas en medio de la multitud (Rubinstein, 1977).

Abolidas las instituciones políticas de los Médici, se decidió sustituirlas con un nuevo organismo, el Gran Consejo, el cual tendría la facultad de nombrar a todos los magistrados del gobierno, así como aprobar o rechazar cada una de las leyes del Estado. Este organismo fue concebido para dar cabida a tres mil o tres mil quinientos ciudadanos, lo que constituía una enorme participación popular, sin igual en la época. Paradójicamente, una de las primeras resoluciones que tomó fue abolir el Parlamento, por considerarlo un recurso típico de tiranos. Como puede verse, de un gobierno principesco *de facto* se transitó a un gobierno popular, o bien de un gobierno monárquico a uno democrático, transición en la que fue determinante la participación de Savonarola, quien expresó claramente sus convicciones democráticas y las tradujo para todo el pueblo al declarar

que su deseo era que se incluyera plenamente a los artesanos en el desempeño de los cargos públicos, para que estos no estuvieran reservados solo a los nobles (Gilbert, 1957).

A pesar de que la huida de Piero parecía haber estado provocada por una rebelión popular, en realidad esta fue propiciada e instigada por una parte muy importante de las familias nobles, muchas de ellas aliadas tradicionalmente con los Médici, quienes a pesar de ello temieron que la frivolidad e incapacidad de Piero amenazara su propia estabilidad o existencia. En el fondo, la revolución política fue en realidad una rebelión oligárquica.

Una vez que se había derrumbado el régimen de los Médici y cundían voces que pedían ajustes de cuentas y revanchas, Savonarola pronunció emotivos discursos que llamaban a la concordia, la unidad y la reconciliación, lo cual le valió mayor aceptación aún. Sin embargo, la facción oligárquica que decidió retirarle su apoyo a Piero no contó con que Savonarola tendría el interés, la fuerza y la capacidad para transformar la rebelión oligárquica en una revolución popular.

Así, el nuevo gobierno republicano que comenzó en 1494 tenía un fuerte acento democrático que de inmediato provocó la desconfianza y el rechazo de la oligarquía, al grado de que se formaron dos bandos claramente identificados: los Blancos, partidarios de la nueva república, y los Grises, críticos de esta y que eran sobre todo elementos de la oligarquía partidarios de los Médici. De esta manera, si la incursión en la vida pública del fraile dominico fue recibida con entusiasmo y simpatía, en cuanto comenzó a dar sus primeros pasos produjo enormes desacuerdos y confrontaciones.

En cuanto se clarificaron y establecieron las disensiones políticas entre la oligarquía y los partidarios de Savonarola se acuñaron sendos apelativos para cada facción: los primeros fueron llamados los *arrabbiati* (indignados, encolerizados) y lo segundos adquirieron el nombre de los *frateschi* (frailescos) o *piagnoni* (llorones, plañideros).

En este sentido, la concordia e integración que predicó Savonarola luego de la huida de Piero fue seguida por una abigarrada polarización social. Maquiavelo, que vivía estos acontecimientos con intensidad, percibió que la actividad política del fraile estaba provocando el surgimiento de divisiones, facciones y rupturas muy difíciles de reparar, polarizaciones que años después señalaría como uno de los mayores daños y peligros para la vida republicana.

En la carta ya mencionada del 9 de marzo de 1498 dirigida a su amigo Ricardo Becchi, embajador florentino en Roma, Maquiavelo le hace

un amplio recuento de las noticias relativas al fraile, y refiere que en uno de sus sermones llegó a decir "hay tres géneros de hombres: los buenos, que son los que me siguen; los perversos y obstinados, que son los adversarios, y otra especie de hombres de vida ancha, dedicados a los placeres, no obstinados en hacer mal ni orientados a hacer el bien" (Maquiavelo, 2013a: 440).[13] Para este momento, Savonarola había perdido ya mucha de su legitimidad, sin embargo, seguía fustigando a sus enemigos y alimentando el encono social.

En particular, Savonarola provocó cuatro polarizaciones en la sociedad florentina cuya confluencia y combinación resultaron literalmente letales: *1)* entre cristianos y humanistas, *2)* entre el pueblo y los nobles, *3)* entre Florencia y Roma y *4)* entre los frailes dominicos y los franciscanos.

Con respecto a la primera de estas, ya se ha dicho que el regreso definitivo de Savonarola a Florencia se debió en buena medida a la intervención, en la corte de Lorenzo el Magnífico, de uno de los humanistas más reconocidos del siglo XV, el conde Giovanni Pico della Mirandola. Además, Marsilio Ficino, la estrella más fulgurante de la filosofía renacentista y el intelectual consentido de la casa Médici, le confirió desde el principio su más sincera simpatía. Angelo Poliziano, antiguo secretario de Lorenzo el Magnífico y tal vez el más importante filólogo de la ciudad, llegó a contemplar la idea de ingresar como fraile al convento de Savonarola para ponerse bajo su más directo influjo. No solo estos, sino muchos otros humanistas sentían cierta identificación o simpatía por el fraile. Es muy probable que esto se debiera a su vivacidad oratoria, su rectitud moral, su evidente austeridad material, su crítica de la corrupción imperante en la curia romana y su inconformidad con lo que él consideraba el gobierno tiránico ejercido por los Médici.[14]

No obstante, si ya en la época de Lorenzo y Piero los sermones de Savonarola eran bastante emotivos, inquisitivos y condenatorios, a partir de 1494, ya convertido en la personalidad más influyente de la sociedad florentina y en el hombre fuerte del gobierno, su tono subió de manera acelerada, al grado de convertirse en un censor moral autoritario e intolerante. Una de las primeras leyes que promovió y consiguió fue la que

[13] Lauro Martines (2006a: 109) anota también que en un sermón de octubre de 1495 llegó a decir "digo que quien lucha contra este gobierno lucha contra Cristo".

[14] Richard Sennet (1975) considera que la explicación del éxito de Savonarola debe encontrarse en su manera práctica, sencilla y directa de concebir la moral.

penalizaba la sodomía, la cual fue aprobada el 31 de diciembre de 1494, momento desde el cual los sodomitas eran susceptibles de ser castigados con la hoguera. Más que una campaña moralizante, parecía tratarse de un terrorismo moral cruento e implacable.

Luego de reprender a los florentinos por su conducta pecaminosa e impía, arremetió también contra los afeites, el lujo y las comodidades que se prodigaba la boyante sociedad florentina. Su exigencia de moderación y austeridad se hizo cada vez más insistente.

La sociedad florentina comenzó a sentirse fustigada y perseguida desde el púlpito, pero además Domenico de Pescia, el principal lugarteniente de Savonarola, organizó un ejército infantil para patrullar y vigilar las calles y las casas de Florencia; la inocencia y animosidad infantil se usaron para delatar cualquier conducta inapropiada, ni los mismos padres, hermanos y familiares escapaban a la inspección atenta de esas miradas ubicuas e insospechadas. Llegó a decirse que los niños cogobernaban Florencia. Savonarola conseguía así una policía celosa e incansable que habrían envidiado los regímenes totalitarios del porvenir (Schevill, 1961).

Los ánimos y recursos persecutorios se multiplicaron. En 1497 y luego otra vez en 1498, Savonarola convocó a la realización de una *hoguera de las vanidades*, es decir, a la incineración pública de todos los artículos que pudieran considerarse impíos y pecaminosos. Así, vestidos, cuadros, libros, adornos, y todo lo que pudiera causar una sospecha de disipación o relajación fueron entregados al fuego. No era la primera ocasión que se hacía algo así en Florencia. A principios de siglo el franciscano Bernardino de Siena lo había hecho, y más recientemente su discípulo Bernardino de Feltre lo había repetido. Incluso la vehemencia y animosidad de Feltre produjeron tal fervor que llegaron a producirse disturbios públicos, por lo que Lorenzo el Magnífico terminó por expulsarlo de la ciudad en 1488. No obstante, en esta ocasión, la enorme popularidad de Savonarola y la complacencia del gobierno dieron un mayor relieve al acontecimiento.

Como se describió en el capítulo 1, la liberalidad de los humanistas se vio afectada en primer término por esta persecución moral, pero lo que con seguridad muchos de ellos ya no toleraron fue que el fraile, igualmente desde la altura del púlpito, arremetiera también contra el humanismo, contra la afición por la Antigüedad de pintores y filósofos, escritores y arquitectos. Savonarola comenzó a llamar idolatría a esta afición y criticó de forma directa a Platón y a todos sus seguidores, con lo que Marsilio Ficinio, el titular de la Academia Platónica, le volvió definitiva-

mente la espalda.[15] Maquiavelo daba cuenta de cómo "sus sermones están llenos de acusaciones contra los sabios del mundo" (Maquiavelo, 2005: 404). El fraile no se contuvo, no tuvo ningún límite en este terreno y llegó a afirmar que ni la ciencia ni la filosofía podían considerarse verdadera sabiduría, lo que seguramente decidió a muchos otros humanistas a distanciarse de él (Wenstein, 2001: 79).

La segunda de estas polarizaciones fue la que se produjo entre el pueblo y los nobles. Durante los últimos dos años de vida de Lorenzo y los dos que permaneció Piero en el poder, Savonarola no llegó a enfrentarse directamente con ellos ni con la oligarquía gobernante en Florencia. Es más, tras la huida de Piero, los nobles coincidieron en recurrir a Savonarola como embajador, creyendo encontrar en él a un aliado, o tal vez a un dócil subordinado, pero nada de eso ocurrió; Savonarola no se retiró de la escena política en cuanto concluyó su embajada frente a Carlos VIII, al contrario, se involucró de lleno en las tareas de gobierno de la ciudad y asumió el título de "protector de las libertades florentinas" (Roeder, 1946: 89).

El primer enfrentamiento entre Savonarola y los nobles florentinos ocurrió a raíz de la creación del Gran Consejo. Savonarola había expresado en varias ocasiones que le agradaba el modelo de gobierno veneciano, lo cual no podían escuchar sino con agrado los nobles florentinos, en tanto que Venecia era solo nominalmente una república, pues en la práctica operaba más como una oligarquía (Gilbert, 1977b). Sin embargo, cuando Savonarola expuso las características del Gran Consejo, eje vertebral del nuevo gobierno, estalló automáticamente la inconformidad de los nobles, pues admitir a tres mil o tres mil quinientos miembros en este órgano y entregarle la facultad de nombrar a todos los magistrados, incluida la Señoría, el máximo órgano ejecutivo de la ciudad, constituía un giro democrático inesperado e inadmisible. Durante los tres años siguientes, hasta la caída de Savonarola, esta fue una fuente inagotable de conflicto.

Por otro lado, es cierto que la condena del lujo y la presunción tenía finalidades esencialmente morales y estaba dirigida al conjunto de la población, pero dado que la ostentación de la riqueza solo podían hacerla quienes realmente la tenían, esta persecución moral se convirtió también en un reproche social contra las familias acaudaladas.

[15] Paul Rinucci (1974: 1263) refiere que Ficino, lleno de indignación, llamó a Savonarola "el primero de los hipócritas".

Incluso el tema fiscal se convirtió en un foco de tensión. Los impuestos habían sido un medio de represión de los gobiernos Médici; dada la arbitrariedad de su monto, imponían altos porcentajes a los enemigos del régimen y los reducían o exentaban a sus amigos y aliados. Para acabar con ello, Savonarola propuso simplemente un impuesto general sobre los beneficios de 10 por ciento, lo cual parecía transparentar y dar certeza a un asunto tan delicado, sin embargo, dejó abierta la posibilidad de imponer emprestitos forzosos, lo que parecía resucitar el fantasma de la arbitrariedad y discrecionalidad impositiva.

No obstante, el clímax de este conflicto se alcanzó en el verano de 1497, cuando se descubrió un complot para traer a Piero de Médici de regreso a la ciudad y restablecer el antiguo régimen. El incidente tuvo una enorme relevancia porque enfrentó a los dos personajes políticos laicos más prominentes de la ciudad en ese momento, Francesco Valori y Bernardo del Nero (McCormick, 2007; Jurdjevic, 2002).

Francesco Valori pertenecía a una familia de añeja prosapia, de hecho había estado asociada con los Médici desde 1434, año en que esta familia —conducida entonces por Cósimo— tomó las riendas del gobierno de la ciudad. No obstante, a partir de 1494, cuando fue expulsado Piero de Médici, Francesco se acercó a Savonarola y se convirtió en el líder de su partido. Su prominencia llegó tan lejos que cuando Maquiavelo se refiere a este periodo de la historia de Florencia lo hace diciendo "como sucedió en la época en que Francesco Valori era prácticamente el príncipe de la ciudad" (Maquiavelo, 2005: 54), lo que da cuenta, por una parte, de la encumbrada posición que había alcanzado y, por la otra, de la crítica que Maquiavelo desliza hacia un supuesto gobierno republicano que concentraba tanto poder en un solo individuo.[16]

Bernardo del Nero era miembro de una familia igualmente prominente, que también había estado asociada desde antaño con los Médici. Bernardo había estado muy cerca de Lorenzo el Magnífico y cuando Piero lo sucedió se convirtió en uno de sus consejeros más próximos. Una vez que Piero salió de Florencia, Bernardo se convirtió en la cabeza

[16] Maquiavelo conocía muy bien a la familia Valori. Niccoló, sobrino de Francesco Valori, fue muy amigo suyo, incluso se convirtió en su compadre, por lo que sus opiniones con respecto a esta familia debían estar muy bien informadas. Sin embargo, eran también ambivalentes, pues si bien en los *Discursos* calificó a Francesco como un político ambicioso, en un breve escrito denominado "La naturaleza de los hombres florentinos" lo califica de "republicano patriota". Véase el detallado análisis sobre esto en Jurdjevic (2002, 2004).

del partido oligárquico, en el líder de la oposición a Savonarola. Como indicio de su relevancia, basta considerar que Francesco Guicciardini lo convierte en el personaje principal de su diálogo *Del reggimento di Firenze*, escrito casi veinte años después de estos acontecimientos.

Cuando se descubrió el complot y los *Ocho de guardia* se hicieron cargo del proceso, salieron a relucir muchos nombres de partidarios de los Médici, incluido el de Bernardo del Nero. Varios de los implicados pudieron huir, pero Bernardo no lo hizo y fue inculpado junto con otros cuatro filomediceos. Como en esos momentos Francisco Valori era parte de los *Ocho de guardia*, presionó con intensidad a todos los miembros para que se juzgara sumariamente a los cinco implicados y se les condenara. El mismo Francesco Guicciardini cuenta en su *Historia de Florencia* cómo se obstinó Valori para conseguirlo, un proceder que puso en evidencia más una *vendetta* política que la impartición de justicia (Guicciardini, 2006: 227-239).

Lo más grave ocurrió, sin embargo, cuando tras haber sido condenados a muerte, los cinco procesados solicitaron acogerse a la Ley de la paz y las seis habas,[17] una ley que se había aprobado en 1495 y cuya esencia consistía en que toda vez que alguna persona fuera condenada a muerte o a privársele de sus bienes por parte de la Señoría o los *Ocho de guardia* por razones políticas, esta tenía el derecho de apelar su condena ante el Gran Consejo. El mismo Savonarola mostró un gran empeño en la aprobación de esta ley porque entregaba al pueblo el último veredicto sobre dos penas tan graves como estas, a lo cual se oponía con empecinamiento el partido oligárquico.

No obstante, dado que la ley existía, los condenados solicitaron acogerse a ella, pero a instancias de Valori y con el atropello brutal de sus derechos, se les denegó, más aún, el mismo Valori urgió a que se les ejecutara de inmediato, lo cual constituyó uno de los más serios agravios al partido oligárquico, en particular a las familias de los procesados.

A pesar de la ambivalencia con la que Maquiavelo juzgaba a Savonarola y a sus seguidores, parecía estar de acuerdo con la participación popular en los procesos judiciales que se seguían a los personajes importantes de una república. Esto puede observarse en el capítulo I.7 de los *Discursos*, en el cual expresa cómo esta previsión había sido muy útil en

[17] Se denominó de "las seis habas" porque era costumbre que el voto en los consejos se emitiera a través de un haba, y dado que las resoluciones debían tomarse por una mayoría calificada de dos tercios, en un colegio como la Señoría o los *Ocho de guardia* eran necesarias seis habas.

Roma y "cómo en nuestro tiempo, cuántos desórdenes ha provocado, en la república de Florencia, no poder desfogar la multitud su indignación contra un ciudadano" (Maquiavelo, 2005: 54).

Más claramente, en el capítulo I.45 de este mismo libro alude a Savonarola y no deja lugar a dudas "porque no creo que exista cosa de peor ejemplo en una república que hacer una ley y no observarla, sobre todo si el que no la observa es quien la ha hecho [...] Esto le arrebató más reputación al fraile que ningún otro incidente" (Maquiavelo, 2005: 146).

Así, más allá del error político que significó ejecutar a estos cinco notables y recrudecer así la polarización social ya existente, Maquiavelo es muy claro al reprocharle a Savonarola el quebrantamiento de la ley, soporte principal de la república, máxime cuando se trataba de *su* propia ley.

En tercer lugar, Savonarola colocó en una posición muy delicada a Florencia frente a Roma, ya que si bien su crítica de la corrupción que imperaba en Roma se inició desde el principio de su actividad pastoral, a partir de 1494 la llevó a un antagonismo extremo. Formalmente, el conflicto se inició en julio de 1495, cuando el papa Alejandro VI le envío a Savonarola un breve invitándolo a Roma, ya que a sus oídos habían llegado noticias de que en su prédica anunciaba profecías apocalípticas, las cuales le eran reveladas directamente por Dios, mismas que él quería oír de su propia boca (Soranzo, 1960).

Savonarola sabía que de presentarse en Roma era seguro que no regresaría a Florencia, pues el papa haría cualquier cosa para hacerlo callar; motivos no le faltaban, independientemente del contenido específico de sus profecías, presentarse como enviado y confidente de Dios anulaba de forma absoluta la autoridad del papa, el único vicario de Dios en la tierra. Así que Savonarola se excusó, no acudió a la invitación y continuó con su predicación y misión profética con la misma pasión y entrega.

Un par de meses después, en septiembre, el papa envió al convento de San Marcos otro breve que tenía un tono completamente distinto, el acento amigable y cordial del primero fue sustituido por la reprobación, el extrañamiento y la exigencia de suspender de inmediato sus actividades pastorales.

En noviembre de 1496 el papa arremetió de nuevo contra Savonarola al ordenar la anexión de San Marcos a una nueva congregación, la toscano-romana, lo que lo privaría de su fugaz autonomía. Sin embargo, Savonarola y los 250 monjes del convento se negaron, declarándose así en abierta rebeldía. Desde este momento y hasta su muerte en mayo de

1498, Savonarola se convirtió en uno de los principales enemigos del papa, incluso llegó a escribir cartas a los reyes de España, Francia y al emperador para que convocaran a un concilio universal que lo destituyera y se emprendiera la reforma de la Iglesia. Así, la excomunión que el papa Alejandro VI promulgó en su contra y todo el acoso al que lo sometió hasta lograr su caída tenían claras y evidentes motivaciones.

Durante todo este tiempo Savonarola contó con el apoyo incondicional del gobierno de la ciudad. Entre principios de 1495 y finales de 1497 ninguna otra persona tuvo tanta influencia en este, lo que propició que la animadversión y furia papal se extendiera también a las autoridades civiles, colocando en una posición diplomática muy delicada a la ciudad.

Para fines de 1497 la estrella de Savonarola parecía extinguirse. No solo el conflicto con el papa le había restado una gran cantidad de seguidores que no querían llegar tan lejos, y mucho menos ser excomulgados como él había sido; además, muchos de sus antiguos partidarios se sentían menos identificados con él debido a que su postura democrática había cambiado; al percatarse de que muchas decisiones que se tomaban en el Gran Consejo requerían alguna educación e instrucción mayor a la de un sencillo artesano, Savonarola pretendió elevar los requisitos de elegibilidad originales, con lo cual quedarían excluidos muchos individuos. No obstante, dado que los miembros del partido popular y, en general, los ciudadanos más modestos de la ciudad tenían ahora presencia política, se negaron rotundamente, y en consecuencia le retiraron una buena parte del apoyo que antes le habían dado. Así, es probable que muchos de los que lo aclamaron y confiaron ciegamente en él en un principio se sumaran a la multitud que estuvo a punto de lincharlo unos meses después.

Maquiavelo da cuenta de esto en uno de los pasajes más famosos de *El príncipe* donde dice "esta es la causa de que todos los profetas armados hayan vencido y los desarmados perecido […] Esto fue lo que ocurrió en nuestra época a Girolamo Savonarola, el cual cayó junto con sus nuevas instituciones tan pronto como la multitud empezó a perder su confianza en él" (Maquiavelo, 2010: 68).[18]

La cuarta polarización fue la primera en producirse y tal vez la de consecuencias más funestas. Era patente la rivalidad que siempre había

[18] No obstante, alguna conciencia tendría de ello Savonarola, ya que desde el principio del régimen republicano afirmó la idea de ceder a la Señoría un cuerpo armado suficiente para hacer cumplir la ley, ya que "no hay justicia sin espada" (Wenstein, 2001: 213).

existido en Florencia, así como en otras localidades italianas, entre franciscanos y dominicos, la cual constituía la fractura más seria de lo que se conocía como las órdenes mendicantes. Además, al interior de los mismos dominicos la división entre observantes y conventuales se acentuó con la emancipación del convento de San Marcos frente a la congregación lombarda, lo cual hizo perder a Savonarola a muchos antiguos aliados, incluso a sus antiguos compañeros y maestros en el convento de Santo Domingo en Bolonia.

No obstante, la animadversión que Savonarola generó entre los franciscanos fue la que al final resultó determinante. El fraile suscitó una gran indignación entre los franciscanos por múltiples motivos, uno de los cuales debió ser el de haberles arrebatado su bandera. Desde su origen, los franciscanos se distinguieron por concentrarse en la predicación y evangelización, así como por hacer estrictos votos de pobreza. Incluso en el siglo XIV un grupo de franciscanos llamados los *fraticelli* hicieron de la más extrema pobreza su modo de vida y, en un momento dado, también exigieron que el resto de la sociedad los secundara, lo cual provocó tal rechazo que terminaron expulsados de Florencia y calificados de herejes. Por su parte, los dominicos adquirieron prestigio por su dedicación al estudio y a la enseñanza, por lo que se concentraban en claustros y universidades. Por esta razón, el estilo y el éxito de Savonarola anulaba la identidad de los franciscanos, quienes vieron sumarse a ello un agravio tras otro conforme ascendía en su carrera (Baron, 1993; Brucker, 1983b; Schevill, 1961).

Por tal motivo, si bien Savonarola había sido recibido con simpatía por algunos franciscanos, como Domenico del Ponzo, un antiguo colaborador de Bernardino de Feltre, al radicalizarse su discurso, censurar y criticar a seglares y laicos, acicatear a las multitudes y enfrentarse con el papa, perdió mucha de la aceptación inicialmente ganada, incluida la de Del Ponzo, quien desde enero de 1495 lo acusó de interferir de forma ilegítima en los asuntos seculares de la ciudad. Una acusación que fue recuperada en mayo de 1498 para justificar su ejecución.

A pesar de este clima de creciente hostilidad y encono, lo que desencadenó el desenlace fatal fue el desafío que el franciscano Francesco de Puglia le lanzara en marzo de 1498. Savonarola había descalificado repetidamente la excomunión papal emitida en su contra, afirmando que por encima del papa estaba la autoridad divina, de la cual él mismo era emisario. Por tal razón, Puglia retó a Savonarola a una prueba de fuego, una

ordalía, con el fin de determinar si era válida o no dicha excomunión; quien saliera indemne del fuego, tendría la razón y la voluntad divina de su lado. Fray Domenico de Pescia, un cercano colaborador de Savonarola, asumió personalmente el desafío, y la notica causó tal revuelo que a partir de ese momento se desató un torbellino frenético de consecuencias imprevisibles.

Para fijar los términos de la ordalía intervino la Señoría, se realizaría el 7 de abril. Ese día se reunió en la plaza de la Señoría una gran multitud, llena de expectación y de morbo para atestiguar lo que sucedería. Ambas congregaciones, dominicos y franciscanos, se presentaron puntualmente, pero ambas presentaron tal cantidad de objeciones que la prueba se suspendió, y cada una de ellas regresó a sus respectivos conventos. La multitud excitada, frustrada e instigada por los *compagnacci*[19] agredieron a los dominicos y los siguieron hasta el convento, el cual sitiaron y tomaron por asalto, violencia que no paró hasta que la Señoría intervino y apresó a Savonarola y a otros frailes para fincarles un proceso por todo lo sucedido.[20]

Ese mismo día una parte de la multitud, instigada por los mismos *compagnacci*, se dirigió a la casa de Francesco Valori para conducirlo también al Palacio de la Señoría, pero en el camino fue asesinado por algunos de los familiares de los cinco notables que habían sido ejecutados el año anterior.

Savonarola, a quien le arrancaron la confesión por medio de la tortura, aceptó todos los cargos que le fincaron en su proceso y fue ahorcado y quemado el 23 de mayo de 1498, apenas unas semanas antes de que Maquiavelo entrara al servicio del gobierno de la república.

El día previo a su ejecución, ya exhausto por la tortura y la prisión, Savonarola le dijo a Jacopo Niccolini, un voluntario cuya misión era reconfortar a los condenados a muerte, que como agradecimiento le revelaría lo que aún no decía a nadie: que las tribulaciones y calamidades que había anunciado para Florencia sobrevendrían en tiempos de un pa-

[19] Jóvenes de las familias oligárquicas que activa y violentamente se oponían a Savonarola.

[20] La Señoría era elegida cada dos meses por medio de un complicado procedimiento que incluía la selección y el sorteo. Desde 1494, prácticamente todas las Señorías habían estado integradas por partidarios o simpatizantes de Savonarola, pero en marzo de 1498 salió sorteada una Señoría que no le era propicia, lo cual no solo era signo inequívoco de su debacle política, sino que también explica cómo habiendo sido el artífice de la república en los tres años anteriores fuera ahora procesado, condenado y ejecutado por este mismo gobierno

pa llamado Clemente. En 1524, veintiséis años después, el cardenal Julio de Médici asumía el papado con el nombre de Clemente VII. En 1530, luego de que los Médici habían vuelto a ser expulsados de Florencia en 1527 y se había constituido una nueva república, Clemente VII se alió con Carlos V y un ejército imperial se dirigió a la ciudad para sofocar la república y reinstalar a la familia del papa. El asedio duró más de diez meses y costó la vida a más de treinta mil florentinos. También fue ese el fin de las libertades de la ciudad y de la última república florentina. Muchos recordaron entonces la profecía de Savonarola.

Como se ha visto, la influencia de Savonarola en la sociedad florentina y en Maquiavelo tuvo una enorme significación. ¿Hasta qué grado Maquiavelo creía en los augurios, milagros y profecías que se han referido al principio de este capítulo, tal cual los pregonaba Savonarola? Es difícil decirlo, pero como se ha mostrado aquí, algún crédito les concedía. No obstante, es muy probable que la mayor parte de esta credulidad proviniera de factores culturales, contextuales, tradicionales, es decir, al haberse educado en este ambiente posmedieval y premoderno difícilmente podía aislarse por completo; sin embargo, dado que en la mayor parte de sus escritos y en sus más sólidas concepciones siempre buscó establecer la naturaleza real de los fenómenos, descubrir la *veritá effettuale* de las cosas, es pertinente seguir identificándolo como la tradición lo ha consagrado: el primer gran teórico de la política del mundo moderno.

Al tener frente a sí la construcción del Estado moderno, Maquiavelo no podía sino reprobar la actuación de Savonarola en este terreno. El fenómeno Savonarola puso ante sus ojos un drama histórico cuyo argumento se resume en la inviabilidad del Estado confesional y la necesidad de establecer instituciones laicas. Aun cuando Maquiavelo no es del todo explícito, resultó evidente que la renovación moral de la sociedad emprendida desde el ámbito conventual era inviable e inapropiada. En sus escritos se puede apreciar claramente cómo partía de la idea de que no es a la Iglesia a quien corresponde establecer, verificar y sancionar las costumbres de los individuos, sino al príncipe. Es cierto que Maquiavelo estaba convencido de que la religión podía utilizarse eficazmente para crear y regular las costumbres y valores morales de la sociedad, pero solo si se usaba como instrumento, no como fin, y siempre bajo el control del Estado. En este sentido, parafraseando a Clemenceau, podría decirse que la religión era demasiado importante como para dejarla en las manos de los curas.

Así como Maquiavelo criticaba al fraile, también criticaba al papa. El capítulo XI de *El príncipe* y los capítulos I.11 a I.15 de los *Discursos* lo documentan claramente. Ahí puede verse cómo percibía que la autoridad papal interfería indebidamente con las instituciones laicas, con las autoridades civiles del Estado, por lo cual había que buscar la manera de anular o suprimir tal injerencia.

Como ha podido observarse también, Maquiavelo sentía cierto respeto por Savonarola, debido entre otras cosas a que el régimen democrático que se implantó en Florencia a partir de 1494 estaba más cerca de su propio concepto de república que el régimen principesco previo controlado por los Médici. Sin embargo, prevalecían serios problemas, limitaciones que era necesario superar para lograr un gobierno republicano tal como lo concebía Maquiavelo.

Para empezar, Florencia era una sociedad oligárquica, en donde había una gran concentración de la riqueza y se mantenían altos grados de desigualdad social. Es cierto que la condena del lujo y la ostentación iba dirigida sobre todo a la élite acaudalada, pero atacaba solo la manifestación exterior de la riqueza, no su motor interno. Además, si bien Maquiavelo había criticado a los Médici, sobre todo a Cósimo, por haber gobernado de manera principesca la república, censuró igualmente que Francesco Valori, el valido de Savonarola, incurriera en la misma práctica; gobernar como un príncipe. Además, la renovación y persecución moral que emprendió el fraile llegó a un punto en que se invadió la esfera privada de los individuos, su espacio de mayor intimidad, amenazando la más elemental noción de libertad ciudadana. Por último, dada la evidente importancia que Maquiavelo concedía al respeto de la ley tanto en las repúblicas como en los principados, como evidencian todas y cada una de sus grandes obras, el atropello e incumplimiento de esta en el caso de la ejecución de los cinco notables en el verano de 1497 motivó su reprobación más enérgica.

6. Los Borgia y la corrupción renacentista

La familia Borgia desempeñó una función muy relevante en la vida política, social y religiosa durante el Renacimiento. Una gran cantidad de sus integrantes ocuparon posiciones muy destacadas, comenzando por los dos papas Borgia, Calixto III y Alejandro VI, y por Francisco de Borgia, canonizado en 1671, que en vida llegó a ser virrey de Cataluña bajo Carlos V y fue el tercer general de la Compañía de Jesús. Igualmente relevante fue la función de César Borgia, hijo de Alejandro, primero como obispo y cardenal, y luego como príncipe y Duque de la Romaña. Asimismo, en el plano social, la vida y reputación de Lucrecia Borgia, también hija de Alejandro, ha impresionado a la posteridad de tal modo que dejó una significativa huella literaria en las obras de Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Guillaume Apollinaire, para no hablar sino de la literatura clásica.

A pesar de que muchos otros miembros de la familia fueron protagonistas en las cortes europeas de esta época, sobre todo en España, Francia e Italia, aquí se centra la atención solo en tres miembros de la familia: Calixto III, Alejandro VI y César, el hijo de este último, ya que en estas páginas lo que se trata no es la genealogía o historia de esta familia ni siquiera la trayectoria vital de los tres personajes, sino la significación que sus acciones y actitudes tuvieron en la elaboración del pensamiento político de Maquiavelo, contemporáneo de los dos últimos y muy familiarizado con el desempeño y el contexto del primero. Así, lo que se mostrará a continuación es que la vida y obra de estos hombres, sobre todo de Alejandro y César, causaron una gran impresión en Maquiavelo, tal vez al grado de poder considerarse definitorias de algunas de sus ideas políticas fundamentales. Así, al conocer el ambiente y el entorno de las principales acciones de estos hombres, se podrán entender mucho mejor varios de los principios políticos y morales considerados característicos de Maquiavelo.

Además, los Borgia y Maquiavelo tienen un denominador común muy notable, pues tanto su época como la posteridad los han condenado irremisiblemente; a ellos por conductas políticas y morales escandalosas reales o supuestas, a él por elevar al nivel de la teoría política muchas de esas conductas y actitudes.

Así, algunos de los consejos más polémicos y recriminados contenidos en *El Príncipe*, como incumplir la palabra dada cuando sea necesario, la aceptación de que puede haber un buen uso de la crueldad, la preferencia de ser temido a ser amado, la utilidad del engaño en la política y la guerra, por ejemplo, son principios de conducta que Maquiavelo asume como perfectamente válidos, y para ilustrarlo recurre en varias ocasiones precisamente a las acciones de Alejandro y César, lo cual ha contribuido sin duda a reforzar de manera recíproca la leyenda negra que pesa sobre ellos.

De los tres Borgia que se incluyen aquí, es muy probable que el caso más relevante para este propósito sea el de César, ya que Maquiavelo lo utiliza como ejemplo de virtud; como modelo del príncipe nuevo que Italia necesitaba para ser pacificada, unificada y expurgada de los príncipes extranjeros que entonces reclamaban para sí diferentes partes de su territorio. Además, como se muestra más adelante, el contacto personal que Maquiavelo trabó con él rebasa el simple nivel de lo anecdótico y biográfico, pues constituye un elemento fundamental para entender mejor su pensamiento político.

Con el objeto de analizar la conducta y acciones de César es imprescindible remitirse a las de Alejandro, pero la trayectoria de este es impensable sin Calixto, que fue quien trasplantó a esta rama de la familia Borgia desde su natal Játiva, en España, hasta Roma y el resto de Italia. Más aún, la realidad política e internacional que vivió Maquiavelo cuando fue secretario de la república de Florencia y que aún tenía fresca cuando escribió *El príncipe,* en 1513, es en buena medida la misma que ayudaron a forjar de una manera relevante estos integrantes de la familia Borgia, desde 1455 en que Calixto fue elegido papa, hasta 1507 cuando César muere.

Calixto III

Maquiavelo solo se refiere directamente a Alfonso de Borja, que como papa adoptó el nombre de Calixto III, en la *Historia de Florencia* (VI.33 y VI.36), en donde se centra en tres cuestiones; en primer lugar, al señalar

que luego de su elección como papa en 1455, se dio de inmediato a la tarea de contribuir a la pacificación de Italia que se había iniciado formalmente el año anterior, con la Paz de Lodi; en segundo, a reseñar la organización de la cruzada que deseaba emprender contra los turcos, que apenas tres años antes, en 1452, se habían apoderado de Constantinopla y, en tercero, a su proyecto de entregar a su sobrino Pedro Luis el reino de Nápoles tras la muerte del rey Alfonso, intento truncado a su vez por su propia muerte, acaecida en 1458.[1]

Independientemente de esta alusión a Calixto, que podría considerarse hasta cierto grado marginal, uno de los rasgos más notorios de la historia europea de este periodo, y especialmente de Italia, es la posición determinante de la Iglesia católica, en particular de Roma y el papa, lo cual Maquiavelo percibía claramente, al grado de condicionar las posibilidades políticas y diplomáticas que identificaba para Florencia e Italia a la posición de la Iglesia.

Un resumen del diagnóstico de Maquiavelo en esta materia se encuentra en el capítulo XI de *El príncipe,* llamado "De los principados eclesiásticos". Ahí describe cómo antes de la incursión en Italia del rey francés Carlos VIII en 1494 existían cinco grandes estados que determinaban el equilibrio interno del país: Milán, Venecia, Florencia, Nápoles y los Estados Pontificios. Esta situación había imperado casi durante todo el siglo, sobre todo a partir de 1454, cuando la Paz de Lodi vino a finiquitar la guerra de Florencia y Venecia contra Milán, y duró prácticamente hasta que la incursión del rey francés en 1494 quebrara este equilibrio, lo que dio inicio a un periodo de inestabilidad en el que no solo Francia, sino otras potencias europeas, especialmente España y el Sacro Imperio, intervinieron abiertamente en la península de una manera sin precedentes, privándola de la relativa independencia y libertad de que había gozado hasta entonces.[2]

Salvo en ese capítulo, no hay muchas más alusiones directas a la Iglesia en *El príncipe*, aunque el tan discutido capítulo final, el XXVI, "Exhortación a ponerse al frente de Italia y liberarla de los bárbaros", la implica

[1] No obstante la diversidad de sus acciones, el papado de Calixto III se reseña y recuerda sobre todo por la cruzada que trató de organizar contra los turcos (Maquiavelo, 2009: 339-340, 343-344; Paredes, 2005).

[2] Braudel (1986) hace una periodización muy útil de esta etapa. A la primera simplemente la llama la Paz de Lodi (1454-1494), a la segunda, la Italia desgarrada (1494-1559) y a la tercera, la larga paz (1559-), un periodo de hegemonía española que se prolongó hasta el siglo XVIII.

de forma directa. Este capítulo no solo es una arenga emotiva, sino un corolario perfectamente coherente de la concepción del orden político por parte de Maquiavelo. Dadas las condiciones que Italia enfrentaba en 1513, la *necesidad* política apuntaba a crear o impulsar a un príncipe italiano con la capacidad y firmeza para unificar al país. La solución política imponía la creación de un fuerte gobierno unipersonal como único recurso para someter a todos los Estados a un solo mando para expulsar del país a los extranjeros que desde 1494 se habían adueñado de diversos Estados y territorios. Así, las preferencias republicanas personales de Maquiavelo pasaban a segundo término. Incluso sacrificaba lo que podríamos llamar el patriotismo florentino al nacionalismo italiano, ya que la libertad republicana de su ciudad natal no solo se rendiría ante un gobierno principesco, sino también su independencia se sacrificaría ante una entidad territorial mayor.

Aunque Maquiavelo no lo dice de manera explícita, semejante propósito enfrentaba en principio el reto de la abigarrada fragmentación del país, pero quizá un reto todavía mayor era la presencia del Estado de la Iglesia, un Estado que no solo reclamaba soberanía sobre una parte del territorio, sino que ejercía y celosamente defendía al máximo un poder espiritual sobre toda la cristiandad, y con particular interés sobre la península italiana, lo que resultaba un obstáculo formidable para el príncipe más virtuoso que se pudiera hallar.[3]

Como Maquiavelo redactó *El príncipe* con la intención de obsequiarlo a un Médici, y si se considera que apenas el año anterior, 1512, se había restablecido el poder de estos en Florencia y se había elegido como papa a León X, miembro distinguido de la familia, era previsible que Maquiavelo no desarrollara de manera clara y absoluta las premisas que había sentado en su escrito, las cuales llevarían a la conclusión lógica de que la Iglesia y, sobre todo, el papa eran un serio obstáculo para la unificación italiana (Scott y Sullivan, 1994; Mansfield, 1983: 81).

Esto puede confirmarse al cotejar el tratamiento que da Maquiavelo a la Iglesia en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, en donde expresa claramente la conclusión de las premisas que había asentado en *El príncipe*. Como se planteó antes, ambos textos fueron elaborados casi

[3] Ciertamente el Estado Pontificio era una anomalía, como lo concibe Hale (1998) en su descripción de la época, pero acumuló tal poder que entre los siglos XV y XVI definió en gran medida la política regional.

de manera sincrónica, por lo que no puede considerarse que la diferencia de condiciones o circunstancias influyeran de alguna forma en su contenido. En específico, cabe recordar que el capítulo I.12 de los *Discursos* es reconocido por albergar una de las críticas más severas de Maquiavelo contra la Iglesia católica, considerándola la principal responsable de la corrupción moral y el comportamiento irreligioso de los cristianos, además de responsabilizarla de perpetuar la desunión de los Estados italianos, impidiendo la unidad del país, precisamente el motivo del llamado urgente e imperativo que Maquiavelo lanzara en el último capítulo de *El príncipe*.

Sin embargo, aun cuando en el capítulo XI de *El príncipe* Maquiavelo contara a la Iglesia dentro de los cinco Estados más poderosos de Italia en el siglo XVI, habría que advertir que esto no había sido así tan solo unas décadas antes. Lo que observa Maquiavelo de los principados eclesiásticos, situado como estaba a principios del siglo XVI y cuyo único ejemplar era el de los Estados Pontificios, es que son Estados que se "sustentan en antiguas leyes de la religión ya que son tan poderosas y de tanto arraigo que mantienen a sus príncipes al frente del Estado, sea cual sea su forma de actuación y vida [...] Estos principados son, pues, los únicos seguros y felices" (Maquiavelo, 2010: 92). Esta descripción arroja una imagen del Estado Pontificio fuerte en lo interno y en lo externo, sin embargo, lo que habría que notar es que esto no era así unas décadas antes, sobre todo a principios del siglo XV. Cuando los papas volvieron a asentarse en Roma después de su larga estadía en Aviñón, cuya ausencia había propiciado la disgregación de los Estados Pontificios, Roma había caído en el desgobierno y se había producido un notable debilitamiento del papa frente a la aristocracia de la ciudad. Por ese motivo, durante una buena parte del siglo XV, los papas debieron emprender la tarea de reconstruir el poder dentro de su mismo territorio y hacerse también un espacio en la constelación de Estados italianos y europeos (Hay y Law, 1989).

Oddone Colonna, que como papa adoptó el nombre de Martin V y había sido elegido en 1417, fue quien en 1420 decidió volver a Roma después de la larga estancia del papado en Aviñón. Desde el principio asumió esta ardua tarea, es decir, reconstruir la autoridad del papa tanto dentro como fuera de la Iglesia, lo cual representaba un gran reto, aun para él, que era miembro de los Colonna, una de las familias nobles romanas más poderosas, a la que se refiere Maquiavelo en el citado capítulo XI de *El Príncipe*.

El largo conflicto entre el colegio cardenalicio y el papa alcanzó su clímax en el Concilio de Constanza (1414-1418), en donde claramente se estipuló la superioridad del Concilio sobre el papa. Sin embargo, esto no significó el fin del enfrentamiento, pues el mismo papa elegido en el Concilio, Martín V, que declaró su aceptación de estas resoluciones, apenas terminó la reunión, desconoció dicho acuerdo y se dio a la tarea de afirmar la autoridad suprema del papa sobre cualquier otra instancia de la Iglesia. Y este es el escenario en el cual comienza a destacar la actividad de Alfonso de Borja, el futuro Calixo III (Salvatorelli, 1955).

Alfonso de Borja era un modesto canónigo en la catedral de Valencia y profesor de derecho en la universidad de Lérida. En 1417 Alfonso V de Aragón lo llamó a su corte; poco más tarde le encargó obtener la renuncia del antipapa español Clemente VIII, quien se había negado en repetidas ocasiones a reconocer los acuerdos del Concilio de Constanza y, mucho menos, a aceptar el nombramiento y la legitimidad de Martin V.

Ya otros emisarios habían fracasado en esa misión, y nadie sabe del todo qué factores influyeron para que en esa ocasión Clemente VIII aceptara dimitir ante Alfonso de Borja. Con eso, el papa Martín V ganaba una importante dosis de legitimidad, pues luego del catastrófico cisma, era el primer papa reconocido y válido para toda la cristiandad, con lo cual podía afirmar su posición y enfrentar en mucho mejores condiciones al resto de los príncipes temporales y a las familias nobles romanas. Tan importante fue el logro obtenido por Alfonso de Borja, que el mismo día que entregó la dimisión de Clemente al cardenal Pierre de Foix, recibió de este el nombramiento como obispo de Valencia, uno de los más ricos de Europa en esa época. Así inició la dinastía de los Borja en este obispado, pues le sucedieron en él Rodrigo de Borja, futuro Alejandro VI, César Borgia, su hijo, y dos Borgia más, hasta 1511, año en que el papa Julio II, acérrimo enemigo de los Borgia, le concedió el obispado a un hijo natural del rey Fernando el Católico (Schuller, 1991).

Alfonso de Borja abandonó España al seguir a su soberano Alfonso de Aragón, quien desde 1420 salió de su reino y se dirigió al Mediterráneo con el objetivo de conquistar nuevos territorios. En esa aventura acertó al acercarse a la reina Juana de Nápoles y ayudarla a defender su reino en contra de los Anjou, quienes reclamaban sobre este derechos ancestrales. El agradecimiento de la reina Juana hacia Alfonso llegó a tal grado que lo reconoció como hijo adoptivo con plenos derechos hereditarios, con lo cual se pusieron las bases para el asentamiento de los Aragón en Nápoles.

A la muerte de la reina Juana y ante la negativa del papa Eugenio IV (1431-1447) para reconocer a Alfonso el derecho al trono, este inició una feroz guerra contra los Anjou para ocupar el reino, cuya victoria logró al fina adjudicarse en 1443. Una vez que accedió al reino le encomendó de nuevo a su fiel servidor Alfonso de Borgia la tarea de obtener el reconocimiento del papa Eugenio, quien dando muestras de su gran habilidad diplomática no solo obtuvo su objetivo, sino que logró ganarse el nombramiento de cardenal.

Aun cuando Martín V había dado importantes pasos en la afirmación del poder del papa en Roma y en toda la Iglesia, aún estaba lejos de considerarse completamente consolidado, al grado de que su sucesor, Eugenio IV, enfrentó tales dificultades, sobre todo para gobernar Roma, que ante una gran rebelión debió huir de la ciudad en 1434 e instalarse en Florencia, donde permaneció durante casi diez años, hasta 1443, cuando pudo volver. Además, casi diez años después, en 1452, la ciudad de Roma volvió a verse sacudida por el intento de revolución republicana encabezado por Stefano Porcari, que aun cuando fue más una aventura que una verdadera rebelión, daba cuenta de las dificultades del papa para legitimarse como gobernante de la ciudad (Partner, 1979).

A la muerte del papa Nicolás V en 1455, el colegio cardenalicio se enfrentaba a un complejo escenario. El nombramiento del nuevo papa era una vez más motivo del enfrentamiento entre las dos familias romanas más poderosas, los Orsini y los Colonna. Ambas querían influir lo más posible en el nombramiento del nuevo papa, incluso, dado que cada una tenía un cardenal en el colegio, pretendían que saliera de ellos mismos. El gobierno de la ciudad y de la Iglesia enfrentaba serias dificultades en ese momento: en primer lugar, los franceses buscaban influir directamente en la elección, tratando de recuperar el predominio que habían tenido cuando el papado se encontraba en Aviñón; en segundo lugar, aún continuaban vivas las fuerzas y tentaciones republicanas y comunales que habían propiciado la conspiración de Porcari dos años antes y, en tercer lugar, los turcos habían tomado Constantinopla hacía apenas tres años y su amenaza sobre Occidente se hacía más intimidante (Holmes, 1993).

Este fue el contexto que favoreció la elección de Alfonso de Borja, que adoptó el nombre de Calixto III, un candidato hasta cierto punto neutral con respecto a los principales partidos en contienda, que por su avanzada edad, 77 años, auguraba un papado breve, lo cual permitiría a cada facción reunir más apoyos a fin de vencer en la siguiente partida.

Sin embargo, aunque pudiera verse a Calixto como un papa neutral en el contexto romano, no era precisamente así en el escenario internacional. Con él se cerraba el paso a las aspiraciones francesas, pero Calixto era también extranjero, o catalán, como los romanos de la época designaban genéricamente a los españoles. Los catalanes ya llevaban más de una década instalados en Nápoles y se temía que ocurriera lo mismo en Roma con este nuevo papa.[4]

En efecto, eso fue lo que ocurrió. Apenas se instaló Calixto en Roma, comenzó a llamar a una gran cantidad de connacionales y familiares, entre quienes destacaban claramente sus sobrinos. Al llegar, los Borja vieron transformado su apellido en Borgia, el modo italianizado con el cual trascendieron su tiempo y origen. Al año siguiente de su nombramiento, Calixto nombró cardenales a dos de sus sobrinos, Luis Juan de Milá y Rodrigo Borgia, el futuro Alejandro VI; a otro de ellos, Pedro Luis Borgia, le dio tal cantidad de distinciones y cargos, entre ellos el de prefecto de Roma, desplazando de este a un miembro de la poderosa familia Orsini, que pronto se convirtió en el familiar más odiado del papa y en el emblema de su nepotismo. Pero el afecto del papa hacia este sobrino no sufrió mella. Como lo comenta también Maquiavelo en la *Historia de Florencia* (VI.36), a la muerte del rey Alfonso de Nápoles, su antiguo soberano y bienhechor, Calixto se negó a reconocer como heredero a Ferrante, su hijo bastardo, entonces declaró a Nápoles feudo de la Iglesia y planeó entregarlo también a su sobrino Pedro Luis, lo cual no llegó a realizar debido a que lo sorprendió la muerte. Sin embargo, ya desde ese momento sembró en los Borgia un apetito por ese reino que alcanzaría a Alejandro y a César (Campbell, 2003).

Como se había previsto, el papado de Calixto fue muy breve, apenas duró tres años. Cuando murió, hubo en Roma un verdadero estallido social contra los odiados catalanes, lo cual obligó a huir de la ciudad al prefecto, Pedro Luis. No obstante, a pesar de la brevedad de su papado, logró encaminar a su familia en una ruta de riqueza, prestigio y poder.

Cuando en 1513 Maquiavelo escribía *El príncipe*, daba cuenta de los principados eclesiásticos y de cómo había dificultad solo para adquirirlos pero no para conservarlos, además de ser Estados que, por un lado, no requerían ser defendidos y, por otro, tampoco sus súbditos necesitaban

[4] Los Borgia enfrentaron la impopularidad tanto en España como en Italia. En España eran vistos como italianos y en Italia, como españoles (Croce, 1945).

ser gobernados. Sin embargo, como puede verse, no era así apenas unas cuantas décadas atrás, y si en la época de Alejandro, o más bien gracias a su gobierno, estos Estados adquirieron tal apacibilidad y firmeza, no era así de modo alguno en la época de Calixto.

Alejandro VI

Como ya se dijo, cuando murió Calixto III se produjo una gran insurrección en Roma contra los odiados catalanes, por cuyo motivo el prefecto de Roma, Pedro Luis Borgia, debió huir disfrazado. Sin embargo, Rodrigo Borgia no huyó ni se amedrentó y de hecho fue casi la única persona que hizo guardia junto al cadáver de su tío.

Rodrigo Borgia desempeñó un papel fundamental en el cónclave de ese año del cual había de surgir el nuevo papa. En este, la candidatura más fuerte era la del cardenal francés d'Estouville, sin embargo, aun con el máximo esfuerzo, no logró reunir los votos necesarios, que debían ascender a dos terceras partes más uno. Se trataba de un *impasse* difícil de superar, por lo que Rodrigo Borgia se irguió para proclamar la *accesión* a favor del cardenal de Siena, Eneas Silvio Piccolomini, es decir, manifestar en voz alta su apoyo a esta candidatura, un método que a diferencia del más común, el sufragio secreto, ponía en evidencia las preferencias de quien lo encabezaba, arriesgándose a fracasar si el resto de los cardenales renuentes no accedía a la iniciativa. La audaz decisión de Rodrigo fue seguida por otros cardenales, incluido el influyente Prospero Colonna, con lo que se logró la elección de quien como papa se hiciera llamar Pío II.[5]

Con su acción, Rodrigo no solo se ganó el reconocimiento del papa, sino también un gran prestigio dentro y fuera de la corte de Roma. En el cónclave de 1471, y ante un escenario similar al de 1458, volvió a encabezar la *accesión* a favor de Francesco della Rovere, quien se convertiría en Sixto IV, y consolidó su liderazgo en el colegio cardenalicio y en toda la curia romana. Así, aunque había sido nombrado vicecanciller de la Iglesia por su propio tío en 1457, el cargo más alto después del papa, quien era tenido por el canciller de Dios en la tierra, logró conservar dicho cargo hasta 1492, cuando él mismo fue elegido papa. Esto significa que los cuatro papas que sucedieron a Calixto; Pío II (1458-1464), Paulo II (1464-1471), Sixto IV (1471-1484) e Inocencio VIII (1484-1492), le

[5] Véase la amplia explicación que ofrece Corvo (1962) de los distintos métodos que había para la elección de un papa.

confirmaron el nombramiento, lo cual acredita que ocupó tan altos cargos en la Iglesia no solo por el nepotismo de su tío, sino también por su gran habilidad personal.[6]

Durante el periodo en el que Rodrigo fue vicecanciller, desempeñó una función relevante en el gobierno de la Iglesia. Desde el cónclave de 1471 se le había nombrado como un fuerte candidato al papado, lo cual se repitió en 1484, al grado de ser considerado uno de los principales contendientes, sin embargo, no fue sino en el cónclave de 1492 cuando lo eligieron.

Ya durante el periodo en el que había sido cardenal se habían desatado fuertes rumores sobre su vida privada, calificada de excesivamente permisiva y licenciosa. Entre los motivos que había para ello destacaban los hijos que había tenido, algo por lo demás común en la vida privada de los prelados de la Iglesia, de lo que no escapaban los mismos papas, quienes no solo no se abstenían de tener relaciones sexuales con mujeres, sino que además era común que procrearan hijos, a los que favorecían con múltiples prebendas. Fue Inocencio VIII el primer papa que no llamó sobrinos a sus propios hijos, asumiendo directamente su paternidad, algo inédito hasta entonces, pues dado que los papas habían acostumbrado referirse a sus hijos como sobrinos, se acuñó incluso el término *nepotismo* para referirse a esta práctica, la de favorecer a los hijos y familiares, ya que en italiano *nipote* significa tanto sobrino como nieto (Gervaso, 1996; Portigliotti, 1921).

En el cónclave de 1492 las principales candidaturas al papado eran las de Giuliano della Rovere, sobrino de Sixto IV y futuro Julio II; la de Ascanio Sforza, hermano del Duque de Milán, y la del propio Rodrigo. Al final, Ascanio Sforza declinó a favor de Rodrigo y esto definió la elección, lo cual dio pie a uno de los principales componentes de la leyenda negra que pesa sobre Alejandro VI: haber accedido al papado por medio de simonía, es decir, por haber comprado los votos de los cardenales con favores, nombramientos y dinero, incluido el propio Sforza. A partir de este cónclave, Giuliano della Rovere, que había sido en un tiempo aliado de Alejandro, se convirtió en su acérrimo enemigo, al grado de que durante todo su pontificado insistió con vehemencia, tanto dentro del colegio cardenalicio como en la corte del rey francés, en convocar a un

[6] Anny Latour (1965) reúne en un pequeño pero coherente volumen una serie de testimonios contemporáneos sobre los Borgia que da una clara idea de sus capacidades y personalidades.

concilio para destituir a Alejandro acusándolo de simonía. El mismo Ascanio Sforza, factor decisivo en su elección, se convirtió también en su enemigo jurado y clamó junto con Della Rovere para destituirlo por el mismo motivo. No parecía importar que el mismo Della Rovere hubiera recibido del rey francés una importante suma para comprar los votos de los cardenales en ese mismo conclave, el mismo acto por el que pedía la destitución de Alejandro.[7]

Como se observa, el influjo y la importancia de Alejandro en los asuntos de Roma precedió con mucho a su propio periodo en el papado, lo que Maquiavelo distingue claramente en *El príncipe*, señalándolo como un hito en el devenir de la Iglesia. En este texto, Maquiavelo alude a Alejandro en varias ocasiones, cinco para ser exactos, aunque los temas con los que se relacionan estas alusiones son esencialmente tres: el equilibrio de poder dentro de Italia antes de 1494, el poder del papa al interior de la Iglesia y la conducta recomendada a los príncipes, en particular en lo referente a no cumplir la palabra dada.

Por lo que se refiere al equilibrio de poder dentro de Italia a partir de 1454, año de la firma de la Paz de Lodi, y 1494, año de la incursión del rey francés Carlos VIII, y que Maquiavelo describe en el ya citado capítulo XI, hay que hacer notar que Alejandro VI solo protagonizó un breve lapso de este periodo, pues había sido elegido pontífice en 1492. Sin embargo, aunque en los años posteriores cayeron de una forma u otra varios de los Estados que mantenían ese equilibrio, todavía en 1513, cuando Maquiavelo escribe *El príncipe*, persistían los restos de ese esquema, o su añoranza, pues al menos este había tenido la virtud de mantener a las potencias europeas fuera del territorio italiano.

Entre 1454 y 1494 Nápoles, Florencia, Milán, Venecia y los Estados Pontificios, que eran los cinco Estados italianos más grandes, habían logrado mantener una paz relativa al interior del país cifrada esencialmente en la condición de que ninguno de ellos se engrandeciera a costa de los demás. Sin embargo, dicho esquema se rompió con la incursión de Carlos VIII, quien al reivindicar los derechos hereditarios de los Anjou al reino de Nápoles y aliarse con Francesco Sforza, Duque de Milán, entró en

[7] Ha habido una intensa polémica respecto a si Alejandro incurrió o no en simonía para encumbrarse en el papado. Algunos historiadores lo asumen sin más duda, y otros tratan de explicar cómo, haya sido por simonía o no, la elección de Alejandro no se diferenció esencialmente de la del resto de los papas del periodo. Como muestra de uno y otro extremo de la interpretación véanse Chamberlin (1969) y Ferrara (1943).

Italia sin enfrentar mayor resistencia. No obstante, ocupó Nápoles por un muy breve tiempo, ya que se vio obligado a dejarlo debido a la alianza en su contra que pactaron los otros Estados italianos liderados por el propio Alejandro. Al morir Carlos en 1498 fue sucedido en el trono por su primo Luis XII, quien emprendió una nueva incursión en Italia, mucho más duradera y contundente, cuidándose de no enfrentar a Alejandro como Carlos, sino aliándose con él (Tenenti, 2000; Soranzo, 1960).

En el capítulo III de *El príncipe*, cuando Maquiavelo se refiere por primera vez a Alejandro VI, lo hace señalando precisamente el error que cometió el rey Luis XII al permitir que Alejandro, por medio de César, ocupara la Romaña y adquiriera un poder muy importante en el centro de Italia. En ese capítulo, Maquiavelo trata el tema de los principados mixtos, es decir, de los que se componen de una posesión previa y una nueva adquisición. En este caso, de acuerdo con la clasificación de Maquiavelo, hay dos grandes probabilidades: que el territorio anexado sea de una cultura similar a la del Estado original, lo cual facilita la posibilidad de su conservación, o bien que sea de una lengua, costumbres e instituciones diferentes, en cuyo caso Maquiavelo recomienda seguir tres reglas para conservar dicho Estado: que el príncipe resida en él, que establezca colonias y que colabore con los vecinos menos poderosos, debilite a los poderosos y procure que no entre en el país ningún príncipe tan poderoso como él (Maquiavelo, 2010: 56-58, 71-72).

Como puede observarse, esta tercera regla que Maquiavelo establece para conservar los Estados anexionados que tienen una cultura diferente puede verse de alguna manera como la fórmula política que habían adoptado los Estados italianos entre 1454 y 1494. Asimismo, fue el error que cometió Luis XII al ayudar a Alejandro y su hijo César para que se adueñaran de la Romaña, porque incrementar el poder del que ya disponía la Iglesia fue la base de la expulsión de los franceses del suelo italiano años después.

Por lo que respecta al segundo de los temas de las alusiones de Maquiavelo hacia Alejandro, es decir, el incremento del poder del papa dentro de la Iglesia, se pueden ubicar dos menciones específicas en el texto; una, claramente menor, que se encuentra en el capítulo VIII, cuando refiere que Oliverotto de Fermo, uno de los condotieros al servicio de César, habla de la grandeza de Alejandro y de su hijo, y la otra, la mención más importante, que se encuentra en el capítulo XI cuando habla de los principados eclesiásticos (Maquiavelo, 2010: 81, 91-95).

En este capítulo, Maquiavelo menciona cómo antes de que incursionaran los franceses en Italia, la Iglesia y el papa no tenían gran poder, y cómo a partir del papado de Alejandro dicho poder se incrementó notablemente.

Alejandro no solo ocupa un lugar muy importante en la historia de la Iglesia y el papado, sino también en la estructura de *El príncipe*, ya que en buena medida gracias a él Maquiavelo prestó atención a un tipo de principados *sui generis*, es decir, los eclesiásticos, que trata en el capítulo XI, de cuya especie solo existía uno en el mundo occidental, y que seguramente se hizo más visible para Maquiavelo y los hombres de su época debido al protagonismo de Alejandro.[8]

El pontificado de Alejandro (1492-1503) fue uno de los más agitados en la historia de la Iglesia y del Renacimiento. Tuvo una trascendencia realmente histórica para Roma, Italia, Europa y el mundo en toda la amplitud de esa época. Como señala Maquiavelo, a él se debió en buena medida el acrecentamiento del poder de la Iglesia, tanto en Roma como fuera de ella. Antes de Alejandro, la ciudad de Roma era casi ingobernable para un papa, pues su poder estaba acotado por el de las familias nobles romanas, sobre todo los Colonna y los Orsini, como refiere Maquiavelo en el capítulo XI. No obstante, Alejandro tuvo la decisión y la capacidad para doblegar a estas familias y convertir a Roma en un verdadero principado eclesiástico, tal como se describe en *El príncipe* (Ranke, 1993).

De la misma manera, Alejandro recuperó los estados de la Romaña a través de César, que aunque teóricamente eran de la Iglesia, estaban gobernados por príncipes cada vez más renuentes a reconocer cualquier autoridad eclesiástica. Es cierto que Alejandro los recuperó no para restituir o acrecentar el territorio de los Estados Pontificios, sino para crear un Estado propio para su familia, en especial para César, sin embargo, sentó involuntariamente las bases para que su sucesor, Julio II, los incorporara de manera efectiva a la Iglesia. Por otro lado, en el plano europeo, Alejandro también desempeñó una función muy relevante, ya que unos meses después de iniciar su pontificado emitió la famosa bula *Inter caetera*, por medio de la cual privilegió y legitimó el dominio español en el Nuevo

[8] Aunque ya desde varios siglos atrás se habían constituido principiados eclesiásticos en el Sacro Imperio Germánico, no parece que Maquiavelo los tome en cuenta para los juicios que emite en este capítulo.

Mundo. Por otro lado, la alianza con el poder español que marcó el principio de su gestión contrasta con la que realizó con Francia hacia el final de este, ya que si bien él fue el príncipe italiano que con más decisión se opuso al avance de Carlos VIII en Italia, su ulterior alianza con Luis XII determinó la situación del país a principios del siglo XVI.[9]

Desde el principio de su pontificado Alejandro dio muestras de su apetito político: solo en el primer año casó a tres de sus hijos con integrantes de tres importantes familias italianas y españolas, dos de ellas gobernantes.

También su avidez económica llegó al escándalo, pues buscaba atraerse recursos económicos de todas las maneras posibles, incluso mediante el asesinato, ya que no se detuvo para matar a diversas personalidades con el fin de apoderarse de sus bienes. Incluso corre la versión de que su propia muerte se debió a un intento fallido de envenenamiento, es decir, que bebió su propio veneno, el que había destinado a otro, al cardenal Adriano de Corneto. No obstante, una buena parte del dinero que obtenía por este y otros medios lo destinó a financiar la empresa militar de su hijo César en la Romaña, con lo cual se ganó la aprobación del propio Maquiavelo, quien consideraba que no había mejor manera de usar el dinero que la de Alejandro (Maquiavelo, 2010: 93).

Por último, el tercer tema de las alusiones de Maquiavelo sobre Alejandro en *El príncipe* consiste en ponerlo como ejemplo del no cumplimiento de la palabra dada, lo cual, como es sabido, Maquiavelo no cuestiona, sino que lo destaca como una conducta necesaria y acertada en un príncipe. Esta afirmación se hace en uno de los capítulos más polémicos y relevantes del libro, el XVIII, llamado precisamente "De qué modo los príncipes han de cumplir la palabra dada". Maquiavelo expone ahí una de las tesis más discutidas del libro, la que propone en términos metafóricos que los príncipes deben tener una doble naturaleza, es decir, saber actuar como hombre y como bestia, lo que en términos formales equivale a la proposición de saber actuar con las leyes y con la fuerza. Sin embargo, Maquiavelo hace una derivación más, pues al comportarse como la bestia el príncipe no debe hacer uso solo de la fuerza, sino también de la astucia, es decir, debe saber comportarse como el león pero también como la zorra (Maquiavelo, 2010: 120).

[9] A pesar de las cambiantes configuraciones de las alianzas europeas en esta época, y en especial de las italianas, los vínculos de Alejandro VI con España se evidencian de varias maneras, una de ellas es que de los 43 cardenales que nombró durante su papado 19 eran españoles.

Una parte esencial de la astucia que Maquiavelo observa en la zorra es el engaño, que incluye no cumplir la palabra dada, para lo cual Maquiavelo utiliza precisamente el ejemplo de Alejandro.

Sin duda, esta es una de las partes de *El príncipe* que la posteridad ha condenado en todos los sentidos, ya que promulga un principio de conducta moralmente cuestionable, pues ninguna sociedad puede basarse en la práctica generalizada del engaño, ni siquiera admitirla como un permiso concedido a sus gobernantes. Habría que advertir, sin embargo, sobre una dificultad que se encuentra presente en esta proposición de Maquiavelo, y que de hecho es una constante en una buena parte del libro, es decir, la complejidad para distinguir la prescripción de la descripción.

El ambiente político renacentista estaba marcado por el engaño y la simulación. Italia y Europa estaban realmente sumidas en un verdadero estado de guerra, al más puro estilo hobbesiano, en donde los breves periodos de paz eran realmente periodos de una guerra latente. Alejandro trataba todo el tiempo con príncipes practicantes del engaño y la falsedad, en las que destacó él mismo, sin embargo, lo que hace Maquiavelo aquí es reconocer un principio de racionalidad política elemental, que consiste en aceptar la necesidad del engaño cuando este se encuentre generalizado, sobre todo en el plano internacional, en donde la sinceridad franca colocaría al príncipe en una situación de excepción y no en la regla; lo que equivale a colocarse en la ruta del fracaso y no del éxito. Esperar una opinión diferente de Maquiavelo significaría pasar por alto lo que se precia de poseer, lo que desde el mismo Proemio de *El Príncipe* presume: "conocimientos sobre las acciones de los grandes hombres, adquiridos a través de una larga experiencia de las cosas modernas, y una repetida lectura de las antiguas". Sí, Alejandro no tenía ningún escrúpulo para ajustar su conducta al signo de los tiempos, como tampoco la tuvo su hijo César, que también en ello demostró ser un consagrado.

César Borgia

La leyenda negra que pesa sobre la familia Borgia y recae sobre todo en Alejandro VI y sus dos hijos, Lucrecia y César, cae sin duda con mayor peso sobre este último. Como se ha visto, aun cuando los tres Borgia aquí tratados ocupan una posición relevante en la historia del Renacimiento y sus acciones marcaron de uno u otro modo la formación del pensamiento de Maquiavelo, tal vez sea César quien mayor significación tiene en ello por ser el estereotipo del príncipe que Maquiavelo retrata en su

libro, que atrae hacia su persona la repulsión provocada por su actuación política y, además, la que se le suma por encarnar las crueldades y perversidades asociadas al príncipe maquiavélico.[10]

Es conveniente notar que la figura de César en el pensamiento político de Maquiavelo no es uniforme, ya que por un lado se presenta como el estereotipo del príncipe virtuoso, por otro, en muchos de sus escritos breves, aparece una imagen distinta, contradictoria incluso (Águila y Chaparro, 2006: 103-113; Granada, 1999).

Antes de analizar las percepciones y expresiones contrastantes de Maquiavelo sobre César, sería conveniente describir y examinar, así sea de forma breve, la trayectoria de César, para comprender mejor la valoración de Maquiavelo (Sacerdote, 1950; Woodward, 1913; Sabatini, 1912).

De los muchos hijos que se le atribuyen a Alejandro VI, los que tuvo con Vannozza Cattanei fueron sin duda a los que más apegado estuvo y los que más beneficios recibieron de su parte: César (n. 1475), Juan (n. 1476), Lucrecia (n. 1480) y Joffré (n. 1481).

Desde la más temprana infancia, César, por intercesión de su padre, que por entonces era cardenal, fue colmado de cargos y distinciones eclesiásticas. A la insólita edad de siete años, el papa Sixto IV lo nombró protonotario apostólico, archidiácono de Játiva y rector de Gandía. Por supuesto, lo insólito de estos nombramientos no era exclusivo de los Borgia, pues en la época era muy común que papas, cardenales, obispos y demás prelados de la Iglesia concedieran a familiares y amigos altas distinciones eclesiásticas, aun cuando los beneficiados no reunieran las mínimas condiciones para ejercerlas.

Siendo César el primogénito de los hijos engendrados por Alejandro y Vannozza, fue destinado desde la infancia a la carrera eclesiástica, por lo que luego de estos tempranos nombramientos fue enviado a realizar estudios de derecho canónico a Perugia y luego a Pisa, en donde incluso coincidió con Piero de Médici, hijo de Lorenzo el Magnífico, quien luego jugaría un papel determinante en la relación entre César y Florencia.

Fue precisamente durante su estadía en Pisa cuando su padre, Rodrigo, fue elegido papa, por lo cual se trasladó a Roma pocos meses después. Como se dijo, desde el principio de su papado Alejandro trató de colocar y encaminar lo mejor posible a sus hijos. No fue la excepción César,

[10] Véase, por ejemplo, la opinión de Federico el Grande (1964) sobre César Borgia en su interpretación del capítulo VII de *El príncipe.*

a quien ese mismo año, 1492, nombró arzobispo de Valencia y luego, al año siguiente, cuando César no había cumplido aún los veinte años, lo elevó al cardenalato, ocupando una posición en la que se habían sucedido su tío y su padre, y que todavía después de él ocuparían otros dos Borgia, en una pretensión de sucesión hereditaria que solo frenaría el archienemigo de la familia, Julio II.

Sin embargo, la meteórica carrera eclesiástica de César se vio perturbada en 1497 por el asesinato de su hermano Juan, el Duque de Gandía, a quien su padre encauzaba por una fulgurante carrera militar y política. Este asesinato sacudió inesperadamente la vida de la ciudad y conmovió de una manera desgarradora a su padre, además, como nunca se supo quién había sido el autor del asesinato, surgieron versiones que se lo atribuyeron al propio César, las cuales, a pesar de su escaso fundamento, alimentaron su malvada y monstruosa reputación.[11]

No obstante, dado que con la muerte del Duque de Gandía la familia Borgia se quedaba sin brazo armado, César abandonó los hábitos y se convirtió en el principal instrumento de Alejandro para construir un Estado dentro de Italia bajo la soberanía de los Borgia. De esa manera, como lo describe Maquiavelo en *El príncipe*, César se convirtió en el arquitecto de un principado nuevo, más aún, se convirtió en el modelo de príncipe nuevo que la agitada vida política y militar del Renacimiento requería. Sin embargo, dado el delicado equilibrio de poder que había al interior de Italia, se habría requerido arrebatarle su Estado a uno de los príncipes existentes, o siquiera apropiarse de una parte de sus territorios. Ante los graves riesgos y desafíos que esto implicaba, no quedó otra alternativa que construir el Estado de los Borgia en la Romaña, en ese territorio de la Italia central que tradicionalmente había pertenecido a la Iglesia pero que debido al cambio de residencia de los papas a Aviñón y también a raíz del Gran Cisma de Occidente, había caído bajo el dominio de una serie de príncipes tiránicos, los cuales en un principio habían sido meros feudatarios de la Iglesia, pero que luego adquirieron y reclamaron tal margen de independencia y autonomía que se convirtieron prácticamente en señores soberanos y ejercieron el poder arbitrariamente.

[11] Al momento de su asesinato se plantearon muchas hipótesis, ninguna verificable. El rumor sobre la autoría de César apareció mucho después. Historiadores de la época, tan reconocidos como Guicciardini (2006: 250), admitieron sin discusión esta hipótesis. Incluso historiadores recientes, como Ranke (1993: 33), reproducen sin mucho cuestionamiento lo que en su momento fue un simple rumor bastante infundado.

Ante esta situación, con el alegato de falta de pago de las contribuciones a la Iglesia, Alejandro declaró terminados los derechos de estos señores en 1499, y junto con César se dieron a la tarea de preparar una campaña militar contra ellos. El fin aparente de estas empresas militares era restituir dichos Estados a la Iglesia, aunque para todos quedaba claro que lo que trataban de hacer los Borgia era apropiarse de ellos.[12]

César había pedido permiso al colegio cardenalicio para renunciar a los hábitos y a su propia investidura púrpura en 1498. En ese mismo año, la muerte del rey francés Carlos VIII y la elevación al trono de su primo Luis XII le dieron a Alejandro una oportunidad magnífica para recomponer sus alianzas internacionales. Luis quería divorciarse de su esposa Juana de Francia y casarse con Ana de Bretaña, viuda de su primo Carlos, con lo que no solo ganaba una esposa más joven y bella, sino sobre todo la posibilidad de anexar Bretaña a su Estado. Alejandro, por su parte, necesitaba el apoyo de Luis para casar a su hijo César con Carlota, la hija de Ferrante, rey de Nápoles, y colocarlo en la posibilidad de ocupar ese trono. Aunque la negativa de Ferrante, y de su propia hija, para realizar ese matrimonio frustró las expectativas de los Borgia, la alianza de todos modos se llevó a cabo. Alejandro le concedió a Luis la dispensa y el rey, a cambio de Carlota de Nápoles, le ofreció a César otra dama de su corte, Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra, a cuyo servicio, por cierto, moriría en 1507. Otra parte de la alianza consistía en que el mismo César le sirviera a Luis en su expedición para la reconquista de Nápoles a cambio de que este recibiera el auxilio de tropas francesas para su empresa en la Romaña.[13]

César pasó así al servicio del rey de Francia, quien como distinción le confirió el Ducado de Valentinois, en el Delfinado. De esta manera, el mismo día en que César solicitara al Sacro Colegio la dispensa para dejar el cargo de cardenal de Valencia, llegó a Roma el nombramiento del rey francés confiriéndole el Ducado de Valentinois, en la Valencia francesa, lo cual dio pie a que desde entonces se le conociera popularmente como el Duque Valentino.

De este modo, César inició su campaña en la Romaña en 1499 auxiliado sobre todo por tropas francesas, y en los dos años sucesivos se

[12] Véase el interesante análisis financiero de los ingresos del papado provenientes de las rentas producidas por los Estados Pontificios (Mallett, 1975).

[13] El reino de Nápoles fue el primer Estado italiano grande del siglo XV en desaparecer, y lo hizo simbólicamente el último año de ese siglo, 1500, cuando se partió y repartió entre España y Francia, todo lo cual contó con la anuencia de Alejandro (Dell'Oro, 1938).

apoderó, una a una, de las ciudades y fortalezas de ese territorio, hasta dominarlo por completo, y se anexó además ciudades como Camerino, Urbino, Piombino, Perugia, Senigallia y muchas otras posesiones. En 1502, cuando la insubordinación de sus condotieros frenó su campaña, había comenzado a dirigir sus baterías hacia Bolonia y la Toscana, incluida la propia Florencia (Maquiavelo, 2002: 161-171).

Fue en estas precisas condiciones en las que Maquiavelo conoció personalmente a César, pues la Señoría de Florencia lo envió a él y al obispo de Volterra, Francesco Soderini, a pactar un acuerdo con él para que no atacara la ciudad ni sus dominios. Aunque esta embajada fue muy breve y Maquiavelo iba solo en calidad de secretario, fue el primer acontecimiento de una experiencia trascendental.

No obstante la brevedad y la posición subordinada que Maquiavelo ocupaba en la embajada, en los comunicados que Soderini y él enviaban a la Señoría se aprecia claramente la fuerte impresión que causó la personalidad de César ante los enviados. Más aún, es inevitable deducir que la exigencia de claridad y definición de las relaciones diplomáticas que Maquiavelo prescribe a los príncipes se deba en buena medida a la conducta del propio César y a sus exigencias, ya que presionaba con insistencia a los embajadores para que instaran a sus superiores, la Señoría de Florencia, a abandonar la ambigüedad y la neutralidad y asumieran una posición clara frente a él, para que se convirtieran en sus amigos y aliados incondicionales o en sus enemigos declarados y absolutos (Maquiavelo, 2002).

No obstante, la segunda legación ante César fue la que dejó una huella más profunda en el pensamiento de Maquiavelo. No solo esta fue mucho más larga, sino que además fue él solo, siendo el único responsable de la representación de la Señoría florentina. Para entonces Maquiavelo tenía treinta y tres años y César veintisiete, y aunque Maquiavelo llevaba sirviendo a la república ya cuatro años, desde 1498, la personalidad destellante de César lo deslumbró a tal grado que incluso insistió ante la Señoría en que para dicha embajada se requería a un embajador, lo cual probablemente decía no solo debido a las comprometidas decisiones que había que tomar, sino también a que él era entonces solo un secretario.

No es posible pasar por alto que a partir de esta experiencia Maquiavelo comenzó a formarse una serie de principios políticos cuya esencia se aprecia con claridad en los preceptos que hay en *El príncipe*, los *Discursos* y en otras obras. La exigencia de claridad y definiciones en la diplomacia

es un precepto maquiavélico que es difícil disociar de la actitud de César en general, y específicamente de la actitud que él adoptó frente a Maquiavelo y le pidió que comunicara a sus superiores. Del mismo modo, la elocuencia, la discreción, la disposición al engaño, la cautela, la atención prestada a las armas, la importancia de los ejércitos propios, el uso de la crueldad y un sinfín de características que Maquiavelo atribuye a un príncipe virtuoso, se encuentran en César, o al menos en la imagen que Maquiavelo percibe de él en esta etapa, su segunda embajada ante este, y que todavía se aprecia con claridad en un documento ligeramente posterior, de 1504, que se refiere a acontecimientos de este periodo, la "Descripción de cómo procedió el Duque Valentino para matar a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto da Fermo, Paolo Orsini y al Duque de Gravina".[14]

No obstante, apenas unos meses después de esta legación, en agosto de 1503, acaeció casi de manera inesperada la muerte de Alejandro. Como César le dijo a Maquiavelo, él había tomado provisiones para esta situación, es decir quedar sin la protección de su padre, debido a que entonces seguramente se le echarían encima todos los enemigos de ambos. Sin embargo, lo que no había previsto es que él mismo se encontrara gravemente enfermo, al borde de la tumba, lo cual le impediría estar en condiciones de defenderse.

Maquiavelo tuvo la suerte de ser enviado como legado a Roma entre octubre y diciembre de 1503 y observar en persona las pifias en que incurría César y la ruina que él mismo se fincaba. La imagen de César que se proyecta en las cartas de Maquiavelo a la Señoría de Florencia de la segunda legación ante él, en octubre de 1502 y enero de 1503, y la correspondiente a las cartas de esta legación en Roma apenas nueve meses después muestran un contraste absoluto. Se trata de dos apreciaciones del todo distintas, como si se tratara de dos hombres diferentes. Mientras que en las primeras vemos a un César imponente, certero, infalible, en las segundas aparece un hombre apocado, errático, amedrentado.

Sigue siendo materia de estudio y de interrogación la razón de que Maquiavelo proyecte una opinión tan favorable y enaltecedora de César en *El príncipe*, cuando de acuerdo con su opinión, César cometió errores monumentales tras la muerte de su padre, errores que produjeron su hundimiento y perdición, sobre todo cuando estos aparecían con una

[14] Es ampliamente compartida la opinión de que la personalidad de César impresionó mucho a Maquiavelo (Hale, 1961; Águila y Chaparro, 2006; Granada, 1981).

claridad meridiana para todos los que lo rodeaban, incluido Maquiavelo, excepto para él.[15]

Para apreciar esto, conviene describir de manera genérica las circunstancias. Como se ha dicho, en agosto de 1503 Alejandro VI y César cayeron gravemente enfermos. Al decir de algunos, debido al veneno que ingirieron por error cuando ellos mismos querían suministrarlo al cardenal Adriano de Corneto, de cuya fortuna pretendían adueñarse. Sin embargo, también corre otra interpretación, la cual propone que dados los síntomas de la enfermedad, especialmente los de Alejandro, muy probablemente se tratara de malaria.[16]

Tras la muerte de Alejandro, César estuvo a punto de morir también, aunque se salvó milagrosamente y pudo acudir a Roma en los días en que se celebraría el cónclave para designar al nuevo papa. El cónclave estaba compuesto de 37 cardenales divididos en su mayoría en tres nacionalidades: españoles, franceses e italianos. Aunque por su alianza con Luis XII tal vez la mejor opción era el cardenal de Rouen, la previsible resistencia de italianos y españoles hizo que César se inclinara por el cardenal de Siena, Francesco Piccolomini Todeschini, sobrino de Pío II, y su aliado cercano. Gracias a la influencia que tenía César en una buena cantidad de cardenales, sobre todo españoles, logró que se eligiera a Piccolomini, sin embargo, la frágil salud del que como papa se hiciera llamar Pío III se quebrantó rápidamente y solo duró 26 días en el trono. Aun cuando había confirmado a César en todos sus cargos y distinciones, en pocos días este tuvo que enfrentarse a la indefinición de un nuevo cónclave.

En el nuevo cónclave se produjeron condiciones similares a las del anterior. Debido a la dificultad para que venciera un candidato español o francés, quedaba tan solo la opción de uno italiano. Sin embargo, en esta ocasión el que parecía gozar de mayor apoyo era Giuliano della Rovere, el archienemigo de Alejandro y del mismo César. Ante lo que parecía inevitable, César trató de sacar algún provecho y a cambio de brindarle su apoyo llegó a un acuerdo con el que como papa se llamó Julio II. De

[15] Aunque no estoy del todo de acuerdo con esto, hay una interesante reflexión al respecto en Bermudo (1994).

[16] No solo los síntomas, sino también el aspecto del cadáver sugirió a algunos la idea de que su muerte pudo deberse a la malaria. No obstante, dado que el clima caluroso de agosto aceleró la descomposición del cadáver de Alejandro, su aspecto tan desagradable, aunado a muchos otros rumores populares, propició incluso la rápida propagación de la creencia de que tenía un pacto con el diablo (Hillgarth, 1996).

acuerdo con Maquiavelo, tal vez este fue el mayor de todos los errores cometidos por César, y de donde parecen brotar con reveladora claridad varias de las sentencias más enfáticas de *El príncipe*, como la de que no se puede ofender a un príncipe y luego fiarse de él.

Como se anotó, la percepción que tiene Maquiavelo de César contrasta notablemente cuando se cotejan diversos escritos, pero debe considerarse que aun en el mismo libro de *El príncipe* hay notables ambigüedades.

El pasaje principal en el que se habla de César se encuentra en el capítulo VII "De los principados nuevos que se adquieren con armas ajenas y con fortuna". Este capítulo parecería haberse escrito para contrastarlo con el anterior, "De los principados nuevos conquistados con las armas propias y con virtud". En el capítulo VI Maquiavelo habla de hombres que a su juicio han merecido el mayor elogio porque conquistaron su principado mediante dos de los recursos que más valora: la virtud y las armas propias. Y la muestra de ello son los ejemplos que elige para ilustrar tal comportamiento, todos extraídos de la Antigüedad, todos hombres heroicos y legendarios: Moisés, Ciro, Rómulo y Teseo.

De este modo, al dedicar el siguiente capítulo, el VII, a los principados adquiridos mediante los principios contrarios, es decir, no con las armas propias, sino con las ajenas y no con la virtud, sino con la fortuna, se esperaría que Maquiavelo eligiera como casos ilustrativos también lo contrario que en el anterior, es decir, hombres carentes de virtud y de dotes militares, sin embargo, lo que encontramos es que Maquiavelo pone como ejemplo a Francesco Sforza y a César Borgia, dos de sus contemporáneos cuya vida conocía muy bien y que destacan, al decir del propio Maquiavelo, no por su vicio o ineptitud militar, sino por lo contrario, por su virtud y destreza con las armas. Aun cuando Maquiavelo reconoce que ambos, Francesco y César, fueron ayudados por la fortuna y las armas ajenas en la conquista de sus Estados, no es esa la circunstancia que en esencia quiere destacar en el capítulo, por lo que si en algún momento del plan de la obra pensó en proponer estos ejemplos como casos reprobables o, al menos, poco encomiables, al final cedió a su admiración original por César.[17]

[17] Hay muchos indicios y declaraciones del reconocimiento de Maquiavelo respecto a la capacidad y talento militar de César, pero quizá uno poco mencionado y muy sugerente sea que Maquiavelo propuso como capitán de las milicias florentinas a Michele Corella, el lugarteniente más cercano y leal de César, incluso instrumento directo de muchas de sus crueldades. Más aún, la recomendación tuvo efecto, pues en 1507 se le otorgó dicho cargo a este personaje (Sacerdote, 1950: 536).

En un capítulo posterior, el XVII "De la crueldad y de la clemencia, y si es mejor ser amado que temido y viceversa", Maquiavelo también utiliza como ejemplo de la crueldad bien utilizada a César, una crueldad que lo llevó a cometer varios asesinatos, incluido el de su propio cuñado, el esposo de Lucrecia. Una crueldad que le haría además presentar encadenada en Roma a Caterina Sforza, la señora de Imola y Forli, y que también lo llevó a exhibir descuartizado en la plaza de Cesena a Ramiro d'Orco, a quien le había encargado precisamente el gobierno de la ciudad, y una larga lista de crueldades más, de las cuales se podría fácilmente deducir que César no reparaba en ninguna barbaridad si consideraba que era necesaria y conveniente. En todo caso, y a pesar de estas ambivalencias, la conclusión que puede obtenerse es que, al menos en *El príncipe*, Maquiavelo proyecta una valoración positiva de César.

Más aún si se considera que en *Del arte de la guerra*, escrito por Maquiavelo en 1519, las dos alusiones que hace de César pueden ser interpretadas como positivas, podría concluirse con mayores evidencias que, a pesar de todo, Maquiavelo se quedó con la imagen del César temible y victorioso que conoció a fines de 1502 (Maquiavelo, 1978: 178, 185).

Con mucha frecuencia se habla de Maquiavelo como del fundador del pensamiento político moderno y de la misma manera se habla del Renacimiento como del movimiento cultural que también marca el arranque de la vida moderna. Una noción de este tipo nos debería hacer sentir familiarizados e identificados con el ambiente político, moral y religioso de esa época, sin embargo, cuando examinamos la vida de los Borgia y la interpretación que hacía Maquiavelo de ella, nos damos cuenta de que a pesar de todo hay diferencias notables en cuanto a la institucionalización de la vida social y cultural, las cuales deben tenerse presentes para asumir, por un lado, que Maquiavelo es el iniciador del pensamiento político moderno, pero por otro, que es el observador de un Estado social y político renacentista salvaje, cruel, pérfido y distante en muchos sentidos de la sensibilidad plenamente moderna.

El análisis de la personalidad de César Borgia es un excelente medio para aproximarse a una de las reflexiones más importantes de Maquiavelo, la que se relaciona con el binomio de la virtud y la fortuna. No representa ninguna dificultad percatarse de que Maquiavelo considera la virtud como uno de los principales valores humanos, un valor y atributo fundamental en la vida pública. En una época, como la suya, en la que la astrología seguía siendo una fuente de explicaciones y justificaciones de

los más diversos fenómenos, resultaría hasta cierto punto natural asociar la fortuna simplemente con la suerte, con el azar, incluso con las fuerzas indomeñables de la naturaleza. Sin embargo, al observar la vida y las decisiones políticas de César, se puede deducir cómo la virtud y la fortuna son dos caras de la misma moneda, que constituyen un binomio insuperable en la acción política, pues ciertamente un hombre virtuoso es aquel que con su previsión, esfuerzo y decisión somete a la fortuna, la pone a su servicio. Sin embargo, ¿hasta qué grado puede hacerlo? ¿Acaso el hombre puede llegar a tener un dominio total y absoluto de la fortuna? ¿Puede lograr que no interfiera para nada en su vida?

Sin duda hay limitaciones insuperables, pues de lo contrario estaríamos hablando de hombres infalibles, beatos o dioses. El mismo Maquiavelo llegó a decir en un pasaje célebre "accedo que la fortuna sea juez de la mitad de nuestras acciones, pero que nos deja gobernar la otra mitad".

En el terreno de la acción política la fortuna no proviene simplemente del azar sino, esencialmente, de la actuación de otros individuos, la voluntad manifiesta de otras personas contra la que choca la voluntad del propio agente.[18]

¿Hasta qué grado era virtuoso César Borgia? ¿Hasta qué grado puede ser virtuoso un príncipe o un ciudadano? Sin duda Maquiavelo tuvo demasiado cerca la virtud de César para sentirse deslumbrado, de la misma manera que tuvo demasiado cerca su infortunio para titubear y llegar a sentirse engañado por su primera impresión.

La vida de los Borgia, y en particular la de César, permite entender más claramente la idea de acción política que subyace en los escritos de Maquiavelo. Una acción emprendida por hombres guiados por el interés, atravesados por las pasiones, limitados por sus luces y, al mismo tiempo, una acción enmarcada en un espacio donde el accionar de otros hombres, con iguales aspiraciones y fallas, la condiciona y modifica, al grado de que la interacción entre la virtud y la fortuna son los dos términos mediante los que Maquiavelo expresa su idea de la política como ese espacio de lucha, confrontación y conformidad entre los apetitos y aspiraciones de los seres humanos.

[18] Considero que una de las reflexiones más interesantes sobre el concepto de virtud de Maquiavelo se encuentra en el estudio clásico de Pocock (2002). Pero también vale la pena tomar en cuenta a Skinner (1993) y a Mansfield (1998).

7. Los Estados Pontificios y el papado

Maquiavelo tuvo una intensa relación con el papado durante su vida, contacto que no solo le dejaría honda huella en su experiencia vital, sino que además condicionaría en un sentido muy particular muchas de sus convicciones políticas e ideológicas. Para comenzar, es conveniente reiterar que Maquiavelo entró al servicio del gobierno de Florencia en 1498, pocos días después de que fuera ejecutado Girolamo Savonarola, quien había sido el líder moral y la figura preponderante del gobierno republicano a partir de 1494. Desde 1496 los ataques y diatribas de Savonarola contra Rodrigo Borgia, el papa Alejandro VI, le habían producido a este tal malestar e indignación que presionó incansablemente a Florencia para que el monje le fuese entregado. El gobierno florentino no accedió a ello, pero al final una insurrección popular propició que el monje fuera procesado y ejecutado, lo que condujo a una completa reestructuración del gobierno, sin la cual el ingreso de Maquiavelo a este habría sido incierto.

Luego de este primer vínculo, que podría parecer fortuito, una vez que Maquiavelo se encontraba desempeñando su cargo como secretario en el gobierno florentino, fue enviado como delegado ante la corte de Roma, justo en el momento (octubre-diciembre de 1503) en que el cónclave ungiera como nuevo papa a Giuliano della Rovere, quien adoptó el nombre de Julio II. Desde ese momento, la mayor parte de las misiones diplomáticas que le fueron encomendadas estuvieron vinculadas directa o indirectamente con el pontificado y la política regional o europea que este instrumentaba, lo que le ofreció una inmejorable perspectiva para observar e interpretar los entresijos de la curia romana y la personalidad del papa.

Los dos papas Médici que sucedieron a Julio II, León X (1513-1522) y Clemente VII (1523-1534), fueron igualmente importantes para Maquiavelo, quien —luego de haber sido encarcelado por un supuesto

complot en contra de la familia que había gobernado Florencia desde 1434— fue liberado gracias a la amnistía general que con motivo de su designación decretó León X. Del mismo modo, una vez que alcanzó la tiara Clemente VII en 1523, encomendó a Maquiavelo algunos trabajos, entre los cuales destaca la realización de la *Historia de Florencia*, una de sus obras más importantes.

Más allá de esta relación que podría parecer meramente incidental, Maquiavelo estaba muy atento e interesado en todo lo que tuviera que ver con el papado; con el gobierno de la ciudad de Roma y con la suerte de los Estados Pontificios. Y no era para menos, durante los siglos XV y XVI el papa fue una pieza clave en las relaciones políticas de los Estados italianos y europeos; podría decirse incluso que en algunos momentos, como en 1512, pareció erigirse en el árbitro de Europa.

Maquiavelo tenía ante sí un amplio panorama actual e histórico de los movimientos y actuaciones de los papas del Renacimiento. Es significativo el papado de Julio II (1503-1513), porque los años de servicio de Maquiavelo en el gobierno de Florencia (1498-1512) coincidieron con el periodo papal de aquel y porque Julio representó en muchos sentidos la plenitud del pontificado renacentista. Por esta razón, en este capítulo se analizan los rasgos más sobresalientes del papado de la época y cómo estos pueden identificarse con la gestión de Julio II, a partir de lo cual se evalúan los juicios críticos que Maquiavelo expresó sobre el papado.

El papado renacentista

Cuando se habla del papado renacentista se puede aludir a este desde varias perspectivas, la primera y más evidente es la de presentar al papa y la corte de Roma como promotores y mecenas del emblemático desarrollo artístico e intelectual del periodo. Como muchos otros príncipes y potentados italianos de la época, el papa protegió, patrocinó y encargó una gran cantidad de proyectos artísticos, literarios y arquitectónicos. Basta mencionar que la Capilla Sixtina, uno de los museos más visitados del mundo, fue construida por el papa Sixto IV (1471-1484), del que deriva su nombre, y quien para su decoración empleó a destacados artistas del momento, como Sandro Botticelli, Pietro Perugino y Domenico Ghirlandaio, a los que después se sumó el trabajo de Miguel Ángel Buonarroti, quien por encargo del papa Julio II pintó la célebre bóveda.

Varios papas realizaron una función similar, por lo que Roma se convirtió en varios momentos en la mayor sede de la ebullición artística e in-

telectual de la época. En este sentido, es muy común señalar a Nicolás V (1447-1455) como el primer papa del Renacimiento, ya que se distinguió con toda claridad de sus antecesores por su compromiso con las artes y el embellecimiento arquitectónico de la ciudad. Para citar solo algunos ejemplos, puede recordarse que a él se debe una recopilación rica y meticulosa de libros que constituyeron la base de la Biblioteca Vaticana, la reconstrucción de la fuente de Trevi y la que tal vez fuera su aportación más memorable: la monumental reconstrucción de la Basílica de San Pedro (Corbett, 1956: 48; Toews, 1968: 261; Cronin, 1972: 19-31).

Sin embargo, no es la perspectiva artística o humanística del papado renacentista la que interesa examinar aquí, sino la política. Cuando Maquiavelo escribió *El príncipe* en 1513 y dedicó los primeros capítulos a la clasificación y análisis de los tipos de gobierno principesco que creía pertinente distinguir, consideró cinco tipos fundamentales: los hereditarios, los mixtos, los nuevos, los civiles y los eclesiásticos. Al hacer esta clasificación indicaba que si bien los principados eclesiásticos tenían ciertas peculiaridades que los diferenciaban de los otros, y de ahí su individualización, también tenían ciertas características comunes con el resto, es decir, que debían ser considerados de la misma manera, como una unidad política íntegra, como un Estado político igual a los otros.

En este sentido, los Estados Pontificios durante el Renacimiento tenían una serie de características en común con los otros Estados europeos de la época, varias de las cuales pueden considerarse embriones de los rasgos que poco a poco constituyeron la fisonomía del Estado moderno; cabe destacar: *1)* la delimitación e integración de un territorio estatal, *2)* la afirmación del gobierno monárquico y la subordinación de los sectores aristocráticos, *3)* la transformación del gobernante-sacerdote en gobernante civil, *4)* la consolidación del Estado soberano y la obtención del reconocimiento internacional y *5)* la construcción de un sistema administrativo y fiscal más integrado (Prodi, 2010; Partner, 1979; Pellegrini, 2010).

Aun cuando se han señalado una gran cantidad de fechas para indicar el principio y fin aproximados del Renacimiento, para los fines de este escrito conviene establecer que el periodo considerado como el papado renacentista va de 1417 a 1527; ya que el primer año corresponde al inicio del pontificado de Martín V y el segundo al saco de Roma a manos de los ejércitos imperiales de Carlos V. Esta, como toda periodización histórica, es una convención, ya que simplemente señala dos momentos sig-

nificativos de un largo proceso (Pellegrini, 2010: 10, 166; Roberto, 2014: 227-247).

El pontificado de Martín V es un hito, ya que con él termina la fase más grave de la larga crisis que atravesó la Iglesia católica, que sufrió primero el Exilio de Aviñón (1309-1377) y luego el Cisma de Occidente (1378-1417), periodos durante los cuales el papado se debilitó de forma notable y propició que el gobierno sobre la ciudad de Roma y el resto de los dominios papales se relajara hasta derivar en una grave descomposición política. Del mismo modo, el saco de Roma de 1527 señala simbólicamente el ocaso del Renacimiento en Roma, la remisión del protagonismo papal en Europa y la señal de arranque de la ofensiva reformista que abriría el paso al Concilio de Trento (1545-1563) y a la consecuente contrarreforma (Prosperi, 2001: 3-8). Además, a partir de este año se produjo no solo una subordinación del papado y de los Estados Pontificios a los dictados de las mayores potencias europeas, sino que también fueron sometidos los demás Estados italianos, que perdieron la autonomía e independencia de la que hasta entonces habían disfrutado y cedieron a otras sedes europeas el protagonismo cultural que los había distinguido.

El primero de los rasgos relevantes del papado renacentista es la delimitación e integración del territorio estatal. Este logro se alcanzó a través de un largo proceso que podría remontarse incluso hasta el siglo IV, cuando Constantino el Grande le permitió a la Iglesia poseer y transmitir propiedades dentro del imperio, lo que dio paso a la llamada Donación de Constantino, base del patrimonio territorial que comenzó a acumular la Iglesia. Al principio se trató de una propiedad privada al interior del imperio, que poco a poco se fue acrecentando gracias a las donaciones de otras propiedades por parte de algunas familias nobles romanas y luego se expandió hasta extenderse por una amplia zona de la ciudad.

Podría decirse que el momento definitorio y clave en la construcción de los Estados Pontificios fue el año 754, cuando Pipino el Breve, rey de los francos, le otorgó al papa pleno dominio sobre los que desde entonces se llamaron los Estados Pontificios, que crecieron hasta alcanzar una porción muy importante en el centro de la península, alrededor de Roma y al noreste de esta, para ocupar una amplia extensión de la Romaña.

No obstante el grado de control que ya había alcanzado el papa sobre esta zona en los siglos XII y XIII, a partir del siglo XIV, con el Exilio de Aviñón y luego con el Cisma de Occidente, la integración territorial y política del Estado se debilitó a tal grado que parecía destinado a su dis-

gregación. Fue gracias a la tarea de sometimiento y control que el cardenal Gil de Albornoz estableció sobre Roma y los otros dominios papales a mediados del siglo XIV como se evitó el desastre absoluto (Binns, 1934: 134-137).

Así, cuando asumió el papado Martín V en 1417 había todavía mucho por hacer, comenzando por la ciudad de Roma, en donde las principales familias se habían aprovechado y habituado al vacío dejado por el papa. Los papas que siguieron continuaron este esfuerzo de reordenamiento y control, cuyos frutos se manifestaron ya en el pontificado de Nicolás V (1447-1455), quien mediante una extensa red de vicarios y cardenales-legados comenzó a establecer una estructura administrativa dirigida a la integración territorial. A partir de entonces pudo apreciarse una transformación de la anterior estructura señorial y medieval de los dominios papales que transitó a una estructura unitaria del Estado, incluso monolítica y absolutista. Podría decirse que este proceso alcanzó su plenitud con Alejandro VI (1492-1503) quien, por medio de su hijo, César Borgia, sometió a varios de los gobernantes rebeldes que hasta el momento habían sido renuentes a la soberanía papal. Ciertamente, la intención última de Alejandro y César no era fortalecer a la Iglesia, sino crear un Estado patrimonial para los Borgia, pero en todo caso, el efecto inmediato fue la imposición de la voluntad papal.

En segundo lugar, la afirmación del gobierno monárquico y la subordinación de los sectores aristocráticos fue un proceso paralelo a la integración del territorio estatal. Este proceso de afirmación de la monarquía papal debió enfrentar cuatro restricciones básicas: *1)* la superación de la limitación temporal de su mandato, *2)* los residuos de espíritu republicano subsistentes en Roma, *3)* la resistencia y oposición de las familias baroniales romanas y de otras ciudades y *4)* la oposición del movimiento conciliarista (Prodi, 2010: 37).

En el capítulo XI de *El príncipe*, cuando Maquiavelo trata las peculiaridades de los principados eclesiásticos, menciona que los papas duran en su encargo unos diez años, un promedio bastante acertado si se consideran los papados que van de 1417 a 1513, exceptuando el papado de Calixto III (tres años) y el de Pío III (26 días). De forma ndirecta, Maquiavelo aludía a una de las características más importantes del papado, su carácter electivo, facultad reservada a un colegio electoral, pues como se sabe, en esta época y a partir del decreto *In nomine Domine* de 1059, emitido por Nicolás II (1059-1061), se excluyó al grueso del clero y al pue-

blo romano de cualquier participación en la elección del pontífice y se reservó dicha atribución solo a los cardenales (Corbett, 1956: 49).

Su carácter electivo colocaba al papa en una evidente posición de debilidad en comparación con los otros monarcas europeos, quienes veían fortalecido y legitimado su mandato no solo por haberlo heredado de su familia, sino porque además, con frecuencia, ascendían al trono a edades muy tempranas, lo que les permitía un largo reinado. Los pontífices no tenían esa oportunidad, aunque eso no les impidió tratar de prolongar su influencia de varias maneras, la primera y más efectiva fue elevar al cardenalato al mayor número posible de sus familiares, lo que abría la posibilidad de que alguno de ellos se convirtiera después en pontífice, lo que en efecto ocurrió con los Borgia, los Piccolomini, los Della Rovere y los Médici (Maquiavelo, 2009: 59).

La monarquía papal era también cuestionada por el espíritu republicano al que apelaban los enemigos del pontífice. Los frecuentes brotes de descontento popular así como las rebeliones nobiliarias en Roma rescataban de su glorioso pasado republicano ideas y reclamos dirigidos contra la Iglesia y el gobierno monárquico del papa. Uno de los momentos más delicados del papado fue 1354, cuando llevaba varias décadas radicado en Aviñón, Cola di Rienzo encabezó una de estas rebeliones republicanas que alcanzaron un gran prestigio. Casi cien años después, en 1453, se produjo nuevamente un complot republicano encabezado esta vez por Stefano Porcari, que aun cuando se vio frustrado, descubrió los remanentes del arsenal ideológico que conservaban los partidarios del gobierno republicano (D'Elia, 2007).

En este sentido, también en el capítulo XI de *El príncipe*, Maquiavelo señala cómo la brevedad del mandato de los pontífices limitaba su capacidad para someter efectiva y duraderamente a las principales familias baroniales de Roma, agrupadas en su mayoría en las dos facciones rivales de los Orsini y los Colonna.

Desde la época de la dominación lombarda en el siglo VIII, los barones romanos habían sometido al papado a una presión constante, al grado de interferir en la elección del papa y hacerle prácticamente ingobernable la ciudad, por lo cual Esteban III (768-772) propuso en el Concilio de Letrán de 769 que los papas debían ser previamente ordenados presbíteros o diáconos, con lo cual excluía de esta posibilidad a los segmentos más bajos del clero y a los laicos provenientes de las familias nobles. No obstante, la presión de las familias nobles continuó, y no disminuyó

sustancialmente su intensidad hasta el pontificado de Juan XII (955-964) (Rendina, 2013: 186-190).

Las dos familias baroniales a las que se refiere Maquiavelo, los Orsini y los Colonna, habían irrumpido en la escena política y religiosa desde mediados del siglo XIII, cuando ambas se disputaron tanto la primacía en la ciudad como el control del papado, y llegaron incluso a recurrir al apoyo externo para lograr sus objetivos, por lo que pronto optaron por alinearse al bando güelfo o gibelino.

La llegada al papado de Oddone Colonna en 1417, quien adoptó el nombre de Martín V, le dio a esta familia una ventaja momentánea pero relevante frente a los Orsini. Ante ello, en cuanto asumió el pontificado Eugenio IV en 1431, trató de desmontar toda la estructura del poder baronial en Roma, principalmente la controlada por los Colonna, lo cual no estuvo exento de dificultades, al grado de tener que abandonar Roma durante varios años y refugiarse en Florencia (Pellegrini, 2010:14).

Las disputas entre ambas familias continuaron hasta la llegada al pontificado de Alejandro VI, quien valiéndose de su hijo César Borgia las despojó de muchas de sus propiedades, logrando así un sojuzgamiento que duró varios años, hasta su muerte, cuando aprovecharon el vacío para volver a levantar la cabeza y sumir en la incertidumbre y la inestabilidad a la ciudad, al grado de amenazar e intimidar al mismo cónclave que elegiría a Julio II en 1503.

No obstante, cabe hacer notar en este punto la ambivalencia de la apreciación de Maquiavelo: si en *El príncipe* presentaba a las familias de los Orsini y los Colonna como uno de los frenos o limitaciones del poder del papa en Roma; en la *Historia* atribuye a una bendición divina que aparecieran en Roma estas dos poderosas familias y pudieran contener al papa (Maquiavelo, 2010: 93; 2009: 60).

Como se dijo, desde que en 1059 Nicolás II reservó la facultad de la elección papal al colegio cardenalicio, logró por un lado reducir la intervención del emperador y de otros monarcas europeos en este proceso, así como la exclusión del clero inferior e incluso de los barones y el pueblo romano. El costo que a la postre tendría este dispositivo fue darle al colegio un protagonismo y una autoridad de que antes carecía. Esta relevancia se incrementó con el Exilio de Aviñón y el Cisma de Occidente, lo que implicó el debilitamiento del papa y el cambio en la modalidad de la presión sobre este; a partir de entonces, tanto los monarcas europeos como los barones romanos trataron de ganar para sí la nominación del

mayor número posible de cardenales, para incidir así en la estructura de poder papal (Maquiavelo, 2009: 45, 48; Pellegrini, 2010: 43).

En estas nuevas circunstancias, no faltaron justificaciones políticas y teológicas para darle mayor importancia al colegio, e incluso pretender que podía erigirse por encima del mismo papa, origen del conciliarismo.

El enfrentamiento entre el colegio y el papa, es decir entre el conciliarismo y el papismo, alcanzó su momento culminante entre el Concilio de Constanza (1414-1418) y el Concilio de Basilea (1431-1445), cuando chocaron frontalmente las pretensiones de estas instancias para someter a la otra a su voluntad. Solo la habilidad de Martín V y Eugenio IV logró imponer la preeminencia del papado, esfuerzo culminado por Pío II mediante la bula *Execrabilis* de 1460, con la cual se reservó para el papa de manera exclusiva la facultad de convocar al concilio y se condenaba cualquier convocatoria que tuviera otro origen (Paredes, 2005; Prodi, 2010: 39; Pellegrini, 2010: 10, 17).

En tercer lugar, durante la Edad Media los monarcas europeos legitimaron su poder en buena medida apoyándose en la religión; eran vistos de algún modo como gobernantes-sacerdotes, lo que hacía que su posición se reforzara por su pretendida intermediación entre los hombres y Dios. No obstante, esta característica de la monarquía medieval se transformó al inicio de la época Moderna, cuando el gobernante-sacerdote debió legitimar su poder mediante su relación directa con el pueblo y entonces tuvo que presentarse como un gobernante civil (Kantorowicz, 1985; Figgis, 1970).

En el caso particular de Roma, esta transformación se produjo de una manera particular, por medio de la cual el papa-sacerdote característico del mundo medieval se transformó en un papa-rey, lo que fue un logro para la monarquía papal, ciertamente, pero una pérdida para el vicario de Cristo. Así, durante el Renacimiento, los papas lograron consolidar los Estados Pontificios al grado de llegar a ser considerados una entidad política tan independiente y autónoma como cualquiera de los otros Estados europeos con los que interactuaba; sin embargo, derivado de esto, su prestigio y proyección universal se vieron seriamente limitados y cuestionados.

El primer síntoma notable de este deterioro fue la composición del colegio cardenalicio. Desde principios del siglo XII existía una intensa polémica acerca de su formación; había una persistente insistencia en que los miembros que se incorporaran a este lo hicieran con base en una pro-

porcionalidad acorde con la distribución de la población cristiana en el mundo; el mundo cristiano al menos, es decir, Europa. El mismo colegio presionó en este sentido al papa y exigió además que las nominaciones fueran presentadas y aprobadas en consistorio (Prodi, 2010: 151).

A pesar de que se lograron importantes avances en esta materia en los siglos XII y XIII, el traslado de la sede papal a Aviñón implicó un importante retroceso. De los 134 cardenales nombrados por los siete papas que vivieron en Aviñón, 113 eran franceses (85%), lo que evidencia la enorme injerencia que llegó a tener el monarca francés en ello.

En el Concilio de Constanza ya se había atenuado esta francofilia, pero en su lugar se apreciaba un importante contingente de cardenales italianos, al grado de que los cardenales ingleses pidieron que no se votara por individuo, ya que eso daría ventaja a los italianos, sino por nación, partiendo de la base de que se encontraban representadas cinco grandes nacionalidades: italianos, franceses, ingleses, españoles y alemanes (Corbett, 1956: 46).

En las siguientes décadas, la presencia de los cardenales italianos no solo continuó siendo importante, sino que se incrementó. Aun cuando las nominaciones al cardenalato siguieron siendo materia de negociación entre el pontífice y las familias nobles de Italia y los monarcas de otros Estados europeos, el número de cardenales italianos siguió en aumento, al grado de que para mediados del siglo XVI, 80 por ciento de los cardenales era italiano (Prodi, 2010: 153). Esta nacionalización del colegio podía explicarse en buena medida por la misma nacionalización del papado, pues desde que Julio II fue elegido en 1503 hasta Juan Pablo II que lo fue en 1978, excepción hecha del breve pontificado de Adriano VI (1522-1523), todos los papas fueron italianos.

El otro de los síntomas evidentes de este proceso fue el descuido de la misión universal y unificadora del papa. Si bien este había sido en su origen solo el obispo de Roma, los papas del Medievo bregaron para presentarse como los vicarios de Cristo en la tierra, es decir, para presentar al papa como el pastor universal del cristianismo, cuya expresión culminante se produjo con el *Dictatus papae* (1075) de Gregorio VII, que afirmaba la primacía del papa sobre cualquier otro prelado de la Iglesia y su calidad de obispo universal exclusivo, es decir el vicario de Pedro se transformaba para convertirse en el vicario de Cristo. Pero los papas del Renacimiento abandonaron esta misión. Desde Marín V, pasando por Nicolás V, Sixto IV y hasta llegar a Alejandro VI, el papa dejó de preocuparse y ocuparse de

la conjunción universal de la cristiandad; entonces, dedicaron el máximo de su atención y sus recursos a la consolidación estatal de sus dominios. La cristiandad dejó de verse como un rebaño universal para constituirse en un conjunto de naciones cristianas (Pellegrini, 2010: 8, 177).

Aun cuando todos los papas incluidos en el periodo señalado expresaron su más entusiasta intención de organizar una nueva cruzada, ninguno de ellos se aventuró a comprometer sus esfuerzos y recursos en una empresa de ese tipo. Ni siquiera después de la caída de Constantinopla de 1453, y la evidente y ascendente amenaza islámica, los papas se decidieron de manera abierta y comprometida a organizar o comandar un esfuerzo de las naciones cristianas para combatirla. Más aún, a pesar de la inmejorable e irrepetible oportunidad que se le presentó a Eugenio IV para unificar las iglesias de Occidente y Oriente, al final pesó más su interés en consolidar el papado y los dominios papales (Rendina, 2013: 466).

El mismo papa dejó de verse a sí mismo como un sacerdote para considerarse como un monarca. A partir de Nicolás V los papas casi dejaron de oficiar misa y de predicar. En lugar de evangelizar y atraer por medio de la fe, prestos desenvainaron la espada para someter a los pueblos y señores insurrectos (Prodi, 2010: 88).

El mismo nepotismo que se manifestó en su mayor plenitud con Inocencio VIII, quien fue el primer papa que reconoció abiertamente a sus hijos para que no fueran tratados como sobrinos, como *nipotes*, ilustra no solo el grado de degeneración al que había llegado el sacerdocio, sino que además trasluce la intención subrepticia de los papas para legitimar la concesión de dignidades y propiedades a su familia como si se tratara de una familia real, la cual, si bien tenía bloqueada la vía hereditaria de la sucesión, podía acceder a títulos vitalicios que prolongaran su influencia. Además, los papas practicaron también la política de matrimonios que ya por entonces interconectaba a la mayor parte de las cortes europeas, tratando de asegurar a su progenie posiciones de príncipes consortes (Ranke, 1993: 32).

En cuarto lugar, la afirmación monárquica, territorial, soberana y nacional del papado debía verse coronada por el pleno reconocimiento internacional de los otros Estados europeos; esto significaba sacrificar de alguna manera el carácter ecuménico del papado en aras de la soberanía estatal, significaba pedir y aceptar el trato de igual frente a los otros Estados y entrar así al sistema interestatal europeo como un miembro más, sin ninguna prerrogativa o distinción (Toews, 1968: 264; Mesquita, 2000).

Esto requirió una ardua y meticulosa tarea diplomática que los papas del Renacimiento desempeñaron con magistral cuidado y precisión. Desde principios del siglo XV Roma se convirtió en la principal sede diplomática de Europa, al grado de que para el pontificado de Nicolás V (1447-1455), ya era la sede europea con el mayor número de diplomáticos extranjeros acreditados, y para finales del siglo el papado ya había correspondido con el envío de sus propios diplomáticos a casi todo el continente (Mattingly, 1965; Pellegrini, 2010: 81; Prodi, 2010: 280).

Uno de los productos más trascendentes de esta labor diplomática fue la serie de concordatos que se firmaron con los Estados europeos, mediante los cuales se buscaba esclarecer las competencias del poder civil y el espiritual en cada uno; así, estos monarcas ganaron facultades religiosas que antes no tenían, avalados y legitimados por el papa, a cambio de reconocer a este las facultades civiles que tendría en su propio Estado y con las cuales estos no interferirían (Prodi, 2010: 275-279).

Martín V (1417-1431) fue también en esto quien sentó uno de los precedentes más importantes, pues firmó en 1418 varios concordatos con las monarquías más poderosas de Europa: Francia, España, Inglaterra y el emperador (Pellegrini, 2010: 12, 178). Eugenio IV y Nicolás V recurrieron al mismo expediente para asegurarse el apoyo exterior, como el concordato firmado con Bretaña en 1441, con Borgoña en 1442, con los príncipes alemanes en 1447 y de nuevo con el emperador en 1448 (Toews, 1968: 265). León X fue el último de los papas del Renacimiento que, mediante el concordato de 1516 firmado con Francisco I de Francia, hizo de este mecanismo uno de los recursos más valiosos para asegurar la posición internacional del papado.

En quinto lugar, la construcción de un sistema administrativo y fiscal más integrado fue un distintivo del Estado papal en el Renacimiento. En este rubro en particular, la administración financiera de los Estados Pontificios era bastante más compleja que la de los otros. Lo más llamativo de esta particularidad era que el papa recibía ingresos por dos vías: los ingresos provenientes de todas las iglesias locales de la cristiandad por sus servicios religiosos, que podrían llamarse ingresos espirituales, pero además recibía los recursos provenientes de los dominios territoriales sometidos a su gobierno civil, es decir, las percepciones típicas de cualquier otro Estado, lo que podríamos llamar propiamente los ingresos fiscales.

Desde el siglo XII, la fortaleza adquirida por el papado se había visto reflejada en sus finanzas, logrando el mayor cúmulo de recaudaciones

que hasta entonces hubiera tenido. No obstante, para principios del siglo XV y luego del Exilio de Aviñón y el Cisma de Occidente, uno de los rubros que más se había dañado era precisamente el de las finanzas papales, deterioro que significó la pérdida de casi un tercio de sus ingresos (Partner, 1980: 88).

No obstante, durante el siglo XV las finanzas papales se recuperaron de forma gradual, al grado de que para mediados de la centuria se había operado ya una curiosa modificación, pues si hasta ese momento el grueso de los recursos provenían de los ingresos por servicios espirituales, a partir de entonces comenzó a invertirse la proporción para hacer de los ingresos fiscales la mayor fuente de financiación del Estado (Pellegrini, 2010: 73).

Entre los ingresos fiscales, la venta de cargos de la misma burocracia romana llegó a representar uno de los rubros más importantes. Al principio, la venta de cargos afectaba a muy pocos servidores estatales, pero conforme corría el siglo, se multiplicó el número de cargos vendidos y el tipo de estos susceptibles de venta. Para cuando Alejandro VI asumió el papado, la venalidad de cargos había llegado hasta el cardenalato. Esta tendencia se sostuvo en los decenios siguientes, y para 1525 ya había cerca de 2 300 cargos vendibles que se valuaban en unos 2.5 millones de escudos (Partner, 1980: 23).

Del mismo modo, otro renglón muy importante de los ingresos fiscales del papado fue la deuda pública (Partner, 1980: 21; Prodi, 2010: 108). De hecho, desde el fin del Cisma de Occidente la percepción e idea sobre la fortaleza y estabilidad del papado se habían extendido, por lo que el papado comenzó a acceder a créditos más abundantes y a plazos más largos, un cambio que sirvió tanto a banqueros como a los Estados Pontificios, al abrir incluso perspectivas favorables para el financiamiento público del resto de los Estados europeos, uno de los rasgos más prominentes de la naciente modernidad estatal.

Julio II y la consolidación de los Estados Pontificios

Es muy probable que sin demasiadas objeciones pueda considerarse el pontificado de Giuliano della Rovere, Julio II, como la cúspide en la consolidación del papado renacentista. Ciertamente, ya antes habían despuntado Nicolás V, Sixto IV y el mismo Alejandro VI, y después también y de forma notable León X; sin embargo, atendiendo a las características más relevantes que en este escrito se han atribuido al papado renacentista, Julio II tiene un lugar preponderante (Cronin, 1972: 32-35).

En primer lugar, por lo que respecta a la delimitación e integración del territorio estatal, prácticamente desde que su tío Sixto IV lo nombró cardenal y le entregó el mismo título que él había tenido, el de San Pietro in Vincoli, le confirió además importantes funciones militares. La primera de ellas en 1474, cuando le encomendó sofocar la rebelión que se gestaba en su contra en la región de Umbría, sobre todo en Terni, Spoleto y Città di Castello. La expedición de Giuliano fue doblemente exitosa: logró afirmar el control papal sobre esa región, y además comenzó a forjarse una imagen de cardenal-condotiero similar a la que había tenido en su tiempo el cardenal Gil de Albornoz (Shaw, 1993: 11).

La contribución más relevante en este aspecto, sin embargo, se produjo una vez que ya había asumido el pontificado. Seguramente desde que se vio convertido en papa, se planteó como una de sus metas principales el control y sometimiento de todas las posesiones de la Iglesia. No obstante, esperó hasta reunir la suficiente fuerza. En 1506 anunció en pleno consistorio su decisión de encabezar personalmente una campaña militar con el fin de someter al señor de Bolonia, Giovanni Bentivoglio, supuestamente feudatario del papado, pero que se había declarado en franca rebelión. Una vez puesto en marcha, decidió hacer una escala en Perugia para someter a otro señor renuente a su soberanía, Gian Paolo Baglioni. En la medida en que sometió completamente a estos rebeldes y recobró el control de sus ciudades con relativa facilidad, ganó un enorme e instantáneo prestigio tanto dentro como fuera de Italia (Black, 1970; Baumgartner, 2010: 17; Shaw, 1993: 152).

Para continuar con su proyecto de asumir completamente el control de los dominios pontificios, el siguiente objetivo de Julio fue recuperar las ciudades de la Romaña de las que Venecia se había apropiado en 1503, cuando aprovechó el vacío de poder que se había creado con la muerte de Pío III y con el argumento de combatir a César Borgia, a quien presentaba como un peligro tanto para la región como para el nuevo papa; así logró su verdadero objetivo: extender sus dominios a una importante porción de la Romaña.

Arropado por la recién formada Liga de Cambrai (1508), Julio II se puso de nuevo a la cabeza de su ejército para dirigirse a esta región y recuperar los territorios ocupados por los venecianos; emprendió la campaña en pleno invierno y, al decir de algunos, vestía una reluciente armadura. Julio aprovechó la estruendosa derrota que sufrió Venecia a manos de Francia en la Batalla de Agnadello, en mayo de 1509, para aceptar la

rendición y la paz ofrecida por los venecianos, acompañada de la devolución de los territorios ocupados (Prosperi, 2001: x).

Luego de aceptar la restitución ofrecida por Venecia y la alianza, dirigió sus fuerzas para someter a Alfonso de Este, Duque de Ferrara, quien a pesar de que nominalmente le debía obediencia, mantenía una estrecha cercanía con Francia, por lo que más parecía súbdito del rey francés que del papa (Maquiavelo, 2010: 48, 101). Para 1512, un año antes de su muerte, Julio no solo había logrado el sometimiento de Alfonso, sino que también había anexado a los Estados Pontificios las ciudades de Parma y Piacenza, pertenecientes a Milán, con lo cual logró una dominación territorial en el centro-norte de la península que la Iglesia nunca antes había tenido (Maquiavelo, 2013a: 375).

En segundo lugar, por lo que se refiere a la afirmación del gobierno monárquico y la subordinación de los sectores aristocráticos, Julio también se distinguió por dar pasos consistentes en este sentido (Prodi, 2010).

Una de las principales limitaciones que enfrentó para afianzar su poder personal y contribuir así a la consolidación del gobierno monárquico fue la resistencia del colegio cardenalicio. Puede decirse que una de las exigencias de los cardenales durante la segunda mitad del siglo XV fue la de que no se rebasara el número establecido de veinticuatro purpurados. Cuando asumió el pontificado Sixto IV se comprometió a no nombrar más cardenales hasta que su número se redujera por debajo de veinticuatro, cosa que no cumplió. Casi treinta y cinco años después, cuando el sobrino de Sixto fue elevado al pontificado con el nombre de Julio II, uno de los principales compromisos que asumió en el cónclave con el resto de los cardenales, casi una condición, fue precisamente este: hacer descender el número de cardenales hasta los mismos veinticuatro, lo cual tampoco cumplió (Shaw, 1993: 7).

Aun cuando a principios del siglo XVI ya se había perdido mucha de la fuerza que llegó a tener el conciliarismo cincuenta años atrás, los cardenales seguían siendo los personajes más prominentes de la Iglesia después del papa. Por tal razón, los monarcas europeos más poderosos seguían interesados en colocar a sus allegados en esa posición, para desde ahí presionar o coaccionar al papa.

Fue este recurso el que utilizó Luis XII de Francia para atacar a Julio cuando este decidió romper los términos pactados en la Liga de Cambrai. Una de las cláusulas del tratado establecía que ninguno de los coaligados podía firmar una paz por separado con el enemigo, Venecia, lo cual Julio realizó sin mayor justificación ni escrúpulo. Una vez que los vene-

cianos fueron derrotados por los franceses en la batalla de Agnadello en 1509, y que Julio aceptó unilateralmente la paz y la alianza ofrecida por Venecia, estalló el conflicto entre el papa y el rey de Francia. Más allá del conflicto armado que siguió, Luis trató de debilitar a Julio por la vía religiosa, instruyendo a sus cardenales adictos a convocar un concilio con el fin expreso de destituirlo y nombrar a un nuevo papa, previsiblemente a Georges d'Amboise, el cardenal de Rouen, que era además su ministro y su consejero más importante. Fue así como se convocó al Concilio de Pisa (1511-1512), llevando el conflicto estatal-territorial al terreno eclesiástico, lo que revivió el enfrentamiento entre el concilio y el papa, que había sido uno de los principales factores de la debilidad del pontificado en los dos siglos anteriores (Shaw, 1993: 284-292).

No obstante, Julio tuvo la suficiente habilidad para no aceptar los términos del conflicto tal como los había planteado Luis, es decir, entre el concilio y el papa. Para responder en los mismos términos, Julio convocó a otro concilio, el Concilio Laterano V (1512-1517), protagonizado por los cardenales adeptos y logró así que el enfrentamiento fuera entre un concilio y otro, un recurso que ya había utilizado Eugenio IV cuando convocó al Concilio de Ferrara-Florencia (1438-1439) para oponerlo al Concilio de Basilea (1431-1449) (Pellegrini, 2010:18).

El fracaso absoluto del Concilio de Pisa no solo fortaleció la posición de Julio, sino que canceló de forma definitiva este recurso como medio de deposición o cuestionamiento del papa. Había triunfado así definitivamente el principio monárquico sobre el conciliar en la Iglesia católica.

Por lo que respecta a la subordinación de los sectores aristocráticos laicos, es conveniente hacer notar que Julio adoptó una estrategia completamente distinta a la seguida por Alejandro VI. Mientras que Alejandro combatió y despojó de sus posesiones a los Orsini y los Colonna, Julio trató de contemporizar con ellos, para luego buscar un mayor acercamiento y asociación, al grado de casar a su única hija y a una de sus sobrinas con integrantes de cada una de las dos poderosas familias. Gracias a eso, no tuvo las dificultades para gobernar Roma que sí tuvo Alejandro, más aún, a su muerte, el pueblo romano acudió en masa a manifestar su pesar por la pérdida de quien consideraban había sido un buen gobernante, a diferencia de Alejandro, quien fuera sepultado marcado por la ignominia y el descrédito (Pastor, 1950: 189, 342; Shaw, 1993: 183).

En tercer lugar, por lo que se refiere a la transformación del papa-sacerdote en papa-rey, Julio también hizo una importante contribución. Du-

rante su pontificado no faltaron voces que lo señalaron como alguien que tenía más dotes de general o de monarca que de sacerdote; el mismo Guicciardini llegó a decir que nada tenía de papa más que el nombre y el traje (Pastor, 1950: 153). Y es que, en efecto, su personalidad podría muy bien ajustarse a la descripción del príncipe nuevo que hizo Maquiavelo, pues no reparó en obstáculo alguno para defender y fortalecer el Estado de la Iglesia. Incluso cabe mencionar que expresó haber elegido el nombre de Julio no por honrar a Julio I, el férreo combatiente del arrianismo en los tiempos de Constantino el Grande, sino para honrar y recuperar el espíritu de Julio César. En este sentido, es bastante ilustrativa la anécdota que refiere cómo, para celebrar la toma de Bolonia en 1506, Julio pidió a Miguel Ángel fundir su efigie en bronce, quien le preguntó si deseaba que le pusiera en la mano un libro o una espada, a lo que contestó que una espada, porque de libros no sabía nada (Baumgartner, 2010: 12; Pastor, 1950: 153).

Durante su pontificado, Julio se olvidó completamente de la misión universal de la Iglesia, de su función como pastor de la grey cristiana y concentró toda su atención en la construcción y el fortalecimiento del Estado papal. Incluso el Concilio Laterano que convocó en 1512 lo usó solo para descalificar al cónclave de Pisa, dejando a un lado toda la agenda doctrinal que se había acumulado desde mediados del siglo XV y que comenzaba a ser una fuerte presión para reformar muchas instituciones y prácticas de la Iglesia católica. Esta fue la última oportunidad de la Iglesia para atajar la ola reformista que Lutero impulsaría solo cinco años después, porque en la siguiente ocasión, en el Concilio de Trento de 1545, la Iglesia protestante había hecho tales avances que era imposible revertirlos (Prosperi, 2001: 12-30; Rendina, 2013: 500).

En cuarto lugar, en relación con la consolidación de la soberanía y la obtención del reconocimiento internacional para los Estados Pontificios, Julio se distinguió notablemente de todos los demás papas de su época. Cuando murió, en 1513, los Estados Pontificios no solo gozaban del respeto y la consideración de las principales potencias europeas, sino que dentro de Italia se había convertido en árbitro y fuerza equilibrante.

La relación de Julio con los otros Estados italianos y europeos fue bastante accidentada, sobre todo su relación con Francia, una nación que había adquirido un papel preponderante en Italia desde la intervención de Carlos VIII en 1494 (Pastor, 1950: 210).

En su época de cardenal, Julio cultivó una relación muy estrecha con Francia. Desde la muerte de Inocencio VIII en 1492 se había enfrentado

con el cardenal Rodrigo Borgia, el futuro Alejandro VI. El enfrentamiento se profundizó cuando Alejandro asumió el pontificado en 1492, al grado de que el año siguiente decidió autoexiliarse en Francia para ponerse lejos del alcance de Alejandro y al amparo del rey francés. Durante ese tiempo, Giuliano incitó al monarca francés para que interviniera en Italia, destituyera a Alejandro, y abriera así la posibilidad de que él mismo fuera elegido papa (Baumgartner, 2010: 14; Shaw, 1993: 81).

Giuliano no volvió a Italia sino hasta la muerte de Alejandro; albergaba expectativas papales, que se manifestaron con claridad en el cónclave que se reunió para elegir al sucesor de Alejandro. A pesar de que parecía llegar con todo el apoyo francés, en realidad el rey de Francia tenía otros planes, pues deseaba hacer papa a su propio ministro, Georges d'Amboise, cardenal de Rouen (Pellegrini, 2010: 128). Además, en el cónclave también se manifestaron fuertes apoyos al cardenal Capranica, tanto que las primeras votaciones arrojaron prácticamente un empate entre los tres. Este escenario de *impasse* fue el que propició la elección de un papa de transición, un papa provisional, para lo cual fue designado el cardenal Francesco Todeschini Piccolomini —sobrino del papa Eneas Silvio Piccolomini llamado Pío II—, quien a su vez adoptó el nombre de Pío III (Pastor, 1950: 137; Shaw, 1993: 120).

Como Pío III se encontraba muy enfermo desde su designación, no duró en el cargo ni siquiera un mes, por lo que debió convocarse a un nuevo cónclave. Contra todos los pronósticos, en este nuevo cónclave no se repitió el escenario que había tenido lugar apenas dos meses atrás. En este breve lapso, Giuliano tuvo la habilidad para atraerse los apoyos necesarios para ser papa, al grado de haber sido elegido casi por unanimidad y en un tiempo récord: fue uno de los cónclaves más breves de la historia (Rendina, 2013: 497; Pastor, 1950: 131; Shaw, 1993: 121). Convenció al cardenal de Rouen de que lo apoyara, para lo cual le hizo ver que en ese momento era difícil que los cardenales españoles e italianos votaran por un francés, y menos por alguien tan allegado al rey; además, ofreció nombrar más cardenales franceses; por otro lado, le ofreció a César Borgia, quien controlaba al contingente de cardenales españoles, respetarle sus conquistas en la Romaña y nombrarlo capitán general de los ejércitos papales; del mismo modo, a los cardenales italianos les ofreció no encumbrar más cardenales para que estos no perdieran su potencial relativo (Baumgartner, 2010: 14-15). Sí, parecían muchos compromisos, y Maquiavelo que en ese momento se encontraba como legado en Roma lo advertía… "él ha prometido lo que

se le ha pedido, por lo que se piensa que las dificultades vendrán a la hora de observar las promesas" (Maquiavelo, 2013a: 169).

Durante sus primeros años en el papado, Julio mantuvo su alianza con Francia, al grado de que la campaña militar que emprendió contra Bolonia en 1506 hubiera sido impensable sin el apoyo de las tropas francesas. Más aún, en 1509 se sumó a la Liga de Cambrai que el año anterior se había pactado entre Francia, España y el emperador con el fin de atacar a Venecia y despojarla de todas las posesiones de las que se había apropiando en los últimos cien años y que de una u otra manera eran reclamadas por estos Estados (Pellegrini, 2010: 130).

Como se anotó arriba, una vez que Venecia sufrió la desastrosa derrota de Agnadello y que ofreció restituir a la Iglesia las posesiones reclamadas así como firmar un acuerdo de paz y cooperación, Julio aprovechó las circunstancias para impulsar la formación de la Liga Santa de 1511 integrada por España, Venecia y él mismo, con el fin de expulsar a Francia de Italia. Reanudadas las hostilidades con esta realineación de fuerzas, el ejército francés derrotó al ejército de la liga en la famosa batalla de Rávena de abril de 1512, pero la victoria fue tan costosa, que el ejército francés no pudo reponerse y abandonó Italia ese mismo año. Así, con la salida de Francia del suelo italiano, Julio logró no solo la afirmación de la soberanía de los Estados Pontificios, sino también la expulsión de una potencia que desde hacía casi veinte años alteraba el equilibrio de poder en la península. Ciertamente, solo tres años después, Francia volvería a incursionar en suelo italiano, pero eso nadie podía saberlo todavía; en ese momento, en 1512, el papado aparecía como el factor de poder determinante en la península (Pastor, 1950: 248-286; Pellegrini, 2010: 133).

Por último, en quinto lugar, Julio también continuó con el proceso de construcción de un sistema administrativo y fiscal más efectivo. No dejó de presionar a las diferentes iglesias nacionales para que enviaran a Roma la proporción de sus ingresos que correspondían a la sede, por lo que se enfrentó con la fuerte resistencia no solo de los monarcas, sino del clero, que veían con malos ojos esa extracción de recursos. Además, la acumulación de incontables indulgencias se hacía cada vez más intolerable (Baumgartner, 2010: 20). Particular resistencia ofreció la iglesia galicana, la cual encontró protección y apoyo en su monarca, al grado de sentar los precedentes del Concordato de 1516. Igual malestar se suscitó en las iglesias alemanas y británicas, semilla de posteriores rebeliones (Gilbert, 1980; Ranke, 1993: 27).

Además de estos ingresos provenientes de la rama espiritual, Julio continuó con la recaudación de ingresos fiscales, sobre todo mediante la venta de cargos, una actividad que había seguido una tendencia creciente desde los tiempos de Sixto IV (1471-1484) y que para principios del siglo XV ya había alcanzado dimensiones desproporcionadas (Baumgartner, 2010: 20; Partner, 1979: 47-74; Shaw, 1993: 176).

Así como Julio dio pasos importantes para la consolidación de un sistema fiscal y administrativo más moderno, también sobresale su ánimo bélico, que se manifestara desde sus tiempos de cardenal-condotiero. Destinó cuantiosos recursos a la organización y financiamiento de uno de los ejércitos más grandes de la Italia renacentista, que llegó hasta ocho mil o diez mil hombres; un ejército que poco a poco se profesionalizó y sentó las bases de una de las instituciones más características del Estado moderno. Para brindar solo una ilustración, basta recordar que en 1506 confió su guardia personal a los suizos, los mejores soldados del momento —de acuerdo con Maquiavelo—, quienes desde entonces y hasta la fecha siguen desempeñando esta función con el vistoso atuendo que los distinguía. Además, Julio recurrió nuevamente a ellos en 1510 para reforzar la coalición que le permitió expulsar a los franceses de Italia en 1512 (Mommsen, 1948).

Maquiavelo y el papado

Maquiavelo dedicó una parte muy importante de su atención y de sus escritos a la religión y a la Iglesia, es decir, se ocupó tanto de los aspectos dogmáticos y espirituales de la religión como de los curiales e institucionales. De la religión en cuanto dogma de fe, como aproximación a la divinidad, le interesaba sobre todo su efecto ético sobre la población, y de la Iglesia en cuanto institución, le importaba la función del sacerdocio católico en el ejercicio del poder político, sobre todo el principado del papa en los Estados Pontificios y la estructura de poder que lo ayudaba a mantenerlos (Viroli, 2012).

La distinción de estos dos aspectos de la Iglesia católica se aprecia en el tratamiento que Maquiavelo le da en sus escritos. Como se sabe, el capítulo XI de *El príncipe* está dedicado a los principados eclesiásticos, en donde analiza el poder terrenal de la Iglesia y la función del papa como príncipe, prestando muy poca atención a las cuestiones de la fe o a la función del papa como sacerdote (Maquiavelo, 2010: 91-95). Sucede prácticamente lo contrario en los *Discursos*, en donde dedica los capítulos XI

a XV del primer libro al análisis del problema religioso en sí mismo, su dimensión confesional, pero presta muy poca atención al poder temporal del papa (Maquiavelo: 2005: 67-81). En la *Historia* también se ocupa de este problema, aunque ahí vuelve a concentrarse casi exclusivamente en los problemas del poder temporal del papa. En este sentido, vale la pena mencionar que ha pasado inadvertido para la mayor parte de la crítica especializada que casi todo el primer libro de este texto se dedique a la historia del papado, postergando al segundo libro el inicio de la historia de Florencia, algo un poco extraño, que ni siquiera se justificaría por el hecho de que un papa, Clemente VII, hubiera sido el patrocinador del libro. En todo caso, podría explicarse en alguna medida por la importancia que Maquiavelo atribuía al papado en la historia de toda Italia, incluida Florencia (Maquiavelo, 2009: 29-75).

Maquiavelo menciona específicamente a Julio II en *El príncipe* varias veces, la mayoría para destacar su gran contribución a la consolidación política y territorial de los Estados Pontificios. En total, se refiere a él en cinco ocasiones, en los capítulos II, XI, XIII, XVI y XXV; de estas, las últimas dos alusiones se relacionan con su carácter personal, y están formuladas como elogios. En el capítulo XVI, en donde Maquiavelo examina la cuestión de la tacañería y liberalidad de los príncipes y concluye que más vale ser tacaño que liberal, pues la liberalidad de un príncipe conduce a la expoliación de sus súbditos, pone como ejemplo a Julo II, quien solo presumió liberalidad para llegar al papado, pero una vez en él, actuó con bastante tacañería, sin la cual no hubiera estado en condiciones de hacer la guerra y consolidar la autonomía de los Estados Pontificios (Maquiavelo, 2010: 111-114). El otro elogio se encuentra en el importante capítulo XXV, en donde Maquiavelo habla acerca de la manera en que los hombres deben hacer frente a la fortuna, con su famosa afirmación de que acepta que la fortuna dirija la mitad de nuestros asuntos, dejando la otra mitad al arbitrio propio (Maquiavelo, 2010: 151-156).

Sin embargo, más allá de esta conocida sentencia, Maquiavelo profundiza de una manera mucho más interesante en la psicología humana al explicar que en general los hombres enfrentan la fortuna con impetuosidad o con parsimonia, pero advierte que es difícil encontrar en ellos el carácter para adoptar una u otra, es decir, que la naturaleza humana no puede adaptarse con flexibilidad en esta materia a las circunstancias cambiantes de su entorno, ya que que actúa guiada por una regla fija, valores inmutables y costumbres arraigadas. Si tuvieran esta cualidad, afirma, do-

minarían sin mayor problema a la fortuna, pero como no la tienen, fracasan una y otra vez. Dado este contexto, los hombres solo tienen garantizado el éxito ahí donde el entorno es propicio a su carácter. No obstante —concluye Maquiavelo—, si hay que elegir es mejor ser impetuoso, ya que la fortuna se muestra menos ingrata con este tipo de hombres. Aquí es donde Maquiavelo pone el ejemplo de Julio II, quien pudo obtener sus objetivos gracias a su carácter enérgico e impetuoso, favorecido además por la fortuna, que le presentó las circunstancias propicias para el éxito; una caracterización que repite casi en los mismos términos en los *Discursos* (Maquiavelo, 2005: 350, 438).

Las otras tres alusiones contenidas en *El príncipe* tratan de la consolidación territorial de los Estados Pontificios que impulsó Julio. En los capítulos II y XIII Maquiavelo se refiere a la toma de Ferrara y al despojo sufrido por Alfonso de Este, recuperación que llegó en el momento culminante del pontificado de Julio, mientras que la alusión del capítulo XI se refiere a la campaña de Bolonia de 1506, que señalaría el principio de las acciones militares del pontífice.

En el mismo capítulo, Maquiavelo menciona dos cuestiones que exaltan la contribución de Julio a lo que se ha llamado aquí el pontificado renacentista, pues le reconoce haber emprendido estas campañas militares para lograr el engrandecimiento de la Iglesia, de los Estados Pontificios, y no para el de un particular, es decir para favorecer a su familia o entregarles un Estado, como habían hecho Alejando VI, Inocencio VIII y Sixto IV. Además, Maquiavelo menciona que Julio encontró medios para acumular dinero que no se habían usado antes de Alejandro, es decir una contribución más al fortalecimiento del sistema fiscal que construyeron estos papas.

Como se dijo antes, en los *Discursos* Maquiavelo se refiere esencialmente al problema religioso y trata de forma marginal lo que se refiere al poder terrenal de la Iglesia. En este sentido, al referirse en específico a Julio, menciona la importancia de la conquista de Bolonia, la expulsión de los Bentivoglio y la mala elección que hizo del gobernador que dejó a cargo de la ciudad (Maquiavelo, 2005: 105, 275). Del mismo modo adelanta un juicio que desarrollará con más amplitud en la *Historia*: que la Iglesia romana siempre ha mantenido dividido al país.

El libro primero de la *Historia* es muy peculiar porque casi en su totalidad está dedicado a la historia de Roma y el papado: se remonta hasta la época de las invasiones, cuando el rey de Italia se trasladó a Rávena y

dejó a Roma sin jefe político, por lo que la vacante fue asumida por los papas (Maquiavelo, 2009: 29).

Maquiavelo retrocede hasta esa época para hacer el recuento de cómo los papas adquirieron el poder terrenal en Roma y en el centro de Italia. No obstante, lo más relevante para nuestros objetivos es que, como lo hace parcialmente en los *Discursos*, responsabiliza a los papas de haber llamado a los bárbaros al país, de la desunión de la península, de ser los causantes de todas las guerras, de reproducir el nepotismo y de impedir que se construyese un gobierno nacional. Pueden parecer muchas acusaciones las que formula Maquiavelo contra el papado, pero quien lea el primer libro de la *Historia* no puede quedarse con otra impresión: que el papado fue el responsable de todas estas guerras, invasiones y discordias.

Más allá de la precisión histórica del recuento de Maquiavelo, lo que realmente importa aquí es el señalamiento que hace de que la presencia del papado en la península había hecho imposible que esta se unificara para hacer frente a las grandes potencias europeas que ya por entonces estaban en formación; es decir, si el papado renacentista significó un fortalecimiento sin precedente de los Estados Pontificios, al mismo tiempo y de manera espontánea significó también un debilitamiento de Italia, ya que no podía unificarse para constituirse en una gran potencia y eso la postraba ante las otras naciones europeas. En este sentido, podría decirse que la gloria del papado renacentista significo la ruina del proyecto estatal moderno para toda la península.

Por desgracia, como se sabe, la *Historia* solo llega hasta la muerte de Lorenzo el Magnífico en 1492, y en el libro primero, cuando hace el recuento del papado, se interrumpe mucho antes, en 1417, cuando es designado pontífice Martin V. No obstante, es muy probable que si Maquiavelo hubiera continuado su recuento histórico hasta Clemente VII, el papa en turno cuando escribió su libro, habría señalado a Julio II como corresponsable de todos los cargos que había hecho al papado.

La opinión sobre la Iglesia católica que Maquiavelo vierte en *El príncipe* es hasta cierto grado aséptica, neutra; se limita a establecer las fuentes de legitimidad y estabilidad de los principados eclesiásticos de una manera muy similar a la que había empleado en los otros tipos de principados. No obstante, los juicios y las críticas que dirige al cristianismo en los *Discursos* y en la *Historia* son demoledores. En los *Discursos* se concentra en la crítica del dogma religioso del cristianismo y en la pasividad y conformismo que imbuye en sus creyentes, mientras que en la *Historia*

arremete contra las instituciones del cristianismo, contra su Iglesia y sobre todo contra el papado, a quien responsabiliza de tres graves problemas: haber provocado todas las guerras en las que se había visto envuelto el país, invitar o conducir a los bárbaros a su territorio e inducir y favorecer la desunión del país.

Desde que Carlos VIII de Francia incursionó en Italia en 1494, lo que significó el comienzo de lo que se conocería como las guerras italianas, empezó un periodo de más de tres décadas en el cual el país se vio sacudido por una violenta turbulencia social, política y militar. Los papas de este periodo, Alejandro VI, Julio II, León X y Clemente VII se vieron involucrados de lleno en estos conflictos, y en ciertos casos se convirtieron en líderes, promotores o árbitros de algunos de sus episodios determinantes. Maquiavelo no solo vivió y atestiguó estos acontecimientos, sino que además su gran interés en los asuntos políticos propició que los usara como fuente de sus análisis y reflexiones teóricas. Así, sus opiniones sobre el papado se nutrieron no solo de la historia medieval, sino también de los acontecimientos que él mismo presenciaba, que ejercieron sobre él una influencia aún mayor. Pese a que las opiniones que expresó sobre papas como Julio II pueden parecer ambivalentes, en el fondo, si se observan con detenimiento las acciones que este papa realizó, se podrá concluir que su conducta se ajusta a los juicios más críticos que Maquiavelo había emitido sobre la historia y el presente del papado.

En la época del Renacimiento fue cuando se manifestó con mayor claridad la contradicción irresoluble entre el poder temporal y el espiritual de la Iglesia católica. En este periodo fue cuando el empecinamiento de los papas por mantener y engrandecer los Estados Pontificios chocó con las necesidades de integración y estabilidad política de Italia, lo que propició su inviabilidad como Estado moderno y la dejó en abierta desventaja frente a los otros países europeos que poco a poco consolidaron sus estructuras políticas. Maquiavelo estaba consciente de eso y precisamente por esa razón sus juicios sobre el papado fueron tan ásperos y reprobatorios.

8. Venecia, ¿la república hermana?

Maquiavelo sentía un profundo desagrado y desprecio por Venecia y los venecianos. Lo expresó así en varias ocasiones, y aunque en otras tantas declaró su admiración por ciertas cualidades de este Estado, el balance general no puede sino conducir a esa impresión. A primera vista, esta opinión puede parecer sorprendente y desconcertante, ya que en los tiempos de Maquiavelo, Venecia y Florencia eran los únicos dos grandes Estados italianos que habían conservado las instituciones republicanas adoptadas en la época comunal, por lo tanto, podría decirse que eran repúblicas hermanas, un vínculo que debía suponerse muy fuerte, sobre todo si se toma en cuenta que durante una buena parte del siglo XV las dos repúblicas se unieron para contener el ímpetu expansionista del ducado de Milán, un gobierno señorial y tiránico, como muchos otros que habían sojuzgado a casi todas las ciudades italianas desde el siglo XIV.

En este sentido, cuando en el capítulo XI de *El príncipe* Maquiavelo hace un recuento de los Estados italianos más fuertes de su época, toma en cuenta cinco: los Estados Pontificios, el reino de Nápoles, el ducado de Milán, la república de Venecia y la república de Florencia, es decir, tres principados y dos repúblicas. De estos cinco, las repúblicas no solo eran minoría, sino que muchos otros grandes Estados italianos que en los siglos precedentes habían tenido también instituciones republicanas, como Génova, Pisa, Verona, Brescia o Bolonia, se habían convertido ya en principados, dejando solo a Venecia y Florencia como las únicas muestras significativas del pasado comunal y republicano de la Italia tardomedieval.

Maquiavelo no era el único en Florencia ni en Italia que tenía esa mala opinión de los venecianos. Ya mucho antes, Giovanni Villani, el gran cronista de Florencia, había considerado a los venecianos como una raza pérfida. También Francesco Guicciardini, otro de los pesadores políti-

cos florentinos más ilustres del periodo, tenía una impresión muy similar, a la cual se sumaban muchos otros personajes ilustres de la época, como el papa Julio II, quien fue a fin de cuentas el verdugo de los venecianos en 1509.

También había en el resto de Italia y en Florencia apasionados y sinceros admiradores de Venecia. Luego de la expulsión de los Médici en 1494, como se expuso en los capítulos 4 y 5, Florencia inició un proceso de refundación política inspirada por el fraile Girolamo Savonarola, quien trató de imitar los rasgos constitucionales básicos de Venecia, comenzando por el Consejo Mayor, el cual fue la instancia política fundamental sobre la que se basó la ciudad en los años que duró ese gobierno republicano. Incluso en 1502, cuatro años después de haber desaparecido Savonarola, los *ottimati* de la ciudad propusieron y lograron que se creara en Florencia una magistratura similar al dogo de Venecia, que por su carácter vitalicio consideraban que le daría a su Estado la estabilidad que tanto buscaban.

No obstante, a pesar de sus instituciones políticas, de su mítica longevidad y de su defensa de las libertades italianas, Venecia despertaba muy pocas simpatías en Maquiavelo, aunque en partes cruciales de su pensamiento político se valoraran significativamente todas esas cualidades. En este sentido, el objetivo de este último ensayo es precisamente exponer las opiniones de Maquiavelo sobre la *Serenissima* y explicar las razones de su animadversión, con el fin de contribuir así a una mejor comprensión y explicación de sus ideas republicanas y nacionalistas.

Historia y mito

Cuando Maquiavelo habla de Venecia en su *Historia de Florencia*, escrita en la década de 1520, comienza por reconocer que en ese momento es el Estado más importante de Italia, tanto por su organización como por su poderío. Y tenía razón, porque de todos los Estados italianos, Venecia había conservado el mayor margen de independencia y autonomía frente al exterior desde que comenzaron las guerras italianas de 1494 (Maquiavelo, 2009: 64; Cronin, 1972: 176-193).

En los diez años que habían transcurrido desde 1513, cuando en el capítulo XI de *El príncipe* Maquiavelo hacía el recuento de los cinco Estados italianos más importantes, casi todos habían perdido su autonomía: Nápoles había caído sin remedio bajo el dominio español, Milán bajo el francés, Florencia se había convertido en un satélite de los Estados Pon-

tificios y estos, de la mano del papa, habían seguido una política errática de aproximación y disociación frente a Francia y España, que terminaría tristemente con el sometimiento a esta última, simbolizado por la coronación de Carlos V como emperador realizada por Clemente VII en 1530. Solo Venecia, con enormes dificultades, había conservado su autonomía (Maquiavelo, 2010: 92-93; Hay y Law, 1989: 149-168).

En este mismo pasaje, Maquiavelo plantea que este resultado se debía en buena medida al desarrollo histórico de ese Estado, y para ilustrarlo se remonta hasta la época de su fundación.

Maquiavelo ya se había referido a la fundación de Venecia en los *Discursos* al ponerla como ejemplo de tres cosas: en primer lugar, de las repúblicas que no fueron fundadas por extranjeros, sino que las crearon los hombres que radicaban con anterioridad ahí y que por alguna razón decidieron en cierto momento congregarse para fundar un Estado. En segundo lugar, la exhibe como una de las repúblicas cuya creación y legislación fundacional no se debe a un gran líder, sino que es producto del genio y empeño del conjunto de los individuos que forman la república. En tercero, denota el acierto de sus fundadores al elegir un lugar apropiado para su defensa, como era el caso de Venecia, que no era accesible por tierra para sus enemigos, solo por mar (Maquiavelo, 2005: 47-51; Guicciardini, 2006: 51).

Maquiavelo recomienda en ese mismo pasaje establecerse en lugares fértiles y productivos, de donde podría inferirse una crítica a los primeros venecianos que eligieron un lugar pantanoso e insalubre. No obstante, en este mismo pasaje reconoce que cuando hay restricciones importantes a la libertad de elección, tal como la experimentaron estos, la virtud de los fundadores de estas repúblicas es mayor, lo que constituye indirectamente y en conjunto un reconocimiento a la virtud de los fundadores de Venecia (Maquiavelo, 2005: 30; Diehl, 1961: 15-18; Psarra, 2018: 27-81).

En el capítulo XXIX del libro primero de la *Historia de Florencia* Maquiavelo hace un recuento de las primeras fases de la historia de Venecia y aunque dedica casi la totalidad de este libro a exponer la historia de Roma y el papado, incluye breves pasajes o capítulos dedicados tanto a Venecia como a Milán, pero deja para el libro segundo el inicio de la historia de Florencia (Maquiavelo, 2009: 29-75).

En este sentido, Maquiavelo recoge en el capítulo XXIX una parte de la historia legendaria de Venecia, una versión que los mismos venecianos se complacían en difundir, la cual contaba que los primeros ha-

bitantes de las islas habían llegado a ellas huyendo de la invasión de los bárbaros, en particular de la furia de los hunos quienes, conducidos por Atila, habían atacado Aquilea y los territorios circunvecinos en 452, por lo que sus habitantes se habían refugiado en esta zona, tanto por el miedo a los bárbaros como por su resistencia a la sumisión, y conservaron así su libertad que, con el paso del tiempo, convertirían en principio y dogma constitucional de su vida política (Norwich, 1989: 3-14; Ravegnani, 2006: 11-33; Lane, 1978: 3-13).

Es muy probable que el mayor impulso poblacional en su origen fuera la invasión de Atila, sin embargo, la región ya se había comenzado a poblar mucho antes, al grado de que el mismo emperador Augusto había dividido Italia en diez provincias, y una de ellas era Venetia e Istria, razón por la cual —dice Maquiavelo—, desde la Antigüedad esa provincia ya se llamaba Venecia. No obstante, es muy probable que la primera oleada poblacional de importancia ocurriera a raíz de la invasión de los visigodos comandados por Alarico en el año 401, dado que algunos años después se produjo un acontecimiento que es considerado la ceremonia de fundación de la ciudad: el 25 de marzo de 421, día de la Anunciación, se fundó la iglesia de San Giacometo (Baron, 1955: 203; Burkhardt, 1984: 35).

A partir de esa época, los pobladores de la zona se acercaron y concentraron en uno de los montículos más altos de las islas, en el Rivus Altus, de donde se derivó el nombre de Rialto, lugar adonde dice Maquiavelo que llegaron sobre todo los paduanos que también huían de Atila, por lo que desde entonces se convirtió en el centro urbano de la ciudad (Diehl, 1961: 17-18; Psarra, 2018: 83-137).

Estos años de fundación y poblamiento pueden considerarse como la primera etapa de la historia de Venecia, que se suele dividir en cinco segmentos si se parte desde su origen hasta la época del Renacimiento. Con este supuesto, la segunda etapa de esta historia se abre a fines del siglo VI, con la ofensiva de Bizancio sobre los godos, quienes controlaban el norte de la península, gracias a la cual consiguió someter toda esta zona a su dominio imperial, incluida Venecia (Ravegnani, 2006: 20-46).

De este modo, comienza un periodo de sometimiento a Bizancio que no acabaría sino a finales del siglo VIII. Durante estas dos centurias Venecia fue gobernada mediante la estructura administrativa del imperio, que a fines del siglo VI había creado un radicado en Rávena, quien gobernaba todo el territorio nororiental de la península a través de una red de duques nombrados por el emperador.

En esta época vuelven a destacarse los rasgos de libertad y autonomía que los venecianos se sentían orgullosos de exaltar. Como dice Maquiavelo, desde los tiempos de los primeros asentamientos sus habitantes se gobernaron con sus propias leyes y *orchini*, una especie de tribunos elegidos de manera popular, a los cuales vino a sobreponerse el duque designado por el exarca de Rávena, el *dogo*, como lo traducían los venecianos. Sin embargo, a fines del siglo VII se suscitó una rebelión contra el exarcado, a partir de la cual lograron que el duque que los gobernara fuera elegido popularmente (Maquiavelo, 2009: 65; Norwich, 1989: 15-25).

Del mismo modo, desde entonces los venecianos pusieron distancia y límites frente a la autoridad eclesiástica de Roma. Aprovecharon su dependencia política de Bizancio y el aumento de los distanciamientos entre la Iglesia romana y la bizantina, para resistir y marginarse cada vez más de la jerarquía católica.

A mediados del siglo VI se suscitó un conflicto religioso acerca de la naturaleza humana o divina de Cristo, una discusión que alcanzó tales proporciones que un conjunto de obispos de la zona nororiental de la península se alejó y desvinculó de Roma y protagonizó el Cisma de los Tres Capítulos. Desde entonces, las relaciones entre el papado y la iglesia local no fueron las mejores, al grado de que a mediados del siglo IX lograron arrancarle a Roma la facultad de nombrar a sus propios obispos y de retener los diezmos y las contribuciones ordinarias del clero.

Tanta importancia alcanzó la iglesia local veneciana, que se fundó un consejo llamado los Procuradores de San Marcos, formado por nueve patricios destacados de la ciudad, cuya relevancia se deduce al considerar que casi todos los dogos ocuparon primero el cargo de procurador (Gilbert, 1980: 10).

La tercera etapa del desarrollo histórico de Venecia la marca la caída de Rávena a manos de los longobardos en 751. Su invasión del norte de la península provocó un debilitamiento del control que ejercía Bizancio en la zona, al grado de que nunca pudo recuperarlo del todo. Dado que Bizancio se encontraba muy presionada por su lucha contra los turcos y le era imposible recuperar el norte de Italia y al mismo tiempo ayudar a Roma ante el asedio de estos, el papa Esteban II no vio otro recurso que pedir ayuda a Pipino, el rey de los francos. Pipino aceptó la petición, y de hecho procedió al establecimiento de una alianza entre ambos, por medio de la cual obtuvo del papa que lo consagrara tanto a él como a sus hijos y esposa, sentando las bases más sólidas del derecho divino al trono

que reclamarían después los reyes francos. Pipino rompió así su acuerdo con los longobardos y los combatió hasta debilitarlos y dejar a salvo Roma (Rendina, 2013: 179-184).

Maquiavelo da cuenta en ese mismo pasaje de esta relación entre el papa y Pipino, atribuyendo a un acuerdo entre este y Bizancio la concesión de un mayor margen de libertad a Venecia (Maquiavelo, 2009: 65). En realidad, Bizancio siguió tratando de someter a Venecia, tanto que años después, ante las nuevas acometidas de los longobardos, el papa Adriano I le solicito a Carlomagno, el hijo de Pipino, que entrara en Italia para hacerle efectiva la entrega de las ciudades del norte, lo que aprovecharon los venecianos para acudir ante Carlomagno, en 805, y ponerse bajo su resguardo, por lo que los bizantinos los acusaron de traición. A pesar de que tan solo siete años después, en 812, Carlomagno restituyó Venecia a Bizancio, nunca se restablecieron los vínculos de dependencia (Ravegnani, 2006: 47-102).

Venecia aprovechó durante todo este tiempo la debilidad de Bizancio para fortalecer sus estructuras de autogobierno. Desde principios del siglo VIII había logrado que el duque designado por Bizancio fuera elegido popularmente, lo cual constituyó un verdadero triunfo. No obstante, los duques así elegidos comenzaron a adquirir una gran autonomía frente a la asamblea popular, al grado de asimilarse a una figura monárquica. Tanto que el duque elegido en 774, Maurizio Galbaio, tomó la decisión de asociar al ducado a su propio hijo, quien lo sucedió a su muerte sin que mediara la elección de la asamblea popular, una acción sin precedente. Esta decisión significaba en realidad la introducción del principio hereditario en una institución de gobierno en tránsito hacia la monarquía; un gobierno que hasta hacía no mucho tiempo tenía fuertes tintes democráticos, que había cedido ante lo que podría llamarse una monarquía electiva y que ahora apuntaba a convertirse en una monarquía hereditaria (Norwich, 1989; Ravegnani, 2013).

Poco después, en los primeros años del siglo IX, el dogo en turno tomó por esposa a una de las damas de la corte de Carlomagno, tratando de adoptar así la práctica que ya comenzaba a extenderse en las monarquías europeas, es decir, la asociación de sus casas reales mediante esta política de matrimonios, una práctica que tantos conflictos causó en los siglos posteriores.

La cuarta etapa de la historia de Venecia se inicia en el siglo IX, cuando comienza a crecer y expandirse de forma acelerada, para convertir-

se en una potencia comercial y naviera de enorme importancia, al grado de construir un imperio marítimo que alcanzaba lugares distantes en el Oriente. Maquiavelo cuenta cómo los venecianos, por necesidad y vocación, adquirieron una gran experiencia en los asuntos marítimos, y cómo se dedicaron al transporte tanto de mercancías como de personas, pues al disponer de una gran flota no faltaron quienes les solicitaron el traslado de sus bienes o sus ejércitos (Maquiavelo, 2009: 65).

En cierta medida ya en el siglo X, y con plenitud en el XI, Venecia se convirtió en una potencia económica. Al ser el transporte marítimo el principal medio de movilidad de media y larga distancia, los venecianos tuvieron el enorme acierto de construir a principios del siglo un arsenal naviero que se desarrolló hasta convertirse en el mayor de Europa, tanto que para principios del siglo XV, la ciudad disponía de tres mil buques comerciales y trescientos de guerra (Diehl, 1961: 69). Su crecimiento comercial les permitió convertirse en señores del Adriático, al que llamaban nuestro golfo, pues llegaron a controlar todo el tráfico comercial en la zona y establecieron colonias a todo lo largo de la costa dálmata, que llegaban incluso a Creta, Chipre y Bizancio.

Su presencia y desarrollo en toda la zona de influencia del imperio bizantino permitió que después de la cuarta cruzada y de su papel relevante en ella se le concediera un importante número de posesiones, por lo que desde entonces el dogo fue llamado "señor de un cuarto y medio del imperio romano", es decir, gobernante y titular de los derechos de poco más de una tercera parte de esos dominios (Ravegnani, 2006: 103-122).

Por otro lado, durante este periodo, Venecia logró tejer una estrategia internacional para lograr un mayor margen de autonomía frente a las grandes potencias de las que se encontraba rodeada, pues la circundaban el reino de los francos, el ducado de Milán, el papa y sus Estados, el Sacro Imperio y el imperio bizantino. Su habilidad le permitió incluso fungir como mediadora y anfitriona de la paz que alcanzaron en 1171 el papa y Federico Barbarroja.

Además, su participación fue determinante para que no solo ella sino muchas otras ciudades del norte de Italia lograran en esa época un mayor margen de autonomía frente al imperio. Así, desde el siglo X y hasta el XIII, se produjo un gran auge de los gobiernos comunales en la zona, los cuales tuvieron que agruparse en la Liga Lombarda en 1168, en la cual Venecia participaba, para luchar contra Barbarroja y hacer respetar su au-

tonomía. La derrota de los ejércitos imperiales en la batalla de Legnano en 1176 determinó el desenlace a favor de la liga y condujo a la paz de Constanza en 1183, que garantizó a sus integrantes los derechos de elegir a sus propias autoridades, gobernarse libremente y hacer sus propias leyes (Martines, 1979: 25).

De este modo, durante esta etapa también se desarrollan y llegan a su plena madurez las principales instituciones de Venecia. De hecho, hay dos momentos cruciales en esta transformación y construcción: 1172, cuando se arranca la elección del dogo a la asamblea popular y se le entrega a un pequeño consejo de notables, y 1297, cuando se decreta la *serrata del consiglio* o cierre del consejo, que consistió en restringir de manera significativa el acceso popular al Consejo Mayor. De este modo, por su relevancia para los propósitos de este texto, es conveniente tratar por separado la creación o transformación de cada una de las instituciones de la constitución política veneciana (Pocock, 2002: 356-358; Lane, 1978: 108-120).

En primer lugar, debe notarse que fue durante este periodo cuando se transformó la función del dogo, pues sus tentaciones monárquicas se vieron coartadas en 1032, cuando se creó una ley para impedirle que nombrara un corregente o asociado, como habían hecho varios de ellos desde fines del siglo VIII. Al mismo tiempo y con el mismo fin, se crearon dos consejeros que debían acompañar su gestión para garantizar su rectitud (Ravegnani, 2013: 21; Norwich, 1989: 49-75).

Este fue solo el primer paso de una larga secuencia de medidas que se adoptaron para restarle facultades y poder, pues las restricciones siguieron y se multiplicaron de manera aplastante: luego de la imposición de dos consejeros en 1032, en 1178 se aumentó el número a seis, y se le prohibió dar audiencia o extender una carta oficial sin que estuvieran presentes al menos cuatro de ellos. En 1268 se le prohibió realizar operaciones comerciales, y más tarde, en 1347, tener propiedades fuera de Venecia, con lo cual se redujo al mínimo su actividad económica. En 1275 se le prohibió a él y a sus hijos casarse con princesas extranjeras, y en 1343 se excluyó a sus hijos de la posibilidad de asumir cualquier magistratura. En 1400 se autorizó a los abogados del municipio para que pudieran citarlo a juicio y en 1523 se le prohibió poner su emblema fuera del palacio y salir al extranjero sin permiso.

Como puede verse, considerar al dogo de Venecia como la primera magistratura de la república no era sino un mero formulismo, pues estaba

tan sujeto al Senado y al Consejo Mayor, que más parecía un secretario al servicio de una compleja maquinaria política. Como si fuera poco, en 1339 se le había prohibido abdicar, para que no quedara duda de su incondicionalidad.

Con el mismo propósito, estaba establecido que el primer requisito para acceder al cargo era pertenecer a una familia inscrita en el Consejo Mayor. Además, para mayores garantías, desde 1268, unos treinta años antes de la *serrata del consiglio*, se diseñó uno de los procedimientos electorales más complejos que haya creado el ingenio humano para la designación de un magistrado, en el cual intervenían solo los miembros del Consejo Mayor que tuvieran más de treinta años de edad, lo que reducía ciertamente el universo electoral, pero no su tortuosidad (Coggins y Perali, 1998: 713-715; Lane, 1978: 131). Como si no fueran suficientes precauciones contra del fortalecimiento del dogo, poco a poco se convirtió en un requisito no escrito el que se eligiera a ancianos, con el resultado de que entre 1580 y 1720 su promedio de edad fue de 67 años, por lo que su mandato fue de unos cinco años; de esta manera su carácter vitalicio era otro formulismo (Burke, 1994: 112).

El patriciado veneciano emprendió desde principios del siglo XI la construcción de un entramado legal e institucional para impedir que su dogo se convirtiera en señor de la república. Tantas precauciones no eran en vano, pues en los siglos XIII y XIV se registró una oleada de instauraciones de gobiernos señoriales en las ciudades del norte de Italia. La misma Venecia no estuvo exenta de este tipo de tentativas, pues en 1300, 1310 y 1355 enfrentó intentos de sublevación para establecer este tipo de régimen (Tanzini, 2014: 163-186; Martines, 1979: 62-71; Beneyto, 1947: 33).

La segunda institución relevante de la estructura constitucional de Venecia era el llamado Colegio, que se comenzó a formar en 1032 cuando se crearon los dos consejeros adjuntos al dogo, que aumentaron a seis en 1178 para formar lo que se llamó el Consejo Menor. Luego se le sumaron tres miembros de los Cuarenta, para constituir en conjunto lo que se llamaba la *Señoría*, y finalmente se agregaron 16 miembros más, los *sabios*, que componían este órgano, que funcionaba como una especie de gabinete y estaba facultado para tomar algunas decisiones que requerían celeridad, sobre todo las relacionadas con los asuntos bélicos (Gilbert, 1980: 4, 1977b: 182-187).

En tercer lugar, hay dos instituciones relevantes que hay que considerar. Una de ellas es el Consejo de los Cuarenta, o *Quarantia*, creado en 1179,

dotado en su originen de facultades generales de gobierno y luego orientado a funciones judiciales. Un órgano que por su número y su función llamaría notablemente la atención de Maquiavelo, como se verá después. La otra es el Consejo de los Diez, un órgano creado en 1310, luego del intento golpista de Bajamonte Tiepolo, cuya función era precisamente percibir y prevenir las inquietudes subversivas y las inconformidades potencialmente explosivas en la ciudad (Burckhardt, 1984: 37).

En cuarto lugar está el Senado, también llamado Consejo de los Rogados o *pregadi*, cuyo origen se remonta a 1172 cuando se creó una comisión de once patricios con la tarea de elegir al dogo, cuyo número aumentó a cuarenta en 1178 y a sesenta en 1229, aunque en ciertos momentos llegó a contar con 150 o 200 miembros. Era llamado el Consejo de los *Pregadi*, convocados o rogados, porque en su origen eran aquellos patricios miembros del Consejo Mayor que el dogo llamaba en primera instancia (Lane, 1978: 241).

En quinto lugar está el Consejo Mayor, el principal órgano legislativo y de representación política de la república de Venecia. Su origen se remonta al año 1172, cuando debido a una sublevación se decide quitar a la asamblea popular la facultad de nombrar al dogo y entregarla a un consejo de notables compuesto por 480 personas, que serían elegidas por dos electores de cada uno de los seis barrios de la ciudad. Dado su carácter honorario, este consejo comenzó a convertirse en el foro de las familias más acaudaladas y prestigiosas, lo que en una ciudad como Venecia, que ya era una potencia comercial y económica en esos años, significó convertirlo en el foro principal de la oligarquía. Eso explica que en 1297, consciente de su posición y su poder, la oligarquía haya decretado la *serrata del consiglio* o el cierre del consejo, que consistió en no permitir el acceso a este más que a los individuos que pudieran acreditar algún antepasado que hubiera pertenecido a él, lo cual implicaba en el fondo favorecer a los miembros de las clases tradicionalmente mejor posicionadas.

Desde ese momento, y por medio de esta acción, la oligarquía veneciana tomó el control político de la ciudad, del que ya no se desprendería nunca. A partir de entonces, sería en el seno de este consejo donde se discutirían los grandes problemas del Estado y se decidirían las magistraturas más importantes.

Aunque en su origen estaba compuesto por 480 miembros, después descendió hasta casi doscientos. Paradójicamente, a partir de la *serrata* de 1297, comenzó a crecer hasta que a principios del siglo XV llegara a al-

bergar a mil quinientos o dos mil miembros, una cantidad de individuos que no tenía ningún otro órgano representativo de este tipo en el mundo. Al ser tan numeroso, el consejo albergaba a una clase oligárquica bastante extendida, al grado de que su predominio lo toleró de buen grado el resto de la sociedad excluida, a la que además le garantizó durante muchos años paz y orden social; una república *serenissima*, por lo que su autoridad se hizo más legítima aún.

Maquiavelo no sentía especial animadversión por la oligarquía veneciana, por los patricios; no los consideraba un impedimento para la vida republicana. Planteaba ciertamente que toda república requería un importante grado de igualdad, pero en el caso de Venecia, no veía a los patricios tan acaudalados que impusieran una gran distancia con respecto al resto de la comunidad. Más aún, no creía que formaran la típica clase de gentilhombres que existían en muchas sociedades europeas, que se habían vuelto rentistas y parasitarios. Los patricios venecianos debían su posición social a su intensa actividad económica y comercial, lo que Maquiavelo veía con simpatía (Maquiavelo, 2005: 172; Burke, 1994: 42-46).

Por otro lado, aunque se ha hablado muchas veces del celo y suspicacia con que los venecianos controlaban a su dogo, poco se dice acerca de que adoptaban esa misma actitud para con ellos mismos. Los patricios venecianos asumían seriamente la convicción de que uno de sus compromisos ineludibles era servir al Estado, pues de ello dependía su fortaleza y seguridad. Así, estaban conscientes de que debían acudir a su llamado en cuanto se les requiriera, que debían desempeñar las magistraturas que se les encomendaran, que no debían apelar o asociarse a otros gobiernos, y que debían evitar alinearse en facciones o rivalidades sociales.

Como puede verse, el orden de exposición de los órganos constitucionales de Venecia que se acaba de describir no sigue el orden de importancia y jerarquía real que tenían a principios del siglo XV, en la época de Maquiavelo, más aún, de atender a ese criterio, bien podría seguirse un orden inverso; sin embargo, se han dispuesto así debido al orden de exposición de las ideas de Maquiavelo que se encuentra en el siguiente apartado.

La quinta etapa de la historia de Venecia es en alguna medida una continuación de la cuarta, ya que arranca a principios del siglo XV, cuando comienza a absorber una gran cantidad de ciudades y territorios vecinos en *tierra firme*, en el norte de la península italiana, por lo que esta etapa será mejor considerarla más ampliamente, a lo cual está dedicado el tercer apartado de este capítulo (Braudel, 1986: 12-35).

Constitución y estabilidad

Ya en la época de Maquiavelo estaba bien difundida la reputación de Venecia como una república de vida longeva y una tranquilidad interior envidiable, los elementos esenciales en los que se basarían poco después Gasparo Contarini en su *De magistratibus et republica venetorum* (1543) y Donato Giannotti en su *Libro della Republica de' venetiani* y muchos otros escritores políticos para establecer lo que se conocería como el "mito" de Venecia (Pocock, 2002: 186; Finlay, 2000: 989).

Esta reputación no era en modo alguno gratuita, como tampoco el renombre que tenía como potencia económica y política a escala regional e internacional, que alcanzó su clímax en los primeros años del siglo XVI.

Como ya se dijo, Maquiavelo se refiere a Venecia por diversos motivos en la mayor parte de sus escritos, y en los *Discursos* se ocupa de ella con particular énfasis, sobre todo de su constitución política, y hace tanto halagos como críticas a su diseño institucional, que resultan del mayor interés para la teoría sobre las repúblicas.

Se puede comenzar por señalar la parte más visible del Estado, la figura que podría considerarse su timón, el *dogo*, la adaptación que los venecianos hicieron de la palabra duque, al que se refiere Maquiavelo en I.35.

En este capítulo, Maquiavelo trata una cuestión fundamental en el diseño institucional de una república: la magnitud de poder que debe conferirse a cada una de sus magistraturas. Aquí, Maquiavelo llama la atención sobre el peligro que representa dar autoridad suprema a un magistrado durante largo tiempo, más de un año, pues se incurre en el riesgo de que, al prolongarse el mandato, su desempeño dependa esencialmente de la buena o mala voluntad del individuo, lo que considera una vaguedad inadmisible para una república bien organizada. Maquiavelo advierte aquí de uno de los mayores riesgos que han enfrentado las repúblicas en todos los tiempos: cómo separar a los individuos de los cargos públicos más elevados en un lapso prudente, cómo impedir que los *salvadores* de la república se conviertan en sus dictadores, en el sentido contemporáneo de este concepto. En *El espíritu de las leyes* (1748), Montesquieu retomaría la advertencia para convertirla en una regla de diseño constitucional de primer orden "en toda magistratura se ha de compensar la magnitud del poder con la brevedad de la duración" (Maquiavelo, 2005: 124-125; Montesquieu, 1980: 12).

En este mismo pasaje, Maquiavelo ejemplifica el riesgo con dos ejemplos, uno negativo y otro positivo. El negativo es el de los decenviros de Roma, a quienes se les entregó una autoridad muy importante, la de re-

hacer las leyes, una facultad que ejercieron sin restricción ni control alguno, anulando a los cónsules y tribunos, por lo que después no hubo autoridad que pudiera oponérseles. El ejemplo positivo es precisamente el de los dogos venecianos, señalando el acierto de la república al someterlos a un control estricto para que no abusaran de su poder, ya que su carácter vitalicio podía conferirles una enorme autoridad. Al final de este pasaje también se deja asentada una idea que luego Lord Acton convertiría en una de las máximas de la política más repetidas. En palabras de Maquiavelo, "una autoridad absoluta corrompe la materia en un tiempo brevísimo" (Maquiavelo, 2005: 125; Giorgini, 2017: 70-72).

La advertencia no parecía inocua, pues aún hoy cualquier extranjero que se coloque en el centro de la plaza de San Marcos y observe la majestuosidad del Palacio de los Dogos, que se encuentra junto a la no menos fastuosa catedral de San Marcos, podría pensar que tal edificio albergó a magistrados que en su momento debieron haber sido poderosísimos. No obstante, como se ha dicho, luego de su época de apogeo, en los siglos VII y VIII, la república se encargó de someterlos a tal restricción que para el siglo XVI apenas eran algo más que ministros subordinados.

En el capítulo anterior de los *Discursos*, el I.34, Maquiavelo se había referido implícitamente a otras de las magistraturas importantes de la república. Ahí Maquiavelo habla de la importancia que tenían los dictadores romanos para el funcionamiento institucional de la república, ya que le daban una gran flexibilidad y adaptabilidad, porque eran nombrados por un periodo determinado, muy breve, y con el encargo de resolver un problema específico, lo que les permitía enfrentar ágilmente los cambios contingentes al interior y exterior del Estado.

Maquiavelo rebate en este pasaje a los críticos de esta institución, quienes planteaban que dio pábulo a la incursión y afianzamiento de los tiranos, a lo que él responde que si no hubieran usado esta vía, podían haber buscado cualquier otra. Maquiavelo insiste aquí en la importancia de que las repúblicas cuenten con un mecanismo expedito de decisión como este; que les dé flexibilidad, que esté adecuadamente regulado y respaldado por la ley, y que esté sometido a los medios de vigilancia y control más convenientes. Si la ley no prevé recursos como este, los gobernantes podrán verse tentados a buscar fuera de ella los medios de acción requeridos, con todos los inconvenientes que eso representa, porque "si se instituye el uso de romper la ley para bien, bajo esta apariencia podrá romperse para mal" (Maquiavelo, 2005: 122).

En este contexto Maquiavelo alude implícitamente al Colegio veneciano, una especie de gabinete que se componía del dogo, sus seis consejeros, tres integrantes de la *Quarantia* y dieciséis sabios, quienes podían tomar decisiones relevantes sin necesidad de convocar al Senado o al Consejo Mayor, un recurso que Maquiavelo valora y reconoce como un acierto de la república.

En el capítulo I.49, Maquiavelo vuelve a halagar algunas de las magistraturas de la república de Venecia, y lo hace en un contexto muy peculiar, pues plantea que las ciudades que nacieron libres, sin estar bajo el dominio de un príncipe u otro gobierno, construyeron instituciones apropiadas para la impartición de justicia, como Roma o Venecia; no así las ciudades que nacieron sujetas, como Florencia, su patria, que fallaron en esta tarea. Además de esta crítica a una institución gubernamental específica de su ciudad, lo más llamativo de este capítulo es que Maquiavelo va más allá y reprueba de manera absoluta la organización política de Florencia, porque dice que "durante doscientos años [...] no ha conocido gobierno por el cual pudiera ser considerada una república". Una crítica demoledora, dirigida no solo a la familia Médici que tomó el control del gobierno desde 1434, sino también a los regímenes políticos anteriores, que alcanzan hasta los gobiernos de la década de 1320, cuando la ciudad llamó a Gualtierio de Brienne, duque de Atenas, para que la gobernara y acabara con los desórdenes (Maquiavelo, 2005: 155; Guicciardini, 2006: 111-123; Martines; 1979: 94-110).

En este mismo capítulo, al tratar el asunto específico de la impartición de la justicia, Maquiavelo reconoce el acierto de Venecia al entregar esta facultad en primera instancia a su Consejo de los Diez, pero sin cometer el error de Florencia, que se la entregó a los Ocho en primera y última instancia. Maquiavelo advierte que la razón es que en una república los pocos tienden a favorecer a los pocos, es decir, que las magistraturas reducidas en número o aisladas de la participación popular tienden a favorecer a los nobles, a la oligarquía, o al menos a ser más susceptibles a su presión. Por tal motivo, Venecia tuvo el acierto, comenta Maquiavelo, de encomendar esta función en primera instancia a los Diez, pero con la posibilidad de recurrir a una instancia superior, al Consejo de los Cuarenta o *Quarantia*, que a su vez podía recurrir al Senado o Consejo de los *Pregadi*, mismo que podía recurrir incluso al Consejo Mayor, lo cual blindaba el proceso judicial ante presiones específicas.

Como puede verse, en estos últimos capítulos del libro I, Maquiavelo alude a las principales magistraturas de la república de Venecia: el dogo, el

Colegio, los Diez, la *Quarantia*, el Senado y el Consejo Mayor, y lo hace de una manera halagadora, reconociendo el acierto de su creación y diseño. No obstante, en la primera parte de este mismo libro, Maquiavelo examina la constitución de esta república, pero pone su atención en un aspecto distinto, no en su diseño institucional, sino en su estructura social, en la manera en que los distintos sectores sociales intervienen en el proceso político y en los efectos que esto produce. En esta sección pueden observarse una serie de paradojas, incongruencias y contradicciones que son dignas de examinarse con detalle.

Siguiendo su característico método dicotómico, Maquiavelo analiza en el capítulo I.5 y I.6 en qué sector social de la república debe radicar la "garantía de la libertad", si en los nobles o en el pueblo, y aunque no especifica claramente qué debe entenderse con eso, podría deducirse que trata de definir si las mayores prerrogativas de gobierno deben reservarse a uno u otro sector. Si puede interpretarse así, entonces abre de nuevo la discusión sobre si es mejor una república aristocrática o una popular, a pesar de que poco antes, en el capítulo I.2, había establecido que la mejor opción era el establecimiento de un gobierno mixto (Carty, 2016: 124-128; Stacey, 2014: 194-195).

Para dilucidar ahora esta alternativa, pone como ejemplo tres casos relevantes: el de Roma, que entregaba al pueblo esa atribución y constituía así una república popular y el de Esparta y Venecia, que la entregaban a los nobles, para tener una república aristocrática, lo cual no deja de generar confusión, porque en el mismo capítulo I.2 había clasificado a Roma y Esparta en el mismo tipo, como gobiernos mixtos.

No obstante, aceptando la nueva formulación de estos modelos, Maquiavelo afronta el dilema de decidir cuál es mejor. Para resolverlo, establece que si se atiende a los *resultados,* es mejor el modelo aristocrático, ya que las dos repúblicas que constituyen su ejemplo, Esparta y Venecia, tuvieron una vida más larga, es decir, que ahí la garantía de la libertad fue efectiva por un periodo más prolongado. No obstante, Maquiavelo continúa diciendo que si se atiende a la *razón*, debe elegirse a Roma, porque ahí se entregó esta atribución, la garantía de la libertad, al sector social que menos interés tiene en usurparla.

¿Pero por qué se produce esta incongruencia? ¿Acaso la conducta que se guía por la *razón* no debe conducir a los mejores *resultados*?

Esta paradoja no termina aquí, sino que se magnifica al observar la solución de Maquiavelo. Plantea que de acuerdo con la *razón,* la mejor

opción es una república popular, pues considera que contra lo que piensan los defensores de las repúblicas aristocráticas, quien es más indicado para resguardar la libertad es la plebe, porque no pudiendo asumir el control del Estado, será la más celosa en impedir que alguien más lo haga. Así, en este terreno, Maquiavelo decide guiarse por la *razón* y no por los *resultados*.

Como puede verse, se produce así una de las más grandes paradojas del razonamiento de Maquiavelo, del autor que revolucionó el método del pensamiento político en *El príncipe,* cuando dijo en su singular capítulo XV que sin importarle apartarse de los métodos seguidos por otros escritores, él se guiaría por la *veritá effettuale* de las cosas y no por su *immaginazione*, es decir, por la verdad efectiva y no por suposiciones. Sin embargo, al parecer, en este problema no se ajusta a este método, pues hace a un lado los *resultados* objetivos que le brinda la historia y elige la opción que de acuerdo con la *razón* debía ser la mejor.

La explicación de la *razón* de Maquiavelo para preferir una república democrática y no una aristocrática conduce a otra paradoja no menos significativa. Y es que su justificación para elegir una república democrática es más negativa que positiva, es decir, opta por el pueblo debido a su incapacidad para usurpar el poder de la república. Al ser un republicano convencido, lo más pertinente sería que planteara el acceso al poder del Estado de manera que se garantizara llevar ahí a los ciudadanos más *virtuosos*, no solo a los *menos perjudiciales*, lo cual reduce la acción política a una negatividad que no parece acorde con el conjunto de su pensamiento (Carrithers, 1991: 248-251; Bobbio, 1992: 64-70).

Maquiavelo agrega otra *razón* para preferir las repúblicas democráticas que ineludiblemente conduce a una paradoja más. Cuando analiza qué sector social es más proclive a suscitar tumultos señala a los nobles, quienes al menos en comparación están más inclinados a eso que la plebe. Sin embargo, reconoce que en sus dos ejemplos de repúblicas aristocráticas, Esparta y Venecia, sus instituciones políticas contuvieron de forma admirable los tumultos nobiliarios, lo cual se debió, en el caso de Venecia, más al "azar que a la prudencia de sus legisladores", pues cuando los venecianos juzgaron que ya eran suficientes para integrar un "orden público", decidieron impedir el acceso al gobierno a los individuos que se incorporaran posteriormente a la comunidad. Desde ese momento, reservaron solo a los patricios esa atribución, por lo que los primeros no tenían muchos argumentos para inconformarse, pues era una realidad que

de antemano tenían que aceptar al instalarse ahí. Además, siendo considerable la cantidad de patricios, los excluidos constituían una minoría.

Maquiavelo se refiere aquí implícitamente a la famosa *serrata del consiglio* de 1297, aunque lo hace forzando notablemente la circunstancia histórica. Como se ha visto, la decisión que tomó en ese entonces la república de Venecia, guiada evidentemente por la oligarquía, no fue producto del *azar*, sino una medida deliberada para restringir el acceso popular al Consejo Mayor, es decir, una restricción que aplicaría no solo a los individuos que se incorporaran más tarde a la comunidad, sino a una buena parte de la sociedad veneciana existente en ese momento.

Además de que no fue precisamente el *azar* lo que llevó a los patricios a tomar esta decisión, tampoco podría decirse que fue la consideración de haber llegado a ser suficiente número para formar un orden público, o sea un Estado, como dice Maquiavelo, pues según el volumen de la población y el desarrollo histórico que se reseñó antes, Venecia llevaba siglos de ser capaz de constituirse políticamente.

Al final del capítulo I.6, Maquiavelo introduce otro elemento a considerar que se convierte en una paradoja más. Si había comenzado el capítulo I.5 con el examen de qué modelo de república garantizaba mejor la libertad, si la aristocrática o la democrática, concluye este capítulo relativizando esa determinación, pues plantea que hay dos soluciones igualmente válidas: debe elegirse una república aristocrática, como Venecia o Esparta, si el fin es que se conserve y sea duradera, pues al no armar al pueblo para disponer de un contingente numeroso y confiable de hombres armados, no podrá tener aspiraciones sólidas de expansión; y debe elegirse una república democrática si lo que se quiere es que se expanda y se convierta en un gran imperio, como Roma, que armó a su pueblo para disponer de un gran ejército, y afrontó el inconveniente de los tumultos que eso causó y que al final acortó su vida.

Agrega además una afirmación de difícil integración en el cuerpo de estos dos capítulos: "para constituir una república muy duradera, el método es ordenarla interiormente como Esparta o como Venecia [...] si se pudiera mantener este equilibrio, se encontraría la verdadera vida política" (Maquiavelo, 2005: 51).

De manera que se encuentran aquí dos principios contrapuestos: la *garantía de la libertad*, que dijo en el capítulo I.5 que estaba mejor garantizada en la república democrática, y la *verdadera vida política*, que dice se encuentra en las repúblicas aristocráticas. Y entonces cabe la pregunta,

¿cuál de estas dos expresiones debe interpretarse como el fundamento más sólido de las repúblicas?

Además, Maquiavelo introduce aquí el problema del equilibrio internacional. Desde su punto de vista, hay que elegir una república aristocrática si el objetivo es la estabilidad y la longevidad, aliciente al cual se suma que solo en esta se puede encontrar la "verdadera vida política". Sin embargo, para que sea efectiva esa estabilidad y durabilidad, la república debe ser de un tamaño mediano; ni tan débil que sea vencida con facilidad, ni tan fuerte que atemorice a sus vecinos y los induzca a atacarla preventivamente. Pero Maquiavelo dice que este equilibrio es algo muy difícil de lograr, más aún, dice que todo equilibrio es efímero, por lo que al no haberlo, dejan de existir las condiciones propicias para la paz, estabilidad y longevidad y, por lo tanto, las condiciones necesarias para la "vida política"; entonces, la naturaleza del escenario internacional es más propicia a la existencia de repúblicas democráticas en expansión. En este sentido, Maquiavelo concluye este asunto afirmando que, a pesar de todo, es mejor y más *honorable* diseñar una república que cuando tenga la necesidad de expandirse pueda hacerlo, como Roma, una república democrática, es decir es una cuestión de *principios*, de *razón*.

Maquiavelo busca explicar la caída de Venecia en la batalla de Agnadello de 1509 conjuntando estos elementos: como era una república aristocrática que por definición no armaba a su pueblo, esto le impidió tener la base y la fuerza apropiada para la expansión que intentó en esa época, lo que explica su caída (Maquiavelo, 2000: 29). Sin embargo, habría que advertir que esta interpretación se enfrenta a fuertes objeciones históricas: Venecia se enfrentó sola a una de las mayores coaliciones que hasta ese momento se hubieran conjuntado en la época, es decir, no puede plantearse sencillamente que la razón de su derrota fuera un defecto interno de su ejército; además, el ejército contra el cual se enfrentó estaba integrado de la misma manera que el de esta, es decir, de mercenarios.

Como puede observarse, en estos dos capítulos Maquiavelo incurre en varias paradojas y contradicciones difíciles de conciliar: uno, ¿a quién debe confiarse la "garantía de la libertad", a los nobles o al pueblo?; dos, ¿en el análisis político e histórico, debe atenderse a la *razón* o a los *resultados*?; tres, ¿debe elegirse una forma de gobierno con base en los menores *inconvenientes* que implica o en consideración de sus *bondades*?; cuatro, ¿qué sector social produce mayores desequilibrios en el Estado, los nobles o el pueblo?; cinco, ¿cuál debe ser el criterio determinante para elegir una

forma de gobierno, la estabilidad y conservación interior o la expansión exterior?; seis, ¿cuál es el principio básico de una república, la "garantía de la libertad" o la "verdadera vida política"? Como se dijo, en todas estas disyuntivas Maquiavelo ofrece argumentos y conclusiones contradictorias y ambivalentes, al grado de que cualquier conclusión resulta de uno u otro modo disputable.

Expansión y sometimiento

Maquiavelo se refiere en *El príncipe* en tres ocasiones a Venecia, y todas ellas tienen que ver de uno u otro modo con su expansión territorial y con la manera en que gobernaba sus dominios (Maquiavelo, 2010: 56-58, 136, 143).

En el capítulo III, Maquiavelo plantea que los venecianos introdujeron en Italia, por ambición, a Luis XII de Francia, con la intención de obtener la mitad de la Lombardía, a pesar de que poco después fueron despojados por este mismo de esas posesiones. No obstante, si se pone en perspectiva y se contextualiza esta alianza de Venecia con Luis XII, se verá que tiene una explicación y significación más amplia que la simple ambición de los venecianos, como dice Maquiavelo (Maquiavelo, 2010: 56-58; 2002: 316).

El primer antecedente digno de considerar es la guerra de Ferrara de 1484. En esa ocasión Venecia entró en disputa con Ferrara por la posesión de las salinas ubicadas en la desembocadura del río Po, cuyo monopolio reclamaba Venecia y Ferrara quería para sí. Al recrudecerse las diferencias y comenzar la guerra, Venecia se encontró con que los estados italianos más fuertes, como Milán, Florencia y Nápoles, se pusieron del lado de Ferrara, e incluso el papa, que en un principio la apoyaba, cambió de bando, con lo que Venecia se encontró sola contra todos. Fue entonces cuando, en busca de apoyo, convocó a Carlos VIII de Francia para que entrara en Italia y reclamara el trono de Nápoles, al que por herencia tenía algún derecho, y para que su primo, el duque de Orleans, el futuro Luis XII, reclamara el ducado de Milán, al cual lo ligaban también ciertos derechos hereditarios. No obstante la invitación, el rey francés no bajó a Italia, ocupado con la rebelión nobiliaria que entonces enfrentaba (Norwich, 1989: 359-366; Diehl, 1961: 159-172).

Diez años más tarde, en 1494, no fue Venecia la que convocaría a Carlos VIII para intervenir en Italia, sino Ludovico el Moro, el Duque de Milán, quien pretendía afianzar su propia posición mediante el apoyo francés.

En esta ocasión Carlos sí aceptó la invitación del Duque, ante lo cual Venecia se mantuvo neutral en un principio, pero poco después aceptó entrar a una coalición de varios Estados para expulsar a los franceses del suelo italiano (Pellegrini, 2009: 23-48).

Con estos antecedentes como telón, Maquiavelo se refiere en específico al acuerdo que tuvieron en Blois, en 1499, Francia y Venecia, por medio del cual se despojaría a Ludovico del Ducado y se repartirían su territorio, del cual le correspondería a Venecia Cremona y el territorio al sudeste del Adda, hasta su confluencia con el Po. Algunos años después, Luis arrebataría a los venecianos estos territorios en el marco de la ofensiva de la Liga de Cambrai que derrotó a Venecia en 1509.

Como puede verse, Venecia trató de apoderarse de una porción de la Lombardía en un momento en que los Estados italianos y los ultramontanos estaban en expansión; era una situación de desequilibrio y turbulencia política en la que la supervivencia parecía estar asociada con el crecimiento y ampliación más que con la contención y estabilización, tal como Maquiavelo había descrito el orden internacional al final del capítulo I.6 de los *Discursos*. Es decir, que describir el hecho simplemente como producto de la ambición de los venecianos, como lo hace Maquiavelo, probablemente no ayude a entender la situación (Guicciardini, 2006).

En el capítulo XX Maquiavelo deja ver también su animadversión contra Venecia, pues la acusa de "fomentar las sectas güelfa y gibelina en las ciudades que habían sometido […] con el fin […] de que no se unieran en su contra" (Maquiavelo, 2010: 136; Gilbert, 1977a: 295-322).

Desde principios del siglo XV Venecia empezó a construir un vasto imperio en *terra ferma*, incluso había dado ya unos pasos antes, pues desde 1339 había sometido a Treviso, y aunque la perdió en 1381, la recuperó en 1387; su más fuerte tendencia expansiva sin embargo, se produjo a principios de este siglo, sobre todo a partir de 1404.

En ese momento, Venecia aprovechó la muerte del Duque de Milán, Gian Galeazzo Visconti, acaecida en 1402, quien durante los diecisiete años que gobernó Milán pudo expandir y fortalecer su dominio al grado de convertirse en una de las principales amenazas para el equilibrio regional, incluso tuvo la habilidad para arrancarle al emperador en 1397 la concesión de transformar Milán en un ducado, convirtiéndose así él mismo en el primer duque de ese Estado.

Por tal razón, los Estados vecinos experimentaron un gran alivio cuando murió, lo cual Venecia aprovechó además para comenzar una

expansión vertiginosa. Así, tomó Verona y Padua en 1405, Rovereto en 1416, Údine en 1420, Brescia en 1426, Bergamo en 1428, Ravena en 1441, Crema en 1454, Cervia en 1463, Cremona en 1499, y a la muerte del papa Alejandro VI, en 1502, Faenza, Rimini y Forli, importantes ciudades de la Romaña pertenecientes a los Estados Pontificios, mismas que muy poco antes había conquistado César Borgia, el hijo de Alejandro, con las cuales pensaba construir un dominio y patrimonio para esta familia (Law, 1992; Chabod, 1990: 585-590).

A finales de 1503, poco después de que los venecianos tomaran estas ciudades, Maquiavelo fue enviado a Roma en misión diplomática, lo cual le permitía observar estos acontecimientos desde una posición privilegiada. Apreciaba que Venecia era ya una seria amenaza para los Estados Pontificios y advertía que "el papa se convertirá en capellán de los venecianos si se hacen más grandes de lo que son" (Maquiavelo, 2002: 172).

El mismo papa Julio II, artífice e impulsor de la Liga de Cambrai, no solo tenía reclamos territoriales que hacer a los venecianos, sino también eclesiásticos. Deseaba recobrar una serie de prerrogativas eclesiásticas que desde hacía siglos se habían apropiado los venecianos, como el nombramiento de obispos y las contribuciones del clero local. Luego de su derrota en 1509, el papa pudo recobrar muchas de estas (Gilbert, 1977b: 111-120).

Como puede verse, en su larga y consistente tendencia expansiva, Venecia se había apoderado de ciudades y territorios pertenecientes a otros Estados, por lo que se había atraído el odio de muchos. Incluso algunos Estados que no habían sido directamente afectados se llenaron de suspicacias y recelos, pues los territorios y ciudades tomados por los venecianos funcionaban con frecuencia como amortiguadores en la región. De este modo, todos tenían algo que cobrarles o imponerles, tanto los Estados italianos como las potencias ultramontanas con fuertes intereses en la región, lo cual constituyó el ánimo con el que se fraguó la Liga de Cambrai (Finlay, 1999: 933-939, 2000: 990-992).

No obstante, a lo largo del siglo XV en que Venecia se convirtió en un imperio dentro de Italia, se forjó un renombre de tolerancia y benignidad ante sus colonias. Sus mismos métodos de conquista diferían notablemente con respecto a los de otros Estados, ya que trataba siempre de no tomar a saco las ciudades que deseaba conquistar, sino cercarlas hasta que estas se entregaran voluntariamente a su dominio, lo que constituía una diferencia notable. Además, trataba siempre de respetar hasta donde

era posible sus leyes, costumbres e instituciones, para que el dominio colonial fuera menos odioso (Law, 1992: 166-174; Diehl, 1961: 173-207; Cronin, 1972: 134-193).

Incluso los venecianos solían concebirse como los defensores y protectores de la libertad en sus territorios dominados, por lo que su misma expansión era presentada como una campaña de protección de esas mismas comunidades, con la idea de que al protegerlas procuraba tanto su libertad como la suya propia, pues aseguraba así mejor sus fronteras (Baron, 1966: 392-395; Bowd, 2000: 404-406).

Es cierto que muchas de las ciudades que conquistó Venecia tuvieron un pasado de discordias múltiples, incluidas las que se daban entre güelfos y gibelinos, como apunta Maquiavelo, pero la opinión que él emite del dominio veneciano no coincide con su real sistema de conquista y control, el cual, como se ha visto, era digno de admiración. Incluso unas líneas más adelante, Maquiavelo vuelve a forzar su interpretación del dominio imperial de Venecia cuando dice que al ser vencida en 1509 por la Liga de Cambrai en Vailate o Agnadello, como se conoce esta batalla, "una parte de las ciudades que perdió cobró audacia y les arrebataron todas sus anteriores conquistas" (Maquiavelo, 2005: 137).

Como es bien sabido, a la larga, en 1516, Venecia recobró casi todas sus posesiones previas a 1509, por lo que queda la duda de si este pasaje de los *Discursos* es anterior a 1516, o posterior. En este último caso, cabe preguntarse si Maquiavelo no se enteró de ello, lo cual es poco factible, o si aun enterado ya no quiso o tuvo el cuidado de hacer la corrección. Más aún, Maquiavelo debió estar informado de que desde 1512 varias de esas ciudades se rebelaron contra el dominio francés y trataron de volver al dominio veneciano, incluso era ya muy sonado el saco de Brescia de 1512 y la masacre que implicó, el cual se produjo como respuesta de los franceses a la organización de una sublevación para tratar de sacudirse su dominio y volver al campo veneciano. Al parecer, Maquiavelo vuelve aquí a dejarse guiar por su animadversión contra los venecianos.

Maquiavelo estimaba muy poco a los venecianos. Es cierto que, como dice Gilbert, los conocía poco, al menos en el plano personal, pues nunca estuvo en Venecia sino al final de su vida, en 1525, cuando ya había escrito sus obras capitales. Sin embrago, es evidente que no son las cuestiones personales las que provocaron el juicio negativo de Maquiavelo con respecto a los venecianos, sino su posición y acción política, su actuación como Estado, la cual sí generó muchas circunstancias que avivaron su antipatía.

En primer lugar, Venecia era una república, una república que en los cien años precedentes había construido un imperio muy considerable en el norte de la península, desafiando con ello la hipótesis y el deseo de Maquiavelo de ver unificada a Italia de la mano de un príncipe, tal como lo plantea en el capítulo XXVI de *El príncipe*, en donde recuerda el fracaso de César Borgia al intentarlo, pero traslada sus expectativas a un Médici, a un príncipe surgido de ese linaje florentino.

Es cierto que Maquiavelo era un republicano convencido, de ánimo ferviente y entusiasta, sin embargo, como el gran observador político que era, reconocía que había ciertas empresas y tareas que eran mejor desempeñadas por una sola persona, por un príncipe, como en este caso, que se trataba de la unificación de Italia, cuyo desorden y corrupción requería la mano firme de un soberano de este tipo. Además, dado que de acuerdo con Maquiavelo es mucho más factible librarse del yugo de un señor que del de una república, una vez cumplida la tarea, probablemente Maquiavelo habría concebido la hipótesis de que los italianos podrían sacudirse más fácilmente el dominio de un príncipe que el más pesado y duradero de una república, un yugo al que no quería ver sometida ni a Florencia, su patria, y tal vez tampoco al resto de los italianos (Wolin, 2001: 237-239).[1]

En segundo lugar, Maquiavelo sentía animadversión contra Venecia por puro patriotismo, porque era una seria competidora de Florencia en una gran cantidad de aspectos. Los venecianos eran una competencia temible en el comercio, la industria, la banca, el transporte; el tamaño de su sociedad era mayor y la belleza de la ciudad rivalizaba con la de Florencia y cualquier otra de Italia y Europa. Aun cuando los florentinos eran muy reconocidos por su lengua, sus artes y sus monumentos, los venecianos tenían también importantes logros en cada uno de estos campos. Al considerar todos estos aspectos, sería difícil hacer un balance resolutorio, pero atendiendo al terreno estrictamente político y a su peso internacional, probablemente los venecianos salían ganando.

Con base en esa comparación, tal vez Venecia podía considerarse una potencia superior a Florencia, por lo que su capacidad y posibilidad de

[1] Aunque Felix Gilbert (1984) planteé que una lectura atenta del último capítulo de *El príncipe*, el XXVI, establece que la unión de los Estados italianos es necesaria para expulsar a los invasores ultramontanos, considero que esa misma lectura atenta del capítulo sugiere y solicita la unificación de Italia de manera definitiva como un solo Estado.

unir a la península era mayor, lo que no podía sino desagradar al apasionado florentino que Maquiavelo llevaba dentro. Vemos competir así en este caso dos de los valores más importantes para Maquiavelo, el nacionalismo y el republicanismo, de donde sale vencedor el primero.

En tercer lugar, Venecia empañaba la visión que Maquiavelo quería proyectar de la Antigüedad. Para él, casi todo lo que habían hecho los antiguos era glorioso, heroico, ejemplar, digno de emular por los modernos, por sus contemporáneos, a quienes muchas veces reprochaba su conformidad, indolencia y corrupción. De ahí que cuando en los primeros capítulos de los *Discursos* comienza a ilustrar sus afirmaciones, salgan a relucir los ejemplos de repúblicas renombradas: Atenas, Esparta, Roma y… Venecia, un ejemplo contemporáneo de una república ejemplar en más de un sentido; por su apacibilidad, su longevidad, su riqueza, su constitución. Y entonces esa imagen épica y gloriosa de los antiguos que le permitía a Maquiavelo denostar y espolear a los modernos se desteñía en cierta medida, pues parecía evidenciarse que entre los modernos, entre los mismos italianos, también había ejemplos a seguir.

En cuarto lugar, Venecia también estropeaba la valoración que Maquiavelo hacía de las repúblicas, ya que prefería las democráticas, como Roma, sobre las aristocráticas, como esta. Sin embargo, cuando las comparó, la república de los venecianos parecía desempeñarse mejor en algunos aspectos, como la tranquilidad interior y la durabilidad, algo contrario a la *razón*. Así, los mejores *resultados* de las repúblicas aristocráticas, como Esparta y Venecia, con respecto a la democrática Roma, lo forzaba a brindar alguna explicación de su preferencia, la cual lo condujo a la incómoda deducción de que había una incongruencia entre la *razón* y los *resultados*, una paradoja que no puede verse sino como una seria inconsistencia en el pensamiento analítico de Maquiavelo.

En quinto lugar, Maquiavelo desprecia a Venecia por su organización militar, porque es el ejemplo de todo lo negativo que en esta materia él considera que se podía hacer. Venecia era un Estado que no tenía ejército propio, que dependía de mercenarios, la mayor falla en la que podía incurrir un Estado, en opinión de Maquiavelo. Él tenía un gran interés en las cuestiones militares, tanto por inquietud intelectual como por experiencia laboral. Su lectura de los autores clásicos romanos lo había llevado a admirar su espíritu y organización militar, basada en un ejército propio y popular. Además, durante su gestión como segundo secretario de la república, empeñó todas sus fuerzas y ánimos en la creación de un ejército

similar para Florencia. Ciertamente Venecia no era el único Estado italiano que incurría en esta terrible falla, Florencia había cometido el mismo error durante mucho tiempo, lo cual Maquiavelo criticó reiteradamente con la misma reprobación que había dirigido a aquella.

En este sentido, Maquiavelo interpretó la derrota fulminante de Venecia en la batalla de Agnadello de 1509 como una consecuencia lógica de esa falla estructural, una derrota que por un lado satisfacía la animadversión que sentía por ella y al mismo tiempo comprobaba su hipótesis sobre la necesidad de apoyarse en un ejército propio. Sin embargo, lo que Maquiavelo no podía saber en ese entonces era que la *Serenissima* fue la que salió mejor librada de estas guerras y la que defendió mejor su independencia y autonomía en los años posteriores.

Bibliografía

Águila, Rafael del y Sandra Chaparro. 2006. *La república de Maquiavelo*. Madrid: Tecnos.

Antal, Frederick. 1987. *El mundo florentino y su ambiente social*. Madrid: Alianza.

Arendt, Hanna. 1998. *The Human Condition*. Chicago: The Chicago University Press.

Balestracci, Duccio. 2017. *La battaglia di Montaperti*. Bari: Laterza.

Baron, Hans. 1955. "The Anti-florentine Discourses of the Doge Tommaso Mocenigo (1422-1423)", *Humanistic and Political Literature in Florence and Venice*. Cambridge: Harvard University Press.

Baron, Hans. 1966. *Crisis of the Early Italian Renaissance*. Princeton: Princeton University Press.

Baron, Hans. 1993. *En busca del humanismo cívico florentino*. México: Fondo de Cultura Económica.

Baumgartner, Frederic J. 2010. "Julius II: Prince, Patron Pastor", en James Corkery y Thomas Worcester, (eds.). *The Papacy since 1500. From Italian Prince to Universal Pastor*. Cambridge: Cambridge University Press.

Belaval, Yvon. 1974. *La filosofía en el Renacimiento*. México: Siglo XXI.

Beneyto, Juan. 1947. *Fortuna de Venecia. Historia de una fama política*. Madrid: Revista de Occidente.

Berlin, Isaiah. 2006. "La originalidad de Maquiavelo", en *Contracorriente*. México: Fondo de Cultura Económica.

Bermudo Ávila, José Manuel. 1994. *Maquiavelo, consejero de príncipes*. Barcelona: Universitat de Barcelona.

Binns, L. Elliot. 1934. *History of the Decline and Fall of the Medieval Papacy*. Londres: Metuen.

Bisticci, Vespasiano de. 1963. *Renaissance Princes, Popes and Prelates*. Nueva York: Harper Torchbooks.

Black, Antony. 1996. *El pensamiento político en Europa, 1250-1450*. Cambridge: Cambridge University Press.

Black, Anthony. 1997. "Christianity and Republicanism: From St. Cyprian to Rousseau", *The American Political Science Review*, vol. 91, núm. 3, pp. 647-656.

Black, Christopher F. 1970. "The Baglioni as Tyrants of Perugia, 1488-1540", *The English Historical Review*, vol. 85, núm. 335, pp. 245-281.

Black, Robert. 1990. "Machiavelli, Servant of the Florentine Republic", en Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio Viroli (eds.). *Machiavelli and Republicanism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bobbio, Norberto. 1992. *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político.* México: Fondo de Cultura Económica.

Bock, Gisela, Quentin Skinner y Maurizio Viroli (eds.). 1990. *Machiavelli and Republicanism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Bondanella, Peter E. 1972. "Castruccio Castracani: Machiavellis Archetypal Prince", *Italica*, vol. 49, núm. 3, pp. 302-314.

Bonnell, Robert A. 1966. "An Early Humanistic View of the Active and Contemplative Life", *Italica*, vol. 43, núm. 3, pp. 225-239.

Bowd, Stephen D. 2000. "The Republics of Ideas: Venice, Florence, and Defence of Liberty, 1525-1530", *History*, vol. 85, núm. 279, pp. 404-427.

Braudel, Fernand. 1986. *Il secondo Rinascimento. Due secoli e tre Italie*. Turín: Giulio Einaudi.

Brion, Marcel. 2004. *Maquiavelo*. Barcelona: Vergara.

Brown, Alison. M. 1961. "The Humanist Portrait of Cosimo de'Medici, Pater Patriae", *Journal of the Warburg and Courtland Institutes*, vol. 24, núm. 3-4.

Brucker, Gene A. 1957. "The Medici in the Fourteenth Century", *Speculum*, vol. 32, núm. 1.

Brucker, Gene. 1983a. "Tales of Two Cities: Florence and Venice in the Renaissance", *The American Historical Review*, vol. 88, núm. 3, pp. 599-616.

Brucker, Gene A. 1983b. *Renaissance Florence*. Berkeley: University of California Press.

Brucker, Gene. 2010. "Niccoló Machiavelli, His Linage, and the Tuscan Church", *I Tatti Studies in the Italian Renaissance*, núm. 13, pp. 79-90.

Burckhardt, Jacob. 1984. *La cultura del Renacimiento en Italia*. México: Porrúa.

Burke, Peter. 1994. *Venecia y Amsterdam*. Barcelona: Gedisa.

Campbell, Gordon. 2003. *The Oxford Dictionary of the Renaissance*. Oxford: Oxford University Press.

Capponi, Niccoló. 2010. *An Unlikely Prince. The Life and Times of Machiavelli*. Cambridge: Da Capo.

Carrithers, David W. 1991. "Not so Virtuous: Montesquieu, Venice and the Theory of Aristocratic Republicanism", *Journal of the History of Ideas*, vol. 52, núm. 2, pp. 245-268.

Carty, Jarrett A. 2016. "Machiavelli's Art of Politics: A critique of Humanism and the Lessons of Rome", en Geoffrey Kellow y Neven Leddy (eds.). *On Civic Republicanism*. Toronto: Toronto University Press, pp. 119-135.

Cellini, Benvenuto. 1995. *Vida de Benvenuto Cellini, florentino, escrita por él mismo*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Chabod, Federico. 1990. *Escritos sobre el Renacimiento*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chabod, Federico. 1992. *Carlos V y su Imperio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chabod, Federico. 1994. *Escritos sobre Maquiavelo*. México: Fondo de Cultura Económica.

Chamberlin, E. R. 1988. *Los papas malos*. Barcelona: Orbis.

Chastel, André y Robert Klein. 1971. *El humanismo*. Madrid: Alianza.

Coggins, Jay S. y C. Federico Perali. 1998. "64% Mojority Rule in Ducal Venice: Voting for the Doge", *Public Choice*, vol. 97, núm. 4, pp. 709-723.

Colish, Marcia L. 1999. "Republicanism, Religion, and Machiavelli's Savonarolan Moment", *Journal of the History of Ideas*, vol. 60, núm. 4, pp. 597-616.

Corbett, James A. 1956. *The Papacy. A Brief History*. Princeton: Van Nostrand.

Corkery, James y Thomas Worcester. 2010. *The Papacy since 1500. From Italian Prince to Universal Pastor*. Cambridge: Cambridge University Press.

Corvo, Frederick Baron. 1962. *Chronicles of the House of Borgia*. Nueva York: Dover.

Croce, Benedetto. 1945. *España en la vida italiana del Renacimiento*. Buenos Aires: Imán.

Cronin, Vicent. 1972. *The Flowering of Renaissance*. Suffolk: Collins/Fontana.

D'Elia, Anthony F. 2007. "Stefano Porcari's Conspirancy against Pope Nicholas V in 1453 and Republican Culture in Papal Rome", *Journal of the History of Ideas*, vol. 68, núm. 2, pp. 207-231.

Dahl, Svend. 1999. *Historia del libro*. Madrid: Alianza.

Davies, Martin. 1998. "El libro humanista en el Cuatrocientos", en Jill Kraye, *Introducción al humanismo renacentista*. Madrid: Cambridge University Press.

Davies, Siriol y Jack L. Davis. 2007. "Greeks, Venice, and Ottoman Empire", *Hesperia Supplements*, vol. 40, pp. 25-31.

De Padua, Marsilio. 2009. *El defensor de la paz*. Madrid: Tecnos.

Dell'Oro, Ignazio. 1938. *Papa Alessandro VI, Rodrigo Borgia*. Milano: Ceschina.

Diehl, Carlos. 1961. *Una república de patricios: Venecia*. Madrid: Espasa-Calpe.

Dietz, Mary G. 1986. "Trapping the Prince: Machiavelli and the Politics of Deception", *The American Political Science Review*, vol. 80, núm. 3.

Eco, Umberto (coord.). 2016. *La Edad Media. I. Bárbaros, cristianos y musulmanes*. México: Fondo de Cultura Económica.

Elliot, John H. 1990. *Imperial Spain 1469-1716*. Londres: Penguin.

Federico el Grande. 1964. "Antimaquiavelo o examen de El Príncipe", en Niccoló Machiavelli, *El Príncipe*. Madrid: Edaf.

Fédou, René. 1977. *El Estado en la Edad Media*. Madrid: Edaf.

Ferguson, Wallace. 1948. *The Renaissance in Historical Thought*. Cambridge: Houghton.

Ferrara, Orestes. 1943. *El Papa Borgia*. Madrid: La Nave.

Figgis, John N. 1970. *El derecho divino de los reyes*. México: Fondo de Cultura Económica.

Finlay, Robert. 1999. "The Immortal Republic: The Myth of Venice during the Italian Wars", *The Sixteenth Century Journal*, vol. 30, núm. 4, pp. 931-944.

Finlay, Robert. 2000. "Fabius Maximus in Venice: Doge Andrea Gritti, the War of Cambrai, and the Rise of Habsburg Hegemony, 1509-1530", *Renaissance Quarterly*, vol. 53, núm. 4, pp. 988-1031.

Garin, Eugenio (ed.). 1976. *Prosatori latini del Quattrocento*. Turín: Einaudi.

Garin, Eugenio. 1984. *La revolución cultural del Renacimiento*. Barcelona: Crítica.

Garin, Eugenio. 2008. *L'umanesimo italiano. Filosofia e vita civile nel Rinascimento*. Bari: Laterza.

Garin, Eugenio. 2012. *El Renacimiento italiano*. Barcelona: Ariel.

Gervaso, Roberto. 1996. *Los Borgia. Alejandro VI, el Valentino, Lucrecia*. Barcelona: Península.

Geuna, Marco. 2006. "Skinner, Pre-humanism Rhetorical Culture and Machiavelli", en Annabel Brett, James Tully y Holly Hamilton-Blaekley (eds.). *Rethinking the Foundations of Modern Political Thought*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 50-72.

Gilbert, Felix. 1954. "The Concept of Nationalism in Machiavelli's Prince", *Studies in the Renaissance*. Vol. 1. Cambridge: Cambridge University Press.

Gilbert, Felix. 1957. "Florentine Political Assumptions in the Period of Savonarola and Soderini", *Journal of the Warburg and Courtland Institutes*, vol. 20, núm. 3-4, pp. 187-214.

Gilbert, Felix. 1977a. "Machiavelli e Venezia", *Machiavelli e il suo tempo*. Bologna: Il Mulino.

Gilbert, Felix. 1977b. *History. Choice and Commitment*. Cambridge: Harvard University Press.

Gilbert, Felix. 1980. *The Pope, his Banker and Venice*. Cambridge: Harvard University Press.

Gilbert, Felix. 1984. *Machiavelli and Guicciardini. Politics and History in Sixteenth Century Florence.* Nueva York: Norton.

Giorgini, Giovanni. 2017. "Machiavelli on Good and Evil: The Problem of Dirty Hands Revisited", en David Johnson, Nadia Urbinati y Camila Vergara (eds.). *Machiavelli on Liberty and Conflict*. Chicago: University of Chicago Press.

Goldthwhite, Richard A. 1968. *Private Wealth in Renaissance Florence. A study of Four Families*. Princeton: Princeton University Press.

Granada, Miguel Ángel. 1981. *Maquiavelo*. Barcelona: Barcanova.

Granada, Miguel Ángel. 1999. "Maquiavelo y César Borgia", en Roberto R. Aramayo y José Luis Villicañas (comps.). *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*. México: Fondo de Cultura Económica.

Grazia, Sebastian de. 1990. *Machiavelli in Hell*. Princeton: Princeton University Press.

Guicciardini, Francisco. 1932. *Dialogo e discorsi del reggimento di Firenze*. Bari: Laterza.

Guicciardini, Francisco. 2006. *Historia de Florencia 1378-1509*. México: Fondo de Cultura Económica.

Hale, John R. 1961. *Machiavelli and Renaissance Italy*. Londres: Penguin.

Hale, John R. 1998. *La Europa del Renacimiento 1480-1520*. México: Siglo XXI.

Hale, John R. 2004. *Florence and the Medici*. Londres: Phoenix.

Hankins, James. 2010. "Exclusivist Republicanism and the Non-Monarchical Republic", *Political Theory*, vol. 38, núm. 4, pp. 452-482.

Hankins, James. 2000. *Renaissance Civic Humanism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Haskins, Charles H. 1957. *The Renaissance of the 12th Century*. Nueva York: Meridian.

Hay, Denys y John Law. 1989. *Italy in the Age of Renaissance 1380-1530*. Londres y Nueva York: Longman.

Hexter, John H. 1956a. "Il Principe and lo Stato", *Studies in the Renaissance*, vol. 4, pp. 113-138.

Hexter, John H. 1956b. "Machiavelli, and Polybius VI: The Mystery of the Missing Translation", *Studies in the Renaissance*, vol. 3, pp. 75-96.

Hibbert, Christopher. 1979. *The Rise and Fall of the House of Medici*. Londres: Penguin.

Hillgarth, Jocelyn N. 1996. "The Image of Alexander VI and Cesare Borgia in the Sixteenth and Seventeenth Centuries", *Journal of the Warburg and Courtland Institutes*, vol. 59.

Holmes, George. 1968. "How the Medici Became the Pope's Bankers", en Nicolai Rubinstein (ed.). *Florentine Studies. Politics and Society in Renaissance Florence*. Evanston: Northwestern University Press.

Holmes, George. 1993. *Florencia, Roma y los orígenes del Renacimiento*. Madrid: Akal.

Hörnqvist, Mikael. 2002. "Perche non si usa allegare i Romani: Machiavelli and the Florentine Militia of 1506", *Renaissance Quarterly*, vol. 55, núm. 1, pp. 148-191.

Janni, Ettore. 1930. *Machiavelli*. Londres: George G. Harrap.

Jensen, Kristian. 1998. "La reforma humanística de la lengua latina y de su enseñanza", *Introducción al humanismo renacentista*. Madrid: Cambridge University Press.

Joly, Maurice. 1997. *Diálogo en el infierno entre Maquiavelo y Montesquieu*. México: Colofón.

Jurdjevic, Mark. 1999. "Civic Humanism and the Rise of the Medici", *Renaissance Quarterly*, vol. 52, núm. 4.

Jurdjevic, Mark. 2002. "Machiavelli's Sketches of Francesco Valori and the

Reconstruction of Florentine History", *Journal of the History of Ideas*, vol. 63, núm. 2, pp. 185-206.

Jurdjevic, Mark. 2004. "Prophets and Politicians: Marsilio Ficinio, Savonarola and the Valori Family", *Past and Present*, núm. 183, pp. 41-77.

Kantorowicz, Ernest H. 1985. *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*. Madrid: Alianza.

Kent, Dale. 1978. *The Rise of the Medici. Faction in Florence 1426-1434*. Oxford: Oxford University Press.

Kraye, Jill (ed.). 1998. *Introducción al humanismo renacentista*. Madrid: Cambridge University Press.

Kristeller, Paul O. 1982. *El pensamiento renacentista y sus fuentes*. México: Fondo de Cultura Económica.

Kristeller, Paul O. 2005. *Ocho filósofos del Renacimiento italiano*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lafaye, Jacques. 2005. *Por amor al griego. La nación europea, señorío humanista (siglos XIV-XVII)*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lane, Frederic C. 1978. *Storia di Venezia*. Turín: Einaudi.

Latour, Anny. 1965. *Los Borgia. Reconstrucción de su vida a través de testimonios de sus contemporáneos*. Barcelona: Mateu.

Law, John E. 1992. "The Venetian Mainland State in the Fifteenth Century", *Transactions of the Royal Historical Society*, vol. 2, pp. 153-174.

Le Goff, Jacques (ed.). 1993. *L'uomo medievale*. Bari: Laterza.

Le Goff, Jacques. 2010. *Lo sterco del diavolo. Il denaro nel medioevo*. Bari: Laterza.

Le Goff, Jacques. 2014. *San Francisco de Asís*. Madrid: Akal.

Le Goff, Jacques (coord.). 2018. *Hombres y mujeres de la Edad Media*. México: Fondo de Cultura Económica.

Lefort, Claude. 2010. *Maquiavelo. Lecturas de lo político*. Madrid: Trotta.

Lukes, Timothy. J. 2004. "Martialing Machiavelli: Reassessing the Military Reflections", *The Journal of Politics*, vol. 66, núm. 4, pp. 1089-1108.

Macfarland, Joseph C. 1999. "Machiavelli's Imagination of Excellent Man: An Appraisal of the Lives of Cosimo de'Medici and Castruccio Catracani", *The American Political Science Review*, vol. 93, núm. 1.

Machiavelli, Bernardo. 2004. *Libro di ricordi*. Roma: Storia e Letteratura. Disponible en: http://ww2.bibliotecaitaliana.it/xtf/view?docId=bibit000830/bibit000830.xml (consulta: 22 de junio de 2021)

Mallett, Michael. 1975. *The Borgias*. St. Albans: Paladin.

Mallett, Michael. 1990. "The Theory and Practice of Warfare in Machiavelli's Republic", en Gisela Bock, Quentin Skinner y Maurizio

Viroli (eds.). *Machiavelli and Republicanism*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mansfield, Harvey C. 1983. *Maquiavelo y los principios de la política moderna. Un estudio de los discursos sobre Tito Livio*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mansfield, Harvey C. 1998. *Machiavelli's Virtue*. Chicago: The University of Chicago Press.

Maquiavelo, Nicolás. 1979. *Cartas privadas*. Buenos Aires: Eudeba.

Maquiavelo, Nicolás. 1988. *Del arte de la guerra*. Madrid: Tecnos.

Maquiavelo, Nicolás. 1991. *Escritos políticos y la Vida de Castruccio Castracani*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.

Maquiavelo, Nicolás. 2000. *Del arte de la guerra*. Madrid: Tecnos.

Maquiavelo, Nicolás. 2002. *Antología*. Barcelona: Península.

Maquiavelo, Nicolás. 2005. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*. Madrid: Alianza.

Maquiavelo, Nicolás. 2009. *Historia de Florencia*. Madrid: Tecnos.

Maquiavelo, Nicolás. 2010. *El príncipe*. Madrid: Alianza.

Maquiavelo, Nicolás. 2012. *Diálogo en torno a nuestra lengua*. Madrid: Alianza.

Maquiavelo, Nicolás. 2013a. *Epistolario 1512-1527*. México: Fondo de Cultura Económica.

Maquiavelo, Nicolás. 2013b. *Escritos de gobierno*. Madrid: Taurus.

Martines, Lauro. 1979. *Power and Imagination. City-states in Renaissance Italy*. Nueva York: Alfred A. Knoff.

Martines, Lauro. 2006a. *Fire in the City. Savonarola and the Struggle for the Soul of Renaissance Florence*. Nueva York: Oxford University Press.

Martines, Lauro. 2006b. *Sangre de abril. Florencia y la conspiración contra los Medici*. México: Fondo de Cultura Económica.

Mattingly, Garrett. 1965. *Renaissance Diplomacy*. Londres: Penguin.

Maurois, André. 1960. *A History of France*. Nueva York: Minerva Press.

Mazzocco, Angelo. 2006. *Interpretations of Renaissance Humanism*. Leiden y Boston: Brill.

McCormick, John P. 2007. "Machiavelli's Political Trials and 'The Free Way of Life'", *Political Theory*, vol. 35, núm. 4, pp. 385-411.

McNair, Bruce. 1994. "Cristoforo Landino and Coluccio Salutati on the Best Life", *Renaissance Quarterly*, vol. 47, núm. 4, pp. 747-769.

Meinecke, Friedrich. 1997. *La idea de razón de Estado en la Edad Moderna*. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.

Mesquita, Bruce Bueno de. 2000. "Popes, Kings, and Endogenous Institutions: The Concordat of Worms and the Origins of Sovereignty", *International Studies Review*, vol. 2, núm. 2, pp. 93-118.

Milner, Stephen J. 2006. "The Florence Piazza della Signoria as Practice Place", en Roger J. Crum y John T. Paoletti (eds.). *Renaissance Florence: A Social History*. Cambridge: Cambridge University Press.

Mollat, Michel y Philippe Wolff. 1976. *Uñas azules, Jacques y Ciompi. Las rebeliones populares en Europa en los siglos XIV y XV*. Madrid: Siglo XXI.

Mommsen, Theodor E. 1948. "The Accession of the Helvetian Federation to the Holy League: An Unpublished Bull of Pope Julius II of March 17, 1512", *The Journal of Modern History*, vol. 20, núm. 2, pp. 123-132.

Montesquieu. 1980. *El espíritu de las leyes*. México: Porrúa.

Montevecchi, Alessandro. 1972. *Machiavelli: la vita, il pensiero, i testi esemplari*. Milán: Accademia.

Morrás, María (ed.). 2000. *Manifiestos del humanismo*. Barcelona: Península.

Najemy, John M. 1982. "Machiavelli and the Medici: The Lessons of Florentine History", *Renaissance Quarterly*, vol. 35, núm. 4.

Najemy, John M. 2006. "Florentine Politics and Urban Spaces", en Roger J. Crum y John T. Paoletti (eds.). *Renaissance Florence: A Social History*. Cambridge: Cambridge University Press.

Nieto Soria, José Manuel (coord.). 2016. *Europa en la Edad Media*. Madrid: Akal.

Nisbet, Robert. 1973. "The Myth of the Renaissance", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 15, núm. 4, pp. 473-492.

Norwich, John J. 1989. *A history of Venice.* Nueva York: Vintage.

Pacaut, Marcel. 1989. *Monaci e religiosi nel medioevo*. Bologna, Il Mulino.

Paredes, Javier (dir.). 2005. *Diccionario de los Papas y los Concilios.* Barcelona: Ariel.

Partner, Peter. 1979. "Florence and the Papacy in the Earlier Fifteenth Century", *Renaissance Rome 1500-1559. A Portrait of a Society*. Berkeley: University of California Press.

Partner, P. 1980. "Papal Financial Policy in the Renaissance and Counter-Reformation", *Past & Present*, núm. 88, pp. 17-62.

Pastor, Ludwig von. 1950. *Historia de los papas*. Vol. VI. Barcelona: Gustavo Gili.

Paul, Jacques. 2003. *Historia intelectual del occidente medieval*. Madrid: Cátedra.

Pellegrini, Marco. 2009. *Le guerre d'Italia 1494-1530*. Bolonia: Il Mulino.

Pellegrini, Marco. 2010. *Il papato nel Rinascimento*. Bolonia: Il Mulino.

Petrarca, Francesco. 2013. *La lira y el laurel*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.

Pirenne, Henri. 2012. *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*. México: Fondo de Cultura Económica.

Pocock, John G. A. 2002. *El momento maquiavélico. El pensamiento político florentino y la tradición republicana atlántica*. Madrid: Tecnos.

Polibio, 2007. *Historias*, Vol. II. Madrid: Gredos.

Portigliotti, Giuseppe. 1921. *I Borgia. Alessandro VI, Cesare, Lucrezia*. Milán: Frateli Treves.

Prezzolini, Giuseppe. 1945. *Vida de Nicolás Maquiavelo, florentino*. México: América.

Prodi, Paolo. 2010. *El soberano pontífice. Un cuerpo y dos almas: la monarquía papal de la primera Edad Moderna*. Madrid: Akal.

Prosperi, Adriano. 2001. *Il Concilio di Trento. Una introduzione storica*. Turín: Einaudi.

Psarra, Sophia. 2018. *Venice Variations: Tracing the Architectural Imagination*. Londres: UCL Press.

Ranke, Leopold von. 1993. *Historia de los Papas*. México: Fondo de Cultura Económica.

Rapetti, Anna. 2013. *Storia del monachesimo medievale*. Bolonia: Il Mulino.

Ravegnani, Giorgio. 2006. *Bizanzio e Venezia*. Bolonia: Il Mulino.

Ravegnani, Giorgio. 2013. *Il doge di Venezia*. Bolonia: Il Mulino.

Rendina, Claudio. 2013. *I papi. Da San Pietro a papa Francesco. Storia e segreti*. Roma: Newton Compton.

Ridolfi, Roberto. 1961. *Vida de Nicolás Maquiavelo*. México: Renacimiento. [1954. *Vita di Niccoló Machiavelli*, Roma: Angelo Belardetti Editore.]

Ridolfi, Roberto. 1997. *Vita di Girolamo Savonarola*. Florencia: Lettere.

Rinucci, Paul. 1974. "La cultura", en Jacques Le Goff y Paul Rinucci (eds.). *Storia d'Italia*. Vol. II, Turín, Giulio Eunaudi.

Rinuccini, Alamanno. 2000. "A Condemnation of Lorenzo's Regime", en Baldassarri, Stefano Ugo y Arielle Saiber (eds.). *Images of Quattrocento Florence*. New Haven: Yale University Press.

Roberto, Umberto. 2014. *Roma capta. Il sacco della cittá dai galli ai lanzichenecchi*. Bari: Laterza.

Roeder, Ralph. 1946. *El hombre del Renacimiento. Savonarola, Maquiavelo, Castiglione, Aretino*. Buenos Aires: Sudamericana.

Roover, Raymond de. 1946a. "The Medici Bank Organization and Management", *The Journal of Economic History*, vol. 6, núm. 1.

Roover, Raymond de. 1946b. "The Medici Bank Financial and Commercial Operations", *The Journal of Economic History*, vol. 6. núm. 2.

Rubinstein, Nicolai. 1968. "Florentine Constitutionalism and Medici Ascendancy in the Fitteenth Century", *Florentine Studies. Politics and Society in Renaissance Florence*. Evanston: Northwestern University Press,

Rubinstein, Nicolai. 1977. *Il governo di Firenze sotto I Medici*. Florencia: La Nuova Italia.

Sabatini, Rafael. 1912. *The life of Cesare Borgia*. Nueva York: Brentano's.

Sacerdote, Gustavo. 1950. *Cesare Borgia. La sua vita, la sua famiglia, i suoi tempi*. Milán: Rizzoli.

Salvatorelli, Luiggi. 1955. *Sommario della storia italiana. Dei teimpi preistorici ai nostri giorni*. Turín: Einaudi.

Sampson, Geoffrey. 1997. *Sistemas de escritura*. Barcelona: España.

Santidrián, Pedro R. (ed.). 2007. *Humanismo y Renacimiento*. Madrid: Alianza.

Sasso, Genaro. 1980. *Niccoló Machiavelli*. Bolonia: Il Mulino.

Savonarola, Jerónimo. 2008. *Tratado acerca del régimen y gobierno de la ciudad de Florencia*. Buenos Aires: Ediciones Winograd.

Schevill, Ferdinand. 1961. *History of Florence*. Nueva York: Frederick Ungar.

Schüller Piroli, Susanne. 1991. *Los papas Borgia. Calixto III y Alejandro VI*. Valencia: Institució Valenciana D'Estudis i Investigació.

Scott, John T. y Vickie Sullivan 1994. "Patricide and the Plot of the Prince: Cesare Borgia and Machiavelli's Italy", *The American Political Science Review*, vol. 88, núm. 4.

Sennet, Richard. 1975. "Charismatic De-Legitimation: A Case Study", *Theory and Society*, vol. 2, núm. 2, pp 171-181.

Shaw, Christine. 1993. *Julius II. The Warrior Pope*. Oxford: Blackwell.

Skinner, Quentin. 1993. *Los fundamentos del pensamiento político moderno*. México: Fondo de Cultura Económica.

Skinner, Quentin. 2003. *El nacimiento del Estado*. Buenos Aires: Gorla.

Skinner, Qentin. 2009. *El artista y la filosofía política*. Madrid: Trotta.

Soranzo, Giovanni. 1960. *Il tempo di Alessandro VI Papa e di Girolamo Savonarola*. Milán: Vita e Pensiero.

Stacey, Peter. 2014. "Definition, Division, and Difference in Machiavelli's Political Philosophy", *Journal of the History of Ideas*, vol. 75, núm. 2, pp. 189-212.

Tanzini, Lorenzo. 2014. *A consiglio. La vita política nell'Italia dei comuni*. Bari: Laterza.

Tenenti, Alberto. 1968. *Firenze dal Comune a Lorenzo il Magnifico 1350-1494*. Milán: Mursia.

Tenenti, Alberto. 2000. *La edad moderna. Siglos XVI-XVII.* Barcelona: Crítica.

Toews, John B. 1968. "Formative Forces in the Pontificate of Nicholas V, 1447-1455", *The Catholic Historical Review*. vol. 54, núm. 2, pp. 261-284.

Toffanin, Giuseppe. 1953. *Historia del humanismo*. Buenos Aires: Nova.

Tommasini, Oreste. 1883. *La vita e gli scritti di Niccoló Machiavelli nella loro relazione col machiavellismo.* Roma: Torino E. Loescher.

Trexler, Richard C. 1978. "Lorenzo de'Medici and Savonarola, Martyrs for Florence", *Renaissance Quarterly*, vol. 31, núm. 3, pp. 293-308.

Vespasiano. 1963. *Renaissance Princes, Popes & Prelates*. Nueva York: Harper Torchbooks.

Villari, Pasquale. 1958. *Maquiavelo: su vida, su tiempo*. México: Gandesa. [1877. *Niccoló machiavelli e i suoi tempi*, Florencia: Le Monnier.]

Viroli, Maurizio. 1994. *Dalla politica alla ragion di stato. La scienza del governo tra XII e XVII secolo*. Roma: Donzelli.

Viroli, Maurizio. 1999. *Repubblicanesimo*. Bari: Laterza.

Viroli, Maurizio. 2001. *Per amore della patria. Patriotismo e nazionalismo nella storia*. Bari: Laterza.

Viroli, Maurizio. [1998] 2009. *Il sorriso di Niccoló. Storia di Machiavelli*. Bari: Laterza.

Viroli, Maurizio. 2012. *Machiavelli´s God*. Princeton, Princeton University Press.

Viroli, Maurizio. 2013. *Machiavelli. Filosofo della libertá*. Roma: Castelvecchi.

Vivanti, Corrado. 2013. *Maquiavelo. Los tiempos de la política*. Barcelona: Paidós.

Weiss, Roberto. 1965. "The Medals of Pope Julius II (1503-1513)", *Journal of the Warburg and Courtland Institutes*, vol. 28 pp. 163-182.

Wenstein, Donald. 2001. *Savonarola. The Rise and Fall of a Renaissance Prophet*. New Haven: Yale University Press.

Wolin, Sheldon. 2001. *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento occidental*. Buenos Aires: Amorrortu.

Wood, Neal. 1972. "Machiavelli's Human Action", en Anthony Parel (ed.). *The Political Calculus*. Toronto: Toronto University Press.

Woodward, William Harrison. 1913. *Cesare Borgia. A Biography*. Londres: Chapman and Hall.

Maquiavelo: Sociedad y política en el Renacimiento
se terminó de imprimir en la Ciudad de México en octubre de
2021 en los talleres de Impresora Peña Santa S.A. de C.V.,
Sur 27 núm. 475, Col. Leyes de Reforma, 09310
Ciudad de México. En su composición
se utilizaron tipos Bembo Regular
y Bembo Italic.

Títulos más recientes

Rehacer el mundo
Arturo Anguiano

Con la vida en un bolso
Alejandro Cerda García

Los proyectos católicos de nación en el México del siglo XX
María Gabriela Aguirre Cristiani y Nora Pérez Rayón (coords.)

La solemnidad del poder y sus fisuras en el fotoperiodismo de Christa Cowrie
Elsie Marguerite Mc Phail Fanger

Formación ciudadana en estudiantes universitarios
Ma. Guadalupe González Lizárraga, Rocío López González, Gladys Ortiz Henderson (coords.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

EDITORIAL TERRACOTA
www.terradelibros.com

MAQUIAVELO

SOCIEDAD Y POLÍTICA EN EL RENACIMIENTO

Este libro brinda una contextualización histórico-política del pensamiento de Maquiavelo, que contribuye a mejorar la comprensión general de la obra del florentino, mediante la identificación y explicación de los personajes y acontecimientos más notables de la época.

Aparecen en estas páginas los Médici, los Borgia, los Soderini y Savonarola y se dibuja con gran maestría la situación y la historia de Florencia. El autor aborda importantes temas, como la posición e intención de la república de Venecia en la península itálica y la intervención del papado y los Estados Pontificios en los asuntos regionales y europeos durante los siglos XV y XVI. Referencias e indicaciones que enriquecen significativamente la comprensión e interpretación de los escritos de Maquiavelo son parte esencial de esta obra, que sin duda será un valioso aporte para los estudiosos del tema.

Creative Commons

ISBN 978-607-713-467-1